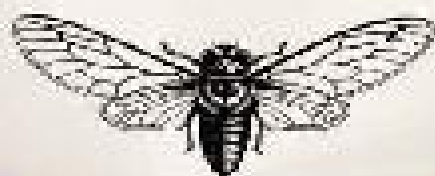


María Jesús Pérez Navarro



El
sufrimiento
de las
cigarras

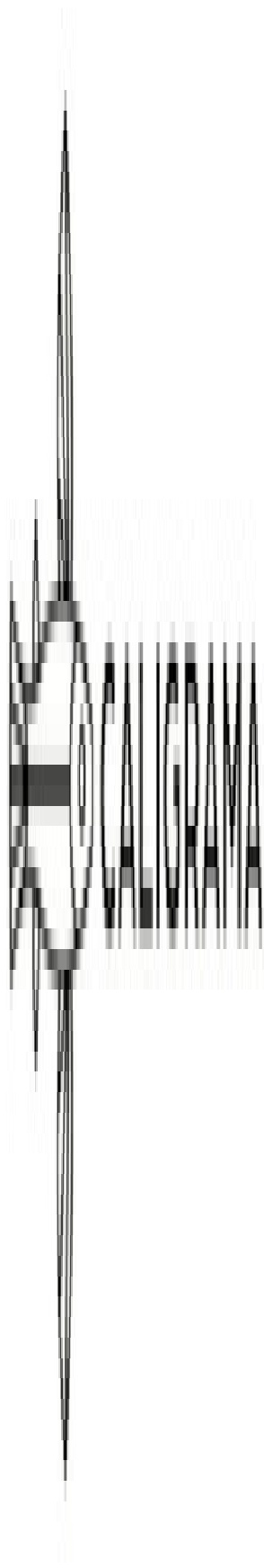


CALIGRAMA

EL SUFRIMIENTO DE LAS CIGARRAS

El
sufrimiento
de las
cigarras

María Jesús Pérez Navarro



El sufrimiento de las cigarras

Primera edición: 2019

ISBN: 9788417915377

ISBN eBook: 9788417915759

© del texto:

María Jesús Pérez Navarro

© de esta edición:

CALIGRAMA, 2019

www.caligramaeditorial.com

info@caligramaeditorial.com

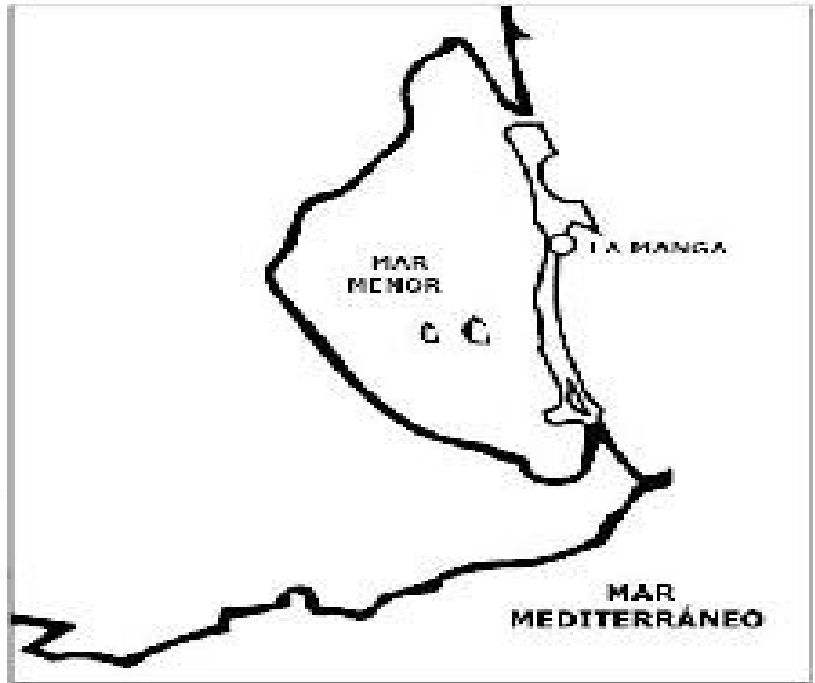
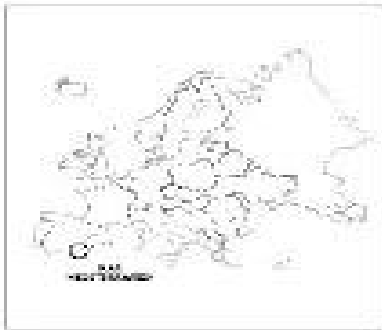
Impreso en España – Printed in Spain

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a info@caligramaeditorial.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para mi hermana

Nota de la autora

Mucha gente me pregunta cómo pude escribir una historia así y de dónde vino la inspiración. Lo cierto es que escribir un libro es algo muy similar a intentar hacer un puzle, vas cogiendo piezas de muchos sitios diferentes hasta que consigues que todo encaje. Por ello, nada de lo que se cuenta en esta historia es real. Todo es ficción, imaginación y muchas ganas de hacer disfrutar al lector. Todo salvo un único detalle: la casa donde todo sucede y que tanto recuerda a un pequeño castillo sí que es una joya perdida que podemos encontrar en medio de La Manga.



Prólogo

Martes, 31 de agosto de 1999
LA MANGA, Costa Levantina

Algo temblorosa, intentando contener su acelerada respiración, Marisa se atrevió por fin a descorrer las cortinas de su habitación y asomarse por la ventana. Estaba empezando a amanecer y sobre la calle caía una desquiciante tranquilidad. Desde allí no podía ver el mar, pero escuchaba sus movimientos; un sonido que no dejaba de repetirle que allí estaba, a pocos metros de distancia, escondido tras la hilera de casas de playa que quedaba justo enfrente. Lo imaginaba también despertando, tímidamente, sereno, en calma, tranquilo. Como si no hubiera sido testigo de algo horrible durante la noche.

Sin apenas ser consciente de ello, sus ojos se desplazaron en busca de la casa de sus vecinos, pero por más que se estiró sobre su ventana, no logró alcanzarla con la mirada. Los propios árboles del jardín le impedían ver calle abajo. Le hubiera gustado saber si seguía algún coche frente a la puerta, si todavía quedaba alguien en aquella casa cuya forma tanto le recordaba a un pequeño castillo.

En ese frío hogar había empezado todo, todo de lo que ahora intentaba huir. Se apoyó con fuerza sobre la fría pared de la habitación, conteniendo sus lágrimas. Todavía notaba su vestido húmedo y salpicado de arena. Aún sentía que estaba en medio de aquella enorme playa, atrapada en medio de la noche.

Una especie de crujido la alejó de sus recuerdos y la devolvió enseguida a su habitación. Venía desde el pasillo, por lo que Marisa decidió acercarse. Lo hizo despacio, tragando saliva, con miedo a encontrar a alguien allí. Pero todo seguía a oscuras y en silencio en aquella zona de la casa. Respiró un poco más aliviada, no sabía qué había producido aquel sonido, pero todo parecía indicar que venía de fuera. Afortunadamente ninguna de sus hijas se había despertado con todo el alboroto de la noche anterior y, desde luego, había sido una suerte que su marido se hubiera tenido que quedar trabajando en Cartagena. Era mucho mejor que no hubiera sido testigo de nada.

Ya eran casi las siete de la mañana, no tardaría en llegar. Faltaba muy poco para que empezaran a cargar todas sus cosas y abandonaran su casa de playa para no regresar hasta el próximo verano. Pero, ¿qué iba a decirle? ¿Debía contarle lo que había ocurrido? Lo conocía, estaba segura de que acabaría llamando a la policía y nada le daba más miedo en ese momento. No podía fiarse de nadie.

Tenía que pensar en sus tres hijas, en su familia, en ella misma. En lo que pasaría si saliera a la luz lo que había hecho, en el lío en el que sin querer se había visto envuelta. No podía permitir que nada la situara en aquella playa, porque antes o después, todo acabaría sabiéndose. Alguien podría haber visto o escuchado algo, y era cuestión de tiempo que apareciera, flotando en las frías aguas de las playas de Calblanque, alguna de las prendas de ropa de esa pobre mujer. Todo acabaría saliendo a la luz y no podía permitir que nada la vinculara con algo así.

En ese momento escuchó cómo el coche de su marido se paraba justo en su puerta. Muy nerviosa, de repente tuvo claro lo que tenía que hacer.

Se preparó para recibir a su marido todo lo serena y tranquila que pudo, como si nada fuera de lo normal hubiera ocurrido. Tenía que olvidar para siempre lo que había pasado. Todo lo que había visto.

PARTE 1

LA MANGA – MURCIA (ESPAÑA)

Julio, 2009

*9 años y 10 meses después de los extraños sucesos ocurridos en La Manga
la noche del 31 de agosto de 1999.*

Lunes, 6 de julio de 2009
MURCIA

Al final venció la desesperación e incorporándose ligeramente sobre su cama, Celia aceptó que esa noche dormir le resultaría muy complicado. Suspirando miró a su alrededor, parándose en su ventana, abierta de par en par, pero por la que no lograba colarse el más mínimo movimiento. No tenía forma de saber la temperatura exacta, pero si de algo estaba segura era de que no estaría por debajo de los 30 grados.

Sin embargo, no creía que fuera eso lo que le impedía conciliar el sueño. Lo cierto era que estaba acostumbrada, vivía en una de las zonas más calurosas de España y desde hacía semanas, cada noche resultaba igual de insoportable.

Entre nuevos suspiros, apoyó lentamente su cabeza sobre la almohada, apartando su media melena, castaña clara y ondulada, de su cara. Intentaba no pensar en todo lo que había ocurrido, en cómo su vida se había hecho añicos sin apenas darse cuenta. Sabía que de todos los problemas de su familia, lo menos importante era que no había conseguido aprobar el curso, pero saber que tendría que repetir, que no pasaría al siguiente curso como la mayoría de sus amigos, le cortaba la respiración. A nadie le importaba cómo se sentía, todos pensaban que era lo mejor. «Que se tome este verano con calma y que empiece de cero el curso que viene. Mucho mejor que matarse a estudiar este verano, conseguirá además más nota en primero de bachiller e irá más preparada a segundo.» Habían sentenciado los profesores y sus padres lo habían visto bien. Nadie le había echado en cara el resultado, ella era la única que parecía molesta con su fracaso.

Al final no habría castigo, incluso tras semanas de dudas, irían a la playa. Después de todo lo que había pasado durante el último año, sus padres no tenían claro que fuera ni apropiado ni correcto desplazarse a la costa ese verano. Lo habían hablado y discutido en varias ocasiones, posponiendo la decisión día tras día (lo que había producido que llegara julio y que, por

primera vez, todavía siguieran en casa). Al final había sido su abuela quien había forzado la decisión, defendiendo que ellos no habían hecho nada malo, que una casa tan «hermosa» era una pena que quedara desaprovechada y que igualmente ya estaban en boca de todos. Su abuela le había dado a su padre la excusa que necesitaba para decidirse y, en cuestión de horas, lo habían preparado todo para el desplazamiento.

La casa que tenían en primera línea de playa se encontraba a menos de una hora de viaje y desde que se hicieron con ella, casi diez años atrás, habían pasado allí todos los veranos. Normalmente, Celia había vivido el traslado con ilusión, como una forma de escapar de la soledad con la que, al no tener hermanos, la envolvía el verano; pero ese año lo único que sentía era resignación. De hecho, en el fondo sabía que el nerviosismo que no le permitía dormir tenía mucho que ver con el malestar que ese cambio de planes le producía. Ese verano no quería ir a la playa, no se lo merecía. Quería pasarlo simplemente en casa, alejada de todo bullicio. Había incluso intentando persuadir a su padre, a lo que él había respondido con un simple: «No digas tonterías, te vendrá bien el cambio». No le había extrañado, sabía que aunque tuviera diecisiete años, poco contaba su opinión en cualquier asunto relacionado con su propia vida.

Fue al pensar en su familia cuando Celia no pudo más, se tiró de nuevo en su cama y en cuestión de segundos, las lágrimas inundaron sus ojos, cayendo a borbotones sobre sus mejillas. ¿Qué había hecho ella para merecer todo lo que le estaba pasando? No tenía la respuesta, nadie la tenía. Sus días se tambaleaban entre momentos aparentemente normales y momentos cargados de dolor, entre risas y llantos. Sentía que su familia se estaba desmoronando y no sabía muy bien qué podía hacer para volver a colocarlo todo en su sitio. Ni tan siquiera tenía claro si el daño no era ya algo irreparable.

Se agarró con fuerza a su almohada y dejó correr su frustración. Lloraba en completo silencio, luchando por contener una rabia y dolor que se apoderaba de ella con demasiada frecuencia. Pero debía tener cuidado, no quería que nadie la oyera, lo que menos deseaba era que su familia se preocupara por ella. Así que, como pudo, se fue tranquilizando, intentando volver a centrarse en dormirse. Para ello, vació su mente, intentando convencerse de que todo acabaría mejorando.

Lo deseaba con tanta fuerza, necesitaba sentir que ese sufrimiento empezaba a quedar atrás. Llevaba mucho tiempo anhelando ese giro en su vida que,

tristemente, por alguna razón, se le resistía. Quizá por ello se acabó durmiendo algo más sosegada, pero con la intranquilidad de no confiar realmente en que su suerte estuviera a punto de cambiar.

31/08/2009, 00.10 a. m. LA MANGA

Tenía que encontrar a Celia. Esa era la única idea que se repetía en la cabeza de Víctor mientras corría tan rápido como podía hacia Calblanque. Todo estaba muy oscuro y la playa a esas horas estaría desierta, pero algo le decía que era allí hacia donde debía dirigirse.

No quería pensar en nada más, no se atrevía a reconocer que quizá cuando llegara ya sería demasiado tarde. Quizá Celia ya no seguiría viva.

Sin dejar de correr, se quitó varias lágrimas de la cara. Se sentía tan estúpido, tenía que haber sido capaz de adelantarse a ese instante, de descubrirlo todo antes. Y había algo que apenas le dejaba respirar, ¿por qué todo se había tenido que precipitar de esa forma justo ese día? Sentía que la historia se estaba repitiendo, que iba a volver a ocurrir otra desgracia. Llevaban todo el verano investigando qué le había ocurrido a esa pobre mujer y Celia había desaparecido justo diez años después del día en el que todo se detuvo para ella.

Ж Ж Ж

Martes, 7 de julio de 2009

LA MANGA

Para Víctor, La Manga era su pequeño tesoro, el lugar donde podía vivir de forma plena por lo menos una vez al año. Reír, expresarse con sinceridad, dejarse llevar, enamorarse... Todo lo que sin darse cuenta dejaba pasar en su día a día, podía ocurrir en cualquier momento a lo largo del verano.

Por ello, cada año ansiaba que llegara el día de dejarlo todo, hacer las maletas y poner rumbo a su particular paraíso. Nunca había sido capaz de explicar lo que sentía al llegar allí; su olor a sal, sus edificios blancos, sus interminables playas. Se sentía atrapado desde el principio. Sin embargo, ese verano no había empezado todo lo bien que él habría deseado. Todavía sentía que faltaba algo.

—¡Si no nos damos prisa, la playa va a estar llena y no vamos a coger sitio!
—Los gritos de su madre, Sofía, que llegaban desde el final del pasillo,

provocaron que Víctor dejara a un lado su móvil y saltara rápidamente de su cama. Sabía lo que su madre estaría haciendo en ese preciso instante. Como prácticamente cada día, estaría en la cocina, comprobando que la comida estuviera lista y dejándolo todo preparado para que unas horas más tarde toda la familia pudiera reunirse sobre la mesa para comer.

Solían bajar juntos a la playa, en familia, aunque la mayoría de las veces Víctor acababa con sus amigos.

—Yo estoy esperando desde hace un buen rato —respondió su hermana, María, desde el salón, posiblemente tumbada sobre el sofá totalmente absorta en algún libro. Acababa de pasar el año preparando oposiciones para ser maestra, estudiando casi sin descanso y, ahora que estaba de vacaciones, seguía disfrutando de cada libro que caía en sus manos.

Era algo que Víctor no llegaba a entender. Él acababa de terminar el instituto y, antes de empezar la universidad, lo que más le apetecía era simplemente divertirse.

—¡Estoy casi listo! —respondió asomando la cabeza por el hueco de la puerta de su habitación mientras terminaba de echar protector solar por sus hombros, intentando proteger su todavía pálida piel.

—¡Vamos ya o no nos va a dar tiempo a nada! —continuó diciendo Víctor mientras salía de su habitación, se ponía una camiseta en tonos similares a los de su bañador y se retocaba su pelo castaño oscuro con las manos. Según su madre, siempre lo llevaba *con falta de cortar*, pero a él le gustaba así.

—Siempre igual, ¡como si hubiera estado esperando él! —contestó su hermana, María, suspirando ligeramente. Aprovechó para recoger su melena castaña con una coleta. También tenía el pelo muy oscuro, todos en la familia lo tenían así—. La próxima, te esperamos en la playa.

—Por favor, no empecéis a discutir. Que da igual quien estuviera antes y realmente no tenemos prisa —contestó su madre, Sofía, mientras abría la puerta de su pequeño piso y les invitaba a salir. Juntos empezaron a bajar las escaleras del edificio, dirigiendo sus pasos hacia la playa.

Siempre había tenido una buena relación con sus padres, pero últimamente apenas se entendía con su madre. Y eso que Víctor intentaba tenerla en cuenta, pero hacía tiempo que vivía en su propio mundo, convencida de que solo ella tenía razón. Lo peor era que su madre siempre había sido su debilidad. Era una persona muy activa y comprometida, que llevaba toda su vida intentando mejorar la sociedad en la que vivía. Profesora de profesión, siempre había

compaginado su trabajo en el instituto con colaboraciones en asociaciones de la zona de Madrid donde residían.

Había sido también su madre quien casi quince años atrás había descubierto La Manga, algo por lo que Víctor le estaría eternamente agradecido. Sus padres, cansados de pasar los veranos en Madrid, habían estado buscando durante meses un sitio en la costa donde poder huir de las altas temperaturas de la capital. A través de unos amigos, su madre descubrió la zona de La Manga, mucho menos conocida que otras ciudades próximas de Andalucía y Alicante, pero que le describieron como un lugar no muy explotado y que nada tenía que envidiar a otros destinos más populares. Por aquel entonces, su hermana tenía siete años, y él, tan solo tres.

El primer año alquilaron un apartamento y la experiencia no les defraudó. La peculiaridad de vivir entre dos mares, entre dos realidades tan distintas, los cautivó desde el principio. A nadie le extrañó cuando, un año más tarde, decidieron comprar su pequeño y fresco piso. A Víctor le encantaba vivir durante un par de meses en esa especie de lengua de tierra de casi 22 kilómetros de largo y una media de tan solo 100 metros de ancho que separaba el Mar Mediterráneo de un particular lago interno de agua salada conocido como Mar Menor. Esto generaba dos escenarios muy distintos en cada uno de sus lados: la tranquilidad y sosiego del Mar Menor (donde el mar apenas cubría y yacía calmado, sin olas) contrastaba con la intensidad y fuerza del Mar Mediterráneo.

—¿Has pulsado el semáforo? —preguntó su madre, mirando el incesante río de coches que pasaba ante ellos.

—¡Voy! —contestó Víctor de inmediato.

—Perfecto, Víctor. Aquí podríamos haber estado toda la mañana —soltó su hermana, María. Ella también lo podría haber pulsado, pero él no se molestó en contestarle. Además, hacía demasiado calor como para centrarse en cualquier cosa que no fuera avanzar.

En cuanto el semáforo cambió de color, cruzaron la calle que separaba las dos costas de La Manga. Su casa se encontraba a unos cuatro kilómetros del inicio, justo antes de llegar a su punto más alto, en un edificio que daba hacia el Mar Menor. Pero ellos preferían el mar abierto, con olas y más movimiento, así que solían cruzar al otro lado.

Fue en ese instante, al alejarse un poco de la carretera, cuando Víctor empezó a escuchar ese sonido que tanto le gustaba: el balanceo del mar,

entrando y saliendo sobre la húmeda arena. Poco después, sus ojos captaron lo que sus oídos ya le habían descrito. Justo bajo ellos empezaba a extenderse una interminable playa. En ella, el mar sobresalía en un azul intenso, brillando con fuerza, calmado, con oleaje muy suave y espumoso. Al levantar la vista, la playa se extendía hasta un final que los ojos de Víctor no llegaban a alcanzar.

—¡Está perfecta! Poco oleaje y nada de viento —dijo con entusiasmo su hermana, María. Víctor pensó que era cierto, ante él tenía una de esas imágenes que, aunque se fotografíe, nunca será tan bonita como al verla con los propios ojos. Pero, pese a ello, no fue la playa lo que realmente captó su atención, sino algo totalmente distinto. Desde donde estaban también quedaba por debajo una pequeña zona de exclusivos chalés situados en primera línea de playa.

De entre todos, buscó el de su amiga Celia. Era su favorito; no era el más grande, ni el más espectacular, pero había algo en él que le atraía. Para Víctor simplemente era diferente, distinto a todos los demás. Su forma siempre le había recordado a la de un pequeño castillo. De hecho, la fachada, redondeada en color blanco y con todas las ventanas y detalles de madera muy oscura, dejaba sobresalir una zona superior que recordaba a la torre más alta de cualquier castillo.

—Parece que hay un coche enfrente de casa de Celia —comentó su hermana, mirando hacia el mismo punto en el que él estaba concentrado—. A lo mejor han venido al final.

—Es verdad —contestó Sofía, su madre—. No tenía claro si también habían perdido la casa. Parece que no. Madre mía, me da tanta pena. Menuda desgracia todo lo suyo.

Víctor buscó rápidamente el coche del que estaban hablando y no paró hasta localizarlo con sus propios ojos. Había escuchado varias veces a sus padres hablar sobre la mala situación económica que estaba atravesando la familia de Celia. El padre de su amiga tenía una fábrica de vigas y el parón de la construcción lo había dejado prácticamente sin trabajo. Según los comentarios de sus padres, la situación se había complicado tanto que se rumoreaba que la empresa estaba a punto de cerrar. Al parecer, la noticia había causado un gran revuelo, era una de las empresas más importantes de la zona donde Celia vivía y en ella trabajaban cientos de personas.

Sin poder apartar a su amiga de su mente, empezó a bajar las escaleras que le conducirían directamente a la playa. Una vez en la orilla, con ayuda de su

hermana, colocó la sombrilla y las toallas sobre la cálida arena. Ahora eran ellos los que quedaban por debajo de los chalés y sus ojos buscaron hasta encontrarse con el que tanto le recordaba a un pequeño castillo.

«Celia ha venido a la playa este verano» pensó y, en ese instante, fue plenamente consciente de las ganas que tenía de volver a verla, de pasear con ella por la playa y, sobre todo, de reír junto a ella, como tantas veces había hecho.

—¿Vamos al agua? —Le preguntó su hermana, empujando de su brazo y devolviéndolo, de repente, a la realidad—. Además, creo que están dentro varios de tus amigos.

—¡Claro! —dijo mientras se terminaba de levantar. Y sin mediar más palabra, comenzó a correr hacia la orilla, escondiendo su emoción, pero sintiendo que ahora sí su verano acababa de comenzar.

Ж Ж Ж

Celia sentía que no podía más, llevaba casi una hora descargando la furgoneta bajo el sofocante sol y sus piernas empezaban a fallarle. Mientras cogía una nueva caja, se quitó como pudo el sudor que empezaba a caer por su frente. Afortunadamente ya no quedaba casi nada por colocar. En muy poco tiempo habría terminado. Le hacía gracia, habían huido del calor de la ciudad para hacer frente al calor de la costa, pues pese a la brisa del mar, el calor era allí igualmente asfixiante. La culpable parecía ser una incesante ola de calor que estaba azotando con dureza todas las zonas del sur de España.

—Así que ya han pasado casi diez años, Dios mío, cómo pasa el tiempo. —Escuchó Celia, comentar a su abuela desde el otro lado de la furgoneta. Imaginó que hablaba con algún vecino pues, Encarna, su abuela, llevaba plantada en la puerta toda la mañana hablando con los distintos vecinos y conocidos que iban pasando. Su excusa había sido vigilar que nadie se llevara nada de la furgoneta mientras iban colocando cada cosa en su sitio. Pero Celia estaba segura de que, si alguien se hubiera acercado y cogido algo, no lo habría notado. Su abuela estaba demasiado absorta poniéndose al día de todo lo que había pasado en el barrio durante el último año.

Celia salió de detrás del coche, sujetando como podía la última caja que quedaba en la furgoneta. Apenas le hizo falta dar unos pasos para darse cuenta de que estaba en lo cierto. Allí estaba su abuela, totalmente vestida de negro

(como venía haciendo durante años, desde que falleció su abuelo), junto a la pareja de vecinos de la casa que quedaba detrás de la suya, en segunda línea de playa. Un bonito chalé con piscina que él había heredado con apenas treinta años. No fue lo único que consiguió en herencia, también el despacho donde se había ubicado la conocida notaría de su padre y donde ahora él seguía trabajando. Ayudaba al nuevo notario como en su día ayudó a su padre. Intentó recordar el nombre de la mujer que lo acompañaba, pero no pudo. Era la primera mujer que vivía con él desde que cinco años atrás se divorciara, llevaban juntos desde el verano pasado.

—Pobre mujer —continuó su abuela, Encarna—. ¿Y todavía no se sabe nada de lo que pasó?

—Nada, Encarna... Nada —respondió su vecino, en un tono triste y apagado—. Es una pena, era una mujer excelente.

—Ya *lo* creo que lo era... Bueno, yo por lo que he escuchado comentar a la gente, no la conocí... —dijo su abuela, que supiera o no, opinaba sobre todo. Fue entonces cuando vio salir a Celia de detrás del coche—. ¿Habíais visto ya a Celia? La tenemos hecha una mujer.

—Está guapísima, la verdad, esos ojazos siguen tan verdes como siempre. —Escuchó responder casi al unísono a sus vecinos sonriendo, pero sin poder esconder una mirada cargada de compasión y preocupación. Odiaba ese tipo de miradas, esas personas que se atrevían a aventurar cómo le debía estar afectando todo lo que estaba ocurriendo en su vida.

Sin dejar de sujetar la caja, Celia saludó tímidamente con la mano. Se le pasó por la cabeza contestar de mala manera que sus ojos no eran totalmente verdes, pero no lo hizo. Al final decidió aprovechar la excusa del peso, no decir nada más y entrar rápidamente en la casa. Le hubiera gustado preguntar sobre qué estaban hablando, pero temía que le hubieran acabado preguntando sobre cómo se encontraba. Apenas los conocía, no quería hablar con ellos de eso. Era una pareja tan extraña. En su vecina destacaba un alborotado pelo rubio y unos doloridos ojos azules cargados de maquillaje. Su rostro y sus conjuntos, normalmente vestidos excesivamente ajustados, le daban, para su tristeza, un ligero toque vulgar. Por ello, la cuidada y anticuada apariencia de él contrastaba con el aspecto de ella. Era como si la chica más popular del instituto hubiera decidido salir con el empollón de la clase. Estaba claro que ambos provenían de mundos diferentes.

—Me pregunto si alguna vez se descubrirá que fue lo que pasó. —Escuchó

Celia mencionar a su vecina, ya desde el otro lado del muro de la casa.

—Ay, no sé, no sé. Si es que solo venimos a esta vida a sufrir. —La respuesta de su abuela llegó con cierta amargura—. Mírame a mí, hace tres años se va mi marido, no hace ni uno, mi hermano. Y ahora con mi hijo, con lo que más quiero, esto. Si es que esta vida es solo tormento.

Celia aprovechó esas palabras para alejarse, avanzando rápidamente por el pasillo de piedra del jardín que la conducía hasta la entrada de su casa. No quería seguir escuchando, odiaba que su abuela hiciera ese tipo de comentarios. Lo peor era que estaba segura de que debía haber repetido esas palabras a cada uno de los vecinos que se habían parado esa mañana a hablar con ella, como venía haciendo cada vez que alguien le preguntaba qué tal se encontraba.

Lo que más le entristecía era saber que ese lamento era verdadero. Su abuela había pasado sus días trabajando sin descanso junto a su abuelo, levantando una empresa prácticamente de la nada. Y ahora veía cómo el trabajo de una vida, algo por lo que tanto habían luchado, estaba desvaneciéndose.

Hacia casi tres años que su abuelo los había dejado, risueño, orgulloso de lo conseguido, sin siquiera sospechar lo que se les venía encima. Había entrado en el mundo de las vigas al poco de casarse, casi por casualidad, sin saber que la construcción sería el sector que acabaría moviendo la economía en España durante casi tres décadas. Era un hombre hábil y se las ingenió para abrirse paso. Por aquellos años, había todo un país que reconstruir y cimentar y supo moverse y vender bien sus productos.

Su padre se incorporó muy pronto al negocio y su juventud, valentía e ideas más modernas consiguieron convertir la pequeña fábrica en un referente del sector en la fabricación de vigas de cemento en la Región de Murcia. Así se convirtió en una de las empresas más importantes de la zona donde vivían, donde era raro que cada familia no tuviera algún pariente trabajando allí.

Sin embargo, todo había acabado hacía poco más de un año, cuando a mediados de 2008 la crisis financiera internacional atacó España. En un país con prácticamente toda su economía centrada en la construcción, este hecho se tradujo en el final de muchas compañías.

Celia no sabía con exactitud la situación en la que ahora se encontraba la empresa familiar (era algo de lo que su padre rara vez hablaba), pero tenía claro que llevaba casi un año sin parar de despedir a gente y con serios problemas para seguir adelante. Aparentemente la empresa estaba en quiebra.

Sin embargo, pese a lo que pudiera pensar la mayoría, en especial todas aquellas personas que la miraban con preocupación, la falta de dinero era algo que apenas inquietaba a Celia. Lo que la estaba destrozando por dentro era todo lo que estaba pasando entre sus padres.

En ese momento varios sonidos desde el interior de la casa captaron su atención. Parecía que venían de la planta de arriba. Su madre debía de estar colocando también todas sus cosas en su habitación. Estaba cansada, pero no tenía nada mejor que hacer, así que decidió subir a ayudar.

—¡Celia! ¿Puedes venir un momento al porche de atrás? —gritó con fuerza su padre desde el jardín trasero de la casa.

—¡Voy! —respondió Celia, frenando de inmediato sus pasos. A su padre no le gustaba esperar, así que cruzó rápidamente el salón, que ocupaba prácticamente toda la planta baja de la casa, y salió por el amplio ventanal que lo conectaba con el jardín trasero.

Una vez fuera, no pudo evitar que sus ojos se perdieran buscando el mar. La casa daba directamente a la playa, pero lo mejor era que estaba elevada sobre la misma unos diez metros. De esta forma, era posible disfrutar de la imagen del mar sin que nadie pudiera ver nada desde la playa.

—Ayúdame a sacar todos los sillones del jardín y a colocarlos en su sitio. —Le pidió su padre, al tiempo que él mismo se dirigía hacia la casa—. Yo solo no voy a poder con todo.

—Claro. Están allí, ¿verdad? —respondió Celia, señalando una habitación totalmente rodeada de ventanales de cristal que quedaba anexada a la casa. Los anteriores propietarios la habían tenido totalmente desaprovechada, pero al comprar la casa, sus padres montaron un pequeño salón en su interior.

Pero ante ellos, ahora la habitación destacaba totalmente llena de muebles de jardín que se agolpaban unos encima de otros. No había duda de que les iba a llevar un buen rato dejarlo todo en su sitio.

—Sí, hay que sacarlo todo —contestó su padre, Emilio, mientras cogía por un extremo uno de los sillones y empezaba a moverlo.

—Anda, que este año ya ha hecho Antonio la primera del verano... ¿Has visto lo que ha plantado en su muro? —Le preguntó su padre, mientras sujetaba como podía la pesada mecedora que estaban moviendo.

Antonio vivía en el chalé contiguo al suyo, que también miraba al mar. Era uno de los mejores amigos de su padre en la playa, pero para la mayoría (incluida Celia) se trataba de un vecino muy peculiar, el tipo de persona que

siempre intenta hacerse el simpático sin llegar a conseguirlo realmente. Había mil historias sobre él, pero lo que parecía seguro era que tras pasar por varias ciudades había conseguido hacer dinero en Francia. Sobre cómo lo hizo, había muchas versiones, algunas bastante controvertidas.

—¿«El Francés»? No, no me he fijado —contestó Celia, dirigiendo ligeramente la vista hacia el muro lateral que separaba ambas casas. Pero la pesada carga la hizo volver, en seguida, a la tarea—. ¿Dónde ponemos la *mercedora*?

—Dentro de la casa, en el salón. La abuela prefiere sentarse allí para ver la tele. — Conforme lo decía, cambió el rumbo para dirigirse hacia la casa—. Ha plantado una especie de árboles para que queden por encima del muro, imagino que para que no podamos ver absolutamente nada de lo que sucede en su casa.

Al liberarse de la pesada *mercedora*, Celia salió de nuevo al porche y miró directamente hacia el muro que separaba las dos casas.

—Es verdad, pero es una tontería. El muro ya era bastante alto, era imposible ver nada.

—Ya sabes cómo es, ¡a saber por qué lo ha hecho! —Bromeó su padre—. No sé si te lo había dicho, pero me ha comentado que este verano ha venido también su hijo mayor, el que tiene de su primer matrimonio. Será más o menos de tu edad, creo que va a empezar su segundo año en la universidad. — Se frenó un momento, como intentando recordar algo, al tiempo que colocaba unos últimos cojines. Entonces levantó la mirada hacia ella—. Él no me ha dicho nada hoy, pero recuerdo que me comentó hace ya tiempo que era una buena pieza. Que no sabía qué hacer con él, que era muy problemático y que se llevaban fatal. No sé si tendrá algo que ver con eso.

—No sé, la verdad —respondió lentamente Celia, mirando a su padre. Desconocía por completo la existencia de ese hijo mayor ya que cada verano el matrimonio solo había estado acompañado por su hijo pequeño, que ahora tendría unos ocho años. No pudo evitar sentir cierta curiosidad por ese nuevo vecino—. A lo mejor si este año está su hijo mayor quiere más privacidad. — Miró a su alrededor, comprobando que habían conseguido dejarlo todo en orden—. ¿Hemos terminado ya?

Su padre asintió con la cabeza y siguió comprobando si quedaba algo por hacer. No lo podía evitar, nunca estaba quieto, siempre estaba haciendo cosas.

Antes de irse, Celia se decidió a preguntar sobre lo que había escuchado comentar a su abuela y sus vecinos.

—¿No sabes nada? —empezó a decir su padre, mirándola a los ojos. Parecía que dudaba de si seguir adelante o no, pero finalmente, se decidió a hablar—. Celia, la antigua propietaria de esta casa desapareció.

—¿Cómo que desapareció?

—Sí, desapareció una noche de verano hace casi diez años, justo antes de que compráramos la casa y, por lo que sé, nunca se ha conseguido descubrir qué sucedió.

Durante unos segundos, ninguno de los dos dijo nada.

—Pero que no sea algo que te preocupe, sucedió hace ya mucho tiempo —comentó finalmente su padre. Parecía inquieto por cómo la noticia podría afectarle, lo que alagó a Celia. Su padre no solía ser tan atento con ella.

Celia se quedó allí, apoyada en una de las columnas del porche, sin terminar de creerse lo que acababa de escuchar. ¿Qué le habría ocurrido? Su corazón latía intranquilo con la noticia, pero, pese a ello, había agradecido la conversación con su padre. Últimamente notaba algo extraño con él, como si existiera una barrera invisible entre su padre y ella, algo que antes no sentía y que los había acabado distanciando.

Sin dejar de pensar en aquella misteriosa mujer, su mirada se perdió en la playa. Estaba abarrotada de bañistas, personas tomando el sol o paseando por la orilla. No pudo evitar darse cuenta de que muchas de ellas se quedaban mirando su casa (y la mayoría de los chalés de la zona) al pasar. Se giró sobre sí misma y, elevando la vista, la contempló ella también durante unos segundos.

«Es cierto lo que siempre dice Víctor, parece un castillo, un precioso castillo», pensó frunciendo ligeramente el ceño.

Víctor, ¿cuánto hacía que no lo veía, que no sabía de él? Descubrió con cierta sorpresa que apenas se había acordado de su amigo durante los últimos meses. ¿Estaría en La Manga? Durante años había temido que de repente un verano ya no estuviera ahí y no volviera a verlo.

Con Víctor en la cabeza se dirigió de nuevo al interior de su casa, antes de entrar miró por última vez al mar. «Quién sabe, quizá este verano no esté tan mal después de todo», pensó sonriendo, sin saber que en cuestión de horas todo se volvería a oscurecer. Su triste realidad se abalanzaría, una vez más, sobre ella.

Miércoles, 8 de julio de 2009

LA MANGA

Aquella noche Celia durmió tranquila y esperanzada. En contra de lo que últimamente venía sucediendo, durante aquel día no había habido tristeza sino alegría en su casa. Sentía que la playa le estaba haciendo bien tanto a ella como a su familia. Quizá por ello, la suave brisa del mar y el relajante sonido de las olas, la habían hipnotizado sin gran dificultad, haciendo que cayera dormida casi al instante.

Para desesperación de Celia no fue el susurrante sonido del mar lo que la despertó a la mañana siguiente, sino la cruda vuelta a su realidad. Al principio solo percibió cierto movimiento en el pasillo, como si alguien se estuviera preparando para marcharse a primera hora de la mañana, pero conforme sus ojos se fueron abriendo, poco a poco su mente fue tomando consciencia de lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Tras la puerta, en el pasillo, resonaban con fuerza los gritos de sus padres, enfrascados en una gran pelea. En cuestión de segundos la angustia se apoderó de ella.

Aunque podía escucharlo todo con bastante claridad desde su cama, decidió acercarse un poco más. Así que, sobrecogida de nuevo por la tristeza, se incorporó y se colocó justo detrás de la puerta de madera de su habitación. Escondida tras ella, siguió escuchando la conversación.

—No tienes vergüenza, nos traes aquí para irte al día siguiente —gritó su madre, Isabel, llorando con fuerza—. Y me mentiste. Me dijiste que no me preocupara, que esto no era nada...

Notaba a su madre muy nerviosa, como si hubiera perdido el control sobre lo que decía. No podía soportar escucharla en ese estado, quería salir, ponerse entre ambos y acabar con la tormentosa pelea, con aquel profundo dolor; pero no pudo, ninguno de sus músculos reaccionó a sus deseos.

—Isabel, tranquilízate —escuchó contestar a su padre, intentando zanjar el asunto—. Ya te he dicho que tengo que ir a Murcia a solucionar unos

problemas de la empresa. También he quedado con un interesado en un terreno, a ver si vendemos algo y...

—¿Pero te piensas que soy tonta?, ¿qué somos todos tontos? Emilio, sé que has quedado con ella, ellas o quien quiera que sea. Y aquí nos has traído para intentar tenernos contentas y tú seguir haciendo lo que te da la gana. —Las palabras de su madre resonaron con seguridad y fuerza, una confianza que se fue perdiendo conforme continuaba con su discurso, que acabó convertido en una simple espiral de reproches e insultos—. No sé cómo me has hecho esto, ¡después de dártelo todo!, ¡después del año tan complicado que he pasado! ¡Tú no sabes lo que he sufrido!

De repente Celia sintió que le faltaba la respiración. «Después del año tan complicado que he pasado». La frase se repetía una y otra vez en su mente. Sabía exactamente a lo que se estaba refiriendo. Era consciente de que ella había sido la causante de ese tormento, de que era la gran culpable de lo mal que lo había pasado su madre durante el último año. Por supuesto, también había sido muy duro para Celia, pero no podía olvidar que ella misma le había suplicado que no se lo contara a nadie, que fuera algo solo entre las dos. Hasta ese instante no se había dado cuenta de la gran carga que había supuesto para su madre guardar su secreto.

—Siempre igual. No sé de dónde te sacas esas cosas —intentó decir su padre—. No hay...

Un fuerte sacudido contra el suelo cortó su frase.

—¡Vete si quieres! ¡Pero llévate todas tus cosas! —gritó de forma descontrolada su madre, mientras seguían sucediéndose los golpes. Celia no entendía muy bien qué estaba pasando, pero parecía que su madre estaba tirando cosas de su padre contra el suelo—. ¿Me has oído? ¡No vuelvas! Que te lave, que te haga de comer y que te soporte ella. A mí déjame vivir tranquila.

—No sé qué consigues con estas escenas —sentenció su padre. Y sin mediar más palabra, Celia escuchó alejarse sus pasos, seguidos del crujido de la escalera de caracol de madera que bajaba hacia la planta baja, el portazo de la puerta principal y, tras unos eternos minutos, el sonido de un coche abandonando la casa.

Tanto ella como su madre se quedaron donde estaban, sin moverse, mientras el coche se alejaba. Celia sabía lo que sucedería a continuación. Su madre volvería a su habitación y, acto seguido, la melodía de su piano inundaría toda

la casa. Sabía incluso qué canciones tocaría, esas que siempre tocaba cuando estaba triste, cuando no podía evitar llorar y necesitaba desahogarse. Allí se quedaría encerrada, presa de su tristeza, el tiempo que necesitara para recuperarse. En parte, para olvidar todo lo ocurrido y prepararse para cuando su padre volviera. Para cuando estuvieran de nuevo juntos y todo lo ocurrido durante aquella mañana fuera algo que ya nadie recordara.

Justo cuando el piano de su madre empezó a sonar, Celia se levantó y sin poder evitarlo, salió corriendo de la casa. Corrió sin rumbo, entre sollozos, intentando olvidar esas escenas que tanto dolor causaban en su madre, que tanta tristeza traían a su casa. No sabría decir cuánto tiempo estuvo fuera, pero al final se encontró a sí misma, de nuevo, frente a su casa. Entró despacio, intentado no hacer ruido. Quería llegar hasta su habitación sin que nadie la viera, pero nada más entrar, encontró a su abuela desayunando en el porche. Su abuela le confirmó lo que ya sabía, que su padre había ido a Murcia a solucionar unas cosas del negocio. No hizo mucho caso y, sin apenas detenerse, subió hasta su cuarto, deseando tirarse sobre su cama. Al entrar, descubrió a su madre con una mirada preocupada, esperándola sobre su cama.

—Celia, cariño, ¿dónde estabas? —preguntó su madre.

Frente a ella tenía ese rostro que tanto quería. Esos enormes ojos que siempre habían captado todas las miradas y esa característica melena castaña clara, rizada y con volumen, que desde hacía unos años solía llevar cortita, justo por encima de los hombros. Celia sabía que su madre siempre había destacado por su belleza, especialmente por su cuerpo, esbelto pero con curvas que los años habían acentuado; y, aunque los signos de la edad eran ya visibles en ella, no era una persona que pasara desapercibida.

Quizá por ello, todo lo que estaba pasando, en especial el comportamiento de su padre, le resultaba tan difícil de entender.

—He salido solo a dar un paseo... —contestó Celia, intentando ocultar cómo se sentía.

—Siento lo de esta mañana —dijo su madre, sin mirarla directamente, como si estuviera ligeramente avergonzada por lo ocurrido. Sus labios, gruesos y rosados, se encogieron en una mueca de preocupación—. Imagino que has escuchado los gritos... No quiero que todo esto te afecte, intento llevarlo lo más dentro que puedo, pero a veces no puedo controlarme...

—No me afecta mamá, tranquila —dijo Celia dándole un abrazo, consciente de que estaba mintiendo. Se sentía estúpida, ¿cómo había podido pensar que

simplemente por venir a la playa todos sus problemas se solucionarían? Nada se resolvía por sí solo.

—Qué buena que eres, cariño —dijo su madre devolviéndole la mirada—. ¿Has desayunado ya?

—Todavía no.

—Es ya tarde. La abuela creo que está desayunando, baja y tómate algo con ella. —Le dio un beso en la frente y se levantó—. Yo voy a empezar *desenredando* por aquí arriba. —Lentamente, con dulzura y sin dejar de mirar a Celia, abandonó la habitación.

Las palabras que su madre había pronunciado esa misma mañana volvieron a su mente: «Después del año tan complicado que he pasado». Sabía que no era tan buena como su madre pensaba, pero si había algo que tenía claro en ese momento era que tenía que ayudarla. Apoyarla en todo lo que estaba pasando con su padre. Al fin y al cabo, su madre había hecho lo mismo con ella durante el último año. Se lo debía.

Ж Ж Ж

Marisa no podía evitarlo, cada verano, cuando volvía a haber movimiento en la casa donde ya mucho tiempo atrás había vivido su amiga, pasaba unos días muy nerviosa. Ese verano pensaba que la casa permanecería en silencio, sin molestarla por una vez. Por eso quizá le había sorprendido y afectado tanto volver a ver movimiento en ella. Hacía casi diez años de la noche que había marcado su vida para siempre y, desde entonces, intentaba mantenerse todo lo alejada que podía de aquel lugar.

¿A qué hora había sucedido todo? ¿Sobre las cuatro de la mañana? Muchas veces ya ni lo recordaba. La policía no había sido capaz de resolver lo que allí había pasado y era algo por lo que todavía solía sentirse culpable. Pero nada podía haber hecho y nada haría nunca. Aunque eso significara que nadie pagaría por lo que había pasado. No podía olvidar que ella había estado en aquella casa la noche en la que todo ocurrió, también tenía mucho que ocultar.

Al menos había agradecido no tener que volver a ver al que había sido su vecino. Le hubiera dado tanto miedo tener que cruzarse con él pero, para su tranquilidad, había vendido la casa al poco de lo sucedido y nunca había vuelto a La Manga. De los demás, tampoco sabía nada, nunca habían vuelto por allí. Cuando Marisa regresó el verano siguiente, no quedaba nadie y ya

estaba instalada en la casa una nueva familia. Y, gracias a Dios, con ellos no había ningún peligro.

Por ello, sabía que estaba exagerando, no tenía sentido estar tan preocupada. Se sentía estúpida, irracional, paranoica. Tenía que relajarse, olvidarse de esa casa de una vez. Después de tanto tiempo era imposible que todo saliera a la luz. Era disparatado pensar otra cosa.

O al menos de eso intentaba convencerse.

Ж Ж Ж

Celia había pasado toda la tarde en la playa. Sobre su toalla, protegida bajo su sombrilla, había descansado mientras ojeaba varias revistas. Y, casi al final de la tarde, había dado un relajante paseo por la interminable orilla.

Sabía que sus amigos, como todas las tardes, estarían al final de la playa, en una zona rocosa, situada escasamente a un kilómetro de su casa. Pero no se había siquiera acercado a aquel punto. Pese a que llevaba más de un año sin verlos, no entendía muy bien por qué, nada le había atraído menos que pasar la tarde con ellos. Le apetecía volver a ver a Víctor, pero no realmente al resto. Movida por ese sentimiento había dado su paseo en sentido contrario, para así evitar el encuentro.

Había caminado durante un buen rato y ahora, ya de vuelta, estaba contenta de haber pasado ese ratito a solas. Miró a su alrededor, apenas quedaba ya gente sobre la arena. Estaba empezando a oscurecer, así que se levantó, recogió todas sus cosas y comenzó a subir la empinada escalera de piedra que conectaba su casa con la playa. Sobre ella, el cielo tomó un tono ligeramente rosado y en él sobresalían unas enormes nubes anaranjadas. Ante sus ojos se formó una de las puestas de sol más bonitas que recordaba, pocas veces había visto al cielo apagarse de esa forma.

Pero no pudo evitar que, al entrar en su casa, toda su atención se perdiera en algo bien distinto. Sus ojos se movieron automáticamente a lo largo del jardín, en busca del coche de su padre, para comprobar si había regresado. De momento, todo seguía tranquilo y no había rastro de él, sin embargo, sabía que su llegada debía de ser inminente. Aunque no le gustaba admitirlo, los momentos de mayor tranquilidad en su casa se daban cuando sus padres estaban separados.

Mientras subía a su habitación le pareció ver a su abuela regando varias macetas en el jardín. Todas las habitaciones de la casa se encontraban en la planta superior, todas con excepción de la de su abuela, que estaba en la planta baja de la casa. Pese a ello, Celia estaba segura de que aquella mañana, como a ella, la habrían despertado los gritos de sus padres. De todas las personas de la casa, Celia estaba convencida de que su abuela era la que más estaba sufriendo (incluso más que su propia madre, protagonista de la historia). El padre de Celia era su único hijo, su única familia, y verlo en una situación tan complicada y tan poco centrado, le partía el corazón.

Su madre había notado que algo estaba pasando hacía casi un año, cuando las ausencias de su padre empezaron a ser más frecuentes. Poco a poco se había ido convenciendo a sí misma de que su marido podía estar teniendo una aventura. Él ni lo había negado ni lo había confirmado; simplemente había alegado que era algo pasajero, de la edad y que le diera un poco de tiempo. Para sorpresa de Celia, su madre había cedido y aceptado la situación. Sin embargo, desde entonces todo había ido a peor, las ausencias de su padre seguían repitiéndose y el sufrimiento de su madre era cada vez más evidente.

Bajo ese escenario, les sorprendió la noticia de que la empresa familiar tenía que entrar en concurso, lo que para Celia significaba que ya no tenían dinero, que la empresa podía cerrar en cualquier momento. Ambas noticias se corrieron como la espuma por la zona en la que vivían, donde ya nadie culpaba del fracaso de la empresa a la crisis económica sino a la supuesta falta de atención de su padre en el negocio. En cuestión de días pasaron de ser queridos a ser odiados.

Entre suspiros, Celia se dejó caer sobre su cama e intentó alejar sus problemas de su cabeza. Allí se quedó tirada, medio dormida, medio despierta, durante un buen rato. Ya había caído la noche cuando escuchó a su padre en la planta de abajo, su regreso fue recibido por su madre y su abuela con alegría, como si nada hubiera pasado antes de marcharse. Aunque fuera difícil de creer, siempre ocurría lo mismo, tras el vacío que dejaban las peleas, volvía la calma a su casa. No había ni reproches ni castigos. Simplemente todos se comportaban como si nada fuera de lo normal hubiera ocurrido. Nadie hacía nada ni nada cambiaba. Era desquiciante para Celia.

Huyendo de aquellas voces, Celia se asomó por su ventana con la esperanza de que la brisa del mar lograra tranquilizarla. Todo estaba oscuro, pero el propio sonido de las olas recordaba que allí abajo seguía descansando la

orilla de la playa. El destello de la luna sobre el mar consiguió dar cierta claridad a sus ojos y le permitió vislumbrar una extraña silueta sobre la arena. Una persona que parecía estar mirando fijamente hacia su casa. «¿Quién será?» Pensativa y presa de la curiosidad, decidió apagar la luz para poder asomarse mejor sin ser vista desde abajo. La silueta permaneció inmóvil durante unos minutos hasta que un destello apareció en sus manos, un brillo que parecía venir de un cigarrillo. Estaba totalmente concentrada en la figura cuando escuchó un movimiento justo detrás de ella. Casi de un salto, se giró hacia aquel sonido.

—¿Vas a bajar a cenar? —preguntó, de repente, su madre desde el marco de la puerta. En seguida se dio cuenta de que la había asustado—. ¿Te he asustado? Si no estuvieras con la luz apagada...

—No, ¡qué va! —Mintió Celia encendiendo la luz al instante. Su corazón estaba acelerado, reponiéndose todavía del susto. Con rapidez dirigió de nuevo su mirada hacia la orilla de la playa, pero esta vez, no vislumbró absolutamente nada. Quienquiera que fuera aquella persona, se había esfumado en cuestión de segundos. Decepcionada, volvió a dirigir la mirada hacia su madre—. No tengo hambre todavía, creo que voy a ducharme y luego bajo a cenar.

—Pero, ya sabes lo que tenemos hablado, tienes que comer y... —le empezó a reprochar su madre. Celia se dio cuenta de que debía cortarla, de lo contrario, estallaría en una charla sobre buenos hábitos alimenticios que podría durar horas.

—Mamá, me ducho y bajo. No te preocupes —respondió Celia de inmediato, con la intención de dar por finalizada la conversación.

—Vale, guapa. Anda, no te enfades. —Al terminar su frase, le dio un beso en la frente y se marchó. Celia suspiró al verla marchar, algo arrepentida de la frialdad de sus palabras.

Salió de su habitación y se dirigió al final del pasillo, hacia el cuarto de baño. Justo antes de entrar, se dio cuenta de que su padre se había instalado en el cuarto de invitados. No era algo nuevo, ni tan siquiera provocado por la pelea de esa misma mañana. Sus padres ya habían dormido en habitaciones separadas el verano anterior, cuando la relación entre ellos empezó a enfriarse. Momento en el que las peleas, unas veces provocadas por el nerviosismo de su padre por todos los problemas que tenía en el negocio y otras por las quejas y sospechas de su madre, habían provocado muchas

noches en vela para ambos. Aquello había acabado moviendo a su padre de la espectacular habitación que compartía con su madre hacia la sencilla habitación de invitados. Situados de esta forma, la habitación de Celia quedaba justo entre las dos de sus padres.

Se duchó bastante rápido y, al terminar, cogió su albornoz de la pared y se acercó hacia el espejo, totalmente empañado y que solo devolvía un difuso reflejo de su rostro. Sin pensarlo, limpió el espejo con su mano. Allí apareció su imagen, dulce y donde destacaban sus grandes ojos verdes. Su melena aparecía caída, mojada y sin volumen, pero cuando se secase quedaría ondulada, casi tan rizada como la de su madre. Se agachó durante un segundo para coger su secador de pelo y al incorporarse, algo captó de inmediato su atención: su reflejo había desaparecido del espejo que estaba, una vez más, totalmente empañado de vapor.

—Qué raro —susurró Celia, mientras lo limpiaba de nuevo con una toalla. Ante sus propios ojos, el vapor volvió a formarse en cuestión de segundos. Agitada, repitió el proceso una y otra vez, volviendo a aparecer el vapor en cada uno de los intentos.

No entendía qué estaba ocurriendo y sin saber bien por qué, empezó a sentirse muy agobiada. Necesitaba salir de aquella habitación, de aquel lugar que parecía querer atraparla. Respirando profundamente, empezó a dar pequeños pasos hacia atrás, dirigiéndose hacia la puerta. Una vez frente a ella, apretó la manivela y empujó con fuerza. Para su horror no pudo abrirla. Lo intentó de nuevo, pero fue totalmente en vano. Era como si estuviera atrancada o alguien estuviera tirando de ella desde el otro lado. Pero eso no tenía ningún sentido, no podía ser posible. Los nervios empezaron a apoderarse de ella, que reaccionó tirando con fuerza de la puerta, luchando por abrirla.

—Papá, si eres tú, no tiene gracia. Déjame salir —dijo Celia, pensando en qué podría estar ocurriendo. Solo obtuvo un profundo silencio como respuesta, un silencio infranqueable que daba a entender que en la otra parte no había ninguna persona. Agobiada siguió tirando una y otra vez, sin conseguir desplazar la puerta ni un solo centímetro.

De repente, sin más, la puerta cedió. La repentina apertura la pilló por sorpresa y coincidió con un fuerte tirón de Celia, que no pudo evitar perder el equilibrio y caer hacia atrás.

—Madre mía —escuchó decir a su abuela, con asombro—. ¿Cómo que te caes? ¿Te has hecho algo?

Como pudo Celia se incorporó. Se había dado un buen golpe, pero sabía que como mucho su herida se transformaría en un morado al día siguiente. Había algo que le preocupaba más en ese momento.

—Abuela, ¿estabas tirando de la puerta hacia fuera?

—Celia, yo que sé, me he puesto a abrir y te he visto cayéndote —contestó su abuela, sin darle importancia a la pregunta de su nieta—. Baja a cenar, que no puedo tener tu cena toda la noche encima de la mesa.

Celia pasó de largo a su abuela sin apenas escucharla y entró en su habitación. Varias lágrimas se habían escapado de sus ojos a consecuencia del susto, lágrimas que caían lentamente sobre su angustiado rostro. Encima de su cama y con su pelo todavía goteando, se quedó sentada, totalmente inmóvil. Intentando dar sentido al aparente sin sentido que acababa de vivir.

Jueves, 9 de julio de 2009

LA MANGA

Para Celia, los mejores momentos que traía el verano se daban en su propia casa. Especialmente las comidas casi a las tres de la tarde, cuando después de horas en la playa, se sentaban todos juntos en la mesa, hambrientos pero con ganas de hablar de cualquier cosa. Sin embargo, para tristeza de Celia, esos momentos duraban muy poco en su vida. En su familia las sobremesas nunca eran más largas de lo estrictamente necesario.

No había sido una excepción la última comida, la primera paella de marisco que preparaba su abuela ese verano. Como casi siempre, prácticamente al terminar de comer, sus padres se habían marchado con el pretexto de dormir la siesta (cada uno en su respectiva habitación) y su abuela, incapaz de permanecer parada ni un segundo, había empezado a recogerlo todo rápidamente.

Celia estaba acostumbrada a ese final. Por ello, esa tarde había terminado como tantas otras veces: tumbada sobre los cojines del sofá de mimbre del porche, con un libro en sus manos, mirando al mar que lo refrescaba todo con su brisa y que lograba ver a través de los arcos que formaban las columnas de piedra blanca que rodeaban aquella parte de la casa.

Pero por más que lo intentaba no lograba concentrarse. Antes de llegar a la playa, ya se había sentido de esa forma, incapaz de meterse en sus historias, con dificultad para pasar cada página, siempre sintiendo que algo la distraía. Esa tarde apenas podía leer unas frases sin que su mente se dirigiera hacia otro lugar, hacia lo que había ocurrido en su propio cuarto de baño la noche anterior.

El episodio del vapor no le preocupaba demasiado, ya que esa misma mañana había hecho varias pruebas y, si la habitación se mantenía caliente, el vapor solía volver a aparecer. Quizá los nervios le habían jugado una mala pasada y su reaparición no se había producido tan rápido como a ella le había

parecido. Por ello, lo que realmente le inquietaba era el incidente con la puerta. Había hablado con todas las personas presentes en la casa aquella noche: su padre, su madre y su abuela. Ninguna parecía haber estado sujetándola, ni cerca del aseo en el momento en el que todo había ocurrido. Además, esa misma noche, con ayuda de su padre, había estado abriendo y cerrando la puerta, para comprobar si, por alguna razón, se quedaba atascada. Pero todo parecía funcionar de forma correcta. «Tú sabrás qué te ha pasado, —le había dicho su padre con bastante indiferencia mientras la probaba por última vez—. Te habrás hecho un lío tú sola al intentar abrir. De todas formas, le diré al cerrajero que se pase y la lime un poco, porque choca un pelín la cerradura».

Con ello, todos habían zanjado el asunto. Todos excepto ella, que no podía evitar seguir dando vueltas y vueltas a qué podría haber ocurrido realmente.

—Celia, abre la puerta que es para ti —gritó la voz de su abuela desde la cocina.

—¡Voy, abuela! —La repentina visita despertó su curiosidad y consiguió sacarla totalmente de sus enrevesados pensamientos. «Quizá sea Víctor», pensó con entusiasmo mientras se levantaba para dirigirse a la entrada de la casa.

De camino, se miró ligeramente en un pequeño espejo del salón. No iba muy arreglada, pero al menos se veía decente con el sencillo vestido blanco que llevaba y su media melena, castaña clara, recogida en una coleta. Tenía pensado ir esa tarde al centro comercial, no le apetecía mucho pero necesitaba comprarse ropa, casi todo lo que tenía allí del año pasado le quedaba demasiado justo. Quizá Víctor podría ir con ella.

La idea creó una gran sonrisa en su rostro, con la que cruzó el jardín delantero y se dirigió hacia la puerta de madera de color marrón muy oscuro que daba a la calle. La abrió con fuerza y energía, movida por la alegría de volver a ver a su amigo.

Sin embargo, conforme la figura que allí fuera la esperaba fue tomando forma, su sonrisa se transformó en una mueca y su entusiasmo en tremenda decepción. No era Víctor quien la esperaba en su puerta, sino alguien que, con un poco de suerte, pensaba que quizá no vería en todo el verano.

Ж Ж Ж

—¡Víctor! Espera —gritó su hermana, María, desde la otra parte de la calle. En cuanto el semáforo se puso en verde cruzó a toda velocidad, sonriendo sin parar y pegando como saltitos. El viento soplaba con fuerza en la dirección contraria, como intentando cortarle el paso, pero ella parecía no notarlo—. Acabo de terminar en la pizzería, por fin, a descansar a casa.

Su hermana había empezado a trabajar en una pizzería de la zona. Víctor se sentía muy orgulloso de ella. Desde el inicio de la crisis conseguir un trabajo, incluso en temporada alta para unos pocos meses, se había convertido en algo casi imposible.

—¿Qué tal ha ido? —respondió Víctor con una gran sonrisa, mientras su hermana se abalanzaba sobre él.

—Pues... Aprendiendo mucho —empezó a decir María—. Pero, Víctor, estoy muy contenta, lo necesitaba; después de la gran decepción de este año, deseaba con fuerza este trabajo, sentir que era capaz de conseguir algo.

Su hermana había pasado el último año preparando oposiciones para trabajar como maestra, profesión que adoraba. Muy trabajadora, consiguió la mejor calificación de su tribunal, pero como jamás había trabajado, no tenía puntos de experiencia, por lo que no pudo conseguir la plaza que tanto ansiaba. Podían llamarla para hacer alguna sustitución, pero la lista era tan larga que apenas tenía esperanzas.

—Llevo semanas sintiéndome una inútil —continuó diciendo su hermana—. Sin saber si el problema lo tengo yo, el sistema o qué ha podido pasar para que acabe este curso sin haber conseguido nada. Por eso, siento que este trabajo es lo primero que me sale bien en mucho tiempo; aunque papá y mamá estén enfadados porque trabaje en verano, aunque me paguen poco y signifique volver a trabajar como camarera, como hacía cuando estaba estudiando la carrera; pero al menos es algo que me mantiene activa cada día, que me da un poco de vida.

—No hagas caso, son tus vacaciones, puedes pasarlas como tú prefieras —contestó Víctor—. Además, el dinero te va a venir de lujo en Inglaterra. Eso sí, debes ser la camarera con mejor currículum de la historia: maestra, con máster, oposiciones...

—¡No te creas! Hay muchos como yo —Rio María, algo más animada—. Madre mía... Parece mentira que en poco más de mes y medio, me marche... No sé si quiero irme o no a Inglaterra, pero sé que es lo mejor. Allí podré

mejorar mi nivel de inglés e intentar encontrar algún trabajo. Es el mejor sitio para esperar a que la cosa mejore en España.

—Todo va a ir bien, ya verás.

Víctor estaba convencido de que así iba a ser. Para él su hermana era un ejemplo a seguir y sabía que, pese a la decepción que había sufrido en las oposiciones, ahí fuera había algo muy grande esperándola. Y estaba seguro de que ella saldría con fuerza a buscarlo y nada la detendría hasta encontrarlo.

—Hola, Celia. Me alegro de verte.

—Hola, Diego —contestó Celia, forzando una sonrisa. Estaba tan guapo como siempre, muy moreno pese a que el verano acababa de empezar y con esos preciosos hoyuelos que se formaban en su rostro cada vez que sonreía.

—¿Qué tal? Eh... ¿Cómo estás? —preguntó Diego con un poco de torpeza, como si no supiera bien cómo preguntarlo. Eso era nuevo, Celia nunca lo había visto titubear.

—Bien —contestó Celia sin dar más detalles, no veía por qué debía decir nada más—. ¿Tú qué tal?

Apenas empezaba y esa conversación ya era absurda, le recordaba a cuando sus padres se encontraban con alguien después de mucho tiempo sin verse, parecía que lo siguiente que le iba a preguntar iba a ser algo tipo: «¿Y la familia, bien?».

—Como siempre, sin novedades. Voy a El Zoco, ¿te apetece dar un paseo hasta allí? —preguntó Diego finalmente, parecía aliviado de haber pasado el trago de tener que romper el hielo.

El Zoco era el nombre de una zona de tiendas y *pubs* situada a no más de cinco minutos andando desde su casa. Podía poner una excusa, pero estaba tan cerca que si lo acompañaba, en seguida podría estar de vuelta.

—Sí, vamos si quieres. Así me sigues contando qué tal te ha ido el año.

Con cierta resignación, Celia empezó a moverse. Lo cierto era que de todas las personas con las que no le apetecía pasear, Diego hubiera sido de las primeras en cruzar su mente. El verano anterior, Diego y ella habían mantenido una especie de relación intermitente. Habían empezado a salir a principios de julio, exprimido juntos el verano de fiesta en fiesta y de discusión en discusión. Para terminar con una gran pelea a finales de agosto, justo antes de que cada uno volviera a su ciudad. No habían mantenido ningún contacto desde entonces. Quizá por eso, Celia tenía muy claro que no quería volver a pasar por lo mismo, no sabía muy bien por qué, pero se sentía totalmente diferente. Ya no le atraía ni Diego ni el verano que le esperaba junto a él.

Sin apenas mirarse caminaron por la amplia calle donde se ubicaban las impresionantes casas de primera y segunda línea de playa. Hablaron sobre cómo les había ido el curso, momento en el que Celia tuvo que reconocer que ese año repetiría primero de bachillerato. Se sentía un poco avergonzada por ello.

Lamentó haber decidido acompañar a Diego, no le apetecía seguir hablando y todo le hacía sentir incómoda. Nada tenía que ver aquel paseo con lo que debería haber sido el agradable reencuentro de dos amigos. El corazón de Celia latía con intensidad y era palpable la tensión que existía entre ellos en ese instante. Celia lo observó con detenimiento, tanto sus movimientos como sus imprecisos gestos; estaba claro que él también estaba nervioso. Pero por más que lo intentaba, Celia no lograba adivinar cuáles eran las intenciones de su amigo, hacia dónde le conducía realmente aquel paseo.

Poco tardó en descubrir a lo que había venido Diego. Sin mediar palabra entraron en un estrecho callejón que conectaba la zona de las casas con el paseo principal.

Estaban completamente a solas y, a medio camino, Celia notó que su amigo se detenía. Casi de forma automática, frenó también sus pasos y, al levantar la mirada, se dio cuenta de que Diego se estaba acercando lentamente hacia sus labios. El beso pilló a Celia totalmente desprevenida, por lo que apenas consiguió frenar su reacción. Empujó a Diego con todas sus fuerzas, alejándolo de ella todo lo que pudo. Lo que los dejó inmóviles, uno frente al otro, intentando aceptar lo que allí acababa de ocurrir.

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó finalmente Diego. Incorporándose y mirándola con cierto odio, como si lo que acababa de pasar fuera algo disparatado.

«¿Qué he hecho?», se preguntó Celia. Quizá sí fuera una locura, quizá el verano anterior todo había empezado entre ellos de forma similar y su reacción había sido muy distinta.

—Diego, lo siento —empezó a decir Celia, respirando con dificultad—. Es solo que este año no quiero estar con nadie, lo siento mucho...

Su cabeza empezó a dar vueltas, incapaz de mantener la serenidad, únicamente consciente del intenso cantar de las cigarras en lo alto de los árboles, un pitido que retumbaba con fuerza en sus oídos.

—¡A ver si te piensas que me importa! —le gritó con fuerza y cierto desprecio, parecía muy ofendido—. Hay muchas chicas, Celia. Deja de pensar

que eres tan especial. Eso sí, deberías de estar agradecida, que después de todo lo que le ha pasado a tu familia y lo mucho que has engordado, haya querido todavía volver contigo.

Las palabras de Diego penetraron en Celia como nunca antes nada lo había hecho. No podía creer lo que acababa de escuchar, sintió que sus piernas le fallaban, que apenas podía mantenerse en pie. No entendía cómo Diego se atrevía a decir algo así, no le entraba en la cabeza. Lo miró durante unos segundos y, sin mediar palabra alguna, echó a correr.

Sin atreverse a pensar en lo que realmente había ocurrido, entró en su casa y subió a toda prisa hasta su cuarto. Una vez sobre su cama, sintió cierta sensación de alivio y fue poco a poco volviendo a la normalidad. Solo cuando su respiración estaba prácticamente calmada se dio cuenta de que en la habitación de al lado la melodía del piano estaba sonando. «¿Habrá ocurrido algo?», pensó. Le aterraba no saber si su madre se encontraba bien.

En ese momento su móvil empezó a sonar. Era, de nuevo, Diego. Sin dudarlo, silenció su teléfono y lo tiró a la pequeña cama de al lado. No quería volver a hablar con él. No podía entender por qué Diego la había despreciado de esa forma.

Entre lágrimas regresó a su mente el recuerdo de aquella mujer que había vivido muchos años atrás en su misma casa. «¿Sufrió ella también bajo esas mismas paredes? ¿Se adueñó la tristeza de ella como lo había hecho de su madre?».

Tirada sobre su colchón, sin parar de sollozar, dejó correr a su tristeza. Abatida pero segura de que se recuperaría del golpe y, muy pronto, podría seguir adelante. Para recomponerse solo necesitaba un ratito a solas consigo misma.

Ж Ж Ж

Observó con detenimiento el reflejo de su cuerpo en ropa interior en el espejo del pequeño probador en el que se encontraba. Tras el percance con Diego, Celia había pensado en cancelar su tarde de compras, pero al final se había dado cuenta de que una cosa así no podía condicionar en lo más mínimo su vida. Así, había cogido el autobús y se había desplazado hasta un gigantesco centro comercial situado en las afueras de La Manga.

Sus marcadas curvas destacaban en el espejo, donde una estrecha cintura contrastaba con una amplia cadera. Era muy consciente del gran cambio que había experimentado su cuerpo durante el último año, lo notaba especialmente con la ropa: la mayoría se le había quedado pequeña. Pero hasta ese día, hasta que las palabras de Diego habían apuñalado a sus oídos, siempre había pensado que su cambio había sido positivo. Era cierto que su cuerpo no era perfecto y no tenía nada que ver con las delgadas y esbeltas siluetas que aparecían en las revistas, pero para ella su aspecto había mejorado. O así se lo había hecho ver su madre, que había insistido en que ese era su verdadero cuerpo y de esa forma era como ella realmente estaba guapa.

Sin embargo, ya no sabía qué pensar. Ahora no estaba en los huesos y el primer comentario que su nueva imagen había despertado, había sido muy cruel. Las dudas se habían vuelto a adueñar de Celia.

Sumida en sus pensamientos se vistió y, cargada de bolsas y ropa, salió del probador. Ya se había comprado todo lo que necesitaba, por lo que decidió que era un buen momento para regresar a casa. De camino a la salida, una heladería nueva captó su atención. Estaba abarrotada de gente, pero se dio cuenta de que quedaba libre una pequeña mesa al fondo. Tras unos segundos de vacilación, se dirigió hacia ella y pidió un granizado.

No podía dejar de pensar en lo que le había ocurrido con Diego, le parecía tan injusto. Pensó en llamarlo y gritarle lo que no había sido capaz de decirle esa misma tarde a la cara.

«¿Cómo te atreves? ¿Quién te crees que eres?...». Pero al final decidió que no merecía la pena, que lo mejor era volver a casa y dejarlo estar. Ya se estaba levantando de la mesa cuando varias voces familiares la detuvieron.

—Mira, hay una mesa libre. —Escuchó decir a un lejano Víctor. Parecía que se estaba acercando a la mesa que quedaba justo al otro lado de la suya, separada por una enorme y espesa maceta que no le permitía ver nada. Una vez se había sentado, la planta los separaba, lo que provocaba que, pese a la cercanía, fuera incapaz de notar su presencia—. Nos podemos poner aquí.

—Perfecto, cabemos los tres de sobra —contestó una voz en la que reconoció a una de sus vecinas, Ana. Vivía al final de su calle, en un enorme chalé que también tenía vistas al mar, pero nunca habían tenido mucha relación. Ambas pertenecían al mismo grupo de amigos y siempre se habían visto con frecuencia, aunque Celia siempre había notado un cierto grado de antipatía por su parte.

Al igual que en el lado de Celia, la mesa de sus amigos estaba pegada a la gran maceta por lo que se sentaron en los tres asientos que quedaban libres. Empezaron a hablar sobre qué iban a pedir y en ese momento Celia reconoció la voz de la tercera persona. Se trataba de Paula, una chica adorable cuyo único fallo era precisamente el de ser la mejor amiga de Ana.

Con cuidado, Celia comenzó a levantarse de nuevo, con la intención de saludar a sus amigos. Estaba decidida a hacerlo cuando, de repente, la conversación captó totalmente su atención.

—¿Creéis que este verano volverán Celia y Diego? —preguntó Paula, para sorpresa de Celia. Lo dijo sin aparente maldad, sin poder imaginar que sus palabras se transformarían en dagas cortantes al penetrar los oídos de Celia. Nunca se había parado a pensar si sus amigos hablaban de ella a sus espaldas.

—Pues no sé —respondió Víctor con normalidad, como si fuera algo de lo más normal realizar ese tipo de comentarios. Su incredulidad iba en aumento—. No sería nada raro.

—No os lo he dicho, ¿no? —dijo Ana con cierto aire de importancia, mientras apartaba de sus ojos un mechón de su larga melena rubio ceniza. Parecía que se sentía orgullosa de lo que iba a decir a continuación—. De camino a la parada, me he encontrado con Diego y los chicos. Precisamente Diego les estaba diciendo que había visto de pasada a Celia ese mismo día y que no pensaba volver con ella, que se había puesto gorda.

El estómago de Celia dio un vuelco, no podía creer lo que estaba escuchando. Lo peor era imaginar a Ana sonriendo dichosa mientras decía esas despectivas palabras. Empezó a sentir una gran rabia dentro de sí, una acalorada irritación que tuvo que contener para no montar una escena.

—¡Qué cerdo! —contestó de forma rotunda Paula, permaneció pensativa durante un instante antes de continuar—. De todas formas, aunque fuera cierto, estaba muy delgada quizá incluso demasiado, un poco de peso puede que no le venga mal.

—No sé, la he visto en la playa a lo lejos desde mi casa y es verdad que ha engordado bastante —sentenció Ana, iniciando el tipo de análisis que solo las personas rubias, con ojos azules y cuerpos perfectos se atreven a realizar. Celia no pudo soportar que la juzgase de esa forma tan fría, nunca la había odiado más que en ese momento. Pensó en marcharse, pero finalmente decidió seguir escuchando un poco más—. ¿Tú la has visto, Víctor?

—He pasado esta mañana, pero no estaba —respondió Víctor. Esa supuesta

visita consiguió hacer aparecer una sonrisa en Celia—. De todas formas, me alegro de que no vuelvan porque nunca me ha gustado esa relación. No tenía futuro más allá del verano y el año pasado él estaba todavía con su novia (que creo que llevaban varios meses). Nunca me ha parecido bien...

—Pero vamos a ver —lo cortó Ana bruscamente, aparentemente entusiasmada con su respuesta—. Lo que no entiendo es qué os gusta de ella o, en tu caso, por qué te cae tan bien. Solo os fijáis en que es guapa, que tiene los ojos bonitos y el pelo mono; pero todos sabemos cómo es, una creída. Siempre lo ha sido. Y encima va y este año repite curso... Le está bien...

—No te pases Ana, que este año también ha sido muy duro para nosotras y en segundo no sabemos qué va a pasar... —cortó Paula, tomando las riendas de la conversación y pasando a hablar con más seriedad—. Además, es normal, claro que puede haber cogido un poco de peso, debe haber pasado muchísimo estrés. Si lo que realmente me sorprende es que al final su familia haya decidido venir, después de todo lo que les ha pasado. Yo pensaba que no lo iban a hacer.

—Mis padres también pensaban que no iban a venir. —Escuchó decir a Víctor.

—A mí no me extraña, esa familia pasa de todo —contestó Ana con seguridad, como si supiera muy bien de lo que estaba hablando. El odio de Celia alcanzó niveles inconcebibles hasta ese momento. Ana jamás había estado en su casa y apenas conocía a su familia. No entendía que hablara así de ellos—. Mi padre siempre ha dicho que el padre de Celia era un imbécil y que antes o después se iba a descubrir lo inútil que era.

Las duras palabras de Ana provocaron un incómodo silencio en la mesa, roto gracias a un cambio de tema provocado por Víctor. «Víctor... ¿Por qué no me ha defendido?». Agobiada por la sensación de vacío que la conversación había dejado en ella, decidió que debía intentar escabullirse de allí. Si se levantaba y salía por la parte de atrás, las macetas la esconderían en su huida. Así que, con sigilo, se puso en pie, cogió todas sus bolsas y se escapó dejando atrás las risas y los murmullos de sus supuestos amigos.

Cuando por fin se vio de nuevo en casa, se dio cuenta de que jamás se había sentido tan aliviada de estar allí; simplemente quería entrar, relajarse y dejar atrás todo lo que había pasado durante ese día. Una vez dentro se apoyó sobre la puerta de madera de la entrada, cerró sus ojos y suspiró con fuerza. «Todo ha quedado atrás», pensó mientras se intentaba relajar.

—¿Ha llegado ya? —El tono enojado de su padre llegó a sus oídos desde dentro de la casa—. Pues anda, dile que entre. A ver dónde lo ha puesto.

—Celia, pasa un momento al salón que tu padre te quiere preguntar una cosa —le dijo su abuela saliendo de la casa. Su cara denotaba preocupación, dejando claro que su padre estaba enfadado.

«¿Qué puede ser?», se preguntó a sí misma mientras se acercaba al salón donde descubrió a su padre agachado, reparando el enorme reloj antiguo de madera que marcaba la hora cada día. El reloj estaba extendido sobre el oscuro, casi negro, suelo de la casa; y quedaba justo detrás del enorme sofá de madera anaranjada que dividía la habitación en dos. Casi todo lo demás en el salón era de color blanco. Por ello, las cortinas, paredes y los cojines resaltaban llenos de luz, creando un precioso contraste con la madera anaranjada que inundaba cada puerta, marco y mueble; y cuyas formas y adornos tenían un toque árabe que otorgaba a la habitación un estilo único.

Además, en ese momento estaban levantadas todas las persianas de los ventanales que daban al jardín trasero, lo que permitía que desde allí se pudiera ver el mar.

Pero la atención de Celia se desvió hacia el fondo de la habitación, donde mirando hacia el sofá, se encontraba un gran mueble pegado a la pared, plagado de estanterías llenas de libros y fotografías, y en cuyo centro resaltaba la televisión, encendida a todo volumen pese a que nadie la estaba viendo realmente. Celia tuvo casi que gritar para que su padre la escuchara.

—¿Qué pasa papá? —preguntó Celia en el tono más inocente que fue capaz de pronunciar. Su padre levantó ligeramente la cabeza y, sin dejar de intentar ajustar la caja del reloj, le lanzó una mirada cargada de reproche.

—A ver Celia, ¿dónde has dejado el destornillador pequeño? —balbuceó su padre, claramente enojado—. Llevo aquí una hora intentando arreglar esto sin el destornillador bueno y resulta que la última que lo tocó fuiste tú con el rollo de la puerta del aseo de arriba.

—Yo lo dejé en su sitio después de usarlo —mintió Celia, mientras su corazón empezaba a latir con intensidad. Sabía exactamente dónde estaba el destornillador. Lo había dejado en su cuarto con la intención de devolverlo a su sitio más tarde. Al final había quedado olvidado sobre su mesilla. También sabía que no podía reconocerlo, de lo contrario su padre se pondría a gritarle como un loco. Tenía que recuperarlo sin que se diera cuenta—. Quizá se ha caído de su sitio o algo. Voy a ver si lo veo.

—Sí, anda. Míralo cuanto antes—le siguió recriminando su padre, sin dignarse siquiera a mirarla.

Con cuidado, cruzó el salón y salió, por los ventanales, hacia la parte de atrás de la casa, dio la vuelta por el jardín y volvió a entrar por delante. Subió con mucho cuidado la escalera, intentando que los escalones de madera rugieran lo menos posible. Cogió el destornillador y volvió exactamente por donde había venido, entrando al salón por el mismo sitio por el que había salido.

—Estaba en el suelo de la caseta del jardín —dijo Celia faltando a la verdad de nuevo—. Quizá se cayó de la caja de herramientas.

—¿Sí, Celia? A mí me ha parecido que venía de la parte de arriba de la casa —sentenció su padre mientras repasaba todos los tornillos con el nuevo destornillador. Por desgracia, solía darse cuenta de prácticamente todo.

—¿Qué le pasa al reloj? ¿Se ha roto? —preguntó Celia. Aunque la respuesta parecía bastante obvia, necesitaba desviar el interés de su padre hacia otro punto.

—Sí, se ha roto. Desde que llegamos se lleva parando casi todas las noches a las 4 de la madrugada. Pero claro, me he tenido que dar cuenta yo, porque si os tenéis que dar cuenta vosotras... Que nunca os dais cuenta de nada... —Su padre siguió criticando lo mal que ellas lo hacían todo y el desastre que habría en la casa si él no estuviera allí. Frases ya muy conocidas para Celia, que lo que menos necesitaba ese día era el tortazo a su autoestima que supondría seguir allí, escuchando a su padre.

Así que, dejándolo a solas con sus quejas, cogió sus bolsas y se dirigió a la planta superior con la intención de terminar la mañana con su madre. Estaba deseando enseñarle todo lo que había comprado.

Ж Ж Ж

—Nos vemos mañana en las rocas —dijo Ana con una enorme sonrisa antes de entrar a su casa—. A ver si estás más despierto que hoy y consigues ganarme una partida a las cartas.

—No tengo la misma suerte que tú, bachillerato ha acabado con todas mis neuronas — bromeó Víctor, alejándose un poco de su puerta—. Hasta mañana.

Empezaba a anochecer cuando Víctor, tras despedirse de Ana, iniciaba su camino de vuelta a casa. Vivían por la misma zona, por lo que solían regresar

juntos. Le gustaban esos ratitos a solas con ella. En el fondo, pese a que le gustaba demasiado criticar, Ana era un encanto, una persona llena de vida y positivismo. Con ella todo resultaba muy sencillo, las palabras y las risas fluían con naturalidad y sin esfuerzo. Con excepción de Celia, siempre había sido muy tímido con las chicas, pero con Ana era diferente, solía responder a sus ingeniosos comentarios de la misma manera. A veces incluso se sorprendía a sí mismo diciendo algo gracioso que jamás pensaba que habría dicho. Y esa tarde mientras Ana entraba en su casa sin dejar de burlarse de él, una mirada suya había quedado grabada muy dentro de él. Había sido un simple instante, cuando ella moviendo su cabeza con fuerza había intentado liberar su rostro del pelo que el viento se empeñaba en enmarañar. Un instante que habría quedado perdido en su memoria si no hubiera sido por lo guapa que la había visto.

Intentó dejar de pensar en esa imagen, pero le resultaba imposible. Suspirando levantó su cabeza para ver, varias casas más abajo, a la abuela de Celia hablando con unos vecinos en la calle. Allí debía de estar también su amiga. ¿Sería cierto que ese año no volvería con Diego? No estaba del todo seguro. Conocía a Celia desde que 6 años atrás compartieran arena y barro, por primera vez, una mañana en la playa. No recordaba cómo habían empezado a jugar, pero suponía que eso era lo asombroso de los niños, su especial habilidad para hacer nuevos amigos. Desde entonces se volvieron inseparables, disfrutando del mar, haciendo nuevos amigos juntos y compartiendo todo lo bueno y lo malo que el verano les traía. Pero desde casi el primer día, Celia le había confesado que le gustaba Diego.

Sopesó la idea de hacerle una visita rápida, al final fue la propia abuela de Celia quien le hizo un gesto a lo lejos. Le devolvió el saludo y se acercó hacia donde ella estaba.

—Ay, Víctor. ¡Qué alegría verte! —dijo Encarna, la abuela de Celia. Acto seguido se acercó y sujetándole la cara con sus dos manos le dio dos profundos besos en sus mejillas—. Mira cómo te he reconocido. Y mira que ya veo poco, eh. Pero he dicho ese es *el* Víctor de mi Celia. ¿Están tus padres bien?

—Bien. Estamos todos bien —respondió Víctor, conmovido por la alegría que mostraba el arrugado rostro de Encarna.

—¿Qué venías...? ¿A ver a Celia? —comentó Encarna.

Víctor asintió con la cabeza, un poco avergonzado. No era por eso por lo

que estaba allí.

—Voy a ver si la veo —contestó Encarna.

Víctor se quedó allí plantado, esperando, pensando en qué iba a decir al ver a Celia. De repente, su mente se llenó de anécdotas de tenis y tonterías que le habían ocurrido ese año que no le interesarían. Su mente estaba nublada y no sabía muy bien por qué.

El regreso de Encarna lo sacó de sus pensamientos.

—¡No la veo! No sé dónde se ha metido. Estaba aquí hace un momento.

—No pasa nada, ya es muy tarde. Intento pasar a verla mañana, no te preocupes. Nos vemos, Encarna, gracias por todo.

—Hasta luego, Víctor —contestó Encarna—. Anda con Dios.

«Anda con Dios», pensó sonriendo. Le encantaba la peculiar forma de hablar de la abuela de Celia, como él siempre decía, «muy murciana».

Tras despedirse de ella, siguió caminando calle arriba. Pasó, de nuevo, por la puerta de Ana. Se sentía confundido, sin entender muy bien qué lo confundía. Finalmente, emprendió lentamente el camino de regreso a casa, pero esta vez sin la fuerza y energía que lo habían llevado hasta allí.

28/07/2009. La Manga

Todo ocurrió tan rápido que Celia solo sintió su cuerpo caer sin control hasta estrellarse contra el agua. Apenas fue consciente de sus propios gritos pidiendo ayuda y de sus esfuerzos por intentar liberarse de esos brazos que la arrastraban hasta la cima de la zona rocosa de la playa. Solo sintió un fuerte golpe contra su cuerpo y, al entrar en contacto con el agua, notó cómo su cuerpo iba hundiéndose poco a poco.

No podía creer que sus supuestos amigos la acabaran de tirar con ira, como si de un trapo se tratara, desde esa altura. Era un salto que solo unos pocos se atrevían a hacer. ¿Por qué la odiaban de esa forma?

Y lo que más le costaba aceptar era que había sido Diego quien la había sujetado con bestialidad y arrastrado hasta allí.

Ж Ж Ж

Viernes, 10 de julio de 2009

LA MANGA

—Celia. Celia, por favor. Abre los ojos —susurró Isabel, mientras movía con cierto nerviosismo el cuerpo de su hija, acurrucado en una orilla de la cama.

Los ojos de Celia se fueron abriendo lentamente y, poco a poco, fue tomando forma lo que estaba sucediendo a su alrededor. Ante ella apareció el rostro de su madre y fue precisamente su mirada lo que terminó de despertarla. Sus ojos estaban contraídos con fuerza, enrojecidos y llenos de lágrimas, susurrando ayuda. Era como si su madre necesitara decirle algo con una gran urgencia.

Pero Celia se sentía confundida por la situación, no sabía qué hora era ni cuánto tiempo había estado durmiendo, ni tan siquiera si todo eso no era más que fruto de un mal sueño. Miró fugazmente a su alrededor, estaba oscuro y el silencio lo inundaba todo, solo roto fugazmente, en pequeños intervalos, por la agitada respiración de su propia madre.

—¿Qué pasa mamá? —preguntó Celia dulcemente, intentando no reflejar su enorme preocupación.

—Celia... —empezó a decir su madre, Isabel, pero parecía incapaz de continuar, sus palabras se entrecortaban entre suspiros y sollozos. Intentando recomponerse, respiró profundamente e intentó tomar aire para poder continuar—. Celia, tu padre, es seguro que tiene una amante... Y parece algo serio... Me va a dejar...

Fue entonces cuando Celia se dio cuenta de que su madre llevaba algo en la mano, algo que sujetaba con fuerza. No se lo pensó, estiró su brazo y lo cogió de entre sus manos. Se trataba del móvil de su padre. No era la primera vez que su madre conseguía acceder al teléfono de su padre, pero nunca antes la había visto ponerse de esa forma. Necesitaba leerlo también, saber qué estaba ocurriendo exactamente.

—¿Qué ponía? —preguntó Celia mientras su madre le mostraba lo que acababa de ver. Se acurrucó a su lado y juntas empezaron a leer.

BANCO MAREMAR

Ayer, 9 Julio 2009

Deseando tenerte aquí toda la semana. 😊

En seguida, aquí todo muy aburrido...

Lo tienes muy fácil, déjala y pasa conmigo todo el tiempo...

Sabes que quiero. Pero no es tan fácil, el momento es muy malo

Excusas, excusas...

Sabes que desde que estoy contigo no puedo ni pensar en nadie más. Comparada contigo, Isabel está ya vieja y ...

Celia apartó la mirada de la pantalla del teléfono. La conversación continuaba, pero había visto más que suficiente para entender lo que estaba pasando. Miró a su madre, era horrible ver cómo su belleza se marchitaba con el dolor, enrojeciendo su cara y transformando sus preciosos rasgos en simples muecas marcadas por el sufrimiento. Qué pocas veces la había visto llorar a lo largo de su vida. Generalmente lloraba y sufría en silencio en su habitación, medio escondida tras la melodía de su piano. Ahora parecía que la situación la estaba superando.

—Mamá, no pasa nada —dijo Celia mientras la abrazaba con fuerza, luchando también por contener sus lágrimas. Lentamente su madre acomodó su rostro, triste y dolorido, sobre su hombro y se acurrucó a su lado. Ahora Celia entendía por qué esta vez los mensajes le habían afectado tanto, en esta ocasión había habido claras alusiones hacia ella. Comentarios horribles y despectivos que no había sido capaz de asimilar—. Mamá, mientras estemos juntas todo va a salir bien —se atrevió a decir finalmente.

—Celia, se lo he dado todo, durante casi veinte años se lo he dado todo...
—No pudo acabar su frase.

—Sssssshhh, tranquila mamá. Todo va a salir bien, tú no has hecho nada malo y la vida acaba siendo justa —contestó Celia, sin dejar de abrazarla—. Relájate, que no te afecten todas las tonterías que pueda decir ni te las tomes al pie de la letra, porque no hay forma de saber si eso es realmente lo que piensa.

—Tengo miedo Celia, después de todos estos años, tengo miedo a quedarme sola —comentó su madre, serenándose un poco e intentando dibujar en su cara una media sonrisa. Con cuidado, se fue incorporando hasta ponerse en pie.

Celia no sabía qué decir, parecía bastante claro que su padre les mentía. Había sido muy inteligente, había guardado el contacto bajo el pseudónimo de *Banco Maremar*. Si recibía un mensaje o una llamada de ese número, ellas siempre pensarían que se trataba de una llamada de trabajo. Además, debía borrar las conversaciones con frecuencia, pues simplemente aparecía la del día anterior. Por lo que, para desesperación de Celia, no había forma de obtener ningún detalle que pudiera arrojar luz sobre quién podría ser aquella mujer. Sabía que eso no era algo realmente importante, pero, sin apenas darse cuenta, empezó a sentir cierta curiosidad por descubrir cómo sería la persona por la que su padre estaba dispuesto a abandonarlas.

—Voy a devolver el móvil a la habitación de tu padre antes de que se dé

cuenta de que lo he cogido —dijo finalmente su madre, mucho más sosegada.

Sigilosamente salió de la habitación para volver pasados unos minutos, entrando en el cuarto con cuidado, sin hacer ningún ruido. No había duda de que era toda una experta. Lentamente siguió caminando hacia la primera cama de la habitación y allí se dejó caer, mirando hacia Celia.

—Mamá, tú nunca vas a estar sola —le dijo Celia, que la miraba con atención desde su cama y cuyas palabras salían de lo más profundo de su corazón—. Yo siempre voy a estar contigo. Así que no te preocupes e intenta descansar, es importante que duermas bien.

—Celia... Tú no lo entiendes, eres demasiado joven para entenderlo —comenzó a decir su madre—. ¿Qué va a ser de mí? ¿Qué voy a hacer? Con más de 40 años, sin apenas estudios, sin haber trabajado nunca, me he dedicado toda la vida a tu padre.

—Mamá, por favor, no seas tan pesimista —la consoló Celia, secándole las lágrimas con la propia sábana que la rodeaba—. Es cierto que no podéis seguir así. *El* papá tiene que cambiar su actitud, si no, os tendréis que divorciar. Y no es tan horrible, recibirás un dinero y podrás seguir haciendo tu vida con normalidad.

—¿De verdad crees que él me va a dejar algo? —preguntó su madre con incredulidad—. Conociéndolo, ¿de verdad crees que tu padre me va a querer dar algo?

—Bueno, no es cuestión de lo que quiera él, es cuestión de lo que le diga un juez que tiene que hacer.

—Claro, ya se las apañará él como pueda y más ahora con lo que está pasando con la empresa, con todos los problemas que tiene —contestó su madre, mostrando cierto rencor en sus palabras—. Como se las apañó el sinvergüenza al que le compramos la casa. Celia, no quiero acabar como esa pobre mujer.

Y sin mediar más palabra tiró su cabeza sobre su almohada y empezó a llorar mostrando un sufrimiento tan real que dejó a Celia totalmente asustada.

Ж Ж Ж

Separando durante unos segundos su mano del volante, se quitó rápidamente el sudor que lentamente le empezaba a caer por la frente. Sabía que no estaba sudando por el calor, era todavía temprano y las ventanas de su coche estaban

totalmente bajadas, hacía más frío que calor. Lo que estaba provocando su sudor eran los nervios que venía sintiendo desde que casi tres horas atrás abandonara su apartamento en dirección a La Manga. Nunca antes había estado allí, lo que había dificultado el desplazamiento y lo había tenido totalmente concentrado en la carretera durante las últimas horas.

Según las indicaciones, tenía que abandonar la carretera en la siguiente salida. Miró por el espejo retrovisor, no había nadie detrás de él. A decir verdad, no había nadie en toda la carretera. Habían insistido en que hiciera el traslado durante la noche para evitar ser visto durante el mismo. De la misma forma, le habían indicado que una vez instalado intentara salir y entrar de la casa con cautela, para pasar lo más desapercibido posible.

La salida de la carretera desembocó en una enorme redonda, tomó la segunda salida en dirección a La Manga y en cuestión de minutos, la solitaria carretera de la que venía se transformó en una gran avenida de doble sentido donde empezaba a haber movimiento.

Empezó a sentir una fuerte inquietud, desde el principio sabía que lo más complicado llegaría cuando tuviera que encontrar la casa a la que se dirigía y en la que se hospedaría. Le habían dicho que no se preocupara, que era muy difícil perderse en La Manga, ya que sus dos costas quedaban separadas entre sí por una gran avenida con dos sentidos: uno para entrar y otro para salir. También le habían comentado que la casa se encontraba justo detrás de una zona de pequeñas tiendas conocida como «El Zoco» que encontraría pegada a la avenida principal, justo después de una gran cuesta; ya llevaba varios kilómetros y no había ni rastro de ella. Justo cuando los nervios se empezaban a acumular en su estómago, ante sus ojos el terreno comenzó a elevarse dando forma a una cuesta. La subió a toda velocidad y siguió hacia delante, escaneando todo lo nuevo que iba apareciendo a su alrededor. Ahora sabía que iba en la dirección correcta y apenas tuvo que esperar unos segundos para que, justo a su izquierda, apareciera una zona llena de pequeños establecimientos. Todos eran totalmente blancos y en lo alto se podía leer las palabras «El Zoco». Era justo en ese punto donde debía torcer.

Rápidamente salió por la media isleta que se abría a su derecha y, cuando el semáforo se puso en verde, giró hacia su destino. Una vez en la zona, no le llevó mucho tiempo localizar la casa donde pasaría el resto del verano. Se trataba de una sencilla vivienda tipo «dúplex», situada en un barrio muy

tranquilo del Mar Menor que quedaba a pocos pasos de la playa. Un lujo que para nada esperaba.

Aparcó su coche y sacó del maletero el ligero equipaje que había traído consigo. Una vez se vio a sí mismo a punto de entrar en la casa, fue plenamente consciente de que por fin había alcanzado su destino. No pudo evitar sentir una profunda sensación de alivio. «Ya está lo más difícil hecho, lo demás será pan comido». La casa era pequeña y la decoración escueta, pero contaba con todo lo básico superando con creces sus expectativas; lo que le tranquilizó y le animó ligeramente. Seguía sintiéndose muy nervioso, pero tenía claro que había tenido mucha suerte.

Hacia cosa de un mes, un antiguo amigo de la escuela (al que hacía años, quizá décadas, que no veía) se había puesto en contacto con él. Desconocía si era consciente de la difícil situación en la que se encontraba, pero le había ofrecido justo lo que necesitaba: un trabajo.

—Va a ser muy sencillo —le había dicho—. Sin formalidades, puedes seguir cobrando el paro sin problema. Simplemente tienes que pasar un mes o mes y medio en la playa, ya te diremos dónde, y a diario hacer un reporte sobre todo lo que haga una familia, queremos conocer su estilo de vida. Básicamente un reportaje fotográfico y algún video. Eso sí, es muy importante que intentes que no te vean en ningún momento.

No le había dado muchos más detalles, ni tan siquiera sabía si lo que iba a hacer era del todo legal, pero el dinero que le habían ofrecido le había sacado de todas sus dudas. Simplemente no podía decir que no a esa pequeña fortuna. A sus 54 años y con más de 30 años de experiencia en carpintería se encontraba en paro desde que a mediados de 2008 cerrara la empresa para la que trabajaba. Divorciado y con dos hijos, desde entonces se las había ido apañando gracias a la indemnización recibida y al paro que cobraba cada mes. Pero la prestación por desempleo se acababa en unos meses y no tenía esperanzas de encontrar ningún trabajo en ese tiempo. Lo había intentado todo durante el último año: camarero, jardinero, basurero... Siempre había alguien más joven y preparado para ocupar el puesto. Sentía que ya no había hueco para él. No podía confiar en conseguir un trabajo pronto, tenía que ir tirando como fuera. Por ello, no podía dejar pasar esa oportunidad. Tenía que pensar en sus hijos, necesitaban su pensión.

Suspirando y de nuevo agobiado por todos sus problemas, se sentó en el sofá de su nuevo salón. La tensión del viaje lo seguía manteniendo totalmente

despierto. Así que, incapaz de dormir, decidió echar un vistazo al dossier que le habían preparado, una carpeta marrón que guardaba en su maleta. El informe con todos los datos era escueto pero preciso, con información sobre los distintos miembros de la familia y, al final del mismo, varias fotografías de la casa que debía vigilar. No la había visto hasta ese momento y, tras observarla con atención durante un momento se percató de un curioso detalle: lo mucho que le recordaba a un pequeño castillo.

Ж Ж Ж

Aquella mañana los primeros rayos de sol se colaron por la ventana de Celia sin éxito, dejando a Celia seguir soñando sobre sus alborotadas sábanas hasta bien entrada la mañana, totalmente alejada de las emociones vividas la noche anterior.

Pero al despertar, la preocupación volvió a adueñarse de Celia, que en cuanto volvió a tener control sobre su cuerpo, se giró rápidamente sobre sí misma en busca de su madre. Seguía acostada sobre la cama de al lado, despierta, mirándola fijamente. Al verla consciente al fin, le sonrió con dulzura.

Celia estaba un poco preocupada, desconocía el estado en que se encontraría su madre esa mañana; pero pronto cada uno de sus temores se fue disipando. Sin mencionar nada sobre su padre, empezaron a hablar y reír como siempre.

—Qué exagerados sois —dijo Celia, tapándose la boca para contener la risa, incapaz de creer lo que estaba escuchando. La conversación había girado hacia sus vecinos de la casa situada justo detrás de la suya.

—Te prometo que es tal como te lo he contado —continuó su madre, moviendo sus brazos mientras hablaba para dar credibilidad a sus palabras—. Desde que vive con él, dicen que se ha operado el pecho, se ha puesto extensiones y se ha retocado la nariz.

—¡Madre mía, y será verdad! —contestó Celia, contenta de ver a su madre tal como era, risueña y divertida. Lo cierto era que no era de eso de lo que quería hablar, se moría por preguntarle por los antiguos propietarios de la casa, necesitaba entender mejor qué había motivado la reacción de su madre la noche anterior. Pero le daba miedo sacar el tema, su madre estaba de tan buen humor que no se atrevía a hacer nada que pudiera entristecerla. Decidió dejar pasar la oportunidad—. ¿Y cómo os enteráis de todo esto?

—Se lo cuenta el jardinero a tu padre, que como visita todas las casas, el pájaro se va enterando de todo.

—Menudo jardinero más cotilla tenemos en el barrio —contestó Celia, imaginando que ahora debía hablar bastante sobre su familia. En ese momento recordó el último momento en el que había coincidido con sus vecinos, Ángela y Paco. Hacía ya varios días, acababa de llegar a La Manga y, en ese momento, no había conseguido recordar el nombre de la mujer; vino a su mente también como su apariencia le había resultado un poco vulgar. Pero había algo más, también había visto cierta tristeza en su mirada—. La última vez que los vi, no sé, me pareció *verla, a ella*, algo triste.

—Es que Celia, una cosa no quita la otra —le contestó su madre, mostrando cierta compasión hacia su vecina—. Y será como sea esta mujer, pero su vida no tiene que haber sido nada fácil. Se quedó embarazada jovencísima, con 16 o 17 años, y su hija ya se ha independizado, pero la ha tenido que criar ella sola porque el padre no quiso saber nada. Ahora ha dado con Paco, que es un buenazo, tiene dinero y parece que está por ella. Da pena porque creo que ha cogido una pequeña depresión. La pobre lleva muchos meses intentando quedarse embarazada, pero nada, sin éxito.

De repente, Celia se sintió un poco avergonzada de lo mucho que se había reído de su vecina esa mañana.

—Pobre, la verdad es que debe haber tenido una vida dura... —contestó Celia, mientras pensaba en lo sencilla que había sido su vida en comparación con la de su vecina. Sin embargo, su suerte parecía estar cambiando, ahora todo parecía cada día más duro y complicado. Miró a su madre cuya mirada también se encontraba perdida, debía ser fuerte por ella, tenía que ser capaz de sacarla de aquel pozo en el que parecía sentirse presa tal como su madre había hecho por ella el año anterior.

Con esa idea en la mente, Celia se acercó a su madre y la abrazó con fuerza. Allí se quedaron las dos, en absoluto silencio, durante un interminable momento. Un silencio finalmente roto por la llegada de su abuela a la habitación.

Entró sonriendo y moviéndose con descaro, totalmente alejada de las emociones que se agolpaban en ese momento en aquella habitación.

—Qué risas más graciosas se oían desde abajo —comentó todo lo alegre que a esas alturas llegaba a sentirse, pues como ella misma reconocía muchas veces, las ganas de reír y disfrutar hacía ya muchos años que la habían

abandonado—. Celia, está tu amigo Víctor abajo preguntando por ti. Ayer también vino, pero no estabas.

«Oh, no», pensó Celia, todavía dolida por las palabras que había escuchado de boca de sus amigos en el centro comercial. Sinceramente, no le apetecía nada hablar con él en ese momento.

—Iba a ducharme ahora mismo, tengo que ir a comprar unas cosas en un rato —mintió rápidamente—. Dile que no estoy ahora mismo en casa.

—Bueno, como tú me digas —contestó su abuela, no muy contenta con su respuesta. Ni su madre ni ella dijeron nada, siguieron mirándose la una a la otra mientras a lo lejos resoplaban las zancadas de su abuela bajando con extrema cautela la inclinada escalera de caracol. Tras unos segundos, los pasos se disiparon y ante Celia quedó únicamente el rostro de su madre ferozmente marcado por la preocupación.

—¿Por qué no has querido salir un rato con Víctor? —le preguntó su madre, acariciándole el brazo—. No debería enseñarte nada, ayer fui una estúpida. Voy a acabar poniéndote enferma, aislándote de tu mundo. Es solo... Que sentí que necesitaba que otra persona lo viera y que me dijera que ponía lo mismo que yo estaba leyendo. Celia, tantas veces le he dicho que estaba notando cosas y me ha contestado que *simplemente me estaba volviendo loca*, que ya no confío ni en lo que veo. Necesitaba que tú también lo vieras, para estar segura de que no era cosa mía.

—Mamá, mamá, tranquila... —empezó a balbucear Celia—. Yo estoy aquí para lo que necesites y te prometo, te prometo de todo corazón, que lo de Víctor no tiene nada que ver ni contigo ni con lo de ayer. —La separó ligeramente de su cuerpo y mirándola a los ojos, dijo la segunda mentira de ese día. Una mentira piadosa que no pudo evitar, pues nada le resultaba más horrible que preocupar innecesariamente a su madre.

»Es más, luego por la tarde he quedado con él, pero ahora simplemente no me viene bien.

—Vale, cariño. Pero me duele tanto hacerte partícipe de todo esto.

—Mamá, no es tu culpa y además estoy perfectamente. Tienes que estar tranquila —sentenció Celia, mostrando a su madre su mejor sonrisa. Con habilidad consiguió desviar la conversación hacia otro tema, volviendo a reinar la normalidad en sus palabras, normalidad que ambas sabían debían ser capaces de aprovechar mientras durara.

Cuando su madre la abandonó aquella mañana, Celia descubrió abrumada

que no tenía nada qué hacer. Normalmente bajaba a la playa por las mañanas, pero sabía que Víctor podía estar allí, por lo que tuvo que desechar la idea. Acorralada por el aburrimiento, bajó al salón y deambuló por la casa en busca de algo para matar el tiempo. Salió al jardín trasero donde encontró a su padre agachado en medio del mismo, barnizando varias mecedoras. Su mente se perdió en un torbellino de sentimientos contrariados. ¿Debía odiarlo por el daño que estaba haciendo a su madre? Por una parte, sentía que sí, por la crueldad y egoísmo con la que se estaba comportando. Por otra, sentía un fuerte deseo de llevarse bien con él, de que todo fuera diferente y pudieran tener una mejor relación. El tipo de relación que siempre había deseado, pero jamás conseguido. Finalmente, el fuerte deseo por la aceptación de su padre triunfó y se encontró a sí misma ofreciéndole su ayuda.

—Pues mira ve y dile a Antonio, «el Francés», que creo que no voy a poder salir luego por la tarde con el kayak —contestó su padre, sorprendido por el ofrecimiento de Celia. Quizá debía intentar ayudarle con más frecuencia, estaba claro que había recibido su ayuda como algo extraordinario—. Que si puede, se pase por aquí y salimos en un rato.

Uno de los pasatiempos favoritos de su padre en La Manga eran sus largos paseos en kayak. Tanto su padre como su vecino, Antonio, tenían uno y los días en los que el oleaje lo permitía, solían aprovechar y bajarlos a la playa.

—Pero ¿dónde está? —preguntó Celia, contenta de tener algo que hacer.

—¿Dónde va a estar, Celia? ¡Pues en su casa! —le contestó su padre haciendo una mueca de incredulidad, como si la pregunta hubiera sido de lo más innecesaria.

Suspirando, Celia se dirigió hacia la casa de su vecino. Daba igual lo que hiciera, su padre nunca le daba las gracias ni apreciaba nada de lo que hacía. Luchaba por no perderle el respeto ni dejar de querer estar a su lado sabiendo todo lo que estaba pasando entre él y su madre, pero muchas veces se lo ponía muy complicado.

Su vecino Antonio (al que todo el mundo conocía como «el Francés») pasaba los veranos con su familia en una enorme casa de color rojizo situada justo al lado de la casa de Celia. Ambas miraban al mar y quedaban separadas únicamente por un alto muro lateral. Resultaba curioso, la casa era bastante más grande, con piscina y un sinfín de lujos en su interior, pero quedaba empuñecida al lado de la singularidad y originalidad de la casa de la familia de Celia.

Al llegar a la puerta, se inclinó para tocar el timbre, pero de repente, fuertes gritos empezaron a resoplar tras la pared.

—¡Joder! Siempre igual —gritó una voz masculina, totalmente ida—. Tienes que estar siempre robándome.

—Oye, chaval —contestó también elevando el tono una voz en la que reconoció el acento de su vecino Antonio—. Aquí estás a gastos pagados, en Francia tienes casa, coche y todo lo que necesites. No sé cómo te atreves...

—Pero ¿te piensas que soy tonto? —contestó de nuevo la voz. Esta vez también notó en ella un ligero acento extranjero, similar al que tenía toda la familia, pero se trataba de una voz que nunca antes había escuchado. Fue entonces cuando recordó que el hijo mayor de su vecino Antonio había venido a pasar el verano. «¿Será él?». Sus pensamientos se quebraron con la continuación de los gritos—. A ti lo que te pasa es que disfrutas gastándolo todo y riéndote de nosotros. ¡Nadie sabe por qué te fastidia si ves que disfrutamos!

La conversación se iba encrespando de forma acelerada, no había duda de que no era un buen momento para llamar a la puerta. Decidió que lo mejor sería dar un pequeño paseo y a la vuelta dar el recado, cuando la situación se hubiese calmado. En ese momento y de forma totalmente inesperada, alguien abrió la puerta delantera dejando a Celia totalmente al descubierto y sin ninguna idea de cómo iba a explicar qué estaba haciendo ahí parada escuchando a escondidas.

6

—¿Has anotado los números de los proveedores de la bebida?

—Sí, creo que ya no me falta ninguno —respondió María, revisando también sus papeles, buscando algún detalle que hubiera olvidado preguntar—. Creo que ya está todo.

Sentadas en la barra de la pizzería llevaban repasando el funcionamiento de los proveedores y los suministros desde muy temprano. Por fin, María sentía que lo entendía todo a la perfección.

—Pues vete rápido que te dé tiempo a descansar un poquito antes de que tengas que volver —le indicó Montse sonriendo. Era increíble lo bien que había conectado con su encargada—. Que no quiero que acabes tirándote del barco antes de que acabe el verano.

María no pudo evitar reír ante el comentario.

—¡No prometo nada! —bromeó, mientras recogía todas sus cosas de la barra, las metía en su mochila y se levantaba del taburete en el que estaba sentada—. Además, sabes que este *extra-training* ha acabado siendo algo necesario, y estoy muy contenta con todo lo que estoy aprendiendo.

—Casi una cuestión de vida o muerte, diría yo —le respondió Montse, con una gran sonrisa. María la miró sorprendida, le halagaba mucho la confianza que estaba depositando en ella.

Lo cierto era que realmente estaba disfrutando la experiencia en la pizzería. Aunque no podía engañarse a sí misma, estaba trabajando muchísimo. De hecho, no había descanso, desde que entraba hasta que se marchaba no paraba ni un solo segundo. Pero, al mismo tiempo, se sentía mejor que nunca. Le encantaba verse a sí misma lidiando cada día con todo tipo de situaciones y disfrutaba aconsejando y conversando con los distintos clientes.

Desde el principio había intentado dejar claro que aspiraba a dar lo mejor de sí misma y ayudar en todo lo posible. Y trabajando duro, en poco tiempo, se había ganado el aprecio de sus compañeros y la confianza de Montse.

El problema era que Montse no era la única encargada, Manuel era el segundo encargado y estaba al mando cada vez que Montse no se encontraba

en la pizzería. Mientras que la relación con Montse fluía con naturalidad, con él notaba que no se entendía. Y no era la única, la mayoría de camareros lo consideraban bastante inepto para el puesto. Cómo se las había apañado para llegar a ser encargado era algo que María desconocía, pero de lo que sí se había dado cuenta muy rápido era que las noches en las que todo estaba a su cargo eran un absoluto desastre. Ella misma había tenido que tomar el mando en más de una ocasión, intentando reaccionar ante su exasperante indecisión.

Quizá por ello, Montse le había acabado haciendo una oferta que no había podido rechazar. Le había propuesto que, con discreción, estuviera pendiente de todo lo concerniente al local cuando ella no estuviera allí. En otras palabras, le había pedido que ella fuera la verdadera encargada cuando Manuel estuviera al mando, controlando que realizara su trabajo de forma correcta. Todo ello se traducía en más trabajo por el mismo sueldo y clases durante dos o tres horas cada mañana en las que Montse le enseñaba cómo funcionaba todo allí. A simple vista, la oferta carecía de atractivo alguno. Es más, no les había dicho ni una sola palabra a sus padres. Pero en ese momento de su vida en el que se sentía una auténtica fracasada, el hecho de que, de entre diez camareros, Montse se hubiera decantado por ella, le había parecido un increíble halago. Y eso era suficiente.

Por todo ello, cuando esa mañana abandonó el restaurante en dirección a su casa, se sentía plenamente feliz. Justo antes de entrar sacó su toalla de playa de su mochila y se alborotó un poco el pelo, para que su aspecto diera la sensación de haber pasado unas horas en la playa. Sin embargo, una vez dentro se dio cuenta de que nadie habría notado que volvía demasiado pulcra de la playa. Todos tenían la atención puesta en algo distinto.

—Víctor, mira, yo solo intento aconsejarte. —Oyó decir a su madre en la cocina, podía leer desesperación en sus palabras, lo que le indicaba que debían llevar un buen rato discutiendo—. Puedo entender que cuando te dije que si ibas a estudiar una ingeniería te vendría bien empezar a dar clases de alemán este verano, me dijeras que no. Lo acepto, son tus vacaciones y te las has ganado. Pero que te resistas a entender que en Madrid vas a estudiar en un entorno con más oportunidades y sigas en tus trece de venir a estudiar aquí, a Murcia, es algo a lo que no le veo ningún sentido.

—Mamá, te repito que no solo son mis vacaciones, también es mi vida —le contestó Víctor de forma clara y cortante, pero sin elevar el tono en ningún momento—. Además, la Universidad de Cartagena es muy buen campus, su

facultad de Ingeniería Industrial está entre las mejores de España, así que pretendo estudiar en una muy buena universidad por lo que no entiendo...

—Víctor, escucha a tu madre —cortó su padre, quien ante estas discusiones siempre intentaba mantenerse al margen, pero aprovechaba los momentos de vacilación entre ambos, para dar sutilmente la razón a su madre.

No le apetecía nada participar en el que había sido el gran debate familiar durante el último mes, así que sigilosamente cruzó el salón y agazapada entró en su habitación. Una vez dentro se tiró sobre su cama y empezó a ojear sus últimos apuntes. Intentó concentrarse, pero las palabras de sus padres y su hermano, que llegaban desde la cocina, se lo impedían. La verdad era que la noticia de que su hermano estudiaría la misma ingeniería que su padre había llegado con gran alegría e ilusión a su familia, pero toda la felicidad se había esfumado cuando poco después se descubrió que su intención era abandonar Madrid para estudiar en Murcia.

A su madre, la noticia le había caído como un chorro de agua fría. No entendía que su hijo no se diera cuenta de que las oportunidades que le ofrecía Madrid jamás se las daría una región como Murcia. Podía hacer prácticas en empresas internacionales que tenían allí su sede y, una vez terminada la carrera, podría encontrar un buen trabajo mucho más fácilmente. Así se lo había intentado hacer ver, dejándole claro que la vida se estaba complicando de forma descomunal. Cuando ella y su marido terminaron sus estudios, habían conseguido trabajo sin gran dificultad. Pero ahora todo había cambiado y estudiar ya no garantizaba nada. Además, para ella, la situación se estaba cebando con los jóvenes y nada garantizaba que al terminar sus estudios hubiera un trabajo de ingeniero esperando en su puerta; quizá incluso tendría que abandonar el país hacia Reino Unido o Alemania, por lo que no podía permitirse cometer ningún error.

María se quedó pensando durante un instante en lo que para ella sería lo mejor para su hermano. Mucha gente le decía que era la viva imagen de su madre y, en momentos como este, se daba cuenta de que tenían razón. Estaba de acuerdo con todos los argumentos que ella había dado y, de hecho, no entendía muy bien el empeño de su hermano. En ese momento, una divertida idea cruzó su mente y, sorprendida, se dio cuenta de que quizá sí podía haber algo por lo que su hermano podría estar fuertemente interesado en estudiar en Murcia.

Ж Ж Ж

El corazón de Celia empezó a latir con fuerza y notó como su rostro ardía con una gran intensidad. Se sentía incapaz de realizar cualquier movimiento, por lo que decidió permanecer simplemente donde estaba. Ya no había forma de escapar.

Desde allí, en el umbral de la puerta, fue visualizando la figura que tenía ante ella. Se trataba de un chico joven, como mucho un poco mayor que ella, delgado pero de complexión atlética y cuya presencia dejó a Celia totalmente helada. Intrigada, su mirada fue discretamente en busca de su rostro para quedar, durante unos segundos, embelesada ante la imagen de sus perfectas facciones. Los rasgos en su cara encajaban a la perfección entre sí, donde destacaba la sonrisa más bonita e intrigante que jamás había visto. Pero si había algo en él que realmente captó su atención fue lo mucho que transmitían sus grandes y penetrantes ojos. Una mirada rasgada difícil de olvidar que en un marrón muy oscuro invitaba a aproximarse. Sin embargo, allí se quedó plantada, completamente inmóvil mientras se preguntaba quién sería en realidad la persona que desde enfrente también la contemplaba.

—Hola —le dijo lanzándole una penetrante mirada, ligeramente sorprendido por su presencia. Sin mediar más palabra, la sobrepasó y salió a la calle, por donde continuó su camino.

—Hola —contestó Celia de forma entrecortada, mientras sentía que la figura pasaba de largo, rozándola ligeramente. En ese momento se dio cuenta de que era bastante más alto que ella, lo que le hizo sentirse muy pequeña en comparación con él. Sin apenas pensarlo se dio la vuelta, para observar cómo poco a poco se iba alejando. Se movía con cierta chulería y en una de sus manos observó la pequeña silueta de un cigarrillo. Como por arte de magia, un recuerdo regresó a su mente, «¿es él la persona que aquella noche vi observar nuestra casa desde la playa?»

Notó una nueva presencia en el interior de la casa, por lo que se giró, de nuevo, hacia la puerta. Justo delante de ella encontró el rostro enojado de su vecino Antonio, que sorprendido de encontrarla allí en lugar de a su hijo, fue progresivamente suavizando sus facciones.

—Celia —dijo en el tono alegre e interesante que siempre usaba—. No sabía que estabas aquí.

—Acabo de llegar —mintió mientras le devolvía su mejor sonrisa—. La puerta estaba abierta.

—Pasa, pasa. ¿Quieres tomar algo? —preguntó su vecino invitándola con insistencia hacia dentro e intentando por todos los medios mostrarse simpático y divertido. Era algo que lo caracterizaba, posiblemente porque, en realidad, no lo era.

—Muchas gracias, pero no hace falta —respondió Celia rápidamente, sin apenas moverse de donde se encontraba—. Tengo un poco de prisa, venía solo porque mi padre quería decirte que no va a poder salir luego, por la tarde, con el kayak; pero si pudieras salir en cosa de media hora, sí podría.

—¿Ahora? Pues creo que sí, dile que lo espero en la playa en veinte minutos.

—Perfecto. Ahora mismo se lo digo —contestó Celia y aliviada se escapó de la embarazosa situación que acababa de vivir y de la que sorprendentemente acababa de salir airosa.

Al regresar a su casa, ayudó a su padre a bajar el kayak por la empinada escalera de piedra que conducía directamente a la playa, para poco después, observar cómo se alejaba junto a su vecino mar adentro. Al principio había temido encontrarse con Víctor en la playa, pero no había ni rastro de él. Así que no vio ningún motivo para marcharse, podía quedarse un rato más allí. Con esa idea en la mente, plantó cuidadosamente su sombrilla en la arena y bajo su sombra se dejó caer.

No tardó en quedarse dormida sobre su toalla, lo contrario habría sido imposible. La brisa del mar desprendía, junto con el movimiento de las olas, una melodiosa canción que en cuestión de segundos la tuvo totalmente hipnotizada. Cuando el propio ajeteo de la playa acabó despertándola se sentía totalmente desorientada, sin saber muy bien cuánto tiempo llevaba durmiendo. Había soñado con la figura que la había sorprendido en casa de su vecino, aquel misterioso chico, pero, pese a que lo intentó, no fue capaz de recordar qué había ocurrido en su sueño.

Miró hacia la orilla donde descubrió cómo dos kayaks se acercaban, tratando de esquivar hábilmente a los bañistas que se agolpaban en el agua. En cuestión de segundos su padre y su vecino saltaron al agua y arrastrando los kayaks, comenzaron a acercarse hacia donde ella se encontraba, totalmente enfrascados en una intensa conversación.

—Que no, Antonio, que no —dijo su padre mirando a su vecino, mientras

tiraba de su kayak—. Que se han puesto en un plan que si te descuidas tienes que estar tú trabajando para ellos en lugar de ellos para ti.

—Es que te tienes que poner en tu sitio, si no estás perdido, pero es que lo que está pasando aquí, es increíble. Allí, en Lille, también se está notando mucho la crisis, pero nada que ver con España —se jactó Antonio—. Pero tampoco estoy tranquilo, en Alemania también lo están pasando mal y todo lo que pasa allí afecta a Francia.

—Qué va, Antonio. Puedes estar tranquilo. Alemania saldrá del bache en no mucho tiempo, pero aquí, aquí no sé muy bien qué va a pasar —respondió su padre mirando hacia el suelo, ciertamente preocupado por lo que el futuro les deparaba.

Celia era consciente de lo mal que lo había pasado su padre durante el último año, luchando por una empresa que no lograba levantar cabeza.

—Pero aquí, Antonio, no se vende una viga desde el verano de 2008 —continuó su padre mirándolo fijamente, ambos se habían detenido a medio camino, totalmente concentrados en sus palabras. Su vecino hizo un ademán de decir algo, pero su padre lo cortó con la continuación de su discurso—. Déjame que te diga, Antonio, tú imagínate que tienes una fábrica con capacidad para fabricar todos los días 100 vigas y, de repente, pasas a vender 10 a la semana. ¡A ver qué haces! Apenas generas ingresos, pero tienes los mismos gastos: los sueldos, la luz, los pagos... ¡En dos meses estás liquidado!

»Por narices tienes que empezar a despedir gente y bajar sueldos y ¡no veas la que se monta! —continuó diciendo su padre—. Con cuidado, despedí a finales de 2008 a 120 trabajadores (¡tenía casi trescientos trabajando!) y recorté los sueldos todo lo que pude. Imagínate lo que me costaron los despidos...

—Un disparate —contestó Antonio con seguridad.

—Pues empezamos así 2009, con la esperanza de que tras esas medidas se oxigenara un poco la empresa. ¿Sabes lo que pasó? Apenas noté diferencia ni con los recortes ni con los despidos. Pues avanza el año y no sale ni una obra nueva, tengo a los comerciales paseándose sin sacar ni un pedido y a los trabajadores de planta casi parados. Ante eso, no queda otra que seguir despidiendo gente y... Más dinero y más problemas. Así, Antonio, llegó un momento en que no tuve más remedio que entrar en concurso y poner en marcha un ERE para otros 170 trabajadores. Que la situación económica

mejora y podemos salir, perfecto; que todo continúa igual, pues se cerrará la empresa y se liquidará todo.

—Puestos en el peor de los casos, ¿en qué situación os quedaríais? —preguntó Antonio con cierto aire de preocupación.

—Pues ya te puedes imaginar que bien tocados. Lo peor es que nos quedamos sin el negocio, 50.000 metros cuadrados de fábrica más toda la maquinaria. Pero al menos con la venta de eso se podría pagar lo que se debe a los trabajadores y todos los préstamos que tenemos todavía de la última ampliación. Una pena porque mi hija tendrá que buscar otra vía de vida, pero es verdad que seguiremos teniendo suficiente para vivir. Todavía tengo varios solares muy bien ubicados y las casas están a mi nombre, por lo que ahí no hay peligro.

»Lo que ya no sé es si nos podremos quedar donde vivimos o nos tendremos que ir a otro sitio —continuó su padre—. No quiero irme porque he vivido allí toda mi vida; pero es que los trabajadores se han puesto en un plan increíble. No todos, pero algunos nos están haciendo la vida imposible. ¡Y a ver qué culpa tengo yo de no poder pagarles!

Siguieron andando durante unos segundos, reflexionando cada uno en silencio, ya a pocos metros de la zona donde se encontraba Celia. Estaban a punto de alcanzarla cuando su vecino Antonio rompió el silencio, como si tras varios minutos de vacilación, se atreviera finalmente a preguntar aquello en lo que estaba pensando.

—Y tú... ¿cómo vas con la otra cosa? —preguntó finalmente a su padre. En ese momento, el estómago de Celia dio un vuelco. ¿Cuánto sabría Antonio sobre lo que estaba pasando? Se trataba del tipo de secreto que los hombres se confiesan entre ellos. Nunca lo había pensado, pero quizá él supiera todos los detalles sobre la relación de su padre con aquella otra mujer.

—Pues... Pues ya te puedes imaginar que a veces me siento muy culpable... Y más ahora, con el recuerdo de lo que hace 10 años pasó en mi casa. Pero... —empezó a decir su padre, mirando ligeramente a su alrededor, como si estuviera comprobando quién había allí que pudiera escuchar sus palabras. Para desesperación de Celia, no tardó en darse cuenta de su presencia—. Hombre, Celia, te has quedado al final en la playa. Muy bien...

—Madre mía, Emilio —comentó entonces su vecino Antonio, mirándola de arriba abajo, observándola de una forma que le hizo sentirse realmente

incómoda—. La pequeña Celia se nos ha hecho mayor. ¡Menudo cambio ha pegado este año!

—Sí, se ha hecho toda una mujer —dijo su padre con inocencia, dejando por un momento el kayak sobre la arena, para acercarse a Celia y poner su brazo alrededor de ella con orgullo.

—Está muy, muy guapa —le respondió su vecino, sin dejar de mirar su cuerpo en bikini—. No sé si conoces ya a mi hijo, le he hablado de ti. Pásate luego y te lo presento, que el pobre no conoce a nadie aquí.

—Luego quizá me pase —respondió Celia, deseando en su interior que aquellos ojos se alejaran de ella. Lo dijo más por educación que por otra cosa, no tenía ningún interés en aquel chico. De hecho, en ese momento, asediada por aquella mirada, nada le apetecía menos que conocer a alguien que se pudiera parecer en lo más mínimo a su vecino Antonio.

Sin mediar más palabras, su padre y su vecino comenzaron a alejarse, arrastrando los kayaks hacia sus casas. Siguieron hablando y Celia pudo distinguir cierto aire de confesión en los gestos de su padre y de gran interés en los de su vecino. Pero con una gran frustración se dio cuenta de que ya no era capaz de escuchar nada de lo que estaban diciendo.

Ж Ж Ж

Un rugido despertó a Celia en plena noche, un sonido que parecía querer indicarle que algo estaba ocurriendo a su alrededor.

Se incorporó ligeramente y, de repente, sintió como un tremendo escalofrío recorría todo su cuerpo y dejaba su piel marcada por la fría temperatura que envolvía la habitación. Elevó su mirada en busca de su ventana, el viento soplaba con fuerza y entraba con insistencia, moviendo las cortinas blancas de su habitación de arriba abajo, como si de un fantasma se tratara. Con cuidado se levantó, se puso una pequeña chaquetilla por los hombros y pasando entre las cortinas, que se elevaban sobre ella como intentando atraparla, cerró la ventana. El silencio se hizo de nuevo en la habitación y el rítmico movimiento sobre ella cesó de inmediato.

Antes de regresar a su cama, decidió aprovechar para ir al aseo. Encendió la luz del pasillo y, una vez al final del mismo, encendió también la del cuarto de baño. Dejó la puerta del aseo abierta, ya que no esperaba que nadie la

molestara en plena noche y desde el incidente que había vivido días atrás, evitaba a toda costa tener que cerrar cualquier habitación.

Al terminar apretó lentamente la cisterna, intentando que no saliera mucha agua para hacer el menos ruido posible. Mientras se lavaba las manos observó con detenimiento el reflejo de su rostro en el espejo. Notaba su cara muy marcada por el cansancio, acarició suavemente sus grandes ojeras y sus labios, donde algunas líneas de expresión empezaban a dejar su rastro. Apenas había dormido un par de horas esa noche, pues la última gran pelea de sus padres la había mantenido en vela hasta bien entrada la madrugada. Esta vez la había presenciado en primera persona, desafortunadamente se encontraba en la misma habitación cuando todo había ocurrido.

Esa misma tarde, cuando ya estaba anocheciendo, su padre había aparecido en el salón con una maleta y les había informado de que tenía que marcharse y estaría fuera durante al menos tres o cuatro días, solucionando unos asuntos que habían surgido en la empresa. Sus palabras habían deformado el rostro de su madre que había reaccionado perdiendo totalmente el control sobre sí misma. Los gritos e insultos habían resonado con fuerza en los oídos de Celia que inmóvil había tenido que presenciar toda la escena sin saber muy bien qué hacer.

—Por favor Emilio, no te vayas —le había suplicado finalmente su madre a su padre, casi arrodillándose ante él, suplicándole que no se marchara, que se quedara con ella.

Ante esa imagen, su padre la había apartado como había podido y, sin aparente remordimiento, había cogido su maleta y se había marchado, dejando un hogar roto por la desesperación y sollozos de su madre. Celia no había sido capaz de reaccionar, pero, ante ella, su madre había conseguido levantarse, controlar su acelerada respiración y subir a su habitación. Celia, en cambio, todavía seguía ahí parada cuando regresó su abuela. Todo estaba ya en calma, así que solo le dijo que su padre se había tenido que ir y volvería en unos días, evitando mencionar nada sobre la horrible pelea. Cuanto menos sufriera, mucho mejor.

Suspirando desvió su mirada del reflejo que le devolvía el espejo, que solo le recordaba las horas que había pasado llorando silenciosamente en su cuarto antes de quedarse dormida.

Empezó a moverse de vuelta a su habitación, sin tener muy claro si conseguiría descansar algo más aquella noche. Se encontraba ya a mitad del

pasillo cuando un fuerte ruido le encogió el corazón y paró en seco sus pasos. Una especie de estallido que provenía de la planta inferior. Esperó durante unos minutos, con la esperanza de que alguien saliera de su habitación para ver qué podría haber producido aquel golpe, pero no hubo ningún movimiento; todos seguían durmiendo. Tras un momento de indecisión, su curiosidad superó su miedo y encaminó sus pasos hacia la planta de abajo.

Recorrió los escalones con cuidado, sintiendo la cálida textura de la madera bajo sus pies descalzos. Una vez abajo intentó encender la luz, pero nada ocurrió cuando apretó el interruptor.

«Algo debe haber producido que salten los plomos», pensó Celia intentando acostumbrarse a la oscuridad que inundaba el salón. Afortunadamente, las persianas que ocupaban toda la pared de la habitación estaban levantadas y la tenue luz que atravesaba sus cristales pronto permitió a sus ojos moverse sin gran dificultad.

Todavía nerviosa, se fue desplazando por toda la planta intentando adivinar qué podría haber producido aquel sonido. Miró hacia la esquina en la que se encontraba la habitación de su abuela, la puerta estaba cerrada y no se notaba ningún ruido. Parecía que seguía durmiendo.

Ya volvía a su habitación, cuando algo en el suelo, justo enfrente del enorme mueble de madera del salón, captó su atención. Con pasos sigilosos se acercó hasta el lugar, para encontrar, totalmente destrozado, uno de los retratos que adornaban las estanterías del mueble. El cristal que protegía la foto se había roto llenando el suelo de pequeños vidrios. Con sumo cuidado, Celia se acercó, apartó los vidrios y cogió el marco con la foto. Se trataba de una imagen en la que aparecían sus padres junto a ella en su cumpleaños, muchos años atrás, cuando había cumplido 6 años. Algo debía haber provocado la caída del marco desde el mueble. Pero no entendía qué podría haberlo hecho.

Se quedó observando la foto durante unos segundos, absorta en una imagen por la que pasaba cada día, pero que tenía totalmente olvidada. Intentaba recordar algún detalle de aquel feliz día cuando, de forma totalmente inesperada para Celia, el reloj antiguo del salón empezó a sonar, dando la hora como si de un pequeño reloj de iglesia se tratase. El gong la pilló totalmente desprevenida. Su cuerpo reaccionó dando un pequeño salto, que hizo que sus pies, totalmente descontrolados, acabaran pisando varios de los vidrios esparcidos por el suelo.

—Mierda —dijo Celia, llevándose su mano hacia su pie derecho, donde uno

de los cristales le había producido un pequeño corte. La herida era superficial, sin gran importancia, pero, pese a ello, su pie se llenó de sangre en cuestión de segundos. De un salto, se dirigió a la mesita situada entre el mueble y los sillones, donde cogió varios pañuelos de papel que usó para tapar la herida. En ese instante, algo a sus espaldas calló de nuevo provocando otro fuerte ruido contra el suelo. Se levantó rápidamente, quedando de espaldas al propio mueble y al objeto que acababa de caer. Su respiración empezó a acelerarse, se sentía incapaz de mirar atrás por temor a lo que podría encontrar; respirando profundamente poco a poco fue dándose la vuelta, esperando ver ante ella al causante de la caída. Pero al girarse completamente, descubrió que no había nadie ni nada frente a ella más que un nuevo retrato caído sobre el suelo.

Miró con incredulidad por todo el salón, intentando localizar qué podría haber producido el nuevo impacto. No pudo encontrar nada. Armándose de valor, encaminó sus pasos hacia el nuevo objeto, sintiendo que conforme se acercaba, más rápido latía su corazón.

Se agachó para cogerlo y fue al sujetarlo cuando se dio cuenta de que estaba temblando. Esta vez ante sus ojos apareció un retrato de su rostro, sonriendo de niña, en una especie de desfile. En este caso, el cristal había sobrevivido a la caída, pero la parte de atrás se había roto, quedando el marco suelto. Sin apenas pensar lo abrió totalmente y sacó la fotografía, atónita descubrió que detrás de la imagen visible, escondida entre su foto y el propio respaldo del marco, se encontraba la fotografía de una mujer, de una gran belleza, que sonreía frente al mar, posando con un precioso vestido de flores. Sacó la foto y dejó el marco con su propia fotografía sobre el suelo. La observó con detenimiento para descubrir en su reverso unas palabras escritas a mano.

«Para Alberto Puigcerver. Con todo mi amor y cariño.»

En ese momento, un nuevo escalofrío recordó a Celia todo lo que acababa de suceder, así que rápidamente guardó la fotografía en su bolsillo, apretó la especie de vendaje que había colocado sobre su pie y se encaminó de nuevo hacia su habitación. Regresó a toda prisa, casi corriendo, huyendo de algo que sentía que la acechaba, pero que no sabía muy bien qué era. De camino a la escalera miró de reojo el enorme reloj que con su inesperado sonido tanto la había asustado. No pudo evitar darse cuenta de que, una vez más, había dejado de funcionar, tal como su padre le había dicho que había estado pasando

durante días, había vuelto a quedarse parado, con sus agujas fijas sobre las cuatro de la madrugada.

Sábado, 11 de julio de 2009
LA MANGA

Con precisión y rapidez, sus dedos se movieron sobre el teclado de su portátil, escribiendo únicamente dos palabras: Alberto Puigcerver. Necesitaba información que le permitiera arrojar algo de luz sobre quién era la persona que aparecía en la foto que había encontrado la noche anterior. Lo único que tenía era el nombre escrito en su reverso, así que decidió que ese sería su punto de partida.

Comenzó la búsqueda sin apenas esperanzas de encontrar gran cosa, pero su corazón dio un vuelco de alegría y sus ojos se iluminaron cuando Google le devolvió multitud de resultados relacionados con el término. Los primeros simplemente eran webs con datos fiscales (nada muy relevante para ella), pero el tercer resultado parecía más interesante. Se trataba de la página web de un bufete de abogados cuyo nombre era «Abogados Plazerco», un bufete fundado en 1986, que ofrecía su asistencia en diversos campos de la abogacía y cuyo fundador y presidente se llamaba Alberto Puigcerver Fernández. Con gran interés, empezó a leer la escueta información que aparecía sobre él en la web:

«Abogados Plazerco abre sus puertas en 1986 en Madrid, cuando cinco abogados decidimos que podíamos ser capaces de dar un mejor servicio y realizar un trabajo mucho más eficiente que los tradicionales bufetes de abogados afincados en la capital. Gracias a nuestro espíritu innovador y a nuestra nueva forma de practicar la abogacía, hoy contamos con más de 50 profesionales a nuestro servicio. Sintiendo la satisfacción cada día de seguir orientando, ayudando y aconsejando a todos nuestros clientes.»

»Alberto Puigcerver Fernández. Fundador y presidente«.

Siguió investigando la web, moviéndose de un sitio a otro por ella, pero no encontró nada más realmente relacionado con su socio y fundador. Decidió volver al buscador y probó suerte con imágenes relacionadas con el término. Ante ella, la pantalla se llenó de fotografías donde un hombre siempre

trajeado, de unos 60 años, aparecía en diversos eventos y recibiendo múltiples premios en nombre de su bufete. ¿Sería ese hombre la persona a la que estaba dirigida la fotografía que había encontrado? Con desesperación suspiró, no tenía forma de saberlo a ciencia cierta.

Resignada, apagó su portátil y lo dejó sobre la mesa, se quedó acostada en el sofá durante unos minutos intentando no pensar en nada. Extendió su brazo y cogió su móvil, tenía una llamada perdida de Víctor que no pensaba responder y un par de mensajes no muy importantes. Lo que sí llamó su atención fue lo tarde que era, casi las seis, mucho más tarde de lo que pensaba. Y, sorprendentemente, apenas había visto ni escuchado a su madre durante todo el día. Después de la pelea del día anterior, que su madre apenas saliera de su habitación no era buena señal.

Se levantó de un salto y, andando con sumo cuidado, intentando no dejar todo su peso sobre la herida de su pie, se dirigió hacia su cuarto. El pestillo no estaba puesto así que pudo entrar sin ningún problema.

La habitación que ocupaba su madre era la principal de la casa y la parte más espectacular de todo el chalé. Aún recordaba la primera vez que había entrado; apenas tenía 8 años y lo que había visto allí la había dejado sin respiración. Había sentido que se encontraba en un lugar único e irrepetible, como sacado de un palacio árabe perdido en algún lugar inaccesible. Con el tiempo se había acabado acostumbrando y ante sus ojos ya no resultaba tan impactante, pero Celia seguía sintiendo algo dentro de ella cada vez que se disponía a entrar en aquella habitación.

Con cuidado se adentró en el cuarto, accediendo a un estrecho vestidor con amplios armarios de madera a cada lado, separados entre sí por un arco, todo construido con el mismo tipo de madera anaranjada que se repetía por toda la casa. El vestidor daba acceso a un cuarto de baño propio y, atravesando el arco de madera, a la propia habitación cuya forma, a diferencia de lo corriente, era redondeada y cuyo techo se alargaba hacia arriba, hasta llegar al punto más alto de la casa. De esa forma, la habitación imitaba a lo que sería desde dentro una pequeña torre.

Atravesando el arco encontró a su madre acostada sobre su cama, también redonda y situada justo en el centro de la habitación. Justo detrás de la cama, la mirada de Celia se perdió en el azul del mar que resaltaba a través de los ventanales. Al acercarse a su madre, se sintió atrapada por la madera que se repetía de un lugar a otro, con adornos y detalles esculpidos sobre ella, que

daban a la habitación el toque árabe de la casa que a todo el mundo fascinaba. De hecho, rodeando la cama subían dos escaleras de madera, una por cada extremo de la habitación, que conectaban la planta baja con la superior, uniéndose en lo alto. La planta superior tenía la misma forma redondeada y quedaba justo encima de la cama. Allí se encontraba una pequeñita habitación, sorprendentemente, levantada sobre un suelo de cristal; al final de ella, su madre había colocado su amado piano y un par de pequeños sillones. También allí se encontraba el pequeño balcón que daba hacia la playa y que, visto desde abajo, aparentaba ser lo alto de la torre de un pequeño castillo.

Celia se acostó junto a su madre; estaba despierta, envuelta entre sus sábanas blancas y con la mirada más perdida que jamás había visto en ella. No le dijo nada, simplemente le dio un beso en la frente y se quedó allí acostada, mirando hacia el techo. La visión era impresionante, justo encima quedaba el techo de cristal, redondo, y sujeto con varios radios de madera. A través del cristal quedaba visible el precioso techo árabe de lo alto de la habitación, en forma de bóveda y decorado en tonos cálidos.

—Una maravilla, ¿verdad? —comentó su madre, dirigiendo también su mirada hacia el techo y, poco después, hacia todas las maderas que quedaban sobre ellas.

—Lo más bonito es el azulejo con tu imagen —respondió Celia, mirando al centro del techo donde se encontraba un precioso dibujo del rostro de su madre, con su cabello movido por el viento.

—Mucho ha cambiado todo desde que tu padre me dio esa sorpresa —Sonrió formando una especie de mueca y desvió su mirada hacia Celia—. Fue lo único que cambiamos de esta habitación cuando compramos la casa, tuvimos claro que no íbamos a modificar nada de ella, la veíamos perfecta. Pero a tu padre le pareció buena idea poner en el centro del techo algo relacionado con nosotros y que pudiéramos observar acostados desde la cama. Así que le envió una foto mía a un azulejero que conocía en Castellón y allí hicieron la pieza.

»Dios mío, no puedo pensar en cómo ha cambiado todo —continuó mientras apartaba su mirada de la imagen—. Celia, qué va a ser de mí, ya has visto cómo está tu padre, no parece con intención de cambiar. Se va y no vuelve hasta dentro de una semana. No sé, me voy a tener que acabar divorciando...

—Mamá no empieces como siempre. Eso no es el fin del mundo y, aunque acabe sucediendo, todavía tienes toda la vida por delante. Sabes tocar el

piano, algo que muy poca gente sabe —le reprochó Celia enfadada, sin poder llegar a entender por qué su madre se veía tan poca cosa. Quizá fuera porque pese a que Celia sentía que era capaz de casi todo, su madre nunca había tenido la oportunidad de demostrarlo. Era posible que, si se condena a las personas a una especie de ostracismo en casa, haciéndoles ver que no son capaces de hacer nada más, tras años con esa sensación, simplemente acabaran aceptándolo. No estaba dispuesta a dejar que algo así ocurriera con su madre, pero debía buscar ayuda, no podía seguir guardárselo todo para sí misma durante más tiempo—. Mamá, tú puedes conseguir millones de cosas. De hecho, ya has conseguido mucho, tú mejor que nadie sabes lo muchísimo que me has ayudado a mí. Todo lo que has hecho tú sola. Pero necesitas salir un poco, volver a creer en ti. ¿Has hablado con la tía? Es raro que todavía no hayas ido a verla este verano.

La hermana de su madre vivía a escasa media hora en coche de La Manga, en Cartagena, donde compaginaba su trabajo como profesora de piano en el conservatorio con los conciertos en fiestas y pequeños eventos que daba con el grupo de música independiente del que formaba parte. Su madre era 9 años mayor que su tía, por lo que siempre había intentado cuidar de ella. Por ese motivo, la relación que las unía iba mucho más allá que una simple relación fraternal, ambas no entendían la vida sin la otra.

—Quedé con ella en ir a verla todos los domingos, como siempre hemos hecho en verano, pero le he ido poniendo excusas, no veo el momento de contarle todo esto de tu padre. Se va a poner furiosa y, lo peor, no le va a sorprender. Siempre se han llevado mal y siempre me ha echado en cara que le permitiera que me tratara como me trataba. —Su madre paró durante un segundo, para intentar tomar un poco de aliento—. Estaba segura de que estaba equivocada, de que no le caía del todo bien porque sentía un poco de envidia, porque por él me fui de casa tan joven y la dejé sola siendo casi una niña. Nunca me habría podido imaginar que tenía razón cuando desconfiaba de él.

Su madre y su tía habían crecido sin lujos, en un hogar donde siempre habían existido problemas económicos. De hecho, su madre contaba que el único objeto de valor que tenían en su casa era un viejo piano, que ya estaba allí antes de que ellos llegaran y con el que empezó a tocar con ayuda de una vecina.

Cuando los padres de Celia se casaron, su madre abandonó Cartagena para vivir junto a su padre en Murcia, que quedaba a casi 60 kilómetros de

distancia. Su hermana tenía entonces 13 años y le había suplicado que no la abandonara. Nada le había roto más el corazón que tener que dejarla allí, pero desde ese día se había encargado de cuidarla lo mejor posible. Había enviado dinero a su familia para que nunca les faltara de nada, los había visitado con frecuencia y se había preocupado de que su hermana fuera a la universidad. Por todo ello, su tía adoraba con fuerza a su madre, no sintiendo lo mismo por su padre al que siempre le había echado en cara cierto menosprecio hacia su hermana. El carácter fuerte de su tía había llevado a una tremenda pelea entre ambos años atrás, tras la cual su tía no había vuelto a pisar su casa. Pese a todos los obstáculos, su madre seguía visitándola tanto como podía.

—Tienes razón Celia, tengo que ir a verla —continuó su madre, mucho más tranquila—. Me ha llamado varias veces, tengo que hacer el ánimo.

Notaba a su madre mucho más sosegada y tranquila de lo que esperaba, lo que la alegró enormemente. Comenzaron a hablar de otros temas, con total naturalidad. Todo ello animó a Celia a sacar el tema que tanto miedo le daba mencionar.

—Mamá, el otro día dijiste una cosa que me ha dejado bastante intrigada, ¿qué piensas que le ocurrió a la antigua propietaria de la casa?

Observó la reacción de su madre con atención, pero el recuerdo de aquella mujer no le afectó esta vez, ya que siguió hablando con total normalidad.

—No lo sé Celia, la verdad, nadie lo sabe —empezó a decir su madre, en un tono triste—. Pero ya sabes, lo que hemos comentado varias veces, quizá eras muy pequeña cuando tu padre y yo hablábamos de estas cosas. Ella era ama de casa como yo y a tu padre le contaron que él era una persona muy difícil, que solía tratarla como si fuera tonta, incluso insinuaban que alguna vez... Son solo habladurías pero hay quien dice que alguna vez le había pegado....

»La cosa es que creo que planeaban separarse, pero al poco de eso, desapareció y nada más se supo de ella. Nosotros, de hecho, lo hablamos ya todo con el marido que no estaba, en absoluto, preocupado por su desaparición.

—Pero, ¿y no se sabe nada más? —preguntó Celia, totalmente intrigada y pendiente de las palabras de su madre—. ¿No hubo una investigación policial o algo así?

—No lo sé, Celia. Imagino que sí, pero que yo sepa nunca se ha terminado de aclarar lo que pasó con ella —le contestó su madre, tendiéndose sobre la cama—. Pero Celia, ese hombre estaba increíblemente interesado en vender la

casa. Quería deshacerse de ella a toda costa, sabes perfectamente cómo es esta casa, pues nos hizo un precio muy bueno y nos arregló todo lo que pedimos. A todo el mundo le sorprendió mucho, el hombre tenía fama de ser muy tacaño y un cascarrabias.

»Celia, yo siempre he pensado que aquí debió de ocurrir algo —continuó diciendo su madre mirándola fijamente—. Algo horrible que le hizo no querer volver a pisar este suelo nunca más.

Las palabras de su madre la dejaron totalmente helada y avivaron una llama dentro de ella, una llama que llevaba ya tiempo encendida en su interior. Necesitaba seguir investigando, algo le decía que debía llegar al fondo del asunto.

Ж Ж Ж

—Nada Víctor, no hay forma de que coincidáis —dijo Encarna desde la puerta de su casa—. Le digo en cuanto llegue que has estado aquí.

—Gracias, Encarna —contestó Víctor, un poco decepcionado. No podía entender que Celia llevara allí casi una semana y no hubieran coincidido todavía. Todos sus amigos empezaban a comentar que no había ni rastro de ella, no frecuentaba los sitios a los que solía ir, nunca acudía a sus encuentros en la playa, ni tan siquiera se dignaba a devolver las llamadas. Todos lo achacaban a la difícil situación que estaba atravesando, pero él estaba seguro de que debía haber algo más y el no saber qué era lo tenía bastante descompuesto—. Luego si puedo me paso a ver si ha vuelto.

—Lo que tienes que hacer es venir un día a comer y *hago* arroz con conejo, que de eso no tomáis en Madrid —le dijo sonriendo mientras cerraba la puerta y volvía lentamente al interior de la casa—. Dale recuerdos a tus padres.

—Yo se los daré. Hasta luego, Encarna —se despidió Víctor, mientras intentaba decidir qué hacer el resto de la tarde. De repente, un portazo procedente de la casa vecina lo sacó de sus pensamientos. Su mirada se volvió de forma automática, buscando la procedencia del estridente sonido. Ante sus ojos apareció un chico muy alto, de semblante serio, que se encontraba sacando una bicicleta de la casa de al lado. Bajo su atenta mirada, empujó con fuerza la parte de la puerta que todavía quedaba abierta, se montó en la bicicleta y se fue a toda prisa.

«Así que este es el nuevo vecino de Ana del que todas hablan», pensó Víctor, todavía preguntándose qué necesidad había de cerrar la puerta haciendo tanto ruido. Hacía días que sus amigas no hablaban de otra cosa más que del guapísimo chico que vivía en la misma calle que Ana y justo al lado de la casa de Celia. Con el ceño fruncido, sin entender muy bien por qué cierto tipo de chicos creaban tal expectación, reemprendió su camino a casa.

Se encontraba ya al final de la calle, a punto de iniciar su ascenso por las escaleras que le conducirían de nuevo a la avenida principal de La Manga, cuando alguien a lo lejos gritó su nombre.

—¡Ey, Víctor! Espera un momento.

Se dio la vuelta para descubrir a su amiga Ana corriendo hacia él, con su preciosa gatita blanca entre sus brazos. Conforme se fue acercando, una extraña sensación se fue formando en su estómago. Venía sonriendo con alegría, irradiando una fuerza y personalidad descomunal. Mientras se acercaba no pudo evitar fijarse en su figura, se dibujaba de forma perfecta en su ajustado vestido azul celeste y sobre ella caía su melena, larga y rubia. Pero lo que más resaltaba en ella eran sus ojos, en un azul intenso, totalmente iluminados por el sol. Al verla, algo explotó dentro de él y, atolondrado, se dio cuenta de que nunca la había visto tan atractiva como ese día.

—¡Ey, Anita! —dijo Víctor cuando la tuvo justo enfrente, mientras se acercaba a la gatita que tenía entre sus brazos.

—¿Qué se te ha perdido por este barrio? Si se puede saber... —le preguntó Ana sin apenas mirarle, sin prestar mucha atención a su respuesta, como si tuviera claro cuál sería.

—Nada, nada, he venido a ver a Celia, pero no hay manera. Nunca doy con ella —contestó Víctor, arrebatando la gata de los brazos de su amiga y acurrucándola lo mejor que supo en los suyos. No podía evitarlo, le encantaban los animales.

—Pues algún día de estos, cuando te veas en la misma situación, podrías acordarte de que tu amiga Ana vive en la misma calle y también acepta visitas —le restregó sin perder la sonrisa, con una sutileza y gracia que le hizo sonreír.

—Dile a mi amiga Ana que no se me olvida, pero que simplemente quería comentarle a Celia lo del cumple de Paula y a Ana, siempre presente en mi mente, esperaba verla en cosa de una hora en las rocas, como siempre —

contestó Víctor guiñándole un ojo, mientras riendo, intentaba impedir que Ana cogiera la gatita—. No pienso devolvértela tan fácilmente.

—Jaja, pues nada, toda tuya, acompáñame al veterinario y te dejo llevarla durante todo el camino —le dijo Ana entre risas, iniciando su ascenso por las escaleras—. Me viene genial que vengas porque quería comprar varias bolsas de pienso.

—Perfecto, me llevas de mulo.

—¡Exacto! Oye y mucha gente te considerará un privilegiado —bromeó Ana, sin dejar de reír, mientras empezaba a caminar en dirección al veterinario—. Por cierto, puedes estar tranquilo con Celia. Paula la ha llamado varias veces y sabe lo del cumpleaños. La última noticia que tengo es que esta noche viene. También viene Diego, así que vamos a poder ver su reencuentro en directo.

—Genial, así me puedo despreocupar —contestó Víctor, intentando aparentar indiferencia. Pero al escuchar las palabras de Ana, algo dentro de él se había iluminado. Por fin, esa noche podría hablar con Celia y saber si realmente le ocurría algo. No podía evitarlo, estaba deseando que llegara el momento.

Movido por esa felicidad que lo había envuelto en cuestión de segundos, empezó a correr tras Ana con el gato en sus brazos, riendo y sin parar de bromear con ella.

Ж Ж Ж

Sus pasos resonaban con fuerza mientras bajaba por la escalera de madera, como si se quejaran de lo que les esperaba por delante. No se sentía ni con ánimo ni fuerza para salir esa noche, de hecho, la idea de no ir a la fiesta cada vez le resultaba más atractiva.

Pero no podía hacerle eso a Paula. La había llamado con insistencia durante toda la semana, recordándole una y otra vez que no podía faltar a su cumpleaños. No había visto a sus amigos prácticamente desde que había llegado y, aunque a algunos desearía no tener que volver a verlos nunca, tampoco le parecía bien ignorarlos a todos por completo.

—Madre mía, Celia —le dijo su abuela al verla bajar por la escalera—. Vas guapísima.

—¿Sí?, ¿no me queda demasiado ajustado? —preguntó, con cierta inseguridad, sintiendo que necesitaba que alguien más le confirmara que iba

bien. Le había costado mucho decidirse, pero finalmente se había puesto un mono vaquero oscuro, cortito y con escote palabra de honor que se ajustaba marcando su cadera y su cintura. Un atuendo algo más atrevido de lo que solía llevar, que no se ponía con frecuencia, pero que su madre siempre le decía que le sentaba especialmente bien.

—Vas monísima y el pelo así ondulado, ¡precioso! —gritó su abuela, acercándose para darle un beso. Siguió contemplándola con admiración, para finalmente dirigir su mirada hacia sus pies—. ¿Te molestan los zapatos con la herida?

—Pensaba ponerme tacones, pero me rozaban justo ahí. Así que me he puesto estos que solo tienen un poco de cuña y son mucho más cómodos —contestó Celia, mostrando su elección. En ese momento sus ojos se desviaron hacia la estantería del salón, sonriendo se dio cuenta de que el destrozo de la noche anterior era ya cosa del pasado—. ¿Habéis arreglado los marcos?

—Justo esta tarde he puesto las fotos en marcos nuevos —comentó su abuela acercándose a la estantería. Era increíble lo sumamente eficiente que era—. ¿Qué será lo que hace que se caigan cosas? Eso *deben* de ser pequeños terremotos o algo así, yo de pequeña viví uno. Uffff se empezó a mover todo...

—¿Se habían caído cosas antes, abuela? —preguntó Celia intrigada, sin apenas prestar atención a la anécdota del terremoto que tantas veces le había contado.

—Pues creo que alguna vez. Como se llama eso, estamos en zona sísmica de esas. —Se rio su abuela, repitiendo el nombre que posiblemente había escuchado en el telediario y que asociaba con los movimientos de tierra sin llegar a entender muy bien de qué se trataba exactamente.

Los pensamientos de Celia se precipitaron, «¿Podría haber ocurrido algo parecido con anterioridad? ¿Qué lo está provocando realmente? ¿Son simples temblores de tierra?». Su mente se nubló ante el torbellino de ideas que se apoderaron de ella, podía sentir toda la información corriendo dentro su cabeza, de un lado para otro, sin conseguir relacionar nada. Finalmente, la desaparición de aquella misteriosa mujer se adueñó de su mente. Se dio cuenta de que quizá su abuela también sabría algo sobre los antiguos propietarios de la casa. Quizá no sería mala idea preguntarle.

—Imagino que tienes prisa Celia, pero ¿te da tiempo a ayudarme a poner la funda del sofá de fuera antes de irte? —preguntó su abuela, sin darle tiempo a

articular palabra.

—Sí, claro. La ponemos y me voy a coger el autobús. —Celia respiró, intentando sosegar sus nervios. Siguió a su abuela hacia el jardín, más centrada en sus pensamientos que en lo que iban a hacer. Estaba totalmente intrigada, pero decidió esperar una nueva oportunidad para preguntarle. Se dirigió hacia el porche trasero donde se encontraba el bonito sofá de mimbre, rodeado por distintos almohadones, donde tantas tardes había pasado leyendo. La brisa marina y la alta humedad de la zona deterioraban prácticamente todo lo que quedaba a la intemperie, por ello, todas las noches lo tapaban, con cuidado, con una funda de plástico.

—¿La funda está en la...? —empezó a preguntar Celia.

—Caseta —le respondió rápidamente su abuela, dirigiendo su mirada hacia la caseta del jardín, situada junto al muro que separaba la casa con la casa vecina.

Rápidamente Celia se movió hasta allí y, en medio de una gran oscuridad, solamente rota por cierta luz que llegaba de las farolas de la calle, buscó hasta encontrar la funda de plástico. Ya se encontraba de vuelta hacia el porche cuando fuertes gritos procedentes de la casa de al lado captaron tanto su atención como la de su abuela.

—¡Joder! ¡Ni me toques, no te atrevas a tocarme! —gritó una voz desde el otro lado del muro. Celia y su abuela se quedaron donde estaban, con miedo a que sus movimientos descubrieran su presencia. El muro era alto, por lo que desde allí no eran capaces de ver nada sobre lo que estaba pasando al otro lado.

—Yo no sé qué tienes en la cabeza —respondió una voz que Celia reconoció como la de su vecino Antonio—. A cualquier cosa, saltas.

—A cualquier cosa, dice... —Un fuerte golpe se rompió en medio de la noche, sonando como si alguien hubiera dado un golpe descontrolado contra una puerta—. Tendría que saber todo el mundo cómo me tratas, cómo nos tratas... Me dan ganas de rayarte yo mismo el coche y que tengas que ir con el coche rayado y que todo el mundo diga: qué malo debe ser que hasta su propio hijo le raya el coche.

El comentario consiguió sacar a su vecino de sus casillas, pues los gritos y barbaridades que se dedicaron el uno al otro no fueron más que en aumento. Al ver que la discusión se encarnizaba, su abuela le hizo un gesto para poner la funda rápidamente y entrar de nuevo en casa.

—No tenemos por qué estar, nosotras, escuchando los disparates que están diciendo —le dijo su abuela, una vez de vuelta en el salón, mientras cerraba todos los ventanales—. Menudos problemas que tiene Antonio con este hijo, cada dos por tres se oye una pelea. Pero no te quiero entretener más, ¿te tienes que ir ya?

Celia asintió mirando la hora de reojo, si no se daba prisa perdería el autobús y llegaría tardísimo al cumpleaños. Por otra parte, no quería marcharse sin preguntarle sobre los antiguos propietarios. Si quería conseguir información sobre los antiguos propietarios tenía que hacerlo rápido. Era ahora o nunca.

—Ay, Celia, lleva cuidado, que esta semana se ha ido tu padre y estamos aquí solas — empezó a decir su abuela como pensando en voz alta—. Y estamos con la negra, que cuando las cosas dan por venir mal, solo vienen desgracias y más desgracias.

—No te preocupes abuela —respondió Celia contemplándola con cierta compasión. Parecía que su padre estaría toda la semana en Murcia, no sabía si eso tranquilizaría o pondría más nerviosa a su madre. Miró de nuevo a su abuela, desde allí, totalmente vestida de negro y con esa mirada cargada de preocupación, parecía estar resignada, a la espera del futuro golpe que le acabaría dando la vida—. Tranquila. Sabes que no hago tonterías.

—Ya lo sé —dijo con dulzura—. Venga, sal que no se te haga tarde y en cuanto estés fuera pongo la alarma.

Estaba ya cruzando el marco de la puerta para salir hacia el jardín, cuando se decidió por fin a pronunciar las palabras que podrían poner fin a las preguntas que la estaban devorando por dentro.

—Abuela, ¿conociste a los antiguos propietarios de la casa?

—¿A los antiguos dueños? —preguntó sorprendida por el repentino interés de Celia—. No, no los conocí.

La resignación impregnó con fuerza a Celia, desafortunadamente parecía que su abuela no podría arrojar luz sobre sus incógnitas.

—Pero entonces, ¿no sabes nada de ellos?

—Bueno, sé lo que tus padres han contado de ellos y lo que me han dicho los vecinos — respondió y con su respuesta un fuerte interés se volvió a apoderar de Celia que expectante siguió escuchando sus palabras—. Cuando compraron la casa, se acababan de separar. Creo que todo lo hablaron con él, porque ella

estaba desaparecida. Nadie la había vuelta a ver desde el día en el que decidieron separarse y, al parecer, fue vista, por última vez, en esta casa.

—¿En nuestra casa? —Celia simplemente no podía creer lo que acababa de escuchar, su corazón empezó a latir de forma acelerada—. Pero ¿había sospechosos?, ¿lo era su marido?

—Celia, no sé nada más sobre lo que pasó. Eso es lo único que me suena haber oído comentar, pero ningún detalle más. Algo raro pasó con ella. Y la cosa es que eran gente muy destacada, él era un abogado muy importante de Madrid.

Era ya la tercera ronda seguida que pedían y Víctor empezaba a sentirse ligeramente mareado. Lo lógico habría sido decir «no» a esa última copa, pero conociendo a sus amigos, esa no habría sido una respuesta válida.

Llevaban ya casi una hora en la discoteca, muy cerca de la barra que quedaba enfrente de la entrada y donde era posible disfrutar de música pop al aire libre. El local se encontraba a las afueras de La Manga, situado en el ático de una gran zona de locales comerciales. Era enorme y contaba con varias salas con distintos estilos musicales, algunas ubicadas en zonas cerradas pero la mayoría al aire libre.

—No sé cuándo se van a dignar a aparecer —se quejó uno de sus amigos, mirando de reojo su reloj. Las chicas habían hecho «botellón» por su cuenta en la calle y habían acordado encontrarse justo en ese punto sobre las 2 de la mañana, para seguir juntos celebrando el cumpleaños de Paula. Pero a Víctor no le sorprendía que fueran casi las 3 y no hubiera ni rastro de ellas. Conociéndolas estarían todavía bebiendo mientras se echaban fotos y fotos sin parar.

Le dio un nuevo trago a su bebida, sintiendo como el alcohol pasaba por su garganta y bajaba hacia su estómago. No pudo evitar hacer una mueca de asco, casi de dolor. Estaba demasiado fuerte, la *Coca-Cola* apenas conseguía enmascarar el intenso sabor del ron en sus labios; por lo que disimuladamente, huyendo de las miradas de sus amigos, dejó la copa escondida en una esquina. Era lo que ocurría cuando dejaban a Diego a cargo de las rondas, acababan siendo imbebibles. Lo miró de reojo, estaba apoyado en la barra diciéndole algo al oído a una espectacular camarera. No tenía ni idea de lo que le podría estar contando, pero la chica estaba riendo sin parar. Qué sencillo le resultaba tener éxito con las chicas, siempre había sido así. Al final, contra todo pronóstico, parecía que ese verano nada ocurriría entre Diego y Celia. Aunque no se sintiera orgulloso, no podía evitar alegrarse de ese inesperado giro del destino. Conocía a Diego muy bien, sabía que era simpático, divertido y muy perspicaz; pero también que acababa resultando pesado, carecía de talento

alguno y no era del todo de fiar. Siempre había pensado que Celia merecía algo mejor.

En ese momento en la entrada apareció un gran grupo de chicas. Entraron cantando, unas agarradas sobre otras y, entre las primeras, pudo distinguir a Paula y Ana. Al verlos se fueron acercando sin dejar de bailar y cantar al compás de la música que sonaba con fuerza sobre ellos.

—¡Ole, ahí! ¡Esa cumpleañera guapa! —gritó otro de sus amigos, mientras empezaban a felicitar y dar dos besos a Paula, cuya mirada y sonrisa dejaba entrever la gran cantidad de alcohol que debía haber en su cuerpo en ese instante.

Justo después de saludar y felicitar a Paula, los ojos de Víctor se desviaron hacia la multitud de la entrada y no pararon hasta que consiguieron cruzarse con los de Celia. Entró la última de todas, con semblante ligeramente serio y simplemente andando, como si se tratara de un anexo que nada tenía que ver con el resto del alocado grupo. Se quedó perplejo al verla y notó como todos sus amigos la miraban también sorprendidos, buscando también la reacción de Diego que al tenerla justo enfrente simplemente apartó su mirada y, aparentando indiferencia, siguió hablando con la camarera. Estaba claro que estaba ligeramente avergonzado, pues nada tenía que ver lo que les había dicho sobre Celia con la realidad. Era cierto que había ganado bastante peso y los observaba a todos como si de una persona diferente se tratara. Pero esos nuevos kilos no habían sino incrementado tanto la belleza de su rostro, resaltando todas sus preciosas facciones, como la de su cuerpo. La verdad es que lucía mucho más atractiva, madura y segura de lo que lo había hecho nunca.

Víctor sonrió al verla, esa sonrisa que había estado escondida dentro de él durante semanas, esperando pacientemente a que llegara ese momento. Se lamentó de haber abandonado su copa, le hubiera gustado beber un último trago antes de ir a saludarla. Aunque eso no tenía ningún sentido, ¿por qué se sentía nervioso por ir a hablar con ella? Se trataba simplemente de su amiga Celia, su Celia. Intentando serenarse y quitando importancia a la situación, respiró profundamente y encaminó sus pasos hacia ella.

Ж Ж Ж

La estridente música, la sensación de agobio entre tanta gente y los saltos y empujones de sus amigas hicieron que la mente de Celia empezara a dar vueltas. Ya se había sentido totalmente fuera de lugar durante el «botellón» cuando todas la habían mirado como un bicho raro cuando había confesado que esa noche no pensaba beber y, lo peor, habían terminado pasando de ella cuando había quedado claro que no se uniría a los gritos, cánticos y poses ridículas que realizaban entre vaso y vaso. Pero nada era comparable a lo que estaba sintiendo en ese momento, un sofoco muy intenso que amenazaba con provocar su desvanecimiento. Buscó velozmente la figura de su amiga Paula, se encontraba a escasos metros bebiendo junto a varios amigos y amigas una ronda de chupitos, desconsolada descubrió que una de las personas que estaba con ella era Diego. No sabía describir lo que sintió al verlo de nuevo, habría deseado experimentar una gran indiferencia, pero en lugar de ello, un doloroso pinchazo recorrió todo su cuerpo. Su cabeza empezó a arder y notó como todo su cuerpo se calentaba, necesitaba salir de allí de forma urgente. En ese momento, totalmente aturdida, vio la figura de Víctor acercándose hacia ella. Su simple visión, su rostro sonriéndole con ternura y alegría, llenó en cuestión de segundos sus ojos de lágrimas temblorosas. Cada palabra que había escuchado a escondidas en el centro comercial regresó a su mente, reabriendo una herida que la golpeó con fuerza. Miró a su alrededor, si se marchaba en ese momento, Paula apenas lo notaría y conseguiría evitar los enfrentamientos que allí le esperaban.

Sin pensarlo dos veces, Celia se dio la vuelta y empezó a abrirse camino entre la gran multitud que se encontraba justo en la entrada. Una vez a solas, corrió hacia la calle paralela a la discoteca, donde se apoyó en la pared y sin saber muy bien por qué empezó a llorar, dando rienda suelta a todo lo que había estado conteniendo muy dentro de ella durante demasiado tiempo. Quería ser fuerte, sentir que podía con todo, pero no lo lograba, permanecer impassible ante todo lo que le ocurría le resultaba imposible.

No era capaz de entender qué le había podido ocurrir allí dentro, se había sentido como atrapada en un mal sueño. Lo único que tenía claro era que quería volver a casa, donde quizá debía haberse quedado desde el principio. Sentía que la felicidad se había esfumado de su cuerpo, tal como le había pasado a su abuela con el paso de los años.

El silencio que reinaba en la calle fue poco a poco serenándola. Calmando sus nervios hasta permitirle recuperar el control sobre sí misma. Solo entonces

se sintió con fuerzas para volver a casa.

«Son justo las tres, si me doy prisa todavía puedo coger el próximo autobús», pensó, mirando su reloj de muñeca. La parada no quedaba lejos y normalmente el autobús llegaba con un poco de retraso, sabía que si no perdía el tiempo podría cogerlo. Así, empezó a caminar lo más rápido que pudo en dirección a la parada, pasó dos calles donde todavía quedaban varios grupos de jóvenes bebiendo y donde se acumulaban bolsas de plástico, botellas vacías y restos de basura de los que ya se habían ido. Al final de la última calle simplemente tendría que doblar la esquina y llegaría a su destino. Pero nada más torcer, sus esperanzas se quebraron al ver al autobús arrancar con intención de alejarse de la parada. Salió corriendo hacia él, levantando sus brazos y haciendo señas; silenciosamente suplicándole al conductor que parara y le permitiera subir. Pero el autobús siguió su camino dejando a Celia tirada en la parada, esperando un milagro que estaba claro que no ocurriría.

—Joder. Mierda —comentó en voz alta, totalmente frustrada—. ¡Qué mala suerte!

Debía pensar rápido, el próximo autobús no llegaría en menos de una hora, por lo que solamente tenía dos opciones: esperar allí plantada o volver a casa andando. Se trataba de una larga caminata, se encontraba a casi 3 kilómetros de su barrio, por lo que el paseo le llevaría al menos media hora.

No le apetecía esperar allí sola, así que, sin apenas darse cuenta sus pies empezaron a caminar, movidos por una fuerza invisible que los llevaba de vuelta a casa. El paseo principal estaba lleno de jóvenes y no tan jóvenes que aprovechaban un ratito al aire libre para hablar o fumar, antes de regresar al interior de los múltiples *pubs* que se encontraban a lo largo del mismo. Gracias a ese gran ajetreo, el trayecto no le pareció nada peligroso a Celia y acabó sintiéndose muy satisfecha de la decisión que había tomado.

Aprovechó para intentar poner en orden sus ideas. Desde que había dejado su casa no había tenido tiempo de pensar en las últimas palabras de su abuela, todo el ajetreo con sus amigos se lo había impedido. Sin embargo, ahora sentía que podía volver a concentrarse en lo realmente importante. No entendía muy bien qué podría haber ocurrido entre los antiguos propietarios de la casa, pero sentía que algo muy raro había pasado allí mismo años atrás. Dos puntos habían cobrado cierta claridad para ella: el primero era que todo parecía indicar que la foto que había encontrado estaba dedicada al antiguo propietario de la casa, un importante abogado madrileño que hoy día

continuaba en activo. Todavía se estremecía al recordar la forma en la que la fotografía había llegado a su poder, todo lo que estaba pasando era de lo más extraño. El segundo punto era que la antigua propietaria, cuyo nombre todavía desconocía, había desaparecido al poco de decidir separarse de su marido. Pero, tras esas pequeñas pinceladas, todo se enturbiaba.

Era posible que la imagen en blanco y negro perteneciera a la mujer del abogado y copropietaria de la casa, pero también podría tratarse simplemente de una amante. Agobiada se dio cuenta de que necesitaba seguir consiguiendo información y solo le quedaba una persona a quien preguntar: su padre. Tardaría todavía varios días en regresar, por lo que lo mejor sería que lo llamara por teléfono en cuanto tuviera oportunidad.

En ese preciso instante, un *flash* procedente de un coche azul eléctrico aparcado en doble fila cegó totalmente su mirada y la acabó parando en seco, provocando que una pareja que caminaba tras ella chocara contra ella. Se dio la vuelta y, nerviosa, pidió disculpas dejándolos pasar. Cuando momentos más tarde levantó de nuevo la mirada, no encontró rastro del coche. Lo buscó, mirando de un lado a otro, pero parecía haberse desvanecido en la nada. ¿Era posible que alguien le hubiera hecho una foto desde aquel coche? Aturdida reemprendió la marcha, sin saber muy bien qué pensar. Se estaba recuperando del susto, cuando un nuevo *flash* la volvió a cegar; haciéndola saltar ligeramente hacia un lado y dejándola, por segunda vez, totalmente confundida. Su pulso comenzó a latir intensamente, no entendía lo que le estaba sucediendo. Buscó a su alrededor con cierta angustia, intentando localizar el extraño coche azul, pero para su vergüenza solo encontró a un grupo de chicas haciéndose fotos a pocos metros de ella. Lo más probable era que el *flash* hubiera procedido de una de sus fotos.

Sintiéndose algo más tranquila continuó su camino. Apenas había dado unos pasos cuando el pánico volvió a apoderarse de ella. Ante su incrédula mirada el coche azul eléctrico reapareció, de repente, sobre la calzada. Avanzaba sin prisa, casi de forma paralela a ella y sin interés por evitar los semáforos en rojo; angustiada se dio cuenta de que parecía no querer perderla de vista. Para su fortuna, el propio tráfico de la carretera le obligó a avanzar y acabar perdiéndose calle arriba. Celia respiró aliviada mientras observaba cómo la silueta del coche iba desvaneciéndose poco a poco. Sin embargo, no habían pasado más de diez minutos cuando el coche volvió a aparecer por tercera vez, prácticamente a su lado y, esta vez, el tráfico de la carretera había

desaparecido. Celia simplemente no podía creer lo que estaba ocurriendo, no resultaba sencillo maniobrar en La Manga. Sea lo que fuera lo que lo mantenía ahí, debía ser algo importante para esa persona. Intentó mirar de reojo para ver quién estaba al volante, pero no consiguió vislumbrar realmente nada. Le daba la sensación de que podría tratarse de un hombre, pero no podía asegurarlo. Todo estaba demasiado oscuro.

Sus nervios fueron en aumento, haciendo palpar su corazón con fuerza; pero tenía claro que no podía dejarse vencer por el pánico, debía intentar pensar en algo si quería perder el coche de vista. En ese momento, un semáforo lo detuvo prácticamente a su altura, así que aprovechando que no podía moverse, Celia se desvió hacia su derecha y corriendo, cruzó varias calles estrechas de difícil acceso. Paula vivía en uno de esos edificios por lo que conocía perfectamente la zona, siguiendo sus recuerdos cruzó un pequeño parking y saltando una pequeña valla, acabó bajo el cobijo del porche de un gran edificio. Bordeándolo con cuidado, pegando todo lo que pudo su cuerpo contra la pared, descendió hasta la orilla de la playa. Si había conseguido llegar hasta allí sin ser vista, el coche perdería el tiempo buscándola inútilmente entre las callejuelas. Para cuando se diera cuenta de que no estaba allí, Celia ya estaría muy lejos.

Pero si por el contrario la había visto descender a la arena, nada le impediría estar ante ella en cuestión de minutos. Y, horrorizada, se dio cuenta de que en ese caso estaría totalmente a sus expensas. La avenida principal de la que venía estaba plagada de gente, pero la playa donde ahora se encontraba estaba desierta y totalmente a oscuras. Tragó saliva y armándose de valor se quitó las sandalias y salió corriendo por la playa; no estaba ya muy lejos de su casa, si se daba prisa en 10 o 15 minutos estaría totalmente a salvo.

Poco a poco fue acompasando su paso, miraba con frecuencia hacia atrás y, pese a la cegadora oscuridad, estaba segura de que nadie le seguía. Sintió como su corazón empezaba a sosegar y eso se notó de forma automática en sus pasos, ya no tan acelerados como al principio. Estaba a punto de llegar a su casa cuando a lo lejos otra nueva figura apareció ante ella. Se trataba de un hombre, a unos cien metros de distancia, sentado frente a la orilla, con las piernas dobladas y sus brazos y espalda apoyados ligeramente hacia delante. Observaba fijamente el mar, como hipnotizado por las olas que entraban y salían, llegando a rozar ligeramente sus pies. En medio de aquella noche, su

silueta quedaba totalmente iluminada por la luz de la luna, convirtiéndolo en el protagonista de la profunda oscuridad que inundaba la playa.

Celia no pudo evitar volver a ponerse nerviosa, habría dado cualquier cosa por llegar a su casa sin toparse con nadie más. Se alejó ligeramente de la orilla con la esperanza de pasar por detrás de aquel hombre sin ser vista, pero conforme se fue acercando, la persona debió percibir algún movimiento porque acabó doblando su cabeza hacia ella, captando totalmente su presencia. Para su más profunda desesperación, al verla se levantó lentamente y empezó a aproximarse hacia ella. Celia se detuvo sin saber muy bien qué hacer, cada nuevo paso que daba aquella persona lo precipitaba más hacia el inminente encuentro. Sintió un fuerte deseo de gritar, después de todo lo que había pasado esa noche se notaba sin fuerzas para seguir adelante. Pero debía hacerlo, como fuera debía llegar hasta su casa. Se preparó para salir corriendo, pero en el último instante se detuvo, sin saber muy bien por qué ella misma contuvo su impulso y se quedó contemplando a la persona que se acercaba, en la que empezaba a notar un cierto aire familiar.

—Hola... Celia, si no me equivoco —le dijo una voz con un marcado acento francés y que ya había escuchado varias veces durante los últimos días. Ante ella, la figura de aquel hombre desconocido se fue transformando en la imagen del chico que había visto el día anterior, saliendo de casa de su vecino Antonio—. ¿Vas de vuelta a casa?

Celia asintió con la cabeza, conteniendo con fuerza las lágrimas que amenazaban con salir. Debía intentar tranquilizarse y volver a sentirse segura de sí misma, pero no sabía muy bien por qué si había algo que no le transmitía la presencia de su vecino era tranquilidad y confianza.

—Es bastante tarde, yo también debería volver a casa. ¿Te importa si te acompaño?

—No, claro. Vamos juntos —articuló como pudo Celia, todavía algo descompuesta. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo, encogiendo sus brazos en un abrazo sobre su propio cuerpo. Era extraño. No tenía claro qué lo habría provocado, si el viento que había empezado a soplar sobre ellos o la imponente presencia de aquel misterioso chico del que solo sabía que discutía con mucha frecuencia con su padre.

Iniciaron su camino a casa en completo silencio, un incómodo silencio que Celia no sentía que fuera necesario romper.

—Es curioso —comentó sin más su vecino.

—¿El qué? —preguntó Celia con cierta curiosidad. Sin darse cuenta le dedicó una rápida mirada, pero al sentir sus ojos sobre los suyos, la desvió rápidamente hacia el frente. No sabía por qué se sentía tan incómoda cuando ambas miradas se cruzaban, era como si sus ojos la observaran esperando a que cometiera un error, como si de un depredador listo para abalanzarse sobre su presa se tratara.

—Que los dos hayamos acabado casi a las cuatro de la mañana caminando juntos por la playa de camino a nuestras casas —contestó, mirando su reloj y plantando su mirada sobre ella—. Los dos tenemos algo en común hoy, algo ha producido que acabemos aquí, de esta extraña forma. ¿Qué te ha traído hoy aquí, Celia?

—Es una larga historia, pero creo que simplemente quería escapar de algo —contestó Celia sin saber muy bien si de lo que había huido realmente había sido de aquel extraño coche, sus amigos o su propia vida. Siguió sin atreverse a mirarle, pues algo le decía que sus ojos estaban clavados sobre ella—. ¿Y a ti? ¿Qué te ha traído hasta aquí?

—Necesitaba pensar —dijo rápidamente, mientras apartaba su mirada de ella y la dirigía hacia delante. Pese a la escueta respuesta que le había dado, Celia sabía exactamente lo que le había conducido hasta allí esa noche: la gran pelea que había mantenido con su padre.

—Espero que hayas tenido tiempo suficiente para aclarar tus ideas...

—Ivan, es un nombre italiano, el acento está en la *i* —respondió parándose justo enfrente de ella y volviendo a mirarla con intensidad.

—Espero que hayas aclarado tus ideas, Ivan con acento en la *i* —se atrevió a contestar Celia, mientras le devolvía la mirada durante unos segundos, casi de forma desafiante. Acababan de llegar y se encontraban uno frente al otro junto al muro de piedra que subía a casa de Celia. Su vecino pareció captar totalmente el significado de su mirada, pues dio un paso al frente forzándola a estrellarse contra el muro para evitar el encuentro. Justo en ese momento, prácticamente atrapada entre el muro y aquel chico, Celia fue plenamente consciente de que, pese a que estaba justo debajo de su casa, a un metro de la escalera que la conduciría a su propiedad, se encontraba rodeada por una desierta y oscura playa y con un perfecto desconocido justo delante.

—¿Tienes miedo, Celia? —preguntó acercándose un poco más a ella, quedando a pocos centímetros de su cuerpo. Su gran altura hacía su

proximidad muy intimidadora. El corazón de Celia se aceleró y una extraña sensación se agolpó en su interior.

—No, ¿debería? —lo desafió nuevamente Celia. Su vecino simplemente rio ante la respuesta, alejando ligeramente su cuerpo. La liberación consiguió calmar el corazón de Celia, que amenazaba con salir desprendido de su cuerpo.

—Creo que sí he conseguido aclarar bastante mis ideas —le contestó sin dejar de mirarla. Separándose lentamente de ella, encaminó sus pasos hacia la casa de al lado—. Buenas noches, Celia. Ha sido un placer conocerte por fin.

—Buenas noches —contestó Celia, sintiendo un gran alivio al verse libre de su presencia. Pocas veces se había sentido tan incómoda, con tan poco control sobre lo que estaba ocurriendo. Al menos todo parecía haber acabado, el fin de la noche estaba cada vez más cerca.

—¡Celia! —gritó su vecino desde abajo—. ¿Tienes bici?

—Sí, ¿por qué?

—¿Te apetece venir mañana a pasar el día a Calblanque? Iré sobre las 11 de la mañana y volveré a media tarde —le preguntó desde abajo, mientras abría la puerta que le permitiría entrar en su casa.

Celia simplemente no podía creer lo que estaba escuchando. ¿Se trataba realmente de una invitación? La idea no le desagradaba, pero no podía olvidar que apenas lo conocía, que se trataba de una persona muy extraña y que minutos atrás se había sentido muy intimidada por él.

—Creo que no tengo nada que hacer mañana, así que... Creo que sí podré. —Se escuchó diciendo para su más profunda sorpresa. Todo lo que estaba ocurriendo esa noche carecía de sentido.

—Perfecto. Nos vemos mañana sobre esa hora en nuestra calle.

Con cuidado de no hacer ruido, Celia abrió la puerta del jardín y accedió a su casa. Después de todas las emociones experimentadas a lo largo de la noche y las situaciones en las que se había visto envuelta, jamás hubiera imaginado que acabaría yéndose a la cama con un ligero y agradable cosquilleo en su estómago. Sin duda, su vida estaba patas arriba.

Domingo, 12 de julio de 2009

LA MANGA

El sol ya empezaba a caer con fuerza cuando Celia, ligeramente nerviosa, salió al jardín trasero esa mañana. Podía escuchar desde los árboles el intenso sonido de las cigarras que al unísono le decían que le esperaba un día muy caluroso. Si no se daba prisa, el sol sería demasiado intenso para ir a cualquier sitio en bicicleta.

Antes de acudir al rescate de su vieja bici, se asomó discretamente por la barandilla trasera. El mar estaba en calma, acompañado simplemente de un suave y armonioso oleaje. Celia respiró aliviada, no le hubiera gustado ir a Calblanque con el mar embravecido. A escasos kilómetros de La Manga se encontraba el Parque Natural de Calblanque, un litoral virgen famoso por sus arenosas playas, impresionantes calas y preciosas salinas. Se trataba de una zona protegida, totalmente aislada de lo urbano, donde no estaba permitido construir. Pero, su condición de virgen también la privaba de ciertas comodidades, como la existencia de socorristas o medidas de seguridad; y las aguas de Calblanque eran peligrosas. Todo el mundo sabía que se debía tener cuidado al bañarse allí, pues en ellas solía haber fuertes corrientes.

Cogió su bicicleta por el manillar y la sacó de la caseta del jardín con cuidado de no tirar nada, moviéndose entre todas las cajas y objetos medio abandonados que llenaban la pequeña habitación. La gran humedad de la costa había oxidado parte del manillar y de los pedales, lo que le daba un aire de abandono, pero lo esencial parecía seguir funcionando correctamente. Cruzó el jardín tirando de ella, abrió la puerta delantera y salió a la calle. Su estómago se encogió ligeramente mientras avanzaba, anticipando el reencuentro con su vecino, pero una vez fuera no encontró rastro de él. La noche anterior se había hecho bastante tarde, quizá se había quedado dormido o, peor, quizá simplemente no había dicho en serio todo lo de la bicicleta.

En ese momento notó como algo se acercaba a toda velocidad desde atrás y se paraba justo delante de ella.

—Pensaba que ya no ibas a salir —dijo Ivan dedicándole una apacible sonrisa. Eliminada la oscuridad y soledad de la noche, su presencia no parecía tan inquietante como recordaba—. Vamos.

Sin decir nada más salió disparado calle arriba, moviéndose hacia el paseo principal. Abrumada, Celia cerró la puerta de su casa y subió rápidamente a su bicicleta. Había dejado una nota en la cocina informando de sus planes, esperaba que su madre la encontrara sin dificultad, pero en ese instante, nada de eso le preocupaba. No recordaba el último momento en el que había montado en bicicleta, ni tan siquiera estaba segura de que recordara cómo hacerlo. Pero desconocía el camino exacto hacia Calblanque, por lo que no podía permitirse perder de vista a Ivan. No le quedaba más remedio que ponerse en marcha. Estaba a punto de descubrir si era cierto eso de que nunca se olvida cómo montar en bicicleta.

Sin pensarlo más, empezó a pedalear con fuerza. Al principio le costó unos segundos enderezar la bicicleta sin perder el equilibrio, pero poco después, se sorprendió a sí misma circulando sin dificultad. No le costó nada alcanzar a Ivan.

—¿Me sigues? —preguntó Ivan, situándose justo delante de ella y girando su cabeza hacia atrás.

—Sí.

Cruzaron la calle y se situaron en el carril bici que los llevaría hasta el principio de La Manga. Circularon con rapidez, sorteando a los primeros bañistas que atravesaban en dirección a la playa. Mientras pedaleaba Celia empezó a sentir una feroz libertad, los nervios hacía ya mucho que la habían abandonado y ahora solo sentía una paz y tranquilidad que le recordaba a cuando era niña. Además, Ivan parecía haberse dado cuenta de que no estaba acostumbrada a montar en bicicleta, porque había acompasado su paso y con empeño le indicaba en cada cruce por dónde debía seguir.

Les llevó aproximadamente veinte minutos salir de La Manga y llegar a la gran redonda que se rompía en múltiples direcciones y que conducía a lugares muy distintos y alejados entre sí. Con el fin de La Manga también acabó el carril bici por el que tan sencillo había sido circular.

—Ahora tenemos que salir por la segunda salida y seguir durante 400 metros por la carretera general en dirección a Cartagena —le dijo Ivan, que había

parado justo a su lado antes de introducirse en la redonda. En ella había muchos coches que pasaban a toda velocidad—. Pégate todo lo que puedas al arcén y ve justo detrás de mí, en la primera salida, nos desviamos y tomamos el primer camino de tierra.

Celia asintió con la cabeza y, con cuidado, empezó a moverse. Siguió al pie de la letra las instrucciones y no tardó en sentirse fuera de peligro por los senderos de tierra que conducían a la playa. Una vez allí, el paisaje que se fue dibujando ante sus ojos nada tenía que ver con lo que acababan de dejar atrás. La naturaleza mediterránea lo inundó todo: pequeñas montañas se abrían ante ellos, llenas de árboles y arbustos, llenando el paisaje de marrón y verde oscuro. Avanzaron por el sendero entre matorrales, grandes rocas y pinos, quedando el mar justo por debajo de ellos, formando una especie de acantilado.

Bajaron a la playa por un empinado camino de tierra, empujando las bicis con sus brazos. Al sentir sus pies sobre la arena, Celia se sintió victoriosa. Habían conseguido llegar a su destino.

—Normalmente me pongo en una zona donde la montaña da un poco de sombra —dijo Ivan, montando de nuevo en su bicicleta. Ahora ambos circulaban por la arena de la playa uno al lado del otro—. Llegamos enseguida, está muy cerca. La playa es inmensa, nunca he llegado al final, pero esa zona me gusta porque al no estar al principio es tranquila y está bastante antes de llegar a la parte nudista.

—Un detalle que no me vayas a llevar a la parte nudista —bromeó Celia entre risas. Ivan le devolvió abiertamente la sonrisa. Parecía tan distinto a como lo había imaginado. En todo momento había estado pendiente de ella y, sin embargo, Celia no lograba olvidar todos los gritos y peleas que había escuchado. Quizá por eso no lograba sentirse totalmente tranquila a su lado—. Es curioso.

—¿El qué es curioso? —respondió Ivan, frunciendo el ceño. Celia recordó que esas eran las mismas palabras que él había pronunciado la noche anterior al verse solo a su lado.

—Que conozcas Calblanque mucho mejor que yo, siendo de Francia y este tu primer verano aquí —reconoció Celia, sintiéndose un poco apenada consigo misma. No entendía por qué le costaba tanto salir de sus rutinas, romper con su zona de confort y arriesgarse un poco más. Aunque bien pensado, quizá esa

pequeña aventura había sido el primer paso hacia el nacimiento de una nueva Celia.

—No es tan raro, llevo viniendo aquí todos los días prácticamente desde que llegué. ¿Habías estado tú antes? —le preguntó deteniendo su bicicleta y caminado hacia una sombra que quedaba a pocos metros de la orilla.

—Conocía la playa, pero no había estado nunca —confesó algo avergonzada—. Tenemos la playa tan cómoda en nuestras casas que nunca me muevo de allí.

—Pero no tiene nada que ver —contestó Ivan—, un sitio con otro.

Tenía totalmente razón. Bajo la sombra pusieron sus toallas, una al lado de la otra, y allí se dejaron caer. Celia sintió entonces que acababa de viajar por un túnel del tiempo que la había conducido a una costa totalmente inexplorada, mucho antes de que las playas fueran descubiertas y explotadas. No había ni edificios ni casas ni carreteras; simplemente el mar, las dunas formadas por la propia arena y la vegetación que crecía a sus anchas envolviendo el lugar. Tampoco estaba masificada y la tranquilidad imperaba plenamente en ella. Era bonito que al menos quedara un lugar donde poder disfrutar de una playa intacta, en estado puro.

—Tienes toda la razón, no tienen nada que ver. Aquí te sientes como en otro mundo.

Estaban completamente a solas y sin gran esfuerzo empezaron a hablar, sin parar, como si de amigos de toda la vida se tratara. Entre bromas devoraron sus bocadillos, moviendo sus conversaciones de un lugar a otro, tomando cada vez más consciencia el uno del otro, de lo que pensaban o sentían, empezando poco a poco a conocerse.

Puede que fuera por esa nueva confianza que rápidamente creció entre ellos o simplemente porque Celia era consciente de que él también tenía problemas en casa; por una cosa u otra, se encontró a sí misma abriéndole de lleno su corazón y, por primera vez, contando a alguien lo que realmente pasaba en su casa cada día.

—La situación es para mí muy horrible. —Se escuchó decir, concluyendo su propia historia—. Cada día siento que me gustaría irme muy lejos, lo más lejos que pudiera y dejar todo esto atrás. Empezar en otro sitio de nuevo, sin los cometarios de mi padre que tan poca cosa me hacen sentir, sin los gritos que mis padres se dedican, sin sus peleas, sin ver cada día sufrir a mi madre...

»Pero no puedo, por más que me gustaría no puedo —continuó diciendo

Celia—. Solo tengo 17 años y tampoco sería justo irme sin más, abandonando a todo el mundo. Y, ¿sabes qué es lo que peor me hace sentir? El poco respeto que a veces siento hacia mi propia madre. Saber que ella misma se ha abocado a esta situación, quedando totalmente a expensas de mi padre a lo largo de los años. Y ver que no se atreve a ponerle fin a esto, que a veces se engaña a sí misma pensando que va a hacer algo, que va a dejar a mi padre y seguir su camino, pero al final se acobarda al ser consciente de lo que entonces le espera. La he visto incluso suplicando a mi padre que no la deje. ¿Qué mujer se humilla de esa forma? Sin ser capaz de seguir delante...

Se quedó parada, respirando con intensidad, mirando hacia abajo e intentando contener las lágrimas que se apretujaban en sus húmedos ojos. Aun así se sintió reconfortada, volviendo a sentir, después de mucho tiempo, una paz interior que temía perdida. No había ni tan siquiera sospechado cuánto bien le haría soltar todo lo que llevaba dentro.

—Celia, no te martirices, es normal tener esa sensación, a mí también me ha ocurrido —le confesó Ivan mientras tocaba su barbilla ligeramente, casi con miedo, obligándola a mirar hacia él—. A mí me costó entender que son momentos de debilidad, situaciones en las que cualquiera podría acabar haciendo algo de lo que pasado un tiempo no te sientes orgulloso. Supongo que sabes que mis padres se divorciaron cuando yo era un crío. Lo que no sé si sabes es lo que ocurrió realmente.

»Mi padre conoció a Nicole, su actual mujer y tu vecina, cuando ambos trabajaban juntos vendiendo seguros. Ella era su jefa, la directora general de la oficina. En aquel momento ambos estaban casados, pero eso no fue impedimento para que al poco de conocerse empezaran a mantener una relación. Fue su amante durante al menos dos años, antes de que le confesara a mi madre lo que estaba pasando y le pidiera el divorcio. En ese instante, mi madre descubrió que mi padre había estado manteniendo una doble vida durante mucho tiempo. Se vino literalmente abajo, era incapaz de aceptar lo que había estado ocurriendo. Se divorciaron y mi padre se casó con Nicole y fruto de su relación nació mi hermano pequeño. Pero no solo eso, ambos dejaron la empresa donde trabajaban y se pusieron por su cuenta. Hoy día cuentan con una de las franquicias de seguros más importantes del norte de Francia. Mi padre encontró en Nicole a su compañera de viaje ideal. Lo más triste es que cada éxito de mi padre junto a esa mujer hundía más a mi madre.

»Yo era un niño, Celia, pero no podía entender por qué mi madre se

comportaba así, por qué no reaccionaba. Empecé a sentir que no era tan maravillosa como yo creía. Así que no te sientas mal por pensar eso, es normal que te pase; pero entonces recuerda también una cosa: probablemente les exigimos demasiado. Imagino que todos conocemos la teoría, pero ponerla en práctica es bastante complicado. Tienes que entender que, por lo que está pasando, no debe de ser nada fácil.

—Gracias —contestó Celia, sonriéndole un poco. Sus palabras habían penetrado muy dentro de ella. Estaba sorprendida, nunca habría imaginado que Ivan pudiera hablar de forma tan madura y racional.

Agradeció, sobre todo, descubrir que no era la única persona en el mundo que se había sentido de esa forma, que no era un monstruo por pensar ese tipo de cosas. Asimismo, quedó intrigada por saber qué era lo que le había pasado después a la madre de Ivan.

—¿Se consiguió recuperar tu madre?

—La mejor terapia fue la pequeña tienda de ropa que montó. Aun así le costó años salir adelante pero hoy día está felizmente casada con un profesor que la cuida y trata como se merece —comentó Ivan, haciéndola sentir un poquito mejor—. También ha conseguido una nueva familia feliz. No ha sido gracias a mi padre que ni se ha molestado en volver a saber de ella. Cómo ha tratado a mi madre es algo que jamás le perdonaré.

La mera mención de su padre había llenado los ojos de Ivan de un visible odio. Su cara había cambiado en cuestión de segundos, llenándose de rabia y transformando al apacible chico con el que había pasado el día en aquella otra persona que varias veces ya había escuchado perder los nervios. Celia quedó inmóvil sin saber qué decir para intentar calmar la situación.

Antes de que el silencio acabara haciéndose incómodo, Ivan se dobló hacia ella y rompió con sus palabras la tensión del momento.

—¿Te apetece que nos demos un baño antes de volver? —le preguntó, forzando una sonrisa y mirándola a los ojos con esa intensidad que provocaba algo dentro de ella, una sensación que no sabía muy bien describir, pero que la incomodaba y la atraía extrañamente hacia él al mismo tiempo—. Sería un delito que en tu primer día en Calblanque te fueras sin entrar en el agua.

—Un delito que no pienso cometer —respondió Celia levantándose y quitándose, con cierta vergüenza, la camiseta y el pantalón cortito que llevaba. Había elegido un discreto bikini negro, pero no pudo evitar sentirse

ligeramente incómoda al quitarse la ropa justo delante de él, con la intimidad que la playa desierta les ofrecía.

Sin embargo, pronto dejó de sentirse de esa forma. Ivan no desvió ni una sola mirada hacia su cuerpo, siguió mirándola en todo momento a los ojos, como si todavía llevara puesto lo mismo que minutos antes. Si le dedicó alguna mirada fue sigilosamente, sin que ella se diera cuenta.

Empezaron a caminar hacia el agua, estaba fría, muy fría, pero no lo suficiente como para detenerlos. Celia caminaba lentamente, mojándose poco a poco; por el contrario, Ivan entró a toda velocidad, zambulléndose en el agua de cabeza. Celia no pudo evitar empezar a reír.

—Rápido, aquí dentro el agua está mucho más transparente y limpia que en esa zona, ahí hay algunas algas —gritó Ivan señalando la zona en la que Celia se había detenido.

—De momento me voy a quedar aquí —contestó Celia, sumergiéndose totalmente. El agua le llegaba por encima del pecho, jamás se metía más adentro, no le gustaba no hacer pie. Sabía que era una tontería, pero no soportaba sentirse a merced del agua, era algo que todos sus amigos conocían y siempre habían respetado.

Notó cómo Ivan le devolvía una mirada llena de incredulidad, así que decidió seguir un poco más hacia delante, pero no tardó en detenerse de nuevo. No podía evitarlo, le daba miedo adentrarse más.

—No te preocupes, de verdad —respondió Ivan ante sus dudas, había ido nadando hacia donde estaba y, sin darle tiempo a protestar, cogió su mano y comenzó a tirar ligeramente de ella—. No es nada peligroso.

Sus dedos entrelazados dentro del agua provocaron un profundo pinchazo dentro de Celia, una sensación que nunca antes había experimentado. Pero ni la intimidad ni la magia del momento consiguieron que cambiara de idea.

—No, de verdad. Y si hay corrientes, y si luego no podemos salir...

—¿Y si acabas volando? —le preguntó Ivan mirando al cielo y dedicándole una gran sonrisa. Estaba claro que entendía sus miedos, pero también que los encontraba absurdos—. ¿Y si podías volar y nunca lo intentaste? Y ahí te quedas, toda tu vida sin saber que eras capaz de hacerlo.

En ese momento, Celia simplemente se dejó llevar, totalmente aturdida por las palabras que acababa de escuchar. Toda su vida estaba llena de miedos e inseguridades, era lo que realmente había marcado su día a día. Y, de repente,

este chico parecía transmitirle cierta valentía, que poco a poco notaba crecer dentro de ella.

Llegaron a la zona que Ivan quería enseñarle, y se descubrió en medio del agua más azul y transparente en la que nunca antes se había bañado. Buceó, nadó y se sintió pez en el agua. No obstante, pese a que todo seguía en calma y se estaba divirtiendo, no pudo evitar sentirse a total merced de los demás, totalmente fuera de su control. Si una corriente decidía llevarla hacia dentro, sin hacer pie, no sería capaz de luchar contra ella. Y, si su acompañante decidía acabar con su vida, lo tendría muy fácil, simplemente tendría que hundirla con fuerza, poco podría hacer contra él, flotando de esa forma sobre el agua.

—¿En qué piensas? —preguntó Ivan como leyendo su mente.

—En nada —contestó ella. Ivan se rio ante la respuesta.

—Increíble cualidad la de las mujeres, la de pensar en nada.

Celia rio también con la respuesta y, sin apenas esfuerzo, se fue relajando. Allí se quedaron durante un buen rato, riendo y hablando, disfrutando de lo que el mar les ofrecía. Cuando el final de la tarde les obligó a salir y prepararse para la vuelta, Celia se sentía segura y con la sensación de que sus miedos la habían abandonado. Se secaron y vistieron rápidamente, en un silencio que ya no resultaba incómodo. Celia recogió todas sus cosas, maravillada de lo agradable que había resultado el día. El mejor día que había pasado desde que había empezado el verano. Ya estaban subidos en sus bicicletas, listos para regresar, cuando Ivan se volvió, de repente, hacia ella.

—Celia, tienes los ojos más bonitos que he visto nunca —le dijo, como dejando salir algo que llevaba tiempo frenando, algo que no se había atrevido a mencionar antes, pero que necesitaba decirle—. A veces parecen verdes, otras veces marrones e incluso alguna vez me han parecido ligeramente azules. No he podido dejar de mirarlos durante todo el día.

Una vez terminó sus palabras, desvió la mirada hacia su bicicleta y empezó a pedalear. Ella se quedó allí plantada, intentando interiorizar lo que acaba de escuchar. Era la segunda vez que la dejaba totalmente sin habla, que sus palabras penetraban dentro de ella de una forma que nunca antes nada lo había hecho.

—Gracias —susurró casi para sí misma, ya que Ivan se encontraba a bastante distancia. Con una sonrisa montó en su bicicleta e inició su camino de vuelta.

Ж Ж Ж

—Voy un momento a llevar una cosa a casa de Celia —gritó Víctor mientras salía por la puerta de su casa—. Vuelvo en un rato.

El paquete era más grande de lo que pensaba y lo había envuelto en un papel rosa pastel, por lo que en seguida percibió que su imagen cargando con él resultaba de lo más divertida y captaba las miradas de todos los transeúntes.

Pero merecía la pena pasar la vergüenza, tenía que intentar que Celia lo perdonara. No tenía claro qué había ocurrido, qué podría haber hecho para molestarla, pero sabía que algo había pasado. La noche anterior había literalmente huido al verlo, estaba seguro. Tenía que intentar hablar con ella y lo único que se le había ocurrido había sido esa idea.

Ж Ж Ж

Con cuidado, Celia dejó su bicicleta y entró en su casa, sintiéndose increíblemente feliz. Su abuela debió notarlo de inmediato, porque su estado de ánimo la contagió y se acercó a darle un beso.

—Parece que te lo has pasado muy bien.

—Muy bien, abuela, he estado en una playa preciosa —contestó Celia, totalmente emocionada—. ¿Está mi madre?

—No, Celia, no está.

Miró justo debajo de la escalera y descubrió que, efectivamente, su bolso no estaba. Entonces recordó que esa tarde tenía pensado ir a ver a su tía. Se despidió de su abuela que ahora la miraba con una mezcla de alegría y preocupación (estaba claro que no estaba acostumbrada a verla tan contenta) y subió a la planta superior. La puerta de la habitación de su madre estaba abierta, así que decidió entrar y esperarla tumbada sobre su cama. Allí se acostó, entre las preciosas maderas que adornaban la habitación, medio despierta, medio dormida, recordando todo lo que había pasado durante el día. Solo la presencia de su madre, que la miraba con ternura, acostada a su lado, la acabó despertando completamente. A su alrededor todo se había ennegrecido con la caída de la noche.

—¿Qué tal ha ido con la tía? —le preguntó incorporándose ligeramente—. ¿Te ha dicho algo?

—Pues muy bien, ¡dice que a ver cuándo vas verla! Pero ya te puedes imaginar lo que me ha dicho... —contestó su madre, mirándola con un aire de tristeza—. Ve un disparate que no me haya divorciado ya y cree que eso es lo que debería hacer. ¡Me ha dado hasta el número de una abogada muy buena que conoce!

»Pero, Celia, lo he estado pensando mucho y voy a seguir con tu padre. Te prometo que todo va a cambiar, que a partir de ahora me lo voy a tragar todo y no vas a notar nada. Ya se pasará esta etapa, tu padre tiene que cambiar, no puede estar así siempre. Y yo, yo no me siento con fuerzas para divorciarme ahora.

Celia la miró resignada, casi enfadada. No era la primera vez que le decía algo parecido y, como ya antes había pasado, sabía que estaría tranquila durante unos días, quizá incluso alguna semana, pero luego volvería a lo mismo: a no soportar vivir esa mentira. Pese a ello, intentó recordar todo lo que Ivan le había dicho esa misma mañana, intentó ponerse en su lugar y aceptar las decisiones que iba tomando. Aunque no estuviera de acuerdo con ellas.

—No estoy contenta con la decisión, pero la respeto —contestó mirándola fijamente a los ojos—. Pero, mamá, que esta sea la última vez, prométeme que si no funciona y todo vuelve a lo mismo una vez más, tomaremos medidas más drásticas.

—Te lo prometo.

Dejó a su madre y, totalmente envuelta en sus pensamientos, salió en dirección a su cuarto. No podía evitar sentirse desanimada, la conversación con su madre había acabado ensombreciendo su perfecto día. Necesitaba pensar en otra cosa, así que se apoyó en la pared del pasillo, sacó su móvil y marcó el teléfono de su padre. En cuanto le contestó, aprovechó para preguntarle más detalles sobre la desaparición de la antigua propietaria de la casa.

—¿Sabes Celia? Fue muy raro —respondió su padre, sorprendido por su curiosidad—. Tenía fama la mujer de muy guapa y él de no portarse nada bien con ella. Cuando estábamos viendo lo de la casa, él no estaba preocupado con la desaparición y conmigo no se cortó, me dijo que cuando apareciera se iba a llevar una sorpresa, porque lo tenía todo preparado para divorciarse sin darle casi nada, que a él nadie lo iba a desplumar.

»Pero era extraño —continuó su padre—. A veces decía ese tipo de cosas y

otras parecía dar por hecho que su mujer nunca aparecería, hablaba de ella como si estuviera muerta. Además, todo fue muy rápido, dejaron la casa con un montón de cosas que luego no sabíamos qué hacer con ellas. ¿Sabes? La enciclopedia, *esa* completa, que hay en el salón. No se la llevaron y lo mismo con muchísimas otras cosas.

—¿Dejaron también los marcos de las fotos de la estantería? —preguntó Celia, sin creer lo que estaba escuchando. ¿Podrían los marcos que cayeron aquella noche haber pertenecido a la antigua pareja?

—No lo sé, Celia —contestó, reflexionando sobre la pregunta, como si estuviera haciendo memoria en ese preciso instante—. Pero dejaron muchas cosas, las que nos gustaron las dejamos y las que no, creo que las pusimos en la caseta del jardín para tirarlas. Era un hombre muy raro, un cascarrabias...

»Y hay una cosa más... —continuó diciendo su padre—. Pero Celia, ahora no puedo hablar, me has pillado entrando a una reunión. Cuando vuelva a casa te sigo contando.

Y sin siquiera despedirse, su padre colgó el teléfono, dejando a Celia ansiosa por descubrir qué más sabía. Suspiró, sentía que no avanzaba, que estaba en un pozo sin salida, pero al mismo tiempo su instinto le decía que su padre sabía algo que le abriría un pequeño camino para seguir investigando la misteriosa desaparición.

Justo cuando estaba empezando a caminar por el pasillo, los crujidos de la escalera, le hicieron volverse y descubrieron a su abuela subiendo con cuidado.

—¡Celia! —gritó a medio camino, intentando no tener que subir la escalera completamente.

—Estoy aquí, abuela. Dime.

—¿Has visto lo que te ha traído Víctor? —preguntó su abuela desde abajo—. Se me ha olvidado decírtelo antes, pero te ha traído un regalo en una caja preciosa. La he dejado encima de tu cama.

—Gracias, abuela. Voy a verlo ahora mismo.

«¿Un regalo?», pensó Celia totalmente intrigada por la noticia. De repente, todos sus problemas, todos sus quebraderos de cabeza, todos sus malos momentos se esfumaron de su mente, que quedó únicamente poseída por la emoción e intriga que el pequeño detalle de Víctor había despertado en ella.

Jueves, 16 de julio de 2009

LA MANGA

Pese a que era una noche tranquila, una de esas en las que el silencio y la más profunda oscuridad se hacen con todo, Celia deambulaba de un lado a otro de su cama, sin poder quedarse dormida. Era más de la una de la madrugada, hacía ya horas que debía haber sido vencida por el sueño, pero allí seguía, totalmente despierta.

Al día siguiente vería, por fin, a Víctor. Todavía estaba emocionada por su precioso detalle, un inesperado regalo que le había hecho sentir la persona más afortunada del mundo.

En una original caja, envuelto cuidadosamente en papel celofán de color rosa pastel, Víctor había colocado un juego de palas sin estrenar (una de sus pasiones en verano) y un pequeño osito de peluche que desde niña cogía y abrazaba cada vez que iba a casa de su amigo. Una pequeña nota acompañaba el regalo, unas preciosas palabras que jamás olvidaría:

Siento aquello que te haya hecho daño, solo quería decirte que sea lo que sea, lo hice sin intención. Jamás haría algo que te molestara.

¿Te apetece jugar a las palas esta semana? (¡Dime que sí!)

Víctor.

No era el regalo en sí lo que había emocionado a Celia, sino el esfuerzo de su mejor amigo por conseguir su perdón, aún sin entender muy bien qué era lo que realmente había ocurrido entre ambos. No podía evitar sentirse avergonzada consigo misma, sentía que lo que había escuchado a escondidas aquel día en el centro comercial no había sido para tanto. Ni mucho menos suficiente para acabar con una relación como la suya y le dolía mucho

reconocer que, si hubiera sido por ella, su amistad se habría ido poco a poco apagando. Solo gracias a él, eso nunca ocurriría.

En ese momento notó cómo el viento empezaba a soplar con fuerza, un soplido que retumbaba desde fuera y se colaba con sigilo en la habitación, como si se dirigiera directamente hacia sus oídos. Pese a que el sonido fue poco a poco desapareciendo, el viento siguió entrando y saliendo, moviendo las puertas de la ventana al unísono con él; haciéndolas chocar una y otra vez contra el marco de la pared. Pronto el golpeteo se hizo totalmente insoportable para Celia y acabó en cuestión de segundos con su tranquilidad. Quería levantarse y cerrar la ventana, pero no sabía muy bien por qué no se atrevía a abandonar la seguridad de su cama. Tuvo que recordarse varias veces a sí misma que ya no era una niña para conseguir levantarse y encaminar sus pasos hacia la ventana, orientándose casi a ciegas, tan solo alumbrada por la luz de la luna que conseguía colarse en la habitación. Con fuerza, comenzó a empujar las pesadas puertas del ventanal, pero el viento se enfrentó a ella volviendo a aullar con ferocidad y penetrando con intensidad en la habitación, como queriendo impedir que cerrara la ventana. Tuvo que empujar con todas sus fuerzas para, poco a poco, poder cerrarla y, con cuidado, poner el pestillo. Ya respiraba aliviada y algo más serena, cuando la puerta de su habitación situada unos metros por detrás de ella se cerró de golpe, provocando un terrible portazo.

Se giró casi al instante, para verse desafiada por su propia puerta. Casi de inmediato sintió que algo no andaba bien, que algo extraño la acaba de atrapar en su propio cuarto. Como poseída, corrió hasta la puerta y tiró de la manivela. No pudo abrirla. Desesperada siguió tirando con fuerza, pero por más que lo intentó, no consiguió moverla. La puerta parecía estar herméticamente cerrada desde fuera. No podía creerse que volviera a encontrarse en esa misma situación, atrapada de la misma forma que se había visto en el aseo. Pero esta vez no quería dejarse llevar por el pánico, necesitaba mantenerse serena. Siguió intentando abrir la puerta, una y otra vez, sin éxito alguno.

Poco a poco los nervios fueron apoderándose de ella, empezó a gritar, casi entre llantos, llamando a su madre y a su abuela, mientras golpeaba con sus puños la puerta, en un vano esfuerzo por abrirse camino.

—Por favor, abrid, por favor. Estoy aquí —gritó una y otra vez. Se sentía tan indefensa ahí dentro, presa en su propio cuarto. Intentó retomar el control

sobre sí misma y tiró de nuevo con fuerza de la puerta. Al principio sin conseguir nada, pero tras intentarlo de nuevo, la puerta acabó cediendo y ante ella apareció la figura de su madre que la miraba también aterrada, muy preocupada por sus gritos.

—Celia, ¿qué ha pasado? —le preguntó muy asustada—. No podía abrir la puerta y pensaba que te estaba pasando algo.

—Mamá, no lo sé, no lo sé. Ya me pasó en el baño, quería salir pero no podía, no podía.

—Ussshhhh, tranquila. —Intentó que se calmara, mirándola a los ojos y abrazándola con fuerza—. Siéntate en la cama y relájate, ya ha pasado, no ha sido nada, se habrá quedado atascada. Las puertas están algo viejas y la madera a veces se atranca. Tranquilízate.

Los temblores se repetían por todo su cuerpo, se sentía muy nerviosa, como si su cabeza fuera a estallar. Con cuidado se sentó en su cama y apoyó su cabeza sobre el hombro de su madre, que la abrazaba con fuerza. Al poco, la figura de su abuela, vistiendo un camisón blanco largo hasta el suelo y con su pelo algo alborotado, apareció justo a su entrada.

—¿Qué ha pasado? He oído los gritos y...

—Abuela, por favor, vete. ¡Vete! —Se escuchó gritando Celia, entre sollozos. La pura realidad era que no quería que su abuela la viera de esa forma, totalmente fuera de control, como si de una niña pequeña se tratara. No sabía qué sentir, no entendía qué estaba pasando.

—Encarna, bájate tú si quieres y descansa. Yo me quedo con ella —contestó su madre, tomando el control de la situación.

—Esta chiquilla está muy nerviosa, la que más está de todos con lo que está pasando — escuchó quejarse a su abuela para sí misma mientras se alejaba, volviendo a su cuarto en la planta de abajo—. Y se piensan que yo puedo, pero yo no puedo, yo estoy ya muy mayor...

Las palabras de su abuela se perdieron para siempre en el fuerte abrazo que le dio su madre, que la besaba con fuerza en la frente. Poniendo todo su empeño en tranquilizarla, empujando todo lo que había pasado.

—Intenta dormir Celia, no ha pasado nada, solo te has asustado y te has puesto nerviosa. No ha pasado nada. Nada va a pasarnos.

Ж Ж Ж

—Te gané —dijo Ivan mientras se bajaba de su bicicleta y buscaba la llave de su casa en su mochila. Aunque luchaba por parecer sosegado, su agitada respiración mostraba que había tenido que esforzarse para que Celia no llegara antes que él. La próxima vez estaba segura de que conseguiría ganarle.

—Por muy poco, ¡mañana quiero la revancha! —contestó Celia bajando también cuidadosamente de su bicicleta y quedando a su lado, a escasos pasos de la entrada de su casa. Acababa de pasar otro maravilloso día junto a su vecino. Habían vuelto a reír, hablar y divertirse y, casi sin esfuerzo, el extraño suceso de la noche anterior había dejado de martirizarla. Junto a él sentía que su vida recuperaba su equilibrio, equilibrio que notaba roto tan rápido como volvía a sentirse cerca de su casa.

—¡Celia! —le gritó cuando ya prácticamente había entrado. Sin dudarle, Celia frenó sus pasos y se asomó por la puerta.

—Dime.

—¿Te apetece tomar algo luego? —le preguntó, mirándola con fuerza e intensidad a los ojos. Esos mismos ojos que al principio tanto la aterraban y que ahora solo despertaban sonrisas en ella—. Nos podemos ver a las diez aquí, he quedado para tomar algo con unos amigos en El Zoco. Sería genial que vinieras.

Asintió con fuerza y entró en su casa, arrastrando la bicicleta cuya oxidada cadena chirriaba a cada nuevo paso. Esa sería la primera vez que se verían fuera de la playa y, para su sorpresa, el encuentro llenó todo su cuerpo de una gran ilusión. Empujando su bicicleta a través del jardín, su mente se perdió en su armario, intentando decidir qué podría ponerse esa noche. Después de mucho tiempo encerrada en sí misma, era agradable volver a preocuparse por ese tipo de cosas.

—Qué tarde se te ha hecho —oyó decir a su abuela desde el porche al verla pasar. Parecía preocupada, como si llevara horas deseando que la imagen de su nieta atravesara la puerta. No era realmente tarde, pero parecía no haber olvidado ni por un segundo lo que había ocurrido la noche anterior—. Hoy, no dirás que no te lo digo, tómate una tila antes de acostarte, que duermas bien y descansas como es debido. Yo, en cuanto me noto nerviosa, una tila antes de dormir. Si no... ¡Cómo podría!

—Sí, abuela, voy a tomarme de ahora en adelante una tila antes de dormir —contestó Celia como si recitara sus palabras de memoria, lo hizo además sin apenas mirarla, totalmente concentrada en meter su bicicleta en la caseta del

jardín. Su abuela debía haber hablado con su madre a lo largo del día, pues eso mismo le había dicho ella esa mañana. Eso mismo le decía siempre. Cómo si una tila fuera a acabar con todos sus problemas. Pero era cierto que no podía permitir que algo así volviera a pasar, jamás había visto a su madre y a su abuela tan preocupadas por ella, así que aunque solo fuera por intentar tranquilizarlas tenía pensado seguir su absurdo consejo.

Se sentía agotada, así que se tumbó sobre los cojines del sofá del porche y allí, pese al sonido de la televisión que llegaba desde el salón, se quedó dormida. Una siesta tardía que la ayudó a recuperarse de la falta de sueño que venía arrastrando y del ajetreado día que acababa de pasar en la playa. Despertó por sí misma, nada la molestó, pero algo dentro de ella le indicó que había llegado el momento de abrir poco a poco los ojos. Todo parecía estar tal como lo había dejado, su abuela seguía viendo la televisión en el salón y no se notaba más movimiento en la casa, una única diferencia despertó su interés y provocó una pequeña sonrisa en su rostro: Víctor la observaba sentado en el suelo, justo enfrente de ella, apoyado contra una de las columnas.

—¡Oh no! ¿Cuánto tiempo llevas aquí? —exclamó Celia, mientras se estiraba lentamente y se iba incorporando hasta quedar totalmente sentada sobre el sofá. Notaba su pelo bastante alborotado y su rostro totalmente marcado por el ratito que había estado durmiendo, pero no le importó. Eso era lo que más le gustaba de Víctor, podía relajarse y ser ella misma; no tenía que aparentar ser perfecta en cada uno de sus encuentros.

—Bueno, teniendo en cuenta que habíamos quedado hace ya casi 45 minutos —le contestó mirando su reloj—. Creo que algo más de media hora.

—Lo siento, Víctor —dijo Celia mientras se mordía el labio con remordimiento, no entendía cómo podía haberse quedado dormida de esa forma. Mientras seguía disculpándose, se acercó hacia él y se sentó a su lado sobre uno de los escalones del porche que daban al jardín; pero ella lo hizo mirando hacia el mar que brillaba con intensidad y sobre el que caía un anaranjado atardecer. Automáticamente Víctor se giró junto a ella, mirando en su misma dirección.

—No te preocupes Celia, simplemente quería volver a verte, con mirarte casi me valía. Te he echado mucho de menos.

—Víctor, lo siento... —Las palabras de Celia se entrecortaron, no sabía cómo expresar lo que quería decirle. Realmente sentía que le debía una explicación, así que, aunque lo fácil hubiera sido dejar pasar sin más el

asunto, le explicó todo lo que aquel día había escuchado en el centro comercial, detallando su enfado y como desde entonces había intentado esquivar su encuentro. También le contó lo que realmente había pasado entre Diego y ella. Al terminar su explicación, se sentía terriblemente emocionada, con los nervios a flor de piel—. Lo siento muchísimo, sé que no era para tanto, pero no me preguntes por qué, me dolió mucho escuchar eso de ti.

—Soy yo quien debería de pedir disculpas —le contestó, volviendo su cara hacia Celia—. Nunca debí haber dicho esas cosas de ti, pero tristemente muchas veces te dejás llevar y acabas diciendo algo de lo que luego puedes arrepentirte. Intentaré que no vuelva a pasar, pero Celia, que no te dé miedo echarme ese tipo de cosas en cara, gritarme si quieres; porque así también hablaremos y evitaremos que algo así acabe interponiéndose entre nosotros. Y respecto a Diego... Creo que no merece la pena que le dediquemos ni un minuto. Ha demostrado ser un imbécil.

—No hace falta que me pidas perdón —dijo Celia abrazándolo con fuerza. Solo entonces, al sentir el calor de su abrazo en su cuerpo, se dio cuenta de lo muchísimo que había echado en falta su cariño y compañía.

Quedaron durante un momento en silencio, felices de poder al fin compartir juntos parte de su tiempo.

—Celia... —Con cierta prudencia, casi con miedo, Víctor rompió el silencio que los rodeaba—. Al llegar, tu abuela me ha dicho que te cuidara mucho, que estaba preocupada, que te notaba muy sensible. Y el hecho de que esa conversación te afectara tanto, que ya no vengas con nosotros ninguna tarde... Celia, ¿te pasa algo? Ya sabes que puedes confiar en mí.

Celia lo miró dubitativa, sin saber muy bien qué contestar. Un repentino dolor de cabeza se adueñó de su mente, por ella se deslizaron sus padres, su imagen luchando por abrir la puerta y todos los sucesos extraños que la habían acompañado desde que llegó a la playa. Empezó a respirar con cierta dificultad, quería contárselo todo, pero no sabía cuál sería su reacción.

Al mismo tiempo también sentía que necesitaba ayuda, que no podía seguir guardando dentro de ella tantos secretos. Quizá por ello, muy avergonzada al principio y ganando cierta confianza después, le fue contando todo lo que había pasado en la casa desde su llegada, compartiendo también los detalles que había logrado descubrir sobre los antiguos propietarios.

—Esta es la imagen que encontré aquella noche —confesó Celia un poco avergonzada al tiempo que sacaba la fotografía de su mochila y se la

entregaba.

—«Para Alberto Puigcerver. Con todo mi amor y cariño». —Leyó Víctor dándole la vuelta a la vieja fotografía en blanco y negro. Celia lo miraba con cuidado, intentando adivinar lo que podría estar pasando por su cabeza. Su expresión apenas había variado tras escuchar sus confesiones. No mostraba ni sorpresa ni incredulidad, lo que supuso un fuerte alivio para ella—. ¿Sabes de quién se trata? —le preguntó finalmente Víctor, separando su mirada de la fotografía.

—Esa es la cosa, no estoy segura, pero creo que podría ser su mujer, de la que acabó separándose.

—A quien sospechas pudo ocurrirle algo en esta casa —contestó Víctor examinando con semblante serio, nuevamente, la fotografía que tenía entre las manos—. Pero... ¿Por qué ahora Celia? ¿Por qué después de tantos años sin pasar nada raro crees que ahora podría estar pasando todo esto?

—Uffff, no lo sé, la verdad. Puede que sea porque todo ocurrió hace justo 10 años, es una cifra redonda, una especie de aniversario... —Había tenido que improvisar, ofrecerle alguna justificación rápidamente. Lo cierto era que Celia sospechaba que podía haber algo mucho más profundo en todo lo que estaba pasando. ¿Y si ahora su madre estaba pasando por algo parecido a lo que esa mujer había sufrido en esa misma casa muchos años atrás? No tenía ningún sentido, pero algo debía estar motivando esos extraños sucesos; y todo lo que estaba ocurriendo en su casa podría, de alguna forma, haber reabierto una antigua herida.

Perdida en sus pensamientos y cavilaciones, empezó a sentirse totalmente avergonzada de sí misma. Se vio sentada ahí sin más, junto a Víctor, contándole todos esos aparentes disparates.

—No te rías de mí, anda.

—No me estoy riendo —dijo Víctor, mirándola con incredulidad. Su semblante había sido el mismo en todo momento, serio y atento a sus palabras.

—Sé que te estás riendo de mí por dentro.

Víctor se rio ante el comentario y levantándose ligeramente, se puso de cuclillas justo enfrente de ella, mirándola a los ojos.

—No te voy a engañar —empezó a decir—, todo esto me parece una locura, una increíble locura. Pero por alguna razón, el destino te ha traído hasta este punto y creo que deberíamos intentar llegar al fondo del asunto. Probablemente, acabemos riéndonos de nosotros mismos por haber pensado

que algo raro pudo ocurrir. Pero creo que merece la pena intentar descubrir lo que pasó realmente. Si esto es una locura, será nuestra locura.

Celia simplemente no podía creer lo que acababa de escuchar, demasiado bonito, sumamente perfecto para ser verdad. Víctor quería formar parte de esa desquiciante locura.

Un extraño sentimiento se adueñó de ella, un tenue remordimiento. Víctor le había demostrado que podía confiar en él sin importar de lo que se tratara y, era cierto que ella le había abierto su corazón, pero solo una pequeña parte de él. Había algo más que la devoraba por dentro: todo lo que estaba pasando entre sus padres y lo culpable que se sentía de todo ello. Quizá era el momento de sacarlo todo, de explicarle incluso por qué se sentía de esa forma. Puede que fuera el momento de empezar a confiar realmente en alguien.

—¿Jugamos a las palas? —le preguntó Víctor, mientras se levantaba y tiraba con fuerza de sus brazos, consiguiendo ponerla en pie también a ella—. ¿Hasta que la luz se vaya?

La pregunta la alejó de sus pensamientos, estaba ya empezando a meterse el sol, pero todavía podrían jugar durante un buen rato antes de que cayera la noche.

—Hasta que la luz se vaya —respondió sonriendo.

Bajaron a la playa y, una vez allí, se situaron a unos cuatro metros de distancia, uno enfrente del otro. Siempre les había encantado jugar a las palas a partir de las ocho de la tarde, cuando el sol empezaba a perderse lentamente y, junto a él, la mayoría de la gente comenzaba a retirarse, quedando la playa casi para ellos dos. De esa forma, podían golpear la pelota con fuerza y sin miedo a acabar dándole a alguien.

—A ver si me acuerdo, ¡no he jugado en todo el verano! —dijo Celia, poniendo la pequeña pelota en juego. Víctor la devolvió suavemente, por lo que ella pudo darle cierta intensidad al juego. En breve, ambos estaban totalmente inmersos en un atractivo duelo de golpes, donde corrían y luchaban por devolver las pelotas difíciles e intentaban golpear con fuerza las pelotas más sencillas.

Desde niños disfrutaban peloteando y, como la mayoría de veces, esa tarde los minutos se hicieron segundos y, sin apenas notarlo, las horas pasaron como minutos.

—Celia, me tengo que ir ya, se ha hecho muy tarde —explicó Víctor parando el juego y mirando su reloj, apenas quedaba ya luz a su alrededor—. Había

quedado a las diez y media para cenar con Ana, creo que me va a matar... Son ya casi y todavía me tengo que duchar...

«¿Con Ana?», pensó Celia tremendamente sorprendida. «Pero ¿a solas?», le hubiera gustado preguntar, pero en lugar de ello, se guardó su curiosidad muy dentro de ella. No tenía ningún derecho a hacer esa pregunta, pero no podía evitar sentirse preocupada por el alcance que podrían tener esas palabras. De todas las chicas que había en el planeta, ¿por qué había tenido que decir Ana?

—Apenas queda ya luz, poco más habríamos podido hacer —le contestó Celia acercándose a él. En ese instante algo cruzó su cabeza y su mente se bloqueó por un momento—. ¿Qué hora es ya?

—Casi las 10 y media.

—Pufff, yo había quedado a las 10. ¡Se me ha pasado totalmente! —Celia simplemente no se podía creer que se le hubiera olvidado una cosa así. Recogió todas sus cosas rápidamente y, sin apenas mirar a Víctor, caminó hacia la escalera que conducía a su casa.

—¿Con quién has quedado? —preguntó Víctor, recogiendo sus cosas y corriendo ligeramente tras ella.

—Con Ivan, no lo conoces, espero presentártelo pronto, es mi vecino, nos conocimos hace unos días. Es hijo de Antonio («el Francés»), es un encanto. Creo que te va a caer genial.

—No lo conozco, pero creo que lo he visto alguna vez por tu calle —contestó Víctor despidiéndose de ella con la mano—. Antes de que se me olvide, me ha dicho mi madre que si te apetece venir a comer el sábado a casa.

—Sí, ¡claro! —le contestó Celia subiendo rápidamente las escaleras—. Tengo muchas ganas de verlos a todos ¡Nos vemos el sábado entonces! —Y con una sonrisa entró corriendo en casa, dejando allí plantado a Víctor en la arena de la playa, que con su mano elevada apenas pudo despedirse de ella.

Pero ya tendría tiempo de darle una explicación, ahora debía concentrarse en tratar de localizar a Ivan, que debía llevar más de media hora esperándola en la calle. Cruzó el jardín a toda prisa y salió por la puerta delantera, intentando dar con una excusa para su retraso. Cuando alcanzó la puerta, ya tenía más o menos decidido lo que iba a decir, pero su corazón se encogió al ver la calle totalmente desierta. Sin pensarlo se dirigió hasta la casa de su vecino y tocó varias veces al timbre.

«Ojalá no se haya ido todavía», pensó mientras esperaba, nerviosa por no

obtener respuesta. Se asomó como pudo por las rendijas que quedaban entre la propia puerta y el muro, no se veía ningún movimiento dentro de la casa. Ivan debía haberse marchado ya, posiblemente cansado de esperarla. Suspirando se sentó en la baldosa, maldiciéndose a sí misma por lo que había pasado, por lo sumamente estúpida que había sido.

En ese momento, una sombra a lo lejos fue tomando claridad. Por el hueco que quedaba entre unos coches descubrió a su vecina, Ángela, entrando por la cavidad que se formaba entre varios cipreses. No entendía muy bien qué podría estar haciendo su vecina allí medio escondida. Recordó entonces que su madre le había dicho que estaba atravesando una pequeña depresión. Su propio rostro se entristeció al imaginar los maquillados ojos de Ángela totalmente destrozados por las lágrimas. Se encontraba a unos cien metros de ella, al final de la calle y, sin saber muy bien por qué, Celia sopesó ir a hablar con ella. No le gustaba meterse en la vida de los demás, pero sabía que lo estaba pasando mal, debía ser muy duro desear un hijo que no llegaba.

Lentamente, sin tener muy claro si lo que iba a hacer era correcto o no, se encaminó hacia el lugar donde Ángela parecía estar escondida. Mientras caminaba, un coche entró a toda velocidad en la calle y, a mitad de la misma, captó la atención de todo el mundo con un estridente pitido. Se volvió de inmediato para descubrir el BMW de su padre a escasos metros de ella. Su padre acababa de regresar a casa y Celia sabía que con él, volvía un carro de reproches y gritos que no tardarían en hacerse notar en su «apacible» hogar.

—¿Dónde vas, pequeñaja? —le preguntó desde su asiento, contento de encontrarla ahí. La música salía a todo volumen del interior del coche, destrozando la tranquilidad que se vivía en el barrio en ese momento.

—Voy un momento al final de la calle, ve entrando tú que yo voy en un ratito —contestó Celia, despidiéndose de él con la mano. Cuando el coche entró completamente en su casa, reemprendió su camino. Por nada del mundo quería delatar el escondite de su vecina.

Continuó caminando, pero una vez alcanzó el escondite de su vecina, se descubrió totalmente a solas consigo misma. Si su vecina verdaderamente había estado allí, debía haberse ido tras el ajeteo montado por su padre. Aunque, devastada, se dio cuenta de que ya no estaba ni tan siquiera segura de lo que había visto. La vuelta de su padre la había trastornado, como siempre las sensaciones se mezclaban: por una parte, se alegraba de tener a su padre de nuevo allí, pero por otra, le aterraba tener que enfrentarse a las continuas

peleas que traía con él. Tristemente eran ya parte de su rutina y sabía a la perfección que si los gritos no habían empezado ya en su casa, lo harían muy pronto. «¿Dónde has estado? ¿Te crees que soy tonta? ¡Para qué vuelves, quédate con ella!». Todo se había convertido en un ciclo que conocía a la perfección y, pese a todo, a veces se avergonzaba de sí misma al darse cuenta de que, aunque jamás lo reconocería, en el fondo de su egoísta corazón prefería eso al fin de su familia. Prefería vivir en esa continua pesadilla, que en el infierno de no tenerlos a su lado.

Volvió a pensar en su vecino Ivan, en qué iba a decirle al día siguiente, cuando al verlo antes de ir a Calblanque tuviera que reconocer que se había olvidado de su encuentro. Pero apartó la imagen de su amigo y de su padre de su mente, había pasado un día prácticamente perfecto y quería seguir viviendo en ese aparente sueño un poquito más, aunque solo fuera el tiempo que durase un pequeño paseo. Por ello, siguió andando calle arriba en dirección contraria a su casa. Sabía que le vendría bien caminar un poco y, después, se sentiría con la fuerza necesaria para hacer frente de nuevo a lo que allí le esperaba, su ya casi maldito día a día.

05/08/2009. La Manga

Intentando contener las lágrimas, Celia se subió en su bicicleta lo más rápido que pudo. Empezó a pedalear por la arena, apretando con todas sus fuerzas los pedales, agobiada por no ser capaz de escapar de aquel lugar más deprisa.

Miró hacia atrás, aliviada se dio cuenta de que nadie la seguía. Intentó serenarse, pero no podía. No era capaz de asimilar lo que acaba de ocurrir en esa recóndita playa. Cómo alguien que tanto apreciaba le podía haber hecho una cosa así.

Ж Ж Ж

Viernes, 17 de julio de 2009

LA MANGA

A Celia le hubiera gustado que su preocupación de esa mañana hubiera sido la gran pelea que trajo consigo la vuelta de su padre la noche anterior. O tal vez el hecho de que su madre había caído otra vez en lo mismo, pese a que días atrás había intentado convencerse a sí misma de que jamás volvería a pasarle. O quizá se hubiera sentido algo mejor si lo que la hubiera mantenido en vilo hubiera sido que esa misma mañana la habían despertado las risas de sus padres que desde el pasillo hablaban como si tal cosa, como si nada hubiera ocurrido unas horas antes, como si nada estuviera ocurriendo y volvieran a ser la pareja feliz que una vez fueron. No había nada que desquiciara más a Celia que esos repentinos cambios entre ellos, como eran capaces de pasar del amor al odio de un día para otro. Pero nada de eso preocupaba realmente a Celia esa mañana. Ni tan siquiera le importaba no haber podido todavía preguntarle a su padre por más detalles sobre la misteriosa desaparición. Mientras terminaba de arreglarse y preparaba su mochila, lo único que la desquiciaba era no saber si Ivan estaría enfadado con ella después del plantón que le había dado el día anterior.

Abandonó su casa sin saludar a nadie, evitando encontrarse con sus padres o su abuela para no tener que entretenerse lo más mínimo. Nada más abrir la

puerta, la sobresaltó el rostro de Ivan, justo enfrente de ella, lleno también de preocupación y nerviosismo.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —preguntó Celia, contemplando un oscuro moratón que hacía destacar su pómulo derecho en su perfecta cara.

—¿Esto? —preguntó Ivan, tocándose la herida con la mano, como recordando en ese momento que ahí estaba—. No es nada, solo es un roce. No te preocupes. Celia, siento mucho lo de anoche.

De repente, el asombro de Celia por el lamentable aspecto de su vecino fue superado por la gran confusión que sus palabras dejaron sobre ella. No entendía absolutamente nada, no sabía a qué podría referirse y por qué motivo le estaba pidiendo perdón. Además, ante su atónita mirada, en cuestión de segundos, la mención de la herida había transformado el rostro de Ivan, endureciendo sus facciones y haciéndolas transmitir cierta furia. Un pequeño escalofrío recorrió el cuerpo de Celia al darse cuenta de que algo parecido le había pasado aquel día en Calblanque, cuando habían estado hablando sobre su padre.

—No pude venir, me surgió un imprevisto. —Se disculpó Ivan, mostrando cierta vergüenza y preocupación—. Me hubiera gustado llamarte, pero al vivir tan cerca no nos hemos intercambiado los teléfonos. Espero que no estuvieras mucho tiempo esperando.

—Ahhh, eso... No te preocupes —dijo Celia, comprendiendo lo que podría estar ocurriendo—. No estuve mucho esperando y como era aquí mismo, en seguida entré en casa. No tiene importancia, de verdad.

Le sonrió con fuerza para intentar zanjar el asunto sin que Ivan sintiera el más mínimo remordimiento por lo ocurrido. Al fin y al cabo, ella tampoco había aparecido a la hora acordada. Pero nada cambió el semblante serio de su vecino, que sin prácticamente más comentarios sobre lo ocurrido se subió a su bicicleta y se preparó para empezar a pedalear.

—Me alegro de que no estés enfadada —le confesó justo antes de emprender la marcha—. Gracias, Celia.

Con esas palabras inició su camino hacia Calblanque y, un poco por detrás de él, Celia comenzó a seguirlo con su bicicleta. No sabía explicar muy bien por qué, pero sentía que algo había cambiado dentro de él, que ya no tenía delante al apacible y simpático chico con el que tantos buenos momentos había compartido durante los últimos días. Algo grave debía de haberle ocurrido la noche anterior, algo que además de no permitirle atender su pequeña cita,

había dejado cierta cicatriz en él. Y, aprovechando que pasarían juntos el día, estaba totalmente decidida a intentar descubrir de qué se trataba.

Ж Ж Ж

El fuerte viento que soplaba les obligó a poner los toldos que usaban en invierno para proteger la terraza. Gracias a ellos, seguía resultando agradable sentarse a cenar o a tomar un refresco en la terraza de la pizzería. Con cuidado, María extendió el precioso mantel de tela con estampado de cuadros blancos y rojos por encima de una de las mesas y empezó a colocar el resto de utensilios sobre ella. Llevaba horas intentando dar a la terraza un toque elegante que recordara a París y al fin sentía que lo había conseguido. Estaba agotada, casi exhausta, pero tenía que reconocer que las mesas estaban preciosas. Sencillas pero llamativas, por encima del mantel simplemente había colocado dos grandes copas, los cubiertos y justo en el centro de la mesa un pequeño jarrón con una sugerente rosa roja. Desde hacía dos semanas todos los jueves tematizaban el restaurante bajo una ciudad famosa, esa semana había sido el turno de París.

Aliviada al ver el restaurante listo para iniciar la noche, se sentó durante unos minutos en una gran maceta que quedaba en una esquina de la terraza. Estaba cansada, conforme agosto se iba acercando, más movimiento había en la pizzería y más tarde terminaba cada noche. Por las mañanas teóricamente podía descansar, pero al final siempre acababa repasando las existencias y pedidos con Montse o dando vida a la página de Facebook que acababa de crear para el restaurante.

—Jefa, ya he traído las boinas —le dijo Jaime, uno de sus compañeros en la pizzería, mientras entraba en la terraza y sacaba una de las boinas de la gran bolsa que traía. Sin darle tiempo a reaccionar la colocó sobre su cabeza—. Guay, monísima... Quizá podemos dejarlas de uniforme fijo para el resto del verano.

—Sí, claro... ¡Además tiene que ser comodísimo estar todas las noches trabajando con esto puesto! —rio María, mientras se la quitaba con cuidado y observaba con detenimiento la bolsa donde se encontraban las demás. Jaime la había vuelto a llamar «jefa», para su desesperación prácticamente desde que se habían conocido la llevaba llamando de esa forma, de nada habían servido sus súplicas para que dejara de hacerlo, ya que temía que sus verdaderos jefes

se acabaran mosqueando (especialmente su ya querida amiga, Montse). Pero él siempre le repetía una y otra vez que allí no había más jefa que ella—. Has comprado una para cada uno de nosotros, ¿verdad? Me tienes que dar la factura, ¿te han costado exactamente lo que te dijeron?

—Todo ok... —dijo Jaime guiñándole un ojo, mientras sacaba una boina cuyo color no era negro como el resto sino que resaltaba en un rojo intenso—. Para Manuel, nuestro querido encargado, he comprado esta, así podremos controlar mejor que no haga ninguna de sus picias.

María no pudo evitar echarse a reír. Era algo que Jaime conseguía con facilidad, además con él a su lado sentía que todo saldría bien. En realidad, la idea de tematizar el restaurante una vez por semana había sido suya. Todo había empezado en una reunión que María había organizado con todos los camareros y donde les había pedido que pusieran en común cualquier idea que se les ocurriera para intentar atraer más clientes entre semana, cuando la demanda decaía. La gran imaginación de Jaime había hecho el resto: ahora cada jueves conseguían llenar el restaurante y pasar el día más divertido de la semana.

Tenía que reconocer que Jaime era un chico muy inteligente y trabajador, acababa de terminar derecho y en septiembre iba a empezar un máster en abogacía, además hablaba inglés perfectamente, mucho mejor que ella que estaba a punto de mudarse a Inglaterra. Como María, él también había soñado con colgar el delantal y dejar su trabajo de camarero una vez se graduara, pero abrumado por la falta de ofertas de trabajo no había tenido más remedio que mantenerlo. La verdad era que en los ratitos que habían pasado a solas, se había dado cuenta de que tenían muchas cosas en común. Recordaba con cariño especialmente el par de veces que habían quedado fuera del trabajo, paseando suavemente por la orilla de la playa. Era consciente de que algo más profundo que respeto y admiración estaba creciendo dentro de ella en ese momento, pero no estaba ahí para enamorarse, no quedándole tanto por conseguir en su vida y más teniendo en cuenta que en septiembre dejaría España.

—¡María! ¡Menos mal que estás aquí! —Escuchó decir a su hermano Víctor que entraba en ese instante en la pizzería. Venía acompañado de una de sus amigas, Ana, creía recordar que se llamaba. Era raro, últimamente notaba que pasaba mucho tiempo con ella—. ¿Tienes el número del juez que era tan amigo

de la abuela? Llevo todo el día buscándolo y mamá dice que lo tiene pero en Madrid...

—Si venís a cenar... ¡Os falta el toque parisino! —dijo Jaime con una gran sonrisa, mientras se ponía una de las boinas. Al verlo, ambos comenzaron a reír, ella misma apenas pudo contener la risa. Qué sencillo le resultaba hacer reír a carcajadas a la gente.

—Gracias, pero acabamos de cenar —dijo Ana sin parar de sonreír, aprovechó para mirar asombrada cómo había quedado la decoración de la terraza—. Lo habéis dejado monísimo, a ver si la semana que viene podemos venir. Pero hoy solo vamos a tomar un helado por *Plaza Bohemia*.

—Sí, lo tengo —contestó María, sacando su móvil de su bolso e ignorando la conversación entre Jaime y Ana. Estaba bastante sorprendida con la petición de su hermano, no entendía para qué podría querer el número. Suponía que querría hablar con él, pero no se le ocurría qué estaría buscando con esa llamada. El juez, que debía estar ya jubilado, había sido íntimo amigo de su abuela y, tras su fallecimiento, había continuado una estrecha relación con la familia—. ¿Lo anotas?

Mientras Víctor anotaba el número en su móvil, María observó sorprendida como Ana se recostaba sobre su hombro pendiente de todo lo que hacía su hermano, que le sonreía y respondía a tales muestras de cariño con miradas cargadas de complicidad. Estaba claro que entre ambos existía una conexión especial, una relación que no se atrevía a señalar simplemente como mera amistad. Al fin y al cabo, acababan de confirmar que se dirigían a tomar un helado, lo que podría no significar nada o significarlo todo.

—Muchas gracias —le contestó su hermano mientras guardaba su móvil en su bolsillo y se dirigía hacia la salida. Y, justo antes de marcharse, mirándola fijamente, como adivinando sus pensamientos, le dijo algo que parecía dirigido a despejar todas sus dudas—. Nos vamos ya, que Paula llevará ya rato esperándonos, hemos quedado con ella en la heladería.

Empezaba ya a entrar gente en el restaurante así que, sin mediar más palabra, simplemente con un cruce de miradas, tanto Jaime como ella entendieron que era el momento de volver a centrarse en el trabajo. Mientras María daba la bienvenida a los primeros clientes y los invitaba a sentarse en la mesa que más les gustara, no pudo evitar levantar su mirada. Su hermano y Ana se alejaban juntos calle arriba, aunque solo veía sus siluetas de espaldas, sus movimientos le indicaban que iban riendo y hablando animadamente. Eran tantas las veces

que había visto a su hermano alejarse de esa misma forma con una chica, con esa preciosa complicidad y naturalidad; solamente que esta vez, por primera vez, no se trataba de su querida Celia.

Ж Ж Ж

Todavía era temprano para que cayera la noche, pero una cierta oscuridad empezó a apoderarse de la playa, oscuridad que vino acompañada de un repentino frío que obligó a Celia a abrigarse con una chaquetilla de lana que, por precaución, siempre guardaba en su mochila. Estaba sentada sobre su toalla, sintiendo cómo el viento la golpeaba con fuerza mientras miraba embelesada al enfurecido mar, cuyas olas habían estado rugiendo durante todo el día. Por primera vez en todo el verano, el tiempo no había acompañado, el cielo había estado totalmente nublado y el viento había sido muy intenso, lo que había acabado desde el principio con su apacible día de playa.

En ese momento, vislumbró a lo lejos a Ivan que se aproximaba hacia ella con su bicicleta, su visión la tranquilizó, tenía muchas ganas de regresar a casa. El cielo se estaba volviendo cada vez más opaco y daba la sensación de que podría empezar a llover en cualquier momento.

—Creo que deberíamos volver —le dijo Ivan al llegar a su lado, bajando de su bicicleta—. No creo que llueva, pero el viento se está poniendo insoportable.

—Sí, yo también lo creo —contestó Celia mientras se levantaba y se acercaba a él.

«Extraño» era el adjetivo que mejor calificaba el día que acababa de pasar. Ivan había estado tremendamente distante y esquivo con ella. De hecho, prácticamente toda la tarde la había pasado dando un paseo en bici. No le había importado en absoluto que la dejara sola, entendía que quizá necesitara un poco de espacio para aclarar sus ideas y a ella también le había venido muy bien pasar ese ratito a solas. Pese al intenso viento, había pasado una tarde tranquila, leyendo y poniendo todas sus ideas en orden; algo a lo que no damos importancia normalmente, pero que muchas veces es tan necesario como la propia comida o el sueño.

Lo único que Celia sentía era que no había tenido ninguna oportunidad para preguntar a Ivan sobre lo ocurrido la noche anterior. Realmente quería

ayudarlo, pero necesitaba saber qué había sucedido y qué era lo que lo atormentaba desde entonces.

—Ivan... —Se atrevió a decir Celia tímidamente, mientras se dirigía hacia su bicicleta—. Quizá no debería preguntarte, pero ¿qué te ocurre? Me refiero a... ¿Qué pasó ayer? ¿Tuvo algo que ver tu padre?

En ese momento el rostro de Ivan se transformó, las palabras de Celia encendieron una llama interior que hasta el momento parecía apagada, prendiendo una furia que enrojeció su rostro y envolvió en odio todas sus facciones. Empezó a gritarle con crueldad, echándole en cara que se metiera en sus asuntos y que no fuera capaz de mantener la boca cerrada. Celia miraba boquiabierta la escena, sin entender cómo algo así podía estar realmente ocurriendo. No pudo evitar sentir una sensación familiar, Ivan le estaba gritando cómo su padre gritaba a su madre cuando perdía los nervios, como alguna vez le había gritado a ella. Las lágrimas se apoderaron de ella y, en medio de esa inmensa playa, se volvió a sentir totalmente atrapada, acorralada por una vida que se volvía a cebar con ella. Lo que no sintió esta vez fue miedo, estaba decidida a hacer frente a todo lo que se cerniera sobre ella.

—¿Cómo te atreves? —Consiguió preguntarle entre sollozos—. Solo pretendía ayudarte, comprenderte, ser tu amiga. ¿Crees que me merezco que tú también me trates así? ¿Tienes idea de lo que vivo cada día en mi casa? ¿Acaso sabes lo que es vivir con mi padre? Lo que es para mí estar allí, viendo como mi madre sufre cada día, lentamente deteriorándose, como si una horrible enfermedad hubiera caído sobre ella. Viendo sus cambios, como hay días que parece fuerte y otros en los que me aterra con sus reacciones. —Respiró profundamente, quitándose la laguna de lágrimas que adornaba sus ojos con la manga de su chaqueta—. Temiendo que algún día cuando llegue a casa haya hecho alguna tontería y no vuelva a verla nunca más.

No pudo más, la entereza abandonó su cuerpo como la vida lo abandona tras la muerte. Empezó a llorar como nunca antes había llorado, gritando y dejando salir su dolor de forma totalmente descontrolada. Sus sollozos apenas la dejaban respirar, todo el dolor que llevaba días, quizá incluso semanas, reprimido dentro de ella se materializó en su intenso y penetrante llanto. Ivan no pudo evitar mirarla atónito durante unos segundos, sin ser capaz de reaccionar, para poco después abalanzarse sobre ella, recubriéndola con sus brazos en un intenso abrazo que paró en seco el corazón de Celia.

—Lo siento Celia —le dijo mientras estrujaba su cara en su pecho y besaba

tiernamente su cabeza—. Por supuesto que no te mereces este trato y nada me gustaría más que poder volver a atrás. A veces soy un idiota, sé que no es una excusa, pero hay días que me siento en tierra de nadie. Tanto mi padre como mi madre tienen una nueva vida, una nueva familia, y a veces siento que les estorbo. En esos días estoy todo el rato cabreado, me doy asco a mí mismo. Espero que puedas perdonarme y olvidar lo ocurrido. Me duele mucho haberte hecho sufrir así. No quiero perderte, creo que me haces mucho bien.

»Te prometo que nunca más voy a tratarte de esa forma —continuó diciendo su vecino—. Y ayer no pasó nada importante, te lo juro. Mi herida es solo un golpe tonto que me di, nada de lo que preocuparte...

No sabría decir cuánto tiempo estuvieron agarrados, como si de solo uno se tratase, en medio de la playa. El suficiente para que Celia lograra recomponerse y aún entre sollozos comenzara tímidamente a separarse de él. Lo cierto era que entendía a Ivan, porque ella muchas veces había temido que si sus padres acababan separándose pudiera ocurrir una cosa así.

Sin apenas mediar palabra, regresaron a casa. No dijeron nada, pero ambos podían sentir que lo ocurrido los había unido de una forma mucho más fuerte, creando un nuevo vínculo entre ellos que ahora les permitía comprenderse mejor. Quizá por ello ya no les hacía falta recurrir a las palabras, con pequeños gestos lograban entenderse.

Al llegar a su calle, Celia se bajó de su bicicleta y se quedó durante unos segundos en su puerta, sin atreverse ni a entrar ni a decir nada. Fue Ivan quien finalmente apoyó su bicicleta en el muro y se acercó a ella. Al verlo aproximarse, su corazón se aceleró, retumbando sus latidos muy dentro de ella.

—Lo siento, Celia —dijo muy despacio mientras le daba un tierno beso en la mejilla que consiguió erizar cada uno de los rincones perdidos de su piel—. Lo siento, mucho. Te debo un día en condiciones, hay un sitio cerca de Calblanque al que me gustaría llevarte, lo hablamos.

Con esas palabras se separó de ella y cogiendo su bicicleta, se dirigió a su casa. Celia todavía se quedó allí de pie durante un buen rato, reponiéndose de todo lo ocurrido e intentando entender la mezcla de sentimientos que se agolpaba en su interior. Le había quedado una sensación de angustia en su estómago y un cierto mareo en su cabeza. También un desquiciante deseo, un susurro silencioso que le habría suplicado a esos misteriosos labios, que por

primera vez se habían acercado a ella, que nunca se apartaran de su rostro y cuerpo. Que siempre estuvieran a su lado.

Fue el golpeteo de las primeras gotas de lluvia, que el viento abalanzó sobre ella, lo que devolvió la consciencia a Celia y le recordó que llevaba mucho tiempo ahí quieta, como si de una estatua se tratara, detenida en la entrada de su casa. Comenzó a moverse rápidamente, dejó la bicicleta en la caseta del jardín y antes de que la lluvia tomara intensidad, entró en el salón desde el jardín trasero. Una vez dentro, una gran tranquilidad cayó sobre ella, tranquilidad que contrastaba con la tempestad que dejaba fuera.

—¿Dónde has estado, pequeñaja? —le preguntó su padre desde el sofá del salón, sin despegar la vista del periódico que estaba leyendo. Pese a ello, parecía que estaba de buen humor.

—En Calblanque, aunque el tiempo ha sido bastante malo —contestó Celia, dejándose caer sobre uno de los sofás que miraba justo hacia la estantería donde había encontrado la fotografía. El recuerdo de aquella noche avivó su deseo por conseguir sus ansiadas respuestas, pero ni su fuerte interés por los antiguos propietarios de la casa conseguía alejar la imagen de Ivan de su cabeza. No entendía qué le estaba ocurriendo, no podía pensar en otra cosa.

—Cómo entiendes... La mejor playa de por aquí —dijo su padre, dejando a un lado el periódico y encendiendo la televisión para ver, como siempre, las noticias—. Bueno, ha hecho mucho calor de todas formas.

—Papá... —empezó a balbucear Celia, bajando el volumen a la televisión disimuladamente—. ¿Qué era lo que el otro día querías decirme sobre la mujer que desapareció?

—Cierto, no te lo he terminado de contar —respondió su padre—. No sé qué vecino me lo dijo, pero estoy seguro de que alguien me comentó que la mujer llevaba todo el verano recibiendo amenazas.

—¿Amenazas? —preguntó con interés Celia.

—Sí, mensajes anónimos con amenazas —terminó de decir su padre y para desconsuelo de Celia, no añadió ni una sola palabra más.

—¿Y se sabe algo sobre lo que ponía o quién las enviaba? —preguntó Celia, sin dejar de mirar a su padre que ahora parecía más interesado en las noticias que en la conversación.

—No lo sé, Celia, eso es lo único que me contaron. Déjame ver las noticias, anda, que no me estoy enterando de nada.

Celia sabía que una vez perdida la atención de su padre, con sus preguntas

tan solo acabaría ganándose algún grito o reproche por no dejarle escuchar la televisión. Así que, sintiéndose en un callejón sin salida, sin forma de obtener más información, reemprendió su camino hacia su cuarto. Ya empezaban a sonar los primeros crujidos de sus pasos sobre la escalera de madera, cuando su padre la llamó desde el sofá.

—Celia, ¿sabes quién era íntima amiga de la mujer? —le dijo finalmente, parecía haber recordado ese detalle de repente—. Marisa, la mujer esa mayor que tiene tres hijas y vive un par de casas más arriba. Quizá ella te pueda decir algo.

Agradeció, con entusiasmo, la información de su padre. De hecho, tuvo que contenerse para no ir hasta allí, abalanzarse sobre él y darle un gran beso. Su padre le acababa de devolver cierta esperanza. Ahora ante ella se abría una nueva puerta con la que seguir intentando esclarecer todo lo ocurrido casi 10 años atrás en esa misma casa.

Ж Ж Ж

Víctor se movió con impaciencia sobre su cama, cada posición que adoptaba le resultaba más incómoda que la anterior, obligándolo a moverse de nuevo, en busca de una tranquilidad con la que quedarse dormido que parecía no llegar nunca. No podía dejar de pensar en Celia, en como ese verano había soñado en que quizá las cosas resultarían diferentes entre ellos. Su ilusión surgió al darse cuenta de que nada ocurriría entre Diego y ella, para ir poco a poco desvaneciéndose conforme los días habían ido avanzando. Hasta el triste final que trajo su encuentro la tarde anterior, cuando sus esperanzas simplemente se esfumaron. Celia estaba quedando con su vecino, ese chico al que apenas conocía pero que, sin duda, estaba enamorando a su mejor amiga. La conocía tan bien, sabía reconocer sus sentimientos con facilidad y, en cuanto Celia empezó a hablar de él, se lo confesaron sus ojos.

No era algo que le preocupara en exceso, estaba acostumbrado a que Celia estuviera enamorada de otra persona. Al fin y al cabo, él era feliz simplemente teniéndola como amiga. Sin embargo, algo le inquietaba. Pese a que el cambio físico de Celia la hacía parecer una persona más segura y madura, hablando con ella se había dado cuenta de que se encontraba más frágil que nunca. En silencio era como si le hubiera pedido ayuda a gritos y le hubiera gustado poder haberse tirado a sus brazos y decirle que cuidaría de ella para siempre.

Sin embargo, ese no sería su papel en la vida de Celia, su papel sería orientarla y apoyarla para que ella fuera capaz de cuidar de sí misma.

Por ello, quería ayudarla a esclarecer el misterio que parecía tenerla tan preocupada. Tenía que reconocer que al principio le había parecido una alocada tontería, pero después de varias llamadas y búsquedas en Google, cada vez estaba más convencido de que algo raro pudo ocurrirle a aquella misteriosa mujer. Su hermana le había facilitado la tarea, dándole el número de un antiguo amigo de su abuela que, para su sorpresa, recordaba el caso con precisión y le había hablado durante casi una hora sobre el mismo, dándole todo tipo de detalles.

En el fondo sabía que, en medio de aquella oscura noche, simplemente estaba deseando que amaneciera y llegara el momento en el que pudiera contarle a Celia todo lo que había descubierto. Quizá, después de todo, no era nada más que impaciencia lo que lo mantenía en vela.

Sábado, 18 de julio de 2009

LA MANGA

No tenía tiempo que perder. Si quería hacer una visita a su vecina Marisa antes de ir a comer a casa de Víctor, tenía que darse prisa.

Sin hacer ruido, entró en su habitación. Observó a su madre, tirada sobre una de las pequeñas camas de su cuarto, todavía dormida, como si no hubiera sido capaz de descansar durante la noche. Celia la había encontrado así al despertar esa mañana, enfrente de ella, acostada en la cama de al lado. Algo debía haber provocado que se cambiara a su habitación en plena noche, algo que esperaba que no se tratara de nada más que el fuerte viento que había estado soplando.

Con el recuerdo del mal tiempo del día anterior, Celia se asomó por su ventana para descubrir una escena totalmente distinta. El sol brillaba con fuerza y el viento había prácticamente desaparecido. Todo parecía indicar que sería un día muy tranquilo y caluroso.

Con cuidado de no despertar a su madre, se acercó hasta su mesilla y rastreó la zona en busca de un coletero con el que recoger su media melena, que en medio de ese sofocante calor empezaba a resultar insoportable, casi un estorbo. Por más que lo intentaba era incapaz de no perder las horquillas y los coleteros. No sabía muy bien cómo lo hacía, pero pocas veces los usaba en más de un par de ocasiones. Abrió el segundo cajón de su mesilla y, para su tranquilidad, allí pudo encontrar un par de viejos coleteros de colores. Mientras recogía su cabello, algo llamó su atención desde el interior del cajón. Estaba lleno de unas tarjetas de visita de color verde en las que se leía en destacadas letras blancas: «El Loro Verde. Sabor tradicional». Se trataba de un hotel/restaurante en Cartagena del que nunca antes había oído hablar. No tenía ni idea de cómo esas tarjetas podrían haber llegado hasta allí.

Sin embargo, no podía entretenerse, así que cogió su móvil de la mesilla, salió de la habitación y entornó la puerta para que su madre pudiera seguir

durmiendo. Tenía varias llamadas perdidas de Víctor, pero tras vacilar durante varios segundos decidió que lo mejor sería responderle más tarde. Todavía era temprano y, si hubiera sido algo urgente, seguro que le habría escrito un mensaje. La llamada podía esperar. A fin de cuentas, se verían en un par de horas.

La visita a su vecina, Marisa, la tenía muy preocupada, apenas la conocía y no sabía muy bien qué iba a decir cuando se presentara, de repente, en su casa.

Pero toda su preocupación desapareció de su mente al terminar de bajar las escaleras y encontrarse en medio del salón, donde algo muy extraño parecía haber sucedido durante la noche. Todos los cuadros estaban descolgados y, apoyados contra el suelo, miraban hacia la pared, lo que creaba una desquiciante visión que casi le hizo perder el equilibrio. Celia se descubrió a sí misma mirando de un lado para otro, atormentada por el aparente alboroto que reinaba en la gran habitación.

—Menos mal que has bajado ya —escuchó decir a su abuela desde atrás, acercándose hacia ella, echándole en cara que llevara tanto tiempo arriba—. Ayúdame a poner todos los cuadros bien antes de que todo el mundo lo vea.

—Pero ¿qué ha pasado con todos los cuadros? —preguntó asombrada Celia, que seguía notándose algo mareada.

—¿No has sido tú? —contestó su abuela con una mirada de lo más inquisidora—. Pensaba que los habías dejado tú así esta noche por algo.

—Yo no he sido, yo no he tocado nada —respondió y mientras decía esas palabras notaba como su nerviosismo iba en aumento. No sabía quién podría haber quitado todos los cuadros en medio de la noche, solo podría haberlo hecho su madre, pero no entendía qué podría haberla conducido a eso.

—Es igual —escupió su abuela cogiendo por un lado uno de los cuadros, mirándola de una forma que le decía que seguía pensando que ella era la culpable—. Ayúdame a ponerlos bien, que como vea tu padre esto así se va a poner hecho una fiera.

Juntas volvieron a colocar todos los cuadros en su sitio, lo que no resultó fácil ya que tuvieron que coordinarse con cuidado y precisión, especialmente con los más grandes. Para cuando el orden había sido restablecido en la habitación, Celia se sentía como si se encontrara en una interminable noria, con su cuerpo fuertemente contraído por la tensión. En ese instante tuvo claro que era el momento de pedirle una de sus tilas a su adorada abuela, más que nunca necesitaba tranquilizarse.

Ж Ж Ж

Pese a que sabía que llegaba tarde a comer y que posiblemente su familia llevaría tiempo esperándola, María no pudo evitar el fuerte portazo con el que cerró la puerta tras entrar en su casa. Se sentía demasiado furiosa para contener su rabia.

En ese momento su familia se encontraba reunida en el salón tomando un pequeño aperitivo, el repentino ruido frenó en seco su conversación y dirigió todas sus miradas hacia ella.

—Estoy indignada —dejó escapar María, mientras entraba en la habitación y se sentaba en el extremo del sillón mirando hacia su familia. Intentaba dirigir sus palabras hacia todos los presentes, pero sabía que principalmente le estaba hablando a su madre—. Estaba repasando unas facturas en el restaurante, cuando sin querer he abierto una carpeta donde estaban todas las nóminas del mes. Ya sé que no debería haberlo hecho, pero no he podido evitar echar una ojeada. ¿Sabéis lo que he descubierto? Manuel, el encargado más inútil que jamás había visto en toda mi vida, es la persona que más cobra de todo el restaurante. Es más, cobra más que Montse, ambos ocupan el mismo puesto y la única diferencia es que ella se gana su sueldo, y él, no. No solo eso, he seguido mirando y la mayoría de los camareros que son hombres ganan más que las mujeres. ¡Es tan injusto!»

—María, tranquilízate... —intentó calmarla su madre, al ver como su rabia iba en aumento.

—No, mamá, no puedo... —continuó María, moviendo sus brazos con indignación, pero intentó hacerle caso, respiró profundamente y luchó por retomar el control sobre sus palabras—. Cuando se lo he comentado a Montse, me ha dicho que no hiciera caso, que era una tontería. Que los dueños de la pizzería son una familia algo anticuada en ese sentido y que no es que paguen más a los hombres, solo que suelen darle los puestos más importantes; que a ella le había costado mucho esfuerzo que la nombraran, siendo mujer, encargada. Me ha parecido que estaba resignada a esa triste realidad y no lo entiendo, porque a mí lo que me gustaría es incendiar la pizzería y no volver nunca más allí.

—María, te entiendo y me siento orgullosa de que no tolere ese tipo de injusticias —empezó a decir su madre—. Pero también he de decirte que,

aunque lentamente, las cosas están mejorando en ese sentido. Yo misma lucho cada día en mi trabajo por intentar reducir todas estas desigualdades. Como profesora nunca me sentí boicoteada, es un rol que los hombres aceptan para nosotras, pero cuando decidí entrar en varias asociaciones y empezar a interesarme por este tipo de asuntos, te puedo asegurar que la mayoría de mis propios compañeros me miraban cada noche preguntándose qué hacía allí en lugar de estar en casa con mis hijos. Esas mismas personas hoy me miran, escuchan y respetan. Y no he tenido más remedio que ganármelo cada día.

»Piensa también en lo difícil que fue para la abuela. ¿Crees que para ella resultó fácil? Estudió una carrera de hombres, se licenció en derecho siendo la única mujer de su promoción y acabó siendo una excelente procuradora. Aún recuerdo su rabia cuando me contaba lo difícil que le había resultado simplemente acabar la carrera, como entregaba trabajos o hacía exámenes en los que ella consideraba que como mínimo merecía un ocho y nunca obtenía más de un seis. ¿Sabes lo que sus profesores, todos hombres, le decían cuando reclamaba? *Que se conformara con haber aprobado*. Pero ella no se rindió, siguió estudiando y trabajando muy duro cada día. María no hay mejor forma de ganarse el respeto y de presionar para que todo esto cambie, que ser capaces de demostrar al mundo lo mucho que valemos.

María desvió su mirada hacia el suelo, relajando su respiración mientras meditaba sobre las palabras de su madre. Suspiró con fuerza, no estaba del todo de acuerdo con ella. Ese tipo de cosas no debían consentirse, pero la idea de incendiar la pizzería tampoco le parecía muy sensata. En el fondo sentía que su madre tenía razón y cada vez tenía más claro que, como antes había hecho su abuela y su propia madre, a ella también le tocaría luchar por mejorar la situación. Estaba decidida a esforzarse para que las próximas generaciones no tuvieran que sentirse menospreciadas por el mero hecho de ser mujeres.

En ese momento se sintió presa de un fuerte orgullo, se sentía dichosa de compartir raíces tanto con su madre como con su abuela. El cáncer se había llevado a su abuela, pero sus discursos, sus charlas y todas sus anécdotas la habían marcado para siempre. En su habitación de Madrid tenía colgada en su pared, la orla de su graduación, donde de entre todos los nuevos graduados en derecho de esa promoción destacaba en una esquina una única mujer, su abuela.

—No desesperes cariño —siguió diciendo su madre, sentándose a su lado y

apretando con fuerza su mano. María no pudo evitar sonreírle—. Vamos tomando fuerza e importancia. Esta primavera por primera vez una mujer ha sido nombrada Ministra de Economía en España, cuando la economía es a día de hoy la asignatura más importante de este país. Nos estamos ganando a pulso cada oportunidad que se nos ofrece y, lo mejor, es que estamos saliendo airoso de cada nuevo reto. Ya llegará el día en el que todas salgamos a la calle a manifestarnos por una equidad todavía invisible. Somos muchas y con mucho poder. En parte si decidimos parar un solo día y quedarnos en nuestras casas, este país no podría salir adelante. No tan rápido como nos gustaría, pero poco a poco lo estamos cambiando todo.

—Estoy orgulloso de las dos —comentó su padre al levantarse y pasar junto a ellas en su camino hacia la cocina. Antes de seguir se dirigió a su madre—. Sofía, si quieres voy calentando la comida y empezamos cuando digáis.

—Está todo preparado. Avísanos cuando esté caliente y vamos —contestó su madre, mientras abrazaba a María con fuerza.

En ese momento, María se sintió muy feliz de formar parte de esa maravillosa familia. Devolvió con orgullo el abrazo a su madre y, al separarse de ella y levantar su mirada, se dio cuenta de una extraña presencia de la que hasta el momento no se había percatado. Justo al lado de su hermano se encontraba la figura de una preciosa chica, que la miraba algo impresionada.

—Celia —gritó levantándose y acercándose a ella para saludarla—. Estaba tan en mi mundo que no me he dado cuenta de que estabas aquí. Me alegro de que te quedes a comer y siento mucho el discurso.

—No te disculpes —dijo Celia, sonriendo con fuerza hacia ella. La notaba algo cambiada desde la última vez que la había visto el verano pasado, pero se trataba de un cambio positivo. Estaba más guapa que nunca—. Me ha encantado todo lo que habéis dicho.

Siguieron hablando, poniéndose al día de todo lo que habían estado haciendo. Era curioso, después de todo lo que había ocurrido el último año, se había imaginado a una Celia mucho más triste y reservada, pero le alegraba ver que su amiga era mucho más fuerte de lo que parecía. Allí continuaron hablando hasta que su padre desde la cocina les indicó que había llegado el momento de empezar a comer.

Ж Ж Ж

—Estaba deseando que acabara la comida para enseñarte todo lo que he descubierto —le dijo Víctor sentándose en su cama, justo a su lado y colocando, con cuidado, su portátil sobre sus piernas. Sentados en la cama, con sus espaldas apoyadas sobre la pared, observaron fijamente como el ordenador se iba encendiendo.

Celia estaba muy nerviosa por escuchar todo lo que tenía que contarle. Desde luego, la comida en casa de Víctor estaba dando mucho de sí. Las palabras, inquietudes y convicciones de tanto la madre como la hermana de su amigo, la habían dejado sin habla. Ahora sentía que era capaz de cualquier cosa.

—Se llamaba Macarena Montiel Camacho y tenía 41 años cuando desapareció —empezó a decir Víctor mientras abría varios documentos donde aparecieron varias fotografías—, algunos testigos sostuvieron haberla visto por última vez por Madrid, otros por Andalucía... Lo único seguro es que se marchó una noche de la casa en la que estaba veraneando con su marido, y del que iba a separarse, y ya nunca más volvió a aparecer. Su marido declaró que durante los primeros días no le dio importancia a la desaparición; según describió, ella simplemente se marchó de la casa al decidir separarse. Al parecer, durante la corta investigación, la policía no descartó ninguna teoría.

—Madre mía —contestó Celia, señalando con emoción una de las fotografías—. Es la misma mujer que aparece en la foto que encontré en mi casa. ¡Víctor se trata de la misma mujer!

—Todavía hay mucho más —contestó Víctor, sonriendo mientras miraba a Celia con intensidad, feliz de poder arrojar algo de luz al gran misterio que la tenía tan preocupada—. La persona con quien estuve hablando ayer no conocía al matrimonio personalmente, pero había coincidido con ellos en varios actos y fiestas y, lo que es más importante, había oído hablar mucho de ellos. La noticia de su separación y la posterior desaparición fueron acontecimientos muy sonados en el círculo de abogados más importantes de Madrid. Fue todo muy raro e inesperado, se trataba de un matrimonio aparentemente modélico, aunque eran muchos los que entonces defendieron que siempre habían notado algo extraño entre ellos.

—¿Algo extraño en el matrimonio? —preguntó Celia.

—Sí, incluso sus comienzos son de lo más inusuales. Era un rumor a gritos que ambos estaban medio emparentados. Al parecer, Alberto Puigcerver era ya un famoso y rico abogado que contaba con un gabinete propio en pleno auge

cuando conoció a la que sería su esposa. Estaba visitando a una prima que acababa de quedar viuda y de la que se comentaba que su marido no había dejado nada más que ruina, deudas y una hija a la que dar un futuro. La joven no debía tener más de veintitrés años y, pese a la escasez en la que había crecido, tenía fama de culta, responsable y muy hermosa. Llevaba varios años ayudando a un fotógrafo del pueblo donde vivían y su salario había sido durante mucho tiempo el único sustento estable de la familia. Según cuentan, Alberto quedó prendado de ella y, pese a los casi diez años de diferencia que había entre ellos, a los pocos meses, le pidió que se casara con ella. Lo más curioso es que al parecer la madre de Macarena se negó totalmente a la unión entre su hija y su primo, pese a que suponía conseguir una estabilidad económica que quizá nunca antes había tenido; pero de nada valieron sus súplicas y negativas. Al poco tiempo, Alberto y Macarena se casaron y se instalaron en un apartamento de lujo en Madrid.

—Quizá simplemente no quería porque eran familia, no creo que a mi madre le hiciera mucha gracia que me casara con un primo suyo —dijo Celia riendo entre dientes, mientras clavaba su mirada, de nuevo, en las distintas imágenes del matrimonio que Víctor había conseguido. Suspiró profundamente y cerró ligeramente sus ojos, repasando mentalmente toda la información que tenían hasta el momento—. Estuvieron dieciocho años casados, puede que por eso nunca decidieran tener hijos, puede que les diera miedo porque eran familia...

—Puede ser —contestó Víctor con cierta mirada dubitativa—, pero también hay otra teoría. Para mucha gente se trataba de una relación algo *artificial*.

—¿Artificial? ¿En qué sentido?

—Alberto tenía fama de ser un gran profesional en su campo, pero al parecer todos sabían que *tenía muy malas pulgas*, había tenido sonadas peleas con otros abogados. No solo eso, sorprendentemente parece que nuestra posible víctima tampoco era un angelito. Se decía de ella que una vez afincada en Madrid empezó a pecar de creída, egoísta e hipócrita; el tipo de persona que siempre te mira por encima del hombro. Sin embargo, cuando estaban juntos en público parecían un matrimonio modélico, demasiado perfecto para muchos. Hasta que un día, de forma repentina, deciden separarse y...

—Ella desaparece —dijo Celia suspirando, dejándose caer hacia atrás. Su cabeza intentaba conectar la nueva información con todo lo que ya sabía; se dio cuenta de que, pese a que todavía había grandes vacíos por rellenar, todo empezaba a encajar.

—También tengo un pequeño resumen de la investigación policial — continuó diciendo Víctor mientras abría un nuevo documento en su ordenador —. Léelo, merece la pena. Si puedo mañana lo imprimo y te doy una copia. Es corto, escueto y conciso; la investigación se cerró sin resolver al cabo de un año y, no mucho después, todo el mundo parecía haber olvidado lo ocurrido. Por cierto, algo muy importante, la policía encontró en la casa varias copias de mensajes anónimos, amenazas que Macarena había estado recibiendo. Imagino que eso sembró dudas sobre la posible implicación del marido...

Justo lo que ayer me dijo mi padre —contestó Celia mientras observaba el documento que Víctor había abierto en el ordenador. Ante ella apareció un folio blanco donde alguien había pegado letras recortadas de un periódico creando el siguiente mensaje: MERECES TU DESGRACIA—. Madre mía, Víctor... ¿Quién enviaría estas cosas?

Celia continuó mirando atónita el documento policial en la pantalla del ordenador. Ella se sentía orgullosa de sí misma por haber descubierto que una mujer del vecindario, Marisa, había sido amiga de Macarena y por haber intentado hablar con ella esa misma mañana. Todo lo que había descubierto Víctor le parecía simplemente increíble.

—Pero ¿cómo...? ¿Cómo has conseguido todo esto? —dejó escapar Celia finalmente.

No sabía muy bien lo que lo produjo, si su comentario o la mueca con la que su asombro marcó su rostro, la cuestión es que Víctor no pudo evitar soltar una gran carcajada.

—No te lo puedo decir, Celia —le confesó—. No sé cuántas leyes y juramentos habré roto contándome todo lo que sabía y enviándome estos documentos, pero está claro que más de una. Solo te puedo decir que fue un gran amigo de mi abuela y que estaba en activo en el mundillo de los abogados cuando todo esto ocurrió.

Ahora todo tomaba un poco más de sentido. La abuela de Víctor había sido procuradora en Madrid durante más de treinta años, por lo que debió conocer a una gran cantidad de procuradores, abogados y jueces a lo largo de su trayectoria. De hecho, puede que incluso diez años atrás, ella y su amigo hubieran estado comentando todos estos extraños acontecimientos e intentando esbozar una teoría sobre lo que podría haber ocurrido. La idea de ese posible símil dibujó una sonrisa en el rostro de Celia.

—No había caído en que tu abuela estudió derecho —le dijo, desviando su

vista del ordenador y dirigiéndola hacia su amigo—. Me parece increíble que tu abuela en su época lograra ir a la universidad y consiguiera trabajar en un juzgado. No era nada común en Murcia que las mujeres estudiaran, por lo menos no en los pueblos. Mi abuela Encarna, por ejemplo, creo que jamás pisó la escuela, de hecho, sabe leer y escribir, pero con dificultad. Su madre murió cuando tenía ocho años y su padre vio más conveniente que se quedara en casa ayudando con las tareas del hogar y la comida.

—Bueno, mi abuela contó con el apoyo de su familia, pero tampoco le fue nada fácil — contestó Víctor, era palpable que un gran orgullo envolvía sus palabras al hablar de su abuela—. Su sueño era ser médica, pero su familia no vivía cerca de ninguna universidad con facultad de medicina, por lo que para hacerlo tenía que irse a vivir sola a otro lugar. Su padre le dijo que en ese momento no podían permitirselo, no contaban con suficientes recursos, que lo mejor sería que intentara buscar otra carrera universitaria que pudiera estudiar sin abandonar la casa. Eligió derecho y nunca se arrepintió, pese a que le hicieron muchas veces la vida imposible en la facultad. Pero quedó claro que el dinero solo había sido una excusa cuando, un par de años después, su hermano terminó el instituto y quiso también estudiar medicina. Sorprendentemente, para él sí que hubo dinero suficiente para pagarle todos los gastos.

Una gran tristeza envolvió a Celia al escuchar las palabras de su amigo, ¿cuántas mujeres habrían sido tratadas de forma injusta? Era muy doloroso, sobre todo porque sentía que aún hoy seguía ocurriendo. No pudo evitar pensar en su madre, en cómo su vida se había convertido en una triste espera, encarcelada en su propio hogar, expectante, dirigiéndose hacia un desenlace que en nada dependía de ella. Pasaba los días pensando en qué podría estar haciendo su padre o en qué triste futuro le esperaba si acababa divorciándose.

Intentó alejar tales ideas de su mente, concentrándose para ello en el informe policial de la investigación. Pero no podía, era demasiado tarde, el sufrimiento de su madre ya se había apoderado de ella.

—Genial —dijo de repente Víctor, mientras se movía a toda prisa por el ordenador—. Celia, lo que te he contado no es nada en comparación con esto. No sé si te ha dado tiempo a llegar a ese punto en el informe, pero una de las personas que testificaron es una tal Mónica, prima de Alberto Puigcerver, amiga de la pareja y que vivía en La Manga con su marido cuando Macarena desapareció. Acabo de recibir su dirección actual y... Sigue viviendo en La

Manga. Creo que sería interesante visitarla y preguntarle por todo lo que ella recuerda del suceso.

—No me lo puedo creer —dijo Celia mientras leía la dirección que aparecía en el correo electrónico que Víctor acababa de recibir—. Creo que sé dónde es. Si no me equivoco esa zona debe quedar un poco después de pasar el puente levadizo.

—Pues... —contestó Víctor, saltando de la cama y tirando de los brazos de Celia para obligarla a levantarse—. Creo que es el momento de movernos.

—¿Quieres que vayamos ahora?

—¿Por qué no? Si tenemos suerte con el autobús, en menos de media hora podemos estar allí y son casi las cinco de la tarde, ya no hace tanto calor.

Celia miró por la ventana, podía sentir los rayos de sol cayendo con intensidad sobre el asfalto. Estaba claro que seguía haciendo mucho calor, pero también era cierto que podrían soportarlo, el esfuerzo merecía la pena. Así que en cuestión de segundos se descubrió a sí misma abandonando la casa de Víctor y, entre risas de emoción, dirigiéndose a la parada de autobús más cercana. Sin tan siquiera recordar por qué motivo se había sentido triste unos simples segundos atrás.

Estaba dormido, totalmente inmerso en su sueño y, sin embargo, sabía que algo estaba rondando alrededor de su cabeza, corrompiendo su momento de descanso. La sensación acabó devolviéndole poco a poco la consciencia y, con cuidado, abrió ligeramente uno de sus ojos, con el que pudo ver la silueta de una pequeña mosca, acompañada de su característico zumbido, abalanzarse una y otra vez sobre él. La mosca, sintiéndose segura tras tanto tiempo campando a sus anchas, se posó sobre su pronunciada barriga y allí se quedó durante unos segundos, aprovechando para limpiarse sus pequeñas patitas. Sin dudar, se quedó lo más quieto que pudo, intentando que su cuerpo siguiera pareciendo una superficie inerte. Lentamente dirigió su mano hacia la pequeña mesa de cristal, que quedaba justo debajo del sofá en el que estaba acostado, y cogió el matamoscas de plástico que allí se encontraba. El golpe pilló al pequeño insecto totalmente desprevenido, haciéndolo caer vertiginosamente, sin vida, hacia el infinito suelo. Contento con su victoria, ni tan siquiera se molestó en recoger el cuerpo inerte del insecto que quedó tendido, a los pies del sofá.

Como era ya costumbre a esa hora, se encontraba acostado en su pequeño salón con todas las luces apagadas, ventanas cerradas y persianas prácticamente bajadas, disfrutando de una relajante siesta que a veces se prolongaba durante horas. Nunca antes había dormido a mediodía, o bien se lo había impedido su trabajo o su propia familia. Pero allí se encontraba totalmente solo y nadie controlaba realmente lo que hacía cada día, tan solo le exigían que una vez a la semana enviara por el ordenador todo el material que iba consiguiendo. Mucho le había costado aprender a utilizar ese trasto, pero ahora sentía que empezaba a manejarse en eso de la informática. No obstante, todavía sentía cómo el sudor se deslizaba por su frente cada vez que recordaba el día de la semana en el que tenía que cargar todas las fotografías y videos que había conseguido y enviarlos por correo electrónico.

Se incorporó ligeramente hasta quedar sentado sobre el sofá, solo llevaba puestos unos calzoncillos y, angustiado, descubrió como toda su espalda

estaba totalmente empapada de sudor. Cogió una toalla que tenía a la mano, tirada sobre el suelo donde también descansaban varios zapatos, camisas y pantalones. Con ella empezó a secarse, especialmente el sudor que caía desde su cuello. Un pequeño ventilador, situado justo enfrente del sofá, abanicaba la estancia día y noche, aun así le resultaba muy difícil soportar las altas temperaturas que se repetían cada día.

Eran casi las cinco de la tarde, el momento de reemprender la marcha, así que, con cierta pereza, se levantó del sofá y, para orientar mejor sus pasos, subió las dos persianas de la habitación. De inmediato, la relajante oscuridad quedó rota por los resplandecientes rayos de sol que atravesaron la ventana. Al descubierto quedó el gran desorden que yacía en la habitación. Desorden que, a sus ojos, apenas era perceptible. Mientras que no recibiera ninguna visita, cosa poco probable, no veía necesario molestarse por tales menesteres.

Rápidamente se puso los pantalones y la camisa blanca de manga corta que había dejado colocada sobre una silla, como siempre había hecho su mujer para evitar que se arrugara. Antes de salir pasó por la cocina, donde un amargo olor empezaba a abrirse paso; muy a su pesar parecía que esa noche tendría que intentar desenredar todo el lío que allí se amontonaba. Apenas quedaba espacio en el fregadero para más platos, sartenes y cacerolas; es más, se atrevía a aventurar que debía de haber acabado ya con todos los utensilios disponibles en la casa.

Acostumbrado ya al olor de la cocina se dirigió al centro donde se encontraba una mesa blanca llena de bártulos y desde donde destacaba un impresionante bizcocho de chocolate; limpiando un cuchillo cortó un trozo y lo engulló de un solo mordisco. Sin poder evitarlo, la mesa se llenó de migajas que acompañaron a los restos de comida y latas de conservas abiertas que allí se encontraban. El bizcocho era casero y tenía que reconocer que estaba delicioso, como todas las semanas se lo había dado su vecina, una señora mayor, de casi 70 años, contra los que sus intentos por pasar desapercibido habían resultado totalmente inútiles. Desde el principio se había interesado por él y, a los pocos días de llegar, se había presentado en su casa con el primer bizcocho, una agradable sonrisa y una invitación a comer con ella y su esposo. Hasta el momento había conseguido evadir la comida familiar, en la que sin duda habría tenido que dar algún detalle sobre lo que hacía allí cada día, pero nada había podido hacer con los bizcochos, con los que seguía obsequiándole cada semana.

Con un amargo suspiro abandonó su vivienda y se adentró en el sofocante calor de la calle. Afortunadamente no había aparcado lejos y se sentía mejor al pensar que, una vez en el coche, podría encender el aire acondicionado. Allí tenía toda la información e instrucciones que le habían dado, así como su cámara y sus prismáticos. Su trabajo se había vuelto bastante más interesante desde la vuelta del padre, pues le resultaba mucho más cómodo seguirle a él que no, por ejemplo, a la pobre chiquilla. Aunque tras varias semanas, cualquier cosa se le empezaba a hacer cuesta arriba. Se sentía parte de una privacidad que no le pertenecía, lo que a menudo le hacía replantearse lo que estaba haciendo. Había incluso valorado seriamente en dejarlo todo, pero resignado había tenido que apartar tales pensamientos de su cabeza. Seguía necesitando el dinero.

Una vez dentro del coche, repasó lo que tenía pensado para esa tarde, en su opinión lo mejor sería acercarse a la casa y desde allí desplazarse a donde fuera más conveniente. Con esa idea en la mente puso su coche en marcha, un Peugeot 206 algo viejo de color azul eléctrico.

Ж Ж Ж

Se movían en silencio, sentados uno al lado del otro en los pocos asientos ocupados del autobús. El trayecto se estaba eternizando, no estaba muy lejos, pero la ruta contaba con un sinfín de paradas. Celia tenía su cabeza ligeramente apoyada sobre la ventana y, aunque físicamente se encontraba allí sentada, en realidad, estaba viajando al pasado, analizando y repasando en detalle todo lo que allí mismo había ocurrido muchos veranos atrás. Para su sorpresa y satisfacción, sabía mucho más de lo que jamás habría imaginado. Esa misma mañana había intentado visitar a su vecina Marisa, que gracias a su padre sabía que había sido una buena amiga de la mujer desaparecida. Pese a que había tocado al timbre de la casa con insistencia, no había obtenido respuesta. En ese instante se había sentido vencida por la desesperación, algo dentro de ella le había dicho que estaba perdiendo su tiempo, dirigiendo sus esfuerzos hacia ninguna parte. Y, de repente, Víctor le había devuelto la fuerza e ilusión que necesitaba para continuar investigando.

Lo miró de reojo. Sus ojos estaban clavados hacia delante y sentía su expresión lejana, perdida también en su propio mundo. Se preguntó qué podría estar recorriendo su cabeza en ese preciso instante. Había descubierto que

Víctor, discreto y afable por naturaleza, también tenía sus propios secretos. Durante la comida había protagonizado un momento tenso con su madre, discutiendo con ella sobre su futuro, concretamente sobre el sitio donde debía empezar sus estudios universitarios una vez acabara el verano.

—No me habías dicho nada de que querías estudiar aquí —le reprochó Celia, volviéndose ligeramente en su asiento hacia él.

—Se me había pasado decírtelo —respondió Víctor, regresando con sus palabras a la realidad del autobús—. En Cartagena, aquí al lado, la facultad de ingeniería industrial es de las mejores de España.

—Tu madre está totalmente en contra, de eso no hay duda —afirmó Celia, recordando su terrible reacción durante la comida—. Pero si es lo que tú quieres...

—Siempre he hecho todo lo que ha dicho mi madre. —Sus palabras la cortaron, pero no le importó, permaneció en silencio escuchando la pequeña confesión de su amigo—. Por absurdo que fuera lo que me pedía, siempre le he hecho caso. Pero, Celia, no creo que estudiar aquí sea algo disparatado. Es un buen campus, me encanta la zona, siempre he veraneado aquí y me he sentido como en casa. Adoro a la gente de aquí, su sol y sus calles. Y, ¿sabes qué?, puede que mi madre, con sus tremendistas teorías, tenga razón. Puede que el futuro que nos espera sea totalmente incierto, que acabemos teniendo que buscar trabajo fuera de España. Pero eso me hace tener más claro que es aquí donde quiero estudiar, disfrutar de esta tierra mientras me esfuerzo por aprender y ser un buen profesional. Ya es hora de dejar un poco atrás el control de mi madre. Y... Creo que me merezco pasar unos años aquí, para mí es casi un sueño.

—Lo tienes totalmente decidido, ¿verdad?

—Como te decía, es un sueño y los sueños hay que tomárselos muy en serio —respondió Víctor con una gran sonrisa. Mostrando una confianza y madurez que ponía en relieve el increíble adulto en el que se estaba convirtiendo.

—Me encantaría tenerlo todo tan claro como tú. Es lo único positivo que le encuentro a repetir, todavía no tengo que tomar la decisión —confesó Celia, a la que su presente la tenía tan preocupada que apenas dedicaba tiempo a pensar en el futuro—. Pero no me queda mucho para acabar el instituto y no sé ni qué me gustaría estudiar.

—Bueno, tienes que verlo de esta forma —le dijo Víctor mirándola fijamente a los ojos—. Aún te queda todo ese tiempo para decidirte.

Celia no pudo evitar reír y mirar hacia abajo, divertida por la perspicacia de su amigo. Tenía toda la razón, simplemente debía relajarse e intentar descubrir, a lo largo del próximo curso, a qué era a lo que realmente quería dedicar el resto de su vida.

En ese momento, el autobús se detuvo en una nueva parada. Era la suya, así que se levantaron, se acercaron a la puerta y saltaron casi al unísono hacia el asfalto, emocionados de haber llegado, por fin, a su destino.

Víctor sacó su móvil para repasar la dirección y conectar el GPS que les llevaría hasta la casa donde vivía aquella mujer. La conexión no era del todo buena, pero, pese a ello, no les resultó complicado dar con el edificio que situado frente a la playa formaba parte de una pequeña urbanización que contaba incluso con piscina propia. La puerta del edificio estaba abierta, por lo que consiguieron entrar sin problema. Despacio, sintiendo sus corazones cada vez más acelerados, subieron las escaleras hasta llegar a la segunda planta y luego hasta situarse justo enfrente de la puerta de la casa que estaban buscando.

Se intercambiaron varias miradas, sin atreverse a mediar palabra. Tras unos momentos de indecisión, Víctor se atrevió a tocar el timbre. No hubo respuesta alguna desde el interior de la casa. El corazón de Celia se aceleró descontrolado, miró a su amigo con angustia, se negaba a resignarse a otro nuevo fracaso. Estiró su mano para tocar de nuevo al timbre, pero el movimiento de la puerta la detuvo en seco.

Ante ella apareció el rostro de una demacrada mujer, bajita, regordeta y con el pelo canoso. Algo en sus facciones le decía que debía haber sido hermosa, pero ahora ya nada quedaba en ella que no estuviera marcado por el paso de los años. No era posible decir qué edad podría tener, quizá no tenía más de cincuenta años, pero su aspecto no reflejaba menos de sesenta.

—Buenas tardes —empezó a decir Víctor con bastante confianza—. Perdone que la molestemos, ¿es usted prima de Alberto Puigcerver?

La pregunta la cogió totalmente por sorpresa, como si se tratara de un nombre que hubiera olvidado y que de repente se sintiera obligada a recordar.

—Sí, lo soy —comentó sin añadir nada más, como esperando una explicación sobre la extraña visita y la inesperada pregunta. En ese momento Celia se dio cuenta de que no habían hablado nada sobre lo que le dirían o sobre cómo explicarían su presencia, de que no tenían ningún plan. ¡Qué estúpidos habían sido! Pensó lo más rápido que pudo y decidió tomar la

iniciativa para evitar que Víctor, inintencionadamente, pudiera decir algo que los comprometiera.

—Buenas —dijo Celia con una dulce sonrisa—. Es usted Mónica, ¿verdad? Qué alegría que la hayamos encontrado, nos queríamos poner en contacto con usted porque ahora vivimos en la casa que su primo y su mujer tenían al principio de La Manga. La cosa es que hemos encontrado varias pertenencias de ella, Macarena creo que se llamaba. Nos encantaría poder devolvérselo todo.

Con las palabras de Celia, el semblante de la mujer no sufrió cambio alguno. Seguía serio y distante.

—Siento mucho no poder ayudaros, nunca he tenido casi relación con mi primo y, mucho menos, con su esposa. No sabría cómo contactar con ellos.

—¿Tampoco su marido? —preguntó Víctor, intentando no decir nada que contrariara el pequeño juego iniciado por Celia.

—Mi marido y yo llevamos ya casi diez años divorciados —contestó, algo molesta por la pregunta—. Pero él tampoco los conocía, apenas coincidimos con ellos un par de veces. Siento mucho no poder ayudaros.

Y sin más explicaciones cerró la puerta; dejándolos allí plantados, a medio preguntar y sin más opción que hacerse a la idea de que la visita había resultado inútil. Regresaron en silencio, sumidos cada uno en sus cavilaciones. En nada contradecía lo que aquella mujer les acababa de decir a lo que recogía el informe policial, donde declaró que, pese a que había coincidido en varias ocasiones con el matrimonio, no existía apenas relación entre ellos. Sin embargo, tanto Víctor como ella confiaban en que la mujer les acabaría dando detalles sobre cómo vivió todo lo ocurrido. En cambio, solo habían recibido un trato esquivo y reticente.

La vuelta se les hizo mucho más rápida que el viaje de ida y, en no mucho tiempo, se encontraron bajando del autobús y alejándose en direcciones opuestas hacia sus casas. Ya se encontraban a varios metros de distancia, cuando Víctor se giró y comenzó a llamarla a gritos.

—¡Celia! ¿Sabes lo que no termina de encajar? —En ese momento Celia también se giró hacia él y centró su atención en su amigo—. Ella sabía que la mujer desapareció; no hay duda de ello, pues fue interrogada por la policía; sin embargo, no ha mencionado nada. No sabía que nosotros sabíamos ese detalle y no ha querido decirnos nada. Se lo ha callado. Quizá puede haberse guardado más cosas.

Terminada su frase reemprendió su camino, alejándose de Celia, que escuchaba con atención desde el otro lado de la calle. Su cabello y vestido se movían con fuerza hacia él, empujados por el susurrante viento. Víctor tenía razón, aquella mujer había evitado mencionar la misteriosa desaparición. Pero había algo más, les había dicho que llevaba casi diez años divorciada, justo el tiempo que Macarena llevaba desaparecida.

Repasando las últimas palabras de su amigo, también ella, lentamente, empezó a caminar hacia su casa.

Ж Ж Ж

Al llegar, Celia descubrió su hogar a oscuras y sin aparente movimiento. Justo al lado de la puerta del jardín, alguien había dejado una gran bolsa de basura. Sabía que aquella bolsa la estaba esperando, así que, tras comprobar que eran más de las 9 de la noche, la cogió y, con cuidado de no mancharse, se dirigió hacia los contenedores de basura que quedaban al final de la calle.

Levantó la bolsa casi sin tocarla y la dejó caer dentro del gran contenedor verde oscuro. Se frotó las manos, que pese a que no se habían manchado notaba muy sucias. Estaba deseando llegar a casa y lavárselas como era debido. Mientras regresaba, caminó despacio, suspirando ligeramente, invadida por una fragilidad que no sabía muy bien de dónde provenía. Se paró por un momento en el punto donde un par de días atrás le había parecido ver, medio escondida, a su vecina. Un pequeño hueco entre los cipreses que quedaba justo detrás de varios coches aparcados en hilera. Lo miró dubitativa, la verdad era que ya no tenía claro lo que había visto, no estaba segura de nada.

Se acercó un poco más y comenzó a examinar la zona, moviendo sus ojos de un lado a otro, intentando descubrir algo que le confirmara que su vecina había estado allí. Pero, como era de esperar, allí no parecía haber nada. Su gran concentración se rompió por un repentino movimiento entre las ramas. Sobresaltada, contuvo la respiración a la espera de que se repitiera lo que acababa de ver. Pero nada cambió a su alrededor. Sin apenas pensar, se agachó ligeramente y se adentró en el hueco que quedaba entre los cipreses desde donde comenzó a remover las ramas. No veía nada. Desconsolada, sintiendo que de nuevo había sido traicionada por los nervios empezó a dar

marcha atrás, hacia la salida. En ese momento escuchó el suave y delicado sonido de un cercano maullido.

Parecía que había un gato escondido allí dentro. Se agachó totalmente y cruzó todo el hueco entre los cipreses, al final ante ella apareció un precioso gato blanco con un delicado collar rosa que jugaba entre las hojas. Lo cogió con cuidado y como pudo salió de aquel sitio. No tardó mucho en reconocer el gato que tenía entre sus manos: se trataba del gato de su amiga Ana. Por su mente pasaron varias ideas de las que no se sentía orgullosa, desde tirarlo a la playa hasta regalárselo a la primera niña que encontrara por el camino; aunque no podía evitar que esas ideas dibujaran una sonrisa en su rostro, sabía que solo podía hacer una cosa. Un poco a regañadientes, encaminó sus pasos hacia la vivienda de su amiga con la intención de devolverle su pequeña mascota.

Entretenida con el gato no se percató de la presencia de un hombre en la puerta de Ana hasta que lo tuvo totalmente frente a ella. Para su sorpresa, estaba golpeando con furia la puerta sin dejar, ni por un solo instante, de tocar al timbre.

La presencia de Celia lo frenó de inmediato y acabó con su raro comportamiento. En cuestión de segundos pasó de llamar como un loco a tocar al timbre con normalidad. No tenía claro de quién podría tratarse, pero aquel hombre le resultaba extrañamente familiar.

—Hola —le dijo al verla frente a él—. Creo que no hay nadie en casa.

Y con esas palabras se montó en su coche, aparcado justo a la entrada de la casa, y se marchó, sin dar a Celia la oportunidad de decirle nada, claramente avergonzado de su comportamiento.

Desorientada tras el sorprendente encuentro, Celia empezó a caminar de vuelta a casa. Sin tener muy claro qué iba a hacer ahora con aquel gato.

—Celia espera —le dijo una mujer que acababa de salir de la casa de Ana—. Dios mío, ¡cuánto tiempo sin verte!

Jamás había visto antes a aquella mujer, aparentaba ser algo menor que su madre, y si ella era bella, mucho más que la mayoría de las madres, no lo era menos la mujer que tenía delante. En su rostro destacaban sus marcados pómulos, sus pequeños ojos azules y su delicado cabello rubio. No pudo evitar quedarse ligeramente embobada contemplándola, su pelo parecía recién salido de la peluquería y tenía una clase a la hora de vestir que solo algunas personas poseen. Esa habilidad que les hace ir bien con cualquier cosa que se ponen.

Había algo que corrompía el rostro de la madre de Ana, su aspecto transmitía también una cierta sensación de desesperación. No sabía si aquel hombre al que había evitado abrir a toda costa, tendría algo que ver.

—Hola, solo venía a traer el gato. Lo he encontrado en la calle —dijo Celia, tragando saliva, sorprendida de que aquella mujer se comportara como si la conociera.

—Muchas gracias, no me había dado cuenta de que se había vuelto a escapar —contestó, mientras cogía a la gatita, que parecía contenta de volver a sentirse en casa—. Gracias, vuelve cuando quieras a tomar algo con Ana y, por favor, da recuerdos en tu casa.

Con esas tiernas palabras cerró la puerta y Celia comenzó a moverse hacia su casa. No entendía muy bien la escena que acababa de presenciar, siempre había pensado que Ana tenía una familia maravillosa, feliz y adinerada. Su casa era la más grande de toda la calle y la que más comentarios atraía desde la playa. Por todo ello, siempre había dado por sentado que la vida de su amiga debía de ser perfecta.

Entró en su casa y cerró la puerta con fuerza tras de sí, ante ella todo parecía estar tal como lo había dejado, completamente cerrado y a oscuras. El inexistente movimiento en la planta de abajo le decía que ni su abuela ni su padre habían regresado, pero con un poco de suerte, su madre se encontraría en su habitación. Necesitaba hablar con ella, preguntarle, por ejemplo, si había sido ella quien la noche anterior había quitado todos los cuadros de las paredes del salón. También podría aprovechar para comentarle lo que había presenciado en casa de Ana, quizá ella supiera algo.

Sin perder tiempo, subió rápidamente las escaleras, sin molestarse en encender la luz y acabar con la gran oscuridad que lo invadía todo. Una vez arriba, entró en la habitación de su madre, esperando encontrarse con ella en su interior. Pero solo el frío que se colaba por las ventanas del balcón, abiertas de par en par, acompañaba a la oscuridad que allí se concentraba. Lamentablemente su madre no estaba allí para despejar todas sus dudas. Resignada se dirigió hacia el pasillo, para conforme iba acercándose ir tomando consciencia de que estaba completamente equivocada. No se encontraba sola en la casa.

—No me puedo creer que me hayas hecho esto Celia, ¿no me lo puedo creer! —gritó su madre entre sollozos desde el pasillo, se movía torpemente, muy nerviosa—. Después del año que hemos pasado, de todo lo que hemos sufrido

juntas. Me suplicaste que no se lo dijera a nadie, que podía confiar en ti y ahora... ¿Ahora sales con estas?

Celia, al inicio del pasillo, se quedó muda, sin saber qué decir o qué hacer, sin entender muy bien lo que estaba sucediendo; su madre se paseaba ante ella totalmente ida y fuera de sí, envuelta en interminables lágrimas.

—Mamá, ¿qué pasa? No sé a qué te refieres —contestó Celia, intentando como podía contener las lágrimas.

—Sabes muy bien a lo que me refiero Celia. —Una vez dijo esas palabras, la cogió de la mano y la llevó hasta el cuarto de baño, donde se quedó expectante a la entrada, como si esperara que Celia entendiera lo ocurrido al instante. Con cautela, invadida por el miedo, entró en el aseo. A su derecha quedaba la ducha donde nada raro observó, siguió hacia delante dirigiéndose al lavabo, donde todo lucía también en orden. Torció a la derecha y miró hacia el retrete y fue en ese instante cuando lo entendió todo. Alguien parecía haber olvidado tirar de la cadena, alguien que sin duda había estado vomitando sobre él. Salió a toda prisa del aseo y se acercó a su madre, cogiéndole las manos con fuerza.

—Te prometo que no he sido yo —empezó a decir entre unas lágrimas que ya no era capaz de contener—. Te prometo que yo no he tenido nada que ver, te lo juro.

—¿Quién va a ser Celia? ¿Quién va a ser? —gritó con fuerza su madre. En ese momento se dejó caer lentamente hacia el suelo, deslizando su espalda suavemente por la pared—. ¿Quién va a ser? No sé qué pretendes, tú eres lo único que tengo en la vida, ¿qué quieres, que sienta que también he fracasado contigo? ¿Qué estoy perdiendo lo único que me mantiene con vida?

—No he sido yo, mamá, no he sido yo.

Pero su madre ya no la escuchaba, solo lloraba y se compadecía en medio del oscuro pasillo, en una casa que debería estar llena de vida y en la que solo reconocía tristeza y dolor. Entre suspiros, Celia se puso en pie y casi arrastrándose dejó a su madre allí tirada sobre el suelo. No podía seguir viéndola así. Entró en su habitación y se dejó caer sobre su cama. Ahí tumbada, boca abajo, dejó salir todo el tormento que tenía dentro. Se sentía culpable de todo.

Pero su madre no tardó en seguirla a su habitación y, conteniendo sus lágrimas, se acostó a su lado. Abrazándola y besándola con cariño, atrayéndola hacia ella con toda su fuerza.

—Ya está Celia, ya está. Te creo, si tú dices que no has sido tú, me lo creo. Pero, por favor, no me mientas nunca. No nos engañes a ninguna de las dos.

Domingo, 19 de julio de 2009

LA MANGA

Sobresaltada y entre suspiros, recobró de repente la consciencia. Abrió sus ojos, para descubrirse totalmente empapada de sudor, acostada sobre su cama y envuelta ligeramente entre sus sábanas. Su corazón latía con una desesperada intensidad, recordándole que simples segundos atrás había estado sufriendo. Hacía mucho tiempo que Celia no tenía pesadillas y esa había sido de las peores que recordaba. Se había visto a sí misma en medio de las aguas de Calblanque en mitad de un feroz temporal, golpeada por el viento y las olas. Para su horror desde allí se movía hacia el fondo intentando alcanzar a Ivan que se encontraba mar adentro, atrapado en aquellas embravecidas aguas. Pero para su desesperación, cuanto más luchaba por acercarse a él, más distante lo sentía y más lejos quedaba la orilla, que casi ya imperceptible parecía un lugar al que jamás podría regresar...

Apretujada sobre sí misma, luchó por apartar de su mente el recuerdo de aquel horrible sueño, la delirante sensación de sentir que iba a ahogarse y la angustia de no ser capaz de evitarlo, una angustia que sentía que todavía la acompañaba.

Estaba segura de que no podría volver a dormirse, así que se tumbó de lado sobre su cama, mirando hacia su mesilla, e intentó simplemente relajarse. Fue en ese momento cuando notó que la cama de al lado yacía desierta y alborotada. Su madre debía haber abandonado la habitación en algún momento mientras ella dormía. No era nada raro que su madre se acostara junto a ella y, en mitad de la noche, volviera a su cuarto; pero esta vez notaba que ocurría algo diferente, era como si una nueva voz en su interior le estuviera diciendo que algo no iba bien. Sin entender muy bien por qué, se levantó de un salto y, siguiendo aquel impulso, caminó hacia la salida. Abrió con cuidado la puerta, cuyas maderas chirriaron ligeramente con el movimiento. El pasillo se encontraba envuelto en una cegadora oscuridad, desde allí comprobó que la

habitación de su madre descansaba en silencio, con la puerta totalmente cerrada. Tal como su madre la dejaba cuando estaba dentro, lo que la tranquilizó un poco. Parecía que nada raro estaba ocurriendo.

Pero, cuando ya volvía a su habitación se dio cuenta de que al final del sombrío y oscuro pasillo sobresalía un poco de luz. Un prolongado destello que se colaba por debajo de la puerta del cuarto de baño. Había alguien allí dentro. Despacio, con cierto miedo, se dirigió lentamente hacia aquella luz. Conforme se fue acercando, un extraño gemido fue tomando forma. Era una especie de grito entrecortado, como si alguien intentara gritar, pero apenas consiguiera que el sonido saliera de su cuerpo. En cuestión de segundos se encontró frente a frente con la puerta del cuarto de baño. Podía escuchar con total claridad los latidos de su acelerado corazón, expectantes por lo que allí dentro podría encontrarse. Lentamente dirigió su mano hacia la puerta y la empujó con cuidado, abriéndola totalmente.

—¿Mamá? —preguntó mientras entraba en el aseo, sintiendo el penetrante sonido más y más cerca. Nadie quedaba a la vista, pero notaba la presencia de una persona, sus jadeos y su movimiento. Quien quiera que fuese se debía encontrar justo detrás de la ducha, en el único punto que no quedaba a la vista desde la puerta; se dirigió hacia el final del aseo y, una vez allí, armándose de valor, giró hacia el hueco que quedaba justo a su derecha. Lo que vio paró en seco su corazón e hizo a sus temblorosas piernas flaquear hasta el suelo. Durante unos segundos se quedó totalmente paralizada, para inmediatamente dirigir sus manos contra su rostro y empezar a gritar con toda la fuerza que pudo sacar de sus pulmones.

Ante ella, tirada en el hueco del suelo se encontraba su madre, cuyas manos apretaban con fuerza su propia garganta intentando producir una asfixia que Celia temía se encontrara muy próxima. Su rostro la miraba totalmente fuera de sí, agonizando de un color entre un intenso morado y un quebradizo azul oscuro. Sus facciones se encontraban seriamente deformadas por el dolor y la proximidad de la muerte, pues solo ese triste final parecía que lograría calmar aquel desfigurado rostro.

Los gritos de Celia hicieron aparecer a su padre que reaccionó tirándose contra el cuerpo casi inerte de su mujer, en un intento por salvar su vida. Con gran esfuerzo, consiguió separar las manos de su garganta, obligándola a respirar de nuevo, mientras le gritaba y hablaba, luchando por hacerla volver en sí. Celia sintió que no podía más, que no podía seguir mirando aquella

escena por más tiempo. Cerró de forma brusca sus ojos, intentando escapar de aquel horrible lugar. Cuando los volvió a abrir todo había cambiado a su alrededor. Se encontró a sí misma, de nuevo, tendida sobre su cama en medio de la tranquilidad de la noche.

—Ha sido solo un sueño —dijo para sí misma, invadida por el alivio más grande que jamás había experimentado. Su corazón latía con la misma intensidad con la que lo había sentido segundos atrás. Había sido todo tan real, tan nítido, que le costaba creer que hubiera logrado escapar de aquella horrible pesadilla. De repente, una idea cruzó su cabeza y, rápidamente, desvió su mirada hacia la cama de al lado. Para su incredulidad, estaba desierta y alborotada. Se levantó de un salto y casi corriendo salió hacia el pasillo. Todo descansaba en una profunda oscuridad, todo salvo el final del pasillo desde donde cierta luz se colaba a través de la puerta entornada del cuarto de baño. Celia no podía creer lo que estaba ocurriendo, todo parecía exactamente igual que en su sueño. Sin dudarlo, salió corriendo hacia el aseo para descubrir aterrada como conforme se iba acercando a la puerta, un entrecortado sollozo iba llegando a sus oídos. Sin poder contener las lágrimas abrió con fuerza la puerta y entró corriendo al aseo. Se dirigió directamente hacia el lugar del que provenían los sollozos, acercándose al punto donde sabía se encontraría su madre. No pudo evitar cerrar los ojos justo antes de llegar. Al abrirlos la encontró sentada, agarrotada sobre sí misma y llorando silenciosamente.

—Celia, cariño... —empezó a decir entre sollozos—. ¿Te he despertado? No quería despertarte, por eso he salido de la habitación y he venido aquí. Siento si aun así te he despertado...

Celia se abalanzó sobre ella y empezó a besarla sin parar, abrazándola con toda su fuerza, mientras varias lágrimas empezaban a caer sobre sus mejillas.

—No, no has sido tú —contestó Celia, luchando por contener las lágrimas—. Pero estoy contenta de haberme despertado. Necesitaba decirte lo mucho que te quiero.

Su madre la miró fijamente, algo sorprendida de su repentina muestra de cariño, pero no dijo nada más, simplemente sonrió y la abrazó con fuerza. Ahí quedaron las dos, en medio de una noche rota, abrazadas la una junto a la otra, tiradas sobre el frío suelo.

Ж Ж Ж

De todas las estupideces que había hecho a lo largo de su vida, todas esas cosas de las que no se sentía realmente orgullosa, no conseguía encontrar nada que le avergonzara más que lo estaba a punto de hacer. Y lo peor era que ahora Sofía sentía que no le pegaba realizar ese tipo de cosas. Tenía 50 años, sus hijos eran ya casi adultos y, lo peor, se había pasado media vida defendiendo que siempre había que hacer lo correcto. De hecho, ¿qué pensaría su marido si se enterase? Estaba segura de que le habría parecido que se estaba sobrepasando, y, sin decirle nada, la habría observado con esa mirada inquisidora que ponía siempre que intentaba hacerle ver que no tenía razón. Por eso mismo jamás se enteraría, nadie sabría jamás nada y para conseguirlo había tomado ciertas precauciones. Sabía que María estaría trabajando en la pizzería hasta bien entrada la noche y, como todos los domingos, Víctor mantendría entretenido a su padre en las pistas de tenis hasta casi la hora de cenar. Este sería para siempre su secreto.

Así que, algo avergonzada y con cierto remordimiento, salió de casa e inició la caminata de aproximadamente diez minutos que separaba su edificio de El Zoco, la zona comercial donde había quedado.

Sin apenas darse cuenta llegó hasta su destino y moviéndose entre la gran cantidad de gente que allí se encontraba se dirigió, a toda prisa, a la heladería donde debía estar esperándola Celia. Pronto sus ojos captaron a lo lejos la silueta de la amiga de su hijo. Estaba sentada en una de las muchas mesas blancas que rodeaban la heladería, concentrada en su móvil mientras se tomaba una tarrina de helado. Su remordimiento fue en aumento, no tenía ningún derecho a molestar a esa pobre criatura que tan mal lo debía estar pasando. Pero ni tan siquiera ese último pensamiento consiguió frenarla.

—Hola Celia, qué gusto que hayas venido —le dijo acercándose hasta ella para darle dos besos en sus mejillas antes de sentarse en la mesa.

—Hola Sofía —respondió amablemente Celia, metiendo su teléfono en su bolso—. Acabo de pedir, hay que ir a la barra. ¿Qué te apetece tomar?

—Mmmm, creo que un granizado de limón, los granizados murcianos son, con diferencia, los mejores que he probado.

—Es que es tierra de limones —rio Celia mientras se levantaba torpemente de su asiento y se empezaba a dirigir tímidamente hacia la barra—.

Mientras Celia se encontraba pidiendo su helado, Sofía aprovechó para serenarse un poco. Qué educada e inteligente era esa chica, siempre se lo había parecido. La había notado también algo nerviosa, lo que era bastante

normal ya que no le había dado ningún detalle sobre el motivo por el que quería hablar con ella. Unas últimas dudas inundaron su mente, todavía estaba a tiempo de dejarlo todo pasar. Pero a quién quería engañar, llegado ese punto, la decisión, buena o mala, estaba tomada; así que lo mejor sería que se centrara en acabar con ello lo antes posible.

—Aquí lo tienes —le dijo Celia mientras dejaba su granizado sobre la mesa y volvía a su asiento. Un pequeño silencio se formó entre ambas y Sofía supo que había llegado el momento de confesar el motivo de su encuentro.

—Celia, te he pedido que vengas porque necesito tu ayuda —empezó a decir, sin siquiera pensar, simplemente dejándose llevar—. Necesito que me ayudes a hacer ver a Víctor que su futuro está en Madrid, que entre las dos le quitemos de la cabeza la idea de venir a estudiar aquí el próximo curso. Sé que respetará tu opinión más que ninguna otra, creo que solo a ti te escuchará.

Le explicó entonces en detalle por qué creía que si Víctor no cambiaba de idea acabaría arrepintiéndose. Ella la escuchaba con atención y asentía con bastante frecuencia. Parecía compartir sus razonamientos lo que la alentó a continuar, si alguien podía hacer cambiar de opinión a su hijo, sin duda, era Celia. Se había dado cuenta casi al instante durante la comida que habían compartido en su casa días atrás. En seguida se había percatado de cómo su hijo escuchaba y respetaba todas las opiniones de Celia, y lo mucho que le había molestado que sacara el tema delante de ella. La joven que tenía delante era su última esperanza.

—No te preocupes Sofía —le dijo finalmente—. Entiendo que prefieras que Víctor estudie en Madrid y voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que así sea.

Y con esas simples palabras su estómago se relajó y su respiración se impregnó de una gran sensación de alivio. Después de todo, la humillación de hacer lo que nunca debía haber hecho, no había sido totalmente en vano.

Ж Ж Ж

Celia volvía a sentirse tranquila mientras ojeaba los escaparates de las pequeñas tiendecitas de El Zoco en busca de un regalo para Víctor. Su madre le había recordado que su cumpleaños se estaba aproximando y había decidido aprovechar que estaba allí para dar una vuelta por las tiendas. El problema era que quería comprarle algo especial y no se le ocurría nada que

podiera hacerle ilusión. Su cerebro estaba demasiado ocupado con otra cosa. Hacía ya casi una hora que se había despedido de la madre de Víctor, y no podía evitar seguir dando vueltas y vueltas a sus palabras. Al principio pensaba que querría preguntarle sobre cómo estaba, sobre cómo los problemas económicos de su familia le estaban afectando. Pero, afortunadamente, no la había citado por eso. Le había pedido ayuda mostrando una gran desesperación, dejando al descubierto lo mucho que se preocupaba por su hijo. Por ello, estaba decidida a hacer todo lo posible por intentar ayudarla.

Siguió moviéndose por las tiendecitas, esquivando a todos los que como ella paseaban ojeando los escaparates. Decidió entrar en una pequeña librería en busca de una inspiración que por más que lo intentaba, no llegaba. Justo al entrar, se entretuvo mirando algo en su bolso y para cuando sus ojos se volvieron hacia delante ya era demasiado tarde para evitar el choque contra una persona que salía con presura de la tienda.

—Lo siento mucho, ha sido sin querer, no iba mirando y... —Las palabras de Celia se entrecortaron al descubrir a quien tenía justo delante. Llevaba mucho tiempo sin verla y, pese a que la notaba algo más envejecida, estaba segura de que se trataba de su vecina Marisa.

Sus nervios fueron en aumento, su padre le había confesado que esa mujer había conocido muy bien a Macarena.

—No te preocupes Celia, —le respondió sin dar importancia al pequeño choque—. Llevaba mucho tiempo sin verte, a ver cuándo vienes a casa y te tomas algo con mis hijas que no paran, así consigo tenerlas un poco en casa. ¿Sabes que voy a ser abuela? De mi mayor, de las tres es la que está ya casada.

Celia no podía creer su suerte, después de días visitando su casa sin éxito, de repente, ahí estaba justo delante de ella. Era una oportunidad que no pensaba desaprovechar.

—Yo también me alegro mucho de verte —empezó a decir Celia. Lo cierto era que nunca había tenido mucha amistad con sus hijas, pero decidió usarlas como pretexto para sus repetidas visitas—. Y la verdad es que llevo días pasándome por su casa para saludar a sus hijas y también para aprovechar y preguntarle por Macarena. ¿La recuerda? Era la mujer que vivía en mi casa antes de que nosotros llegáramos.

Para sorpresa de Celia la cara de Marisa se transformó vertiginosamente en un instante, desapareciendo su gran sonrisa tan rápido como las palabras de

Celia penetraron en sus oídos. Asombrada observó cómo un hilo de nerviosismo empezó a apoderarse de cada uno de sus movimientos.

—Sí, sí, claro que la recuerdo —contestó su vecina.

—Imagino que sabe que desapareció y que ese verano estuvo recibiendo amenazas — empezó a decir Celia.

—¿Amenazas? No, nada de eso, fue una prima de su marido quien la amenazó —comenzó a decir su vecina, Marisa. Pero justo cuando empezaba a dar detalles, contuvo sus palabras y su mirada se volvió con repentino interés hacia su reloj—. Ahora no puedo entretenerme, me has pillado con mucha prisa, he dejado solo en casa a mi marido. Pero ya sabes que puedes venir a casa cuando quieras.

—Vale, pero... —trató de decir Celia, pero de nada sirvió intentar retenerla con sus palabras. Perpleja observó cómo su vecina se alejaba tan rápido como sus pies se lo permitían, dejándola allí plantada a medio terminar su frase. Por segunda vez la mera mención de aquella mujer desaparecida provocaba que dos mujeres que poco tenían que ver en más que la habían conocido escapan de su recuerdo.

Cierta desolación se apropió de Celia, no se veía con fuerzas para continuar buscando el esquivo regalo, así que decidió reemprender también su camino a casa. Se preguntó si la prima de la que había hablado sería la misma mujer que había visitado el día anterior. No lo sabía, tampoco estaba segura de qué podría haber provocado la repentina marcha de su vecina.

De vuelta en casa, encontró a su padre limpiando concienzudamente el coche en el jardín. Lo saludó sin detenerse a hablar con él, saludo que se perdió sin respuesta alguna, solamente le envió una mirada penetrante y una queja que, si bien Celia no pudo entender, sabía que tendría que ver con el hecho de que a ojos de su padre se pasaba todo el día sin hacer absolutamente nada.

Subió las escaleras en busca de su madre, a la que encontró en su cuarto de baño, arreglándose junto al espejo. Se estaba pintando los ojos, vistiendo únicamente un albornoz blanco y con unos rulos muy grandes perfectamente colocados sobre su cabeza. Al parecer sus padres iban a salir esa noche, lo que también explicaba por qué su padre estaba limpiando el coche.

—¿Qué tal? ¿Ha ido bien el día? —le preguntó su madre, mientras se perfilaba con sumo cuidado sus ojos usando un pequeño lápiz negro.

—Muy bien —contestó, exagerando un poco el balance final de su día. Se sentó sobre la bañera situada justo detrás del espejo y de su madre. Allí se

quedó en silencio durante un buen rato, observando cómo su madre se maquillaba y posteriormente empezaba a quitarse los rulos para ir dando forma a su pelo. Le gustaba observarla e intentar aprender de lo que hacía. Normalmente simplemente se quedaba ahí sentada, pero esa noche no pudo evitar que sus preguntas rompieran su silencio.

—Mamá, ayer me crucé con la vecina que vive al final de la calle, que su hija es amiga mía, Ana, no sé si te suena... La cuestión es que vi una cosa muy rara —empezó a decir Celia, comenzando a explicar todo lo que había presenciado en casa de su amiga.

Las palabras de Celia hicieron a su madre dejar por un momento de modelar su cabello y su mirada se dirigió hacia ella.

—Nunca te había contado nada porque sabía que eras buena amiga de su hija —le contestó su madre. En ese momento continuó con su pelo mientras observaba en el espejo el reflejo de su hija que muy atenta le devolvía la mirada—. Pobrecita, Celia, lo que habrá sufrido esa mujer. Se divorciaron hace unos años creo. El marido era una pieza de museo, te lo puedo asegurar. Se iba y volvía, se iba y volvía. No la dejaba ni tirar ni para un lado ni para otro. Hasta que un día ella se hartó y lo organizó todo para divorciarse. Cuando se vio frente a los papeles del divorcio, él entonces no quería, resultó que estaba enamorado y que iba a cambiar... Pero imagino que ella no podía más y consiguió echarlo de la casa y que todo siguiera adelante. No sé si sabes que ella trabaja en un programa de la televisión Murciana, está muy bien colocada. Al parecer él sigue como siempre, cuando necesita dinero aparece en su casa, a veces vuelve suplicándole que vuelvan juntos, otras enfadado por todo lo que ha pasado... Sigue sin dejarla tranquila.

»Ella era amiga de tu padre desde cría, no recuerdo muy bien de qué se conocían pero se llevaban muy bien. Por eso cuando vinimos a vivir aquí y coincidimos con ellos, empezamos a salir juntos muchos fines de semana. — En ese momento se volvió y continuó hablando mirando hacia Celia, como si lo que fuera a decir, requiriera de toda su atención—. Pero era una pieza de cuidado, en cuanto se descuidaba su mujer aprovechaba incluso para tontear conmigo y ya sabes lo celoso que es tu padre, se ponía... Y yo no sabía ni qué decirle, pero intentaba evitarlo como podía y después tu padre que por qué le había dicho eso... ¡Unas peleas! Que llegó un punto en que le dije que yo con ellos no quería salir más y no sé qué le habría pasado a tu padre con él, que no lo discutió. Nunca más volvimos a salir juntos.

—No tenía ni idea de eso —respondió Celia, totalmente sorprendida por lo que acababa de escuchar—. Mamá, ¿por qué son todos los hombres iguales? No lo soporto.

—No todos Celia, pero muchos sí. Por eso vas a tener que saber elegir muy bien, es una de las decisiones más importantes que vas a tomar en tu vida. Incluso tienes que aprender a estar preparada para reaccionar si las cosas no resultan como tú esperabas, que nunca te veas como yo me veo ahora. Porque muchas veces simplemente cambian y tienes que ser fuerte para ser capaz de seguir adelante tú sola. Sin ir más lejos, tu padre se ha pasado media vida criticando a ese hombre, diciéndome lo mal que lo estaba haciendo con su mujer y ahora, míralo. Jamás me lo habría imaginado.

Y con esas palabras encendió el secador y continuó dando forma a su peinado, como intentando olvidar la realidad de sus días. No sabía muy bien si fue aquel sonido, o el fuerte olor a laca que lo impregnaba todo, o simplemente la imagen de su madre concentrada en arreglarse para su padre, pero Celia empezó a sentirse muy agobiada ahí dentro. Así que decidió salir a tomar un poco el aire y dejar a su madre terminar sin sus preguntas. Salió al jardín trasero y en los escalones que separaban el porche del césped se sentó mirando hacia la oscura noche, hacia el oscuro mar.

Era cierto que su padre se había pasado toda su vida criticando a los hombres que eran infieles a sus mujeres. Y, sin embargo, todo parecía indicar que había acabado cayendo en lo mismo, como si en realidad aquello que había estado criticando era algo que en el fondo deseaba y envidiaba.

Se sentía invadida por una gran tristeza cuando, para su sorpresa, una figura se sentó a su lado y con su brazo la apretó contra su hombro.

—¿Qué? —le dijo su padre intentando empezar una conversación sin saber muy bien cómo hacerlo.

—Pues nada, tomando un poco el fresco —respondió Celia sin dejar de mirar al mar. Su padre parecía estar listo, por lo que era muy probable que simplemente estuviera esperando a que su madre terminara de arreglarse. No entendía por qué su padre les estaba haciendo esto, mostrando en todo momento que las quería para después abandonarlas sin más, yéndose con otra mujer. Pero no dijo nada al respecto, ¿qué podía decirle? En lugar de ello, empezaron a hablar sin más, manteniendo el tipo de conversaciones que solo en contadas ocasiones recordaba haber tenido con él.

Al final su padre se levantó para marcharse, posiblemente para ver qué le

quedaba a su madre para terminar.

—Una cosa papá —le comentó rápidamente, antes de perderlo de vista—. Los cuadros del salón, ¿son los mismos que había en la casa antes de que la comprarais?

—¿Los cuadros? —preguntó su padre, ligeramente sorprendido—. Menudo lío tuve yo con el hombre por los cuadros. Mira, él vendió la casa por un precio y nos dijo que incluía todo lo que había en ella en ese momento. Pues bien, llegamos a los meses ya para pasar el verano y, de repente, no estaban los cuadros. Y los del salón los recordaba chulísimos. *Allá* que lo llamo y le pregunto, y me sale con que no podía hacer nada, que los cuadros eran de su mujer y los había tenido que quitar. Pues me tuve que gastar un dineral en volver a llenarlo todo de cuadros y el hombre que nada, que no me pagaba nada. A mí me sonó todo a excusa para llevarse los cuadros, porque la mujer seguía desaparecida. En fin, Celia, un fresco bueno era el abogado *ese*.

Las palabras de su padre retumbaron en la mente de Celia, que al verse a solas de nuevo intentó buscar sentido a lo que acababa de escuchar. Los cuadros de su salón no eran los originales y los anteriores habían pertenecido a la mujer desaparecida. No sabía muy bien qué estaba pasando en su casa, especialmente en ese salón, pero cada vez tenía más claro que algo muy extraño estaba sucediendo allí mismo.

Salió corriendo hacia el muro que daba a la playa y se perdió en las sombras que llegaban desde abajo. Todavía había movimiento en la arena y, desde allí, le pareció ver a su vecino Ivan paseando por la playa. Pero no se trataba de él, simplemente de un chico que le había resultado familiar. Al día siguiente Ivan la llevaría a una pequeña cala en Calblanque que quería enseñarle. No había nada que le apeteciera más que dar ese paseo a su lado. Estaba deseando que pasara la noche y tenerlo frente a ella. Necesitaba verlo, necesitaba escapar de aquella casa.

Lunes, 20 de julio de 2009

LA MANGA

—¿Puedo abrir los ojos ya? —preguntó Celia mientras se movía a ciegas escoltada por Ivan que, con cuidado y atención, iba dirigiendo desde atrás todos sus pasos. Una pequeña venda tapaba sus delicados ojos, por lo que avanzaba sin poder ver nada, dejándose llevar ilusionada hacia su destino.

—Aguanta un poco más, ya casi hemos llegado —le contestó Ivan y justo en ese instante sintió como desaparecía la protección que ofrecían los árboles o montañas que parecían estar atravesando; con su partida todo pareció iluminarse tras la venda, volviendo a sentir caer sobre su piel los intensos rayos de sol que se abalanzaban sobre ellos en el día más caluroso de lo que llevaban de verano.

—Celia, ya puedes quitarte la venda —le susurró Ivan al oído justo antes de separarse de ella. La proximidad de sus labios, rozándole ligeramente una de sus pequeñas orejas, heló todo su cuerpo que, pese al calor que los rodeaba, se erizó de principio a fin—. Espero que te guste. Te lo debía.

Con cuidado, Celia desató la venda que rodeaba sus ojos y se concentró en el precioso lugar en el que se encontraban. No pudo evitar sonreír ante el paisaje que la rodeaba. Se trataba de la cala más bonita en la que había estado nunca; totalmente virgen, le recordaba a una pequeñísima bahía natural, rodeada de montañas rocosas y donde se colaba el mar más azul que jamás había visto. La vegetación en tonos más marrones que verdes bordeaba la arena que abundante, fina y espesa se agolpaba ante ellos en una seductora semicircunferencia.

—Es preciosa, parece sacada del mismísimo paraíso. Muchas gracias por la sorpresa, Ivan. —Y con esas palabras empezaron a caminar por la arena, en busca de un buen sitio donde colocar sus cosas. Buscaron un lugar cerca de la orilla que se encontrara ligeramente alejado del par de familias y parejas que también estaban disfrutando del espectacular paraje natural. Allí clavaron sus

sombrillas, sin las que les hubiera resultado imposible pasar el sofocante día. No tardaron en meterse en el agua, disfrutando de un baño que acabó resultando el más largo y delicioso que habían tenido en todo el verano. El agua permanecía casi estancada, cristalina, recordando a una gran piscina de agua salada; allí pasaron la mañana, riendo y jugando como niños, volviendo a disfrutar de una complicidad y entendimiento que cada día se hacía más evidente. Salieron del agua dando una pequeña carrera, para dejarse caer sobre sus toallas entre risas; tirados bajo la protección de sus sombrillas, empezaron a devorar sus bocadillos.

Para cuando terminaron de comer, la cala había quedado totalmente desierta, ya solamente ellos dos se atrevían a seguir allí a la intemperie, solo con la protección que sus sombrillas les ofrecían. A media tarde, un susurrante viento empezó a soplar sobre ellos, que seguían sentados sobre sus toallas, uno enfrente del otro, mientras se entretenían con las cartas y reían con sus comentarios.

—Una película —dijo Celia.

—Mmmm, creo que cualquiera de Star Wars.

—Muy típico —rio Celia—. Esperaba algo más de ti.

—¡Vaya! ¡Un clásico que es! —contestó Ivan, intentando aparentar una ofensa que en realidad no había existido—. Una canción.

—*La canción más bonita del mundo* de La Oreja de Van Gogh —contestó Celia, sonriendo mientras empezaba a tararear suavemente el estribillo.

—¿La oreja de Van Gogh?, ¿eso qué es?, ¿música o pintura? —preguntó intrigado Ivan, riéndose ligeramente de ella—. No te tenía por tan intelectual...

—Música y pintura. Para tu información es un grupo español muy famoso aquí. ¿No escucháis música española en Francia? —preguntó Celia sorprendida de que nunca hubiera oído hablar ni del grupo ni de la canción. Para aumentar su asombro, Ivan negó con su cabeza—. Es algo vieja, pero búscala luego en *YouTube*, te va a gustar.

—Espera, a ver si hay suerte y me funcionan los datos —dijo Ivan mientras sacaba su móvil e iniciaba la búsqueda. Celia sonrió expectante, feliz por el interés que su canción había despertado en él y divertida por el extraño tono que su acento le había dado a su última frase. Aunque estaba acostumbrada a su marcado acento francés a veces no podía evitar reír con algunas de sus frases y palabras—. No la encuentro, ¿puede que se llame *La Playa*?

—Sí, ¡es esa! —respondió casi gritando Celia, mientras dejaba sus cartas boca abajo encima de la toalla y se sentaba completamente sobre sus piernas cruzadas. Asombrada escuchó como su canción empezaba a sonar en el móvil de su amigo, poniendo banda sonora a un momento único en su vida. Ambos permanecieron en completo silencio mientras sonaba la canción, silencio que se prolongó al terminar aquella romántica melodía. Con ciertas dudas, Celia se atrevió a preguntar por la canción—. ¿Te ha gustado?

—La verdad es que mucho, me ha incluso sorprendido, no la esperaba tan bonita — contestó Ivan, clavando sus ojos sobre los suyos, esa mirada tan intimidadora y penetrante que nunca era capaz de sostener más de unos pocos segundos. Esta vez no fue ninguna excepción y, entre risas, no tuvo más remedio que dirigir sus ojos hacia el precioso azul celeste en el que se perdía el horizonte. Se sentía atontada por sus palabras, hipnotizada por su presencia, no entendía qué le estaba ocurriendo. Mientras intentaba comprender el torbellino de sentimientos que notaba iba creciendo en su interior. Ivan, de un salto, se puso en pie justo a su lado—. Celia, necesito que te tapes los ojos una vez más hoy.

Esperó a que Celia empezara a moverse, que con cierta sorpresa comenzó a tapar sus ojos con sus propias manos, en ese momento Ivan aprovechó para salir corriendo hacia la orilla de la playa. Por una pequeñísima apertura entre sus dedos, casi imperceptible, Celia observó cómo se quitaba su bañador, que quedaba tirado sobre la arena de la orilla, y con su torso totalmente desnudo seguía corriendo hacia el agua para acabar sumergiéndose completamente de un pequeño salto.

—Ya puedes mirar —le dijo desde el agua. Ahora simplemente quedaba al descubierto su cabeza y el comienzo de sus hombros—. Era algo que nunca había hecho antes y creo que me moría por hacer. Perdona que no te invite ahora a entrar, pero no sería un caballero si lo hiciera.

—Muchas gracias, rey de los galanes —Se burló Celia centrando su atención en una de las revistas que había traído—. Pero ni tú de rodillas conseguirías que entrara ahora en el agua.

Ivan rio con fuerza ante su comentario, y sin darle importancia alguna continuó nadando y buceando durante un buen rato. La verdad es que Celia no había sido del todo sincera, una parte de ella deseaba seguirlo hasta la orilla, dejar allí también caer su bañador y, sin sentirse avergonzada, introducirse lentamente en el agua, dirigiéndose totalmente desnuda hacia él que desde

dentro, sorprendido, la esperaba. Se dejó caer sobre su toalla, intentando alejar tales ideas de su cabeza, abrumada por lo que le estaba ocurriendo. Allí se quedó durante un buen rato, hasta que los gritos de Ivan desde el agua la hicieron incorporarse.

—¡Celia! ¿Me escuchas?

—Sí, dime —dijo Celia, mirando hacia la orilla. Su amigo seguía justo donde lo había dejado, sumergido, no muy lejos de la orilla.

—Voy a salir, pero necesito que me ayudes. Acércame mi toalla y, si no te importa, sujétala extendida mientras salgo. Mira hacia atrás con los ojos cerrados, así podré salir sin que me veas.

—No te tenía por tan tímido —bromeó Celia, mientras se levantaba, cogía la toalla de Ivan y, siguiendo sus instrucciones, se dirigía con ella hasta la orilla —. Pero claro que sí, aquí te espero, no tardes.

El viento movía la toalla hacia el cuerpo de Celia, que inmóvil esperaba el momento en el que recibiría a su amigo totalmente desnudo a escasos centímetros de ella. No podía ver nada, pero convirtió su imaginación en sus nuevos ojos. Empezó a escuchar los pasos de Ivan aproximarse desde el agua, y sin mirar, podía verlo acercándose hacia ella. De repente, una divertida idea cruzó su mente, una de esas ideas de las que tantas había tenido cuando era niña, algo que no estaba segura si debía hacer pero que, sin darse cuenta, fue tomando forma en su mente. Se dio cuenta de que para poder hacerlo tenía que escuchar con gran atención los pasos de Ivan, predecir el momento exacto en el que llegaría hasta ella.

Y así lo hizo, estuvo esperando con todos sus sentidos alerta (con excepción de sus ojos), concentrados en cada uno de los movimientos de su amigo; y cuando lo sintió próximo a ella, cogió la toalla con fuerza y salió corriendo. Ante la carrera de Celia, Ivan quedó totalmente perplejo sin saber cómo reaccionar.

—Si me pillas te la doy, de lo contrario te quedas sin toalla —gritó Celia sin mirar hacia atrás, riendo mientras corría. Sus palabras despertaron a Ivan que, sin parar de reír y maldecirla, salió en su busca. Celia corría alrededor de la cala lo más rápido que podía, intentando esquivarlo y evitando mirar atrás, donde sabía se encontraba su cuerpo desnudo persiguiéndola a toda velocidad; pero era consciente de que la resistencia no era una de sus grandes cualidades, por lo que cuando sintió que estaba a punto de pillarla, situado a escasos centímetros de ella, tuvo muy claro lo que tenía que hacer. En ese momento

tiró hacia atrás la toalla, lo que entretuvo a Ivan que desesperado se tiró a recogerla para poder taparse, eso le permitió a Celia poder continuar sin ser atrapada.

—¡Esto no termina aquí! —exclamó Ivan sin parar de reír, mientras enrollaba la toalla en su cintura. Respiraba con dificultad, pero no había duda de que todavía podía seguir corriendo sin ningún problema, cosa que Celia, aunque jamás lo reconocería, no estaba segura de poder hacer—. No voy a parar hasta pillarte.

—Buena suerte, pero creo que ha quedado clara mi superioridad —aseguró Celia, mientras intentaba tranquilizar su acelerada respiración y trataba de cortar los jadeos que salían de ella. Y sin más, la persecución se reanudó, siguiendo los dos corriendo y riendo sin parar hasta que cansados quedaron tirados contra la arena, mirándose fijamente, en el más absoluto de los silencios.

Ж Ж Ж

El mensaje había sido escueto pero suficiente para poner a Víctor muy nervioso: «Necesito hablar contigo de forma urgente. Si estás disponible nos vemos en 5 min en el mirador». El no saber de qué se trataba lo tenía descompuesto, pero lo que estaba claro era que su amiga lo necesitaba y no pensaba fallarle.

A toda prisa, Víctor se levantó de su cama y comenzó a vestirse cogiendo la primera camiseta y los primeros pantalones que encontró, si conjuntaban o no era algo que sinceramente no le preocupaba.

—Mamá, salgo un momento, vuelvo antes de cenar —le dijo a su madre, que ya había empezado a preparar la cena desde la cocina. Tampoco le preocupó si lo oyó o no, pues sin esperar respuesta alguna abandonó velozmente su casa. Caminó todo lo rápido que pudo, el mirador se encontraba a escasos minutos andando, situado justo en lo alto de la cuesta que se encontraba antes de llegar a la zona donde vivía Celia, justo enfrente de Monte Blanco, el punto más alto de toda La Manga. Para llegar hasta allí simplemente tenía que seguir la avenida principal que recorría toda la playa de principio a fin; avenida que a esa hora se encontraba abarrotada de gente que fue esquivando como pudo. Se abrió paso hasta llegar a la gran cuesta sobre la que descansaba un gran

acantilado, que con entereza se empinaba sobre la playa. Al llegar a lo alto, sus ojos se perdieron por el mirador, hasta localizar a su amiga Ana.

Estaba apoyada sobre la barandilla, con la mirada perdida, observando fijamente el mar. Se situó a su lado y junto a ella, quedó embobado bajo esa visión que tan bien conocía. Justo debajo de ellos se encontraba la pequeña zona de rocas donde normalmente pasaban las tardes. Les encantaba, ya que no resultaba nada peligrosa y allí, al concentrarse el agua, cubría bastante. A su izquierda, la playa continuaba hasta extenderse en un aparente infinito, asediada por multitud de casas plantadas junto a ella. También desde allí podía ver con claridad las preciosas casas tanto de Celia como de Ana. Pero lo que lo enamoró esa tarde fue la imagen de las espumosas olas rompiendo con su particular sonido sobre la playa, que desde ese punto adquirirían una reveladora majestuosidad.

—Has venido muy rápido —le dijo Ana, abandonando el mar y centrando sus preciosos ojos azules en él. Mientras lo miraba se mordió ligeramente su labio superior, mostrando cierta preocupación por lo que tenía que decirle. Fuera lo que fuera, sentía que la estaba devorando por dentro—. Gracias por venir.

—No hay de qué, sabes que estoy a un paso y siempre... —empezó a decir, buscando algo divertido con lo que tranquilizarla y hacerla sonreír.

—Te he pedido que vengas porque necesito decirte algo —lo cortó Ana, sin dejar que terminara la frase. Él decidió dejarla hablar, desahogarse, estaba claro que su amiga estaba luchando por dejar salir a sus palabras—. Víctor, hace tiempo que quería decírtelo, demasiado tiempo, pero nunca me he atrevido. Hoy no he podido dejarlo pasar más y aquí estoy... Víctor, me gustas, me gustas mucho.

Las palabras de Ana lo dejaron sin respiración, necesitó unos segundos para comprender el alcance de lo que acababa de escuchar. No sabía qué decir, qué sentir, no estaba preparado para enfrentarse a algo así.

—¿En serio? —se escuchó decir a sí mismo. De todas las cosas que podría haber dicho, sentía que esa era la más estúpida de las que podrían haber salido de sus labios.

—Completamente —sonrió Ana, con voz temblorosa y con unos ojos que cargados de lágrimas empezaron a brillar. Antes de continuar hablando, apartó de él su mirada que rápidamente redirigió hacia el mar que yacía delante de

ellos como único testigo de su confesión—. No te preocupes, no espero nada, era solo que necesitaba decírtelo y supongo que necesitaba que lo supieras.

—Ana... No sé qué decir —le confesó, cogiendo su mano y obligándola a mirarlo, de nuevo, a los ojos. Se dio cuenta de que una pequeña lágrima empezaba a caer por su mejilla, deslizándose por toda su cara. En ese momento habría sido capaz de tirarla contra él, besarla y abrazarla con fuerza, por el simple hecho de detener su dolor. Pero no podía hacer algo así, no sin tener totalmente claros sus sentimientos, lo menos que quería era acabar confundiéndola—. Eres una persona muy especial, muy guapa, inteligente y divertida, pero...

—Pero no te gusto —lo cortó Ana de nuevo, desviando su triste mirada hacia el suelo y mostrando por primera vez signos de un ligero arrepentimiento por su repentina confesión.

—Pero siempre te he visto como una amiga, como una de mis mejores amigas. —Mientras lo decía levantó con su mano su barbilla para obligarla a mirarlo y sonreírle. Sabía que sus palabras no eran del todo ciertas, desde hacía tiempo se había dado cuenta de que para él, Ana era algo más que una simple amiga; pero no estaba seguro de que sintiera lo suficiente como para empezar algo con ella. Y para nada quería que acabara haciéndose ilusiones hasta que él mismo no reflexionara largo y tendido sobre el asunto.

—Bueno, de momento, supongo que con eso es más que suficiente. Gracias por venir, Víctor.

Se acercó a él y con cariño le dio un pequeño beso en la mejilla, para después darse la vuelta y empezar a alejarse. Víctor se quedó allí plantado, todavía nervioso por todo lo ocurrido. Le hubiera gustado haber estado preparado para algo así, haber sido capaz de decir exactamente lo que se debía decir para evitar hacer daño a la otra persona. Pero no había sido así, la confesión lo había pillado totalmente desprevenido y, aterrado, se dio cuenta de que ni tan siquiera estaba seguro de lo que había dicho.

Algo desorientado, acabó sentado sobre el banco del mirador, observando fijamente al mar. Embelesado, contemplando cómo las olas rompían contra la playa, cómo destruían en cuestión de segundos la tranquilidad que reinaba sobre la arena.

Ж Ж Ж

Celia había decidido dar un pequeño paseo antes de volver a casa, sentía que necesitaba aclarar sus ideas. Acababa de pasar el día más maravilloso de toda su vida, disfrutando cada instante que había pasado junto a su vecino. De hecho, no hacía ni media hora que se había despedido de él y ya se moría por volver a verlo. No podía seguir engañándose a sí misma, notaba que sentía algo por él. No obstante, en ningún momento se había preocupado por sus confusos sentimientos pues, si bien era cierto que Ivan era amable y disfrutaba también a su lado, nunca antes había hecho nada que le hiciera pensar que podría compartir sus sentimientos. Nunca hasta aquella misma tarde, cuando una sombra de duda había surgido dentro de Celia. Todo había empezado cuando, justo antes de despedirse, lo había invitado al cumpleaños de Víctor. Ivan se había mostrado algo esquivo y enojado con la mención de su amigo. Aunque parecía una locura, hubiera jurado que se había sentido ligeramente celoso.

Intentando no dar importancia a ese pequeño detalle, continuó caminando hasta llegar a su calle. El jaleo producido por un grupo de niños justo enfrente de su casa captó su atención y movida por una curiosidad desconocida en ella, se acercó a ver qué estaban haciendo. Descubrió que todos estaban observando lo que uno de ellos tenía en una de sus manos, un pequeño insecto al que se disponía a arrancar una de sus diminutas alas. Bajo la atenta mirada de Celia, el insecto emitió un sonido que reconoció inmediatamente. Aterrada se dio cuenta de que lo que aquel niño tenía entre sus manos era una pequeña cigarra.

—¡Suéltala ahora mismo! —gritó Celia de inmediato, acercándose de forma amenazadora hacia el niño que, asustado, liberó al insecto de sus garras—. ¿Se puede saber que os ha hecho para que disfrutéis torturándola? Iros todos de aquí, antes de que busque a vuestros padres y les diga lo que estabais haciendo.

Los niños la miraron con una mezcla de temor y sorpresa, y sin mediar palabra salieron corriendo en dirección a la playa. Ella se quedó allí, consciente de que por unos instantes había perdido el control sobre sí misma. No entendía muy bien lo que le había pasado, la repentina furia que se había apoderado de ella al ver cómo torturaban a esos pequeños insectos que tanto la atraían. Pero se trataba solo de niños, de unos chiquillos. Tenía que relajarse, su reacción había sido desproporcionada.

—Celia, perfecto —oyó gritar a su padre desde el salón, nada más entrar en

la casa—. Ven y ayúdame a mover la mesa.

Casi arrastrando sus pies, como si su cuerpo pesara mucho más de lo que realmente pesaba, se dirigió al salón donde encontró a su padre intentando mover la pequeña mesa de cristal situada entre los sillones, con su abuela justo a su lado observándolo. Siempre igual, su padre siempre estaba molestándola con esas tonterías. Pero acabaría con el contratiempo rápidamente: ayudaría a su padre en un minuto y antes de darse cuenta estaría descansando sobre su cama.

—Cógela de ese lado y levántala en peso. Vamos a ponerla mejor en el rincón, para que se puedan poner sobre ella los periódicos y las revistas.

Celia la cogió por el lado que le había indicado su padre, pero su gran peso la cogió totalmente desprevenida por lo que, para su desgracia e incredulidad, no pudo evitar que la mesa se resbalara de entre sus manos y acabara chocando contra el suelo con tal intensidad que Celia la imaginó hecha añicos frente a ella. Por fortuna, no hubo nada que lamentar, la mesa de apariencia delicada seguía, contra todo pronóstico, totalmente intacta. Con miedo dirigió la mirada hacia su padre, que todavía sujetando la otra parte de la mesa la miraba rojo de rabia.

—Esto te pasa por hacer las cosas sin gana —le gritó sin piedad, gritos que penetraron muy dentro de ella, golpeándola por dentro—. No tiene cuidado con nada, no se fija en nada, lo haría todo polvo si de ella dependiera. Dios mío, es tan torpe como su madre.

La mención de su madre la enfureció de una forma desconocida para ella, cargando sus palabras de odio y su cabeza de un dolor y una presión que empezaba a amenazar con acabar destruyéndola.

—¡No te atrevas a mencionarla! ¡No te atrevas! —Se lamentó entre gritos y jadeos, totalmente descontrolados—. ¡Después de todo lo que nos has hecho! ¡No te atrevas!

Una vez acabó su frase salió corriendo en dirección a su cuarto, en la escalera de caracol se cruzó con su madre que movida por los gritos, había bajado a ver qué ocurría.

—No tienes corazón Emilio, no tienes corazón ninguno —le dijo a su marido con un tono de absoluto reproche, moviendo su cabeza suavemente, condenando lo que allí acababa de pasar—. Debería darte vergüenza tratar así a tu propia hija.

Con esas palabras, volvió a subir hacia la habitación de Celia, desde donde

llegaban sus abatidos suspiros y sollozos.

—Si es que tiene razón, ¿pare qué le mencionas nada? —gritó su abuela a su padre, también muy nerviosa—. Y a mí, a mí me vas a poner mala. Porque yo estoy para estar tranquila en mi casa, no para estar viendo estas cosas. *Ara* tú te piensas que la chiquilla está bien, pero está muy nerviosa, se siente la pobre culpable por *to* lo que está pasando y tú deberías de llevar más cuidado con ella.

La feroz condena hizo a Emilio recapacitar ligeramente. Era consciente de que tenía que llevar cuidado con Celia, pero le resultaba a veces tan difícil controlarse. ¿Cuánto sabía Celia?

¿Lo odiaba? Desde luego esos gritos no ayudaban nada. Un cierto hilo de remordimiento se fue formando en su corazón. Pero el daño ya estaba hecho, Celia continuaba perdida entre sus pequeñas lágrimas, sintiendo como su maravilloso día había sido totalmente destruido.

Viernes, 24 de julio de 2009

LA MANGA

El mar sorprendió a Celia embravecido, descargando sus olas con tal furia que resultaba imposible atreverse a acercarse a la orilla. Agradeció haberse puesto una rebeca de verano, de lo contrario, no estaba segura de haber podido llegar muy lejos. Pero ni el mal tiempo ni el viento matutino consiguieron frenar ninguno de sus pasos y Celia se perdió por la arena sin dificultad, caminando durante casi una hora hacia el inalcanzable final de la playa.

Cuando regresó, la zona próxima a su casa seguía totalmente desierta, lo que le hizo intuir que no debían ser más de las nueve de la mañana. Así que decidió pasar de largo su casa y continuar paseando hasta llegar, al menos, a la zona de las rocas. Era curioso, era allí donde tantas veces había quedado con sus amigos y, sorprendida, se dio cuenta de que ese verano ni tan siquiera se había llegado a acercarse. No sabía explicar por qué, pero algo dentro de ella la mantenía alejada de aquel lugar.

Mientras se movía suavemente por la playa intentó no pensar en todo lo que le había ocurrido en las últimas semanas, ni en lo bueno ni en lo malo. Cuando lo hacía un intenso dolor se apoderaba de ella, un dolor que secaba su boca y humedecía sus ojos en tristeza. Se paró por un momento, compadeciéndose de sí misma, de su esquiva suerte. No hubiera podido decir por cuánto tiempo había permanecido allí parada, perdida en sus pensamientos, si algo no hubiera acabado captando toda su atención y moviendo su mirada hacia el frente.

A escasos diez metros de donde ella se encontraba, una temblorosa figura acababa de salir corriendo de casa de su amiga Ana. A toda velocidad se había dejado caer sobre la orilla, clavando su mirada fijamente sobre las olas que enfurecidas rompían ante ella. No era capaz de vislumbrar su semblante, pero no pudo evitar imaginarlo triste y vacío, inundado de lágrimas que se

deslizaban sin control sobre sus mejillas. En esa afligida figura no tardó en reconocer a su propia amiga. Le había sorprendido descubrir los problemas familiares de Ana, pero hasta ese momento no se había parado a pensar cómo las idas y venidas de su padre podrían estar afectando a su amiga. Y la cosa era que entendía tan bien por lo que podría estar pasando.

Pero también sabía que poco podía hacer para ayudarla. Ana era una persona muy orgullosa y la realidad era que nunca habían estado muy unidas. Cualquier cosa que le dijera podría simplemente acabar avergonzándola. Así que confiando en que quizá Ana no se habría dado cuenta de su presencia, se dio la vuelta y la dejó allí tirada, a solas con su amargo dolor y sufrimiento.

No se sentía orgullosa de haberla abandonado, de haber hecho como si no hubiera visto nada. Pero tampoco se imaginaba acercándose a ella, consolándola y ofreciéndole su ayuda. Lo cierto era que no era tan buena persona como todos creían.

A la entrada de su casa, su padre la sorprendió con su actividad. Estaba subiéndolo como podía el pesado kayak en su coche, ya que en días de fuerte oleaje, aprovechaba para dar una vuelta por el Mar Menor.

—Hombre, la pequeñaja está despierta —le dijo, saludándola casi eufóricamente. No le había pedido disculpas por la pelea del otro día, nunca lo hacía—. ¿Te vienes a *darte* un paseo con el kayak?

Pese a la paradoja del comportamiento de su padre no estaba sorprendida, esa era su forma de pedir perdón y de mostrar que realmente estaba arrepentido por lo sucedido. Desde que tenía uso de razón, siempre había hecho lo mismo. Una vez pasado el daño, simplemente intentaba ser simpático durante los siguientes días, quizá intentando compensar lo ocurrido. Jamás pedía perdón, nunca reconocía sus errores y, en parte, sabía que ella era culpable de ese comportamiento. Todas sin excepción, su madre, su abuela y ella misma le habían seguido siempre ese juego, habían continuado como si tal cosa tras cada una de sus fuertes e injustificadas reprimendas, como si nada hubiera pasado. Pero en ese punto de su vida, ya no estaba dispuesta a seguir así.

—No puedo, tengo cosas que hacer —contestó Celia con frialdad, pasando de largo sin apenas mirarlo. Suspirando profundamente, entró en el salón donde se encontraba su abuela sentada sobre el sillón, reposando posiblemente su desayuno, mientras escuchaba la misa en la televisión. Con

cierto resentimiento hacia el comportamiento de su padre, se sentó al lado de su abuela que no dudó en desviar su cara de la televisión y centrarse en ella.

—Celia, no seas tonta y haz tú también por llevarte bien con tu padre —le dijo como leyéndole la mente. Parecía haber escuchado desde dentro la conversación con su padre—. Que ya sabemos cómo es y lo mal que está la cosa. Que está pasando mucho con el negocio y con todo. Pero él te quiere mucho y padre no hay más que uno.

Abrazó y tranquilizó con fuerza a su abuela, dejándole claro que no debía preocuparse. Qué complicado era hacerse respetar en un ambiente donde lo más importante era ser noble y obediente con el hombre de la casa. Pero ella debía estar por encima de eso, hacer feliz a todos sin dejarse dominar por nadie. Junto a su abuela, permaneció sentada mirando hacia el frente, perdida en la televisión sin saber ni tan siquiera lo que estaba viendo, desplazando sus tristes ojos por todo el gran mueble del salón. Multitud de fotografías, libros y pequeños objetos de decoración resaltaban en él, muchos de ellos sabía que eran muy antiguos. De repente, algo en su cerebro se activó y se dio cuenta de un detalle que hasta el momento había pasado completamente desapercibido para ella.

—Abuela, ¿recuerdas cuando aparecieron los marcos en el suelo? Me dijiste que había ocurrido con más cosas. ¿Recuerdas con cuáles?

—Pues no sé, Celia —contestó su abuela mientras se levantaba y apagaba la tele—. Algún libro creo y algún marco.

Con la marcha de su abuela quedó totalmente sola en el salón, mirando casi desafiante hacia el gran mueble. Su padre le había dicho que los antiguos propietarios dejaron una gran cantidad de objetos en la casa y que muchos de ellos los habían conservado. Quizá, al igual que había pasado con el marco en el que encontró la fotografía, lo que se había estado cayendo, era algo que debía ser encontrado, algo que podía utilizar para entender mejor lo que estaba sucediendo. Parecía una locura, posiblemente lo fuera, pero Celia no dudó en empezar a rebuscar entre las estanterías. Recordaba que su padre había mencionado que la enciclopedia ya estaba allí cuando ellos llegaron. Decidió empezar a buscar por ahí. Abrió cada tomo, examinando sus hojas y sacudiéndolo hacia abajo para que cayera cualquier cosa que estuviera entre sus páginas.

Con el paso de las horas, en el suelo de su salón empezaron a amontonarse libros y objetos que iba descartando conforme los iba examinando. Agradeció

que su padre se hubiera marchado y no pudiera presenciar el terrible lío que estaba formando. Allí mismo, en medio de aquel caos, se repitió a sí misma que no debía hacerse ilusiones, que las probabilidades de encontrar algo eran muy remotas. Pero había algo que la obligaba a seguir adelante, una confianza ciega que la animaba a creer en su intuición. Cuando tras una de sus sacudidas, un pequeño papelito se deslizó desde uno de los libros hasta el suelo, su corazón se detuvo en seco.

Se quedó totalmente inmóvil, mirando con incredulidad hacia el suelo, sin atreverse siquiera a acercarse. Muy despacio se fue encogiendo y, lentamente, alargó su brazo hasta cogerlo con sumo cuidado. Cuando lo tuvo entre sus sudorosas manos descubrió que, de nuevo, se trataba de una vieja fotografía.

La observó embelesada durante unos segundos, sin llegar a creerse que lo que estaba sujetando fuera real.

Casi sin aliento, buscó su teléfono entre sus cosas y, con gran agilidad, marcó el número de Víctor. Necesitaba contarle todos los detalles de lo que había descubierto, pero para su gran desesperación nadie respondió a su llamada. Tendría que contener su emoción hasta que consiguiera dar con él.

Apretó con fuerza la fotografía sobre su pecho y sonrió, sintiéndose tremendamente dichosa por su pequeño descubrimiento.

Ж Ж Ж

Con precisión, Ana sujetaba la escalera desde donde Víctor iba colocando los adornos que ella misma le pasaba desde el suelo. Con ellos estaban adornando las paredes del *pub* en el que se encontraban y en el que Víctor celebraría su cumpleaños esa misma noche. Un pequeño local de El Zoco, con una pequeña barra, varias mesas y una amplia zona de baile. Totalmente iluminado y vacío en ese momento tenía un aspecto muy distinto a como Ana lo recordaba de las largas noches que había pasado allí mismo, en medio de la pista, bailando sin parar. Le encantaba ese sitio, había sido un gran acierto de Víctor reservarlo para la fiesta.

Los dueños del local se ocupaban de prácticamente todo lo importante, pero le habían comentado a Víctor que si quería decoración debía encargarse él mismo. Cuando esa mañana su teléfono había sonado y su amigo le había pedido ayuda, una gran alegría se había adueñado de Ana, acabando con la tristeza que la había invadido durante días, desde el día de su repentina

confesión. Víctor la había llamado concretándole la hora y el lugar con total naturalidad, como si nada hubiera ocurrido. En ese momento, un gran alivio había recorrido el cuerpo de Ana. No le importaba si sus palabras caían en saco roto, acabando perdidas en ninguna parte, pero nunca habría podido soportar perder un amigo como Víctor.

En ese momento el teléfono de Víctor empezó a sonar, haciéndole dar un pequeño traspié que casi le hizo perder el equilibrio.

—Cuidado, si no vas a empezar los dieciocho en el hospital y no en tu fiesta —le dijo desde abajo.

—Además de verdad —contestó Víctor, mientras sacaba, esta vez con sumo cuidado, el teléfono de su bolsillo—. Es Celia, pero la llamo luego, si nos entretenemos no vamos a acabar a tiempo.

Siguió observándolo trabajar con atención, ayudándolo en todo lo que podía y riendo con alguna broma que, desde lo alto, dejaba caer. Le alegraba que todo siguiera igual entre ambos. Víctor seguía bromeando, metiéndose con ella y sonriéndole como de costumbre. Todo exactamente como siempre había sido entre los dos, por lo que sentía que su amistad no se había resentido tras su confesión. Solo una pequeña salvedad había notado, una casi imperceptible diferencia: ahora Víctor tomaba ciertas precauciones para que no hubiera ningún malentendido entre ambos. Lo hacía de forma tan sutil que debería haber pasado totalmente desapercibido para ella, pero lo había notado, prestaba demasiada atención a cada movimiento y frase de su amigo como para que algo así se le escapara. De alguna forma, intuía que Víctor luchaba para que no sintiera que algo había cambiado entre ellos y, al mismo tiempo, intentaba que no se hiciera ilusiones. Y, cautivada, se dio cuenta de que ese precioso detalle hacía que lo viera aún más perfecto.

Ж Ж Ж

La deteriorada imagen mostraba a dos parejas sonrientes compartiendo una cena en un restaurante. Esta vez la fotografía sí era en color y en ella pudo descubrir, perpleja, al matrimonio formado por Alberto y Macarena, riendo, felices, apretados el uno sobre el otro. Se encontraban acompañados por otra pareja, también sonrientes. Su sorpresa fue en aumento al reconocer allí a la grosera mujer que ella y Víctor habían visitado días atrás, la prima del antiguo propietario. Se la veía mucho más joven y sonriente, mucho más feliz que

como la recordaba, sentada junto a un hombre que posiblemente fuera su marido por aquel entonces. Pero había más, al darle la vuelta no tardó en descubrir una nueva inscripción: en la esquina superior de la derecha, escrita a mano en una letra pulcra y clara, se podían leer las siguientes palabras:

«11.07.1999. Otra maravillosa noche
junto a Mónica y Luis».

Celia se había pasado toda la tarde examinando la fotografía con atención. También había buscado alguna pista más en la página del libro de donde parecía haber caído. No contenía ninguna anotación ni nada realmente destacable, nada con excepción de un pequeño detalle. Alguien había subrayado con un bolígrafo azul una de las palabras que allí se definían, la palabra *Amor* resaltaba de esa forma sobre todas las demás.

No podía creer que al final hubiera pasado todo el día sin poder hablar con Víctor, se moría de ganas de verlo y contarle todos sus avances. Pero tampoco podía reprocharle nada, probablemente había estado muy liado ultimando todos los detalles de su cumpleaños. El problema era que comunicarse con él en su fiesta sería muy complicado, casi imposible. En medio de un oscuro *pub*, lleno de gente deseando hablar con él y con la ensordecedora música de fondo, le parecía poco probable que tuviera ocasión de explicárselo todo. Por ello, no había tenido más opción que convencerse a sí misma de que quizá tendría que esperar hasta el día siguiente para enseñarle la fotografía, que esa noche lo importante no era ella sino su amigo.

Muy despacio empezó a caminar hacia el *pub* donde Víctor celebraría su cumpleaños, no estaba acostumbrada a caminar con tacones, por lo que se movía sin prisa alguna; además la noche sería larga y odiaba llegar de las primeras a ese tipo de fiestas.

Una vez en la puerta del *pub*, las dudas la invadieron. Sabía lo que ahí dentro le esperaba, todos sus amigos y conocidos estarían allí, bebiendo y bailando, disfrutando de la maravillosa fiesta. Tragó saliva y sin pensarlo por más tiempo, entró en el local. De repente, la oscuridad lo invadió todo y la música empezó a retumbar en sus oídos. El local estaba lleno de jóvenes bailando y hablando entre ellos, así que se movió con dificultad entre la gente, buscando a Víctor. No tardó en localizarlo junto a la barra, totalmente asediado por otros invitados. Desde donde se encontraba, intentando hacerse

ver entre la multitud, lo saludó con la mano y él, como pudo, le devolvió el saludo con una sonrisa, levantando ligeramente su brazo. Intentó acercarse, pero le resultó imposible. Lo mejor sería esperar para felicitarlo en otro momento. Cuando ya se alejaba descubrió que justo al lado de su amigo se encontraba Ana, que hablaba con él y varios amigos animadamente. Una horrible sensación la invadió al comprobar lo increíblemente atractiva que estaba. Embutida en un llamativo vestido rojo, destacaba con fuerza con su larga melena rubia, sus preciosos ojos azules y sus labios brillantes, coloreados con un rojo muy intenso. Empequeñecía a cualquier chica que se atrevía a acercarse, aparentando bastante más edad de la que realmente tenía. Celia se sintió muy poca cosa a su lado; lo que, en cuestión de segundos, la entristeció ligeramente. Le hubiera gustado estar perfecta esa noche, sentirse que por una vez destacaba entre la multitud. Pero ahora su discreto pantalón pitillo negro y su sencilla camisa blanca con escote de barco, ya no le parecía que formaban un conjunto muy «ella misma» sino un *look* que pasaba totalmente desapercibido.

Continuó moviéndose por el *pub*, intentando ahora localizar a Ivan que le había prometido en varias ocasiones que la acompañaría. Por más que buscó no pudo encontrarlo y, mirando su reloj, descubrió que a no ser que llegara más de una hora tarde, su amigo no aparecería. Buscó a su alrededor a alguien conocido al que acercarse, pero llevaba tanto tiempo sin ver a sus amigos que se sentía totalmente desconectada, sin saber de qué hablar con ellos, rara de verse a su lado. Se empezó a agobiar allí dentro, empujada de un lado a otro por gente que intentaba abrirse camino o simplemente bailaba cerca de ella. Abrumada, decidió salir a tomar un poco de aire.

Una vez fuera, la sensación de agobio desapareció de inmediato. Sonrió al respirar de nuevo aire puro y al ver que no era la única de la fiesta que se encontraba fuera del local. Apoyada sobre uno de los escaparates blancos que quedaba justo enfrente del *pub* se encontraba María, la hermana de Víctor. Su mirada parecía triste y perdida, así que no dudó en acercarse a ella y sentarse a su lado

—Hola Celia, ¿huyendo del agobio que se cuece ahí dentro? —le preguntó María al verla aproximarse. Le gustó descubrir que había alguien más en ese planeta que se sentía como ella.

—Totalmente —contestó Celia—. ¿Tú qué tal? Pareces algo cansada.

—¡Ceeelia! No me digas eso —le reprochó entre risas, María, mientras la

miraba como si estuviera indignada con el comentario—. «Pareces cansada» es siempre sinónimo de «menudo careto llevas». —Ambas rieron sin parar ante el comentario, mientras Celia se disculpaba e intentaba dejar claro que no era eso a lo que se refería—. No te preocupes, debe ser uno de los eufemismos que más usamos. Debo parecer cansada, porque la verdad es que lo estoy. Últimamente hay mucho trabajo en la pizzería.

—Pobre, te entiendo, son muchas horas seguidas sin apenas descanso —contestó Celia, que empezó a sentir curiosidad por cómo estaba funcionado todo ese verano—. Entonces, ¿no se nota la crisis en la pizzería?

—Pues desde luego yo no la noto, todo el día sin parar —respondió María, negándolo con la cabeza—. Pero claro, yo no estaba el año pasado, no tengo con qué comparar. Lo que sí es cierto, y de lo que se queja mucho mi encargada, es que cada día ingresamos menos de lo que ganamos el mismo día del año pasado. Lo que demuestra que la crisis sí está dejando su huella. Ten en cuenta que este año ha costado mucho más que otros completar todos los apartamentos y hoteles. Mucha gente ha esperado hasta el último momento a ver si conseguían alguna oferta de última hora que se pudieran permitir. En la pizzería hemos tenido que bajar los precios y estamos haciendo muchísimas promociones. Por lo que yo observo, la crisis ha complicado bastante el día a día de cualquier negocio.

—Algo parecido repite mucho mi padre, dice que aunque parezca que está todo lleno cada noche, los restaurantes y tiendas deben de estar notándolo mucho —respondió Celia, repitiendo los argumentos que su padre solía mencionar una y otra vez con insistencia—. Que la gente sigue saliendo por pura inercia, porque están acostumbrados a vivir bien. Pero parece que pasean más que compran y cenan en casa más que en la calle. Es normal, si con tanto paro y tanto lío...

—Maldita crisis —dejó escapar María, echando todo su cuerpo hacia atrás en un gesto que mostraba su profunda desesperación—. Fue tan sencillo, por ejemplo, para mis padres encontrar su camino. En su época si trabajabas duro obtenías tu recompensa. Pero ahora... Ahora trabajar duro no te garantiza nada, te lo digo por experiencia. En un mes me voy a Inglaterra y, al principio, tomé la decisión como una pequeña aventura, un viaje que me veía obligada a emprender. Pero ahora, ahora solo estoy aterrada, más lo pienso y más miedo me da. Y lo peor es que acabo de conocer a un chico maravilloso en la pizzería, con el que me apetecería dejarme llevar y ver qué ocurre. Pero

¿cómo voy a hacer algo así si en seguida tengo que hacer las maletas para irme a otro país? Es todo tan injusto, aun así simplemente intento pensar que es lo que tengo que hacer y punto. Que me gustaría que todo fuera más sencillo, pero no puedo pasar mi vida lamentándome de que no es así.

»Celia, si me quedo aquí parada, trabajando de lo que sea hasta que la cosa mejore, creo que me estaré condenando —continuó diciendo María—. Que cuando todo cambie, tendrán muchas más oportunidades los nuevos graduados. Muchas más que yo que simplemente habré pasado unos años olvidando todo lo que estudié, sin poder ponerlo en práctica. Tengo que evitar como sea que eso suceda.

—Bueno, creo que lo que estás sintiendo, ese miedo, es del todo normal —le dijo Celia intentando calmar su frustración, haciéndola sentir tan maravillosa como ella la veía—. Para mí siempre has sido un ejemplo, y me gusta descubrir que mi ejemplo en la vida a veces tiene miedo. Porque eso significa que eres humana y que quizá algún día podré ser como tú. María, escucha a ese miedo, pero que no te paralice. Elijas lo que elijas, todo va a salir bien, lo vas a hacer posible.

—Gracias —le contestó, mirándola algo más calmada. En ese momento, ante sus miradas, la puerta del *pub* se abrió y cerró de golpe, dando un pequeño portazo. De ella vieron salir a Víctor, que al localizarlas se dirigió hacia donde estaban. María aprovechó para levantarse y tocando la cabeza de su hermano con cariño, dirigirse de nuevo hacia el *pub*—. Nos vemos luego dentro, chicos.

Víctor pasó a ocupar el lugar que poco antes había sido de su hermana. Suspiró al lado de Celia, como si estuviera cansado del gran protagonismo que su fiesta le otorgaba.

—Estaba buscándote, pensaba que te habías marchado —dijo Víctor mirando hacia delante, observando cómo la gente iba de un lado para otro, pasando por enfrente de ellos, casi rozándolos. Antes de continuar hablando, torció su cabeza hacia ella con una pequeña sonrisa—. Estás muy guapa, Celia.

—Gracias —contestó, ligeramente ruborizada por el cumplido de su amigo. Le había pillado desprevenida, no se lo esperaba—. Tengo algo para ti, espero que te guste.

Le acercó la bolsa con la que había abandonado su casa y que custodiaba desde entonces, a la espera de poder entregarle su regalo. Víctor lo abrió con

cuidado e ilusión, y sus ojos se iluminaron cuando tuvo entre sus manos la camiseta de la equipación oficial del Real Madrid con su nombre grabado en la espalda. Sin dudarlo, se levantó y se la puso encima de la que llevaba puesta, todavía sin creerse que verdaderamente fuera suya.

—Gracias. Muchas gracias —le dijo a Celia agachándose frente a ella, sujetando ligeramente una de sus manos—. No hacía falta, te habrá costado una fortuna.

—Poco es para lo que te mereces. He comprado la equipación de la nueva temporada porque estoy segura de que aunque esta temporada ha sido del Barça, la próxima será vuestra.

—Es perfecta, totalmente perfecta —dijo Víctor mientras se la quitaba y se sentaba de nuevo al lado de Celia.

—Todavía tengo algo más que creo que también te va a gustar —confesó Celia, intentando hacerse la interesante, mientras sacaba de su bolso la última foto que había encontrado—. Estaba en mi casa, están los cuatro y por detrás hay una inscripción con la fecha que creo fue escrita por la propia Macarena. Mira la foto, fue tomada solo un mes y medio antes de la misteriosa desaparición. Sí tenían relación, y puede que esta mujer, Mónica, fuera la prima que acabó amenazando a Macarena.

Celia no podía contener su emoción, todo empezaba a encajar, incluso el difuso comentario de su vecina Marisa sobre las amenazas.

—¿Sería ella quien enviaba también los anónimos? —preguntó Víctor después de observar la fotografía con detenimiento durante unos minutos, compartiendo la emoción que durante todo el día había invadido a Celia—. También fue tomada solo unos meses antes del supuesto divorcio entre Mónica y su marido, el tal Luis. Y lo que es más importante, demuestra que Mónica nos mintió sin piedad en nuestra visita.

—Por lo que creo que alguien se merece que vayamos de nuevo a verla y esta vez tenemos pruebas que evitarán que nos cierre la puerta con tanta facilidad —contestó Celia acercándose hacia él, riendo a su lado mientras se apoyaba en su hombro para que ambos pudieran ver la fotografía.

En ese momento toda la gente del *pub* salió del local al mismo tiempo, gritando «Feliz cumpleaños» y tirándose hacia Víctor para felicitarlo. Debían ser exactamente las doce de la noche y con el nuevo día también había llegado el cumpleaños de Víctor. Apartándose con cuidado, Celia guardó la fotografía en su bolso y se desplazó hacia un lado. Todo el mundo sonreía y reía, todo el

mundo menos Ana, que seguía plantada justo delante de la puerta del local. Su impaciencia por ser la primera en felicitar a Víctor la había movido a salir la primera, por lo que había visto lo que nadie más había podido ver. Había sido testigo de cómo Víctor se alejaba de ella para siempre, cómo parecía inevitable que lo acabaría perdiendo.

Martes, 28 de julio de 2009

LA MANGA

Lentamente deslizó el teléfono hacia abajo, hasta colgarlo completamente. Tragó saliva. Lo que acababa de escuchar lo había dejado sin aliento, perplejo, sin saber qué hacer ni qué decir. De repente, el sonido del ventilador, que como podía intentaba refrigerar el caldeado ambiente de la habitación, se transformó en un molesto ruido. Dejó caer su cuerpo sobre la mesa, lamentando su horrible suerte, hasta donde la codicia por conseguir dinero lo había llevado. Pero a quién quería engañar, no había sido codicia sino pura necesidad lo que lo había conducido hasta ese punto. Asqueado por todo lo que estaba pasando, empujó de un manotazo todo lo que había sobre la mesa que retumbó en un tremendo estruendo al chocar contra el suelo. Conteniendo su rabia, se dejó caer sobre el suelo y allí tirado, junto a varias botellas de whisky vacías, apretó sus manos sobre su cabeza, compadeciéndose de sí mismo.

Una cosa era vigilar a una familia, todo lo que ocurría en una casa y hacer videos y fotografías. Y otra bien distinta era lo que ahora le pedían. Lo que pretendían que hiciera significaba cruzar una línea que jamás se había imaginado sobrepasar. Pensó en dejarlo todo, aquella casa, aquel estúpido trabajo y volver a la tranquilidad de su antigua vida. Pronto tuvo que regresar a la realidad. Las razones que le habían traído hasta allí seguían vigentes, nada había cambiado durante ese mes, seguía necesitando el dinero.

Resignado, repasó mentalmente el plan que le acababan de comunicar. Dos hombres más vendrían a ayudarlo, él simplemente debía tenerlo todo listo a la hora acordada.

Rezando suplicó a su Dios que nada saliera mal esa noche.

Ж Ж Ж

Le había costado mucho decidirse, pero al final Celia tenía claro lo que debía hacer esa tarde. No podía continuar haciendo como si no supiera nada, como si no fuera consciente de lo que tan cerca de su casa estaba ocurriendo. Además, se trataba de algo con lo que se sentía muy identificada. Su madre siempre le decía que hiciera todo aquello con lo que fuera feliz, siempre y cuando no hiriera a nadie con sus acciones. Si seguía dando la espalda a su amiga, sin ofrecerle su apoyo, sentía que la dejaba marchitarse y, poco a poco, consumirse.

Así que, segura de que lo que estaba haciendo era lo correcto, bajó hasta la playa y encaminó sus pasos hacia la zona de las rocas. No tardó en llegar hasta allí, al punto donde la playa se estrechaba en una zona rocosa, donde la arena se agolpaba antes de caer de forma abrupta al mar, en una especie de piscina natural rodeada de enormes rocas. Únicamente sus amigos se encontraban allí, que sentados sobre sus toallas formaban un gran grupo.

—Hola —dijo Celia acercándose tímidamente a ellos, como si fuera la primera vez en toda su vida que se atrevía a ir hasta allí. Su presencia fue recibida por un profundo silencio, nadie se aventuró a decir nada, todos quedaron expectantes, sorprendidos, mirándose de reojo los unos a los otros —. Ana, quería hablar un momento contigo. ¿Te importa?

Ana la miraba tan desconfiada y sorprendida como el resto, pero no dudó en levantarse y alejarse discretamente para hablar con ella.

—Qué sorpresa, me alegro de que hayas venido. Bueno todos nos alegramos de que hayas venido.

—Gracias, la verdad es que debería venir más a menudo. Pero últimamente ando bastante liada —mintió Celia, nerviosa, teniendo que reunir el poco coraje que quedaba en su cuerpo para seguir hablando—. Ana, sé por lo que estás pasando y entiendo cómo debes sentirte; yo vivo cada día algo parecido así que quería decirte que si necesitas hablar, desahogarte o dar un tranquilo paseo, estaré siempre disponible. Tu madre debe sentirse como mi madre, totalmente hundida y perdida pero...

—¿Cómo te atreves? —cortó Ana, de una manera que denotaba tal indignación y desprecio que dejó a Celia totalmente confundida, sin entender qué había dicho para ofenderla de esa forma—. ¿Cómo te atreves a comparar a mi madre con la tuya? Mi madre no está loca, nadie en mi familia lo está. Tu familia no tiene nada que ver con la mía.

Celia se tambaleó sobre ella misma, sentía como si Ana acabara de pegarle

una paliza, escupido sobre ella con rabia y desprecio. No entendía el comentario ni qué buscaba con esas duras palabras. Le hubiera gustado ser capaz de serenarse y dejarlo todo pasar, pero no pudo, el dolor y la humillación que sentía eran demasiado grandes. Así que, sin apenas control sobre sí misma, se abalanzó sobre Ana con rabia, casi llorando, tirándola con fuerza sobre la arena. Dejó caer todo el peso de su cuerpo sobre el suyo, y la empezó a golpear, sin apenas fuerza, simplemente materializando el daño que sus palabras le habían hecho. Empezó a notar movimiento y alboroto a su alrededor y, finalmente, como alguien la levantaba y le sujetaba los brazos para evitar que siguiera dando golpes. También tenían sujeta a Ana, que como un perro rabioso intentaba desprenderse de las garras que le impedían que ahora fuera ella la que se abalanzara sobre Celia.

—Soltadme —la oyó decir, gritando sin control—. Se va a enterar por haberme tocado, se va a arrepentir toda su vida.

—No te preocupes. Le vamos a dar su merecido —dijo una de las personas que la estaba sujetando con fuerza, reconoció instantáneamente en esas palabras la voz de Diego—. Te garantizo que ya nunca más lo volverá a hacer.

—A ver si es verdad —sentenció Ana a gritos.

En ese momento, Celia sintió como varias personas empezaban a tirar de ella, arrastrándola. No sabía a dónde la llevaban ni qué iban a hacer con ella. Empezó a gritar y luchar por liberarse; pero su fuerza era insuficiente, su energía escasa y su dolor demasiado profundo. Nada podía hacer contra esas fieras que la tenían fuertemente sujeta. Empezó a escuchar eufóricos gritos de ánimo, de reprobación e, incluso, algún abucheo. Todo se había convertido en un espectáculo en el que unos disfrutaban y otros sufrían, como si de una corrida de toros se tratara. Apenas podía ver nada, pero conocía la zona a la perfección, sabía a dónde se estaban acercando. El pánico comenzó a adueñarse de ella, no podía ser cierto lo que pensaban hacer, todas las personas que allí se encontraban sabían que no había nada que le aterrara más. No podía creerse que fueran a tirarla desde lo alto de las rocas hasta el agua. Era un salto que jamás se había atrevido a realizar y siempre todos lo habían respetado. En un último intento por liberarse, luchó todo lo que pudo, pero no fue suficiente. De repente, se sintió libre, volando durante unos segundos para después chocar violentamente contra el agua.

Ж Ж Ж

Víctor se había desplazado a reflexionar al lugar donde todo había empezado, el mirador donde Ana le había confesado sus sentimientos. Apoyado sobre la barandilla, como lo había estado unos días atrás, respiró profundamente, cerrando sus ojos y permitiendo que el aire se colara dentro de él, llenando de pureza su cuerpo. Cuánto le gustaría poder llamarla y decirle «sí», pero tristemente su corazón le seguía diciendo «no», al menos de momento.

Se dejó caer sobre la barandilla, abatido, triste por el dolor que sabía podía estar produciendo en una persona que se merecía tanto, para la que él mismo se consideraba poca cosa. Abrió sus ojos y justo debajo de él, a muchos metros de distancia, reconoció dos figuras que le resultaban tremendamente familiares. Celia y Ana estaban hablando en la playa, se preguntó qué sería lo que finalmente había movido a Celia a hacerles una visita. Pero su corazón empezó a latir frenéticamente y su cara se llenó de incredulidad cuando ambas empezaron, de repente, a pelear como si de dos niñas pequeñas se tratara. Boquiabierto fue testigo de cómo las separaban y cómo varias personas empezaban a arrastrar a Celia. No entendía qué pretendían hacer con ella, hasta que examinando el punto al que se dirigían, todo quedó claro en su mente.

Salió corriendo, sabiendo que estaba muy lejos, que difícilmente sería capaz de evitar lo que estaba a punto de ocurrir.

Ж Ж Ж

El fuerte impacto la sumergió bruscamente en el agua, hundiéndola como si de una pesada piedra se tratara. No obstante, mientras se dirigía sin control hacia el fondo, Celia se sintió, por fin, libre. No hizo nada para frenar su hundimiento, ni por intentar salir del agua; la desidia la invadió, nublando su mente y poniendo en duda si verdaderamente quería salir de aquel lugar. Pese a lo que siempre había sospechado, la caída no había provocado ningún temor en ella, simplemente la había llenado de una feroz resignación. Quizá después de todo lo que había hecho, todo lo que la atormentaba por dentro, no se merecía otra cosa más que yacer allí para siempre.

El tiempo pasó en su contra y pronto empezó a sentir que le empezaba a faltar el aire. Ni tan siquiera esa sensación asfixiante le hizo reaccionar y allí, perdida en medio del mar, quedó tendida, mientras sus ojos empezaban a

cerrarse. A través de su entornada mirada, pudo discernir movimientos a lo lejos. Parecía que alguien se estaba acercando, buceando hacia ella. Poco a poco la figura se fue aproximando y al tenerla prácticamente delante pudo distinguir en su rostro las facciones que tantas veces había contemplado en su fotografía. La joven parecía feliz y serena, mientras seguía acercándose, hasta susurrar algo en su oído. «Soy yo, Macarena». Pero cuando Celia se volvió hacia ella, descubrió aterrorizada como la única figura que quedaba cerca de ella era la de un horrible y demacrado cadáver. Apenas podía reconocer las facciones de la mujer, pero sabía que seguían estando allí, destruidas por la propia descomposición de su cuerpo.

Celia comenzó a gritar y a moverse sin control, intentando apartar el inerte cuerpo de ella, quedando rodeada por las burbujas en las que sus propios gritos la engullían. En ese momento unos brazos se hicieron con ella y, como por arte de magia, notó cómo iba subiendo hacia la superficie.

—Joder, Celia, por favor, no te vayas. Respira —escuchó decir a su amiga Paula, mientras sentía como la dejaba caer suavemente sobre la arena. Parecía que había sido ella quien la había sacado del agua.

—¿Cómo está? —oyó decir a Víctor, entre jadeos, como si hubiera estado corriendo. Le pareció que estaba totalmente vestido con ropa de calle, no entendía qué hacía así vestido en medio de la playa.

—No lo sé, parece inconsciente. No salía, la he tenido que sacar —contestó Paula casi llorando, mientras intentaba ahuyentar a la multitud que allí se empezaba a concentrar—. Apartaos, gilipollas, no veis que así no le da el aire.

Se sentía sumergida todavía, pero esta vez en un mal sueño, donde seguía consciente, pero sin control sobre su propio cuerpo. Notó cómo elevaban sus piernas en el aire y apretaban con fuerza su estómago, cómo intentaban que sus pulmones volvieran a respirar. Y tras unos angustiosos segundos, casi sin quererlo, se incorporó y expulsó el agua que casi le roba la vida. Comenzó a toser sin control y, poco a poco, fue retomando el control sobre sí misma.

—Víctor, la he visto, he visto a Macarena. —En ese momento su amigo, sin hacer caso a sus palabras, la cogió y sujetándola sobre su pecho, la ayudó a incorporarse—. No ha sido nada, Celia, solo un sueño, un horrible sueño.

—Llévatela a algún sitio tranquilo—comentó Paula, mientras con ternura le acariciaba la cara. No había duda de que estaba en deuda con su amiga.

—Víctor —empezó a decir Ana acercándose hacia él—. Ella lo empezó

todo, ella empezó la pelea.

—Y tú no lo paraste. —Y con esas palabras, sin apenas mirarla, continuó andando con Celia apoyada sobre él, alejándola de la terrible pesadilla que acababa de vivir. Salieron de la playa y en una acera próxima, no muy concurrida, le indicó que se sentara, apoyando su espalda contra la pared. Celia se quedó inmóvil, abstraída y en completo silencio durante unos minutos. El atardecer empezó a caer sobre ellos y comenzó a oscurecerlo todo. Como si reaccionara a todo lo que allí había pasado, el viento también empezó a soplar, enfurecido y erizando todo el cuerpo de Celia, que permanecía tendida sobre el mismo sitio, todavía mojada. Víctor no tardó en darse cuenta y, buscando entre su mochila, encontró una toalla de playa que dulcemente colocó sobre sus hombros.

Lo cierto era que Celia no sabía qué sentir ni qué pensar, no entendía muy bien cómo había podido acabar de esa forma. Así que, apoyada sobre su amigo, simplemente empezó a llorar. Necesitaba dejar salir toda la angustia y rabia que sentía por todo lo ocurrido. Pensó en lo que había pasado ese día, en lo que había sucedido antes, en las desgracias que inundaban sus días como si se tratara de una enfermedad que creciera y se multiplicara dentro de ella.

—Celia, déjame ayudarte por favor. Cuéntame qué te sucede, qué te ha pasado hoy en la playa. Ayúdame a entenderte.

Como pudo, dejó de llorar y entre sollozos miró con atención a su amigo, que le devolvía una mirada cargada de preocupación. Se sintió estúpida. Víctor le había demostrado que podía confiar en él, pero ella seguía mostrándose casi opaca ante su amigo. Ya era hora de sincerarse completamente. Respiró profundamente y sintiéndose segura de que estaba haciendo lo correcto, le contó lo que estaba ocurriendo entre sus padres, sus peleas, sus reconciliaciones, lo difícil que se le hacía ser fuerte y valiente en ese ambiente tan hostil. Y, con mucho más miedo del que había imaginado, le empezó a contar por qué se sentía tan culpable de todo lo que estaba pasando.

—Culpable, ¿por qué? —preguntó Víctor, sorprendido de sus palabras.

—Es... Yo... —intentó decir Celia, pero se dio cuenta de que las palabras no querían salir. No querían reconocer sus malditos errores—. Hace cosa de un año estuve bastante enferma. Me avergüenzo tanto de ello, no sé por qué lo hacía, lo único que sé es que no podía dejar de hacerlo. Comía sin control para después acabar vomitando a escondidas en cualquier rincón de mi casa. Jamás me he sentido tan poca cosa como entonces, tan poco dueña de mi

propia vida. La cosa es que mi madre se acabó dando cuenta y, por supuesto, quiso llevarme a un especialista. Yo no quería que nadie se enterara, me aterraba que mi padre lo supiera, me habría tomado por una inútil sin remedio. Así que le pedí que lucháramos juntas, haciéndole ver que yo me esforzaría al máximo por conseguirlo. Mi única condición fue que fuera nuestro secreto. Mi madre aceptó, no sé si muy convencida; y tras esa promesa, se volcó en ayudarme. No me dejaba nunca sola, me vigilaba todo el rato, dormía incluso conmigo. Mi recuperación pasó a ser su única vida y, claro, lo empezó a descuidar todo. Todo lo que no era yo. Por aquel entonces mi padre, posiblemente movido por esa falta de atención, empezó a tener más reuniones, ausentarse más entre semana y a llegar más tarde a casa. Quizá si yo no hubiera estado enferma, mi madre se hubiera dado cuenta desde el principio, mucho antes de que fuera demasiado tarde. Quizá todo sería muy diferente ahora.

—Celia, no puedes atormentarte por algo así —le dijo Víctor muy serio, mirándola fijamente a los ojos—. Tú no tienes culpa de nada, nada de lo que me has contado puede excusar el comportamiento de tu padre. No puedes seguir martirizándote por algo que no has provocado.

Las palabras de Víctor no lograron consolar a Celia que comenzó a llorar de forma más intensa.

No podía más. Apartó su mirada de Víctor, no se sentía con fuerzas para mirarlo a la cara. Él no lo entendía, no era capaz de comprenderlo, había algo más, algo horrible que había hecho y por lo que sentía que no se merecía seguir viviendo. Algo que la hacía merecedora de todo lo malo que le pasara, pues poco sería en comparación con la miseria y el dolor que ella había provocado. Le hubiera gustado explicárselo todo, sincerarse del todo con él, pero la realidad era que no se atrevía. Sabía que jamás volvería a mirarla de la misma forma.

—Está empezando a refrescar, con lo mojada que estás si no regresas pronto a casa te vas a resfriar —dijo Víctor dulcemente cuando la serenidad regresó a Celia. Aprovechó para ponerse de cuclillas justo enfrente de ella, alargando su brazo para ayudarla a levantarse—. Te acompaño a casa, te va a venir muy bien descansar esta noche largo y tendido. Verás cómo mañana lo ves todo de otra forma, otra forma mucho más positiva.

Comenzaron a caminar uno al lado del otro en completo silencio, dando pequeños pasos. Celia avanzaba abrigándose con la toalla, mirando

retraídamente hacia el suelo; por su parte Víctor caminaba a escasos pasos de ella, vigilando que su amiga estuviera bien en todo momento. Ya había anochecido cuando llegaron a la calle de Celia y, sorprendidos, descubrieron que ninguna de las farolas se había encendido, lo que daba a la calle un aspecto más oscuro y siniestro de lo normal. No obstante, la luna aportaba luz suficiente para ver que algo extraño estaba ocurriendo al final de la calle, justo delante de la casa de Celia.

Allí tres personas totalmente vestidas de negro se encontraban moviéndose de un lado para otro del muro. En ese preciso instante, posiblemente alertados por su lejana presencia, cada una de ellas cogió unos extraños objetos esféricos del suelo y, con fuerza, los tiraron contra la casa. Uno de ellos chocó contra el muro y rebotó hacia la calle, pero los otros dos consiguieron su objetivo y acabaron aterrizando en el jardín de Celia. El impacto activó la alarma de la casa que empezó a sonar de forma estridente, extendiéndose por toda la calle.

—¡Eh! ¿Qué hacéis? —gritó Víctor desde donde estaba, cogiendo la mano de Celia y corriendo calle abajo, en dirección hacia donde las extrañas figuras se encontraban. La alarma y los propios gritos de su amigo, hicieron a las tres misteriosas personas perderse calle abajo, desapareciendo entre las sombras.

Respirando con dificultad alcanzaron la casa de Celia, donde quedaron impactados con lo que vieron. El muro y la acera se encontraban totalmente impregnados de sangre, que destacaba todavía fresca, en un rojo muy intenso. Sin entender muy bien lo que allí estaba pasando buscaron de dónde podía proceder toda esa sangre, para descubrir estupefactos como a sus pies una horrible y desfigurada cabeza de cerdo los miraba con su boca entreabierta en una horrenda mueca.

Al acercarse hacia la casa quedó totalmente visible la pintada que con sangrienta pintura roja adornaba ahora el muro de la casa. Aterrados empezaron a leer:

«TODOS LOS CACIQUES ACABAN CAYENDO».

PARTE 2

LA MANGA – MURCIA (ESPAÑA)

Agosto 2009

9 años y 11 meses después de los extraños sucesos ocurridos en La Manga la noche del 31 de agosto de 1999.

29/08/2009. La Manga

La oscuridad se abalanzaba sobre la playa a esas horas y era difícil ver lo que estaba pasando, demasiada gente se amontonaba justo delante de ella. Pero cuando los ojos de Celia consiguieron llegar a donde todos estaban mirando, el pánico se apoderó de ella.

En medio de aquella oscuridad se vislumbraba la silueta de un gato muerto. Colgando de la manivela de una de las puertas de la casa, sujeto desde el cuello por un cordel negro. Un gato blanco al que alguien había ahorcado allí mismo.

Ж Ж Ж

Martes, 4 de agosto de 2009

LA MANGA

Aquella tarde, solo se vislumbraba oscuridad y tristeza en la playa. En cuestión de horas, el mal tiempo lo había cambiado todo. Un horrible viento se había adueñado de La Manga provocando que fuera prácticamente imposible caminar sobre la arena que se extendía desierta, golpeada por las olas y asediada por un cielo grisáceo que amenazaba con descargar toda su furia en cualquier momento.

Celia no sabía qué había provocado que agosto empezara con aquel mal tiempo, dudaba si se trataba de la malicia del destino, del simple devenir de los días o si era fruto del horrible suceso que había ocurrido en su casa tan solo unos días atrás. Lo que sí conocía a la perfección era la evolución que tendría aquel temporal. Sabía que aquel viento de levante se quedaría durante al menos cinco días, tiempo en el que el mar rugiría con fuerza y sería casi imposible disfrutar de esa parte de la playa. Transcurridos esos extraños días, en los que lo que lo único que recordaría al verano sería el bochornoso calor, el buen tiempo volvería de nuevo, como traído de la nada, y allí se quedaría hasta el final de las vacaciones, hasta que todo el mundo se marchara. Era

simplemente una cuestión de paciencia, de aguantar un poco hasta que la tormenta los abandonara.

Algo parecido había ocurrido en su vida tras la desquiciante noche en la que su casa había sido macabramente atacada. Pronto el estupor y la indignación se hicieron eco entre todos los vecinos y curiosos, que no dudaron en acercarse y estar presentes en los días siguientes; observando atolondrados cómo la policía tomaba nota de todo lo ocurrido, cómo su padre retiraba las ya putrefactas cabezas de cerdo y cómo empezaban a limpiar la pared de la casa, para después pintarla de nuevo. Fueron muchos los que se atrevieron a hablar con ellos, mostrando abiertamente su indignación ante lo ocurrido. También recibieron muchas llamadas de apoyo, especialmente de buena parte de los empleados de su padre que condenaron de forma unánime lo ocurrido, situándose lejos de aquellos a los que criticaban una y otra vez, refiriéndose a ellos como «los problemáticos». Era curioso que todos parecían saber quiénes podrían estar detrás de lo ocurrido, tanto los trabajadores como su padre, pero nadie se atrevía a pronunciar abiertamente sus nombres.

Durante días nadie habló de otra cosa, lo sucedido estaba presente en todo momento, en cada instante de sus vidas. Pero cuando todo estuvo limpio de nuevo y la zona se despejó de curiosos, Celia observó sorprendida cómo, de repente, todo el mundo se olvidó de lo ocurrido. Pasando a quitar importancia a lo allí acontecido («algo simplemente hecho por unos pobres desgraciados» en palabras de su padre) y volviendo a centrarse en disfrutar del verano.

Para todos había sido algo muy sencillo volver sin más a sus rutinas diarias. Pero Celia seguía preocupada, era como si desde ese día notara una presencia tras de sí, detrás de cada uno de sus pasos.

Suspirando e intentando apartar de su mente esa desquiciante sensación, se encaminó hacia casa de su vecina Marisa, a quien estaba deseando preguntar de nuevo por su antigua amistad con Macarena. Justo al llegar a su puerta, con gran agitación y casi suplicando para que esta vez su llamada fuera atendida, tocó el timbre con la esperanza de que allí encontraría nuevas respuestas. Pero como tantas veces ya había ocurrido, nadie se molestó en contestar.

Caminó a lo largo de la casa, asomándose por las pequeñas grietas que quedaban entre el muro y las puertas. Todo parecía estar herméticamente cerrado y no se veía ningún movimiento en el jardín. Agobiada se apoyó sobre el muro, intentando relajarse un poco. En unas horas iría con Víctor a visitar a la prima de Alberto Puigcerver, el antiguo propietario de su casa, así que

había planeado intentar primero hablar con su vecina Marisa para descubrir, antes de la otra visita, todo lo que ella sabía sobre los antiguos propietarios, especialmente sobre la misteriosa mujer, Macarena. Pero desde aquel día en el que se había chocado con su vecina Marisa en El Zoco no había vuelto a tener oportunidad de cruzar ni una sola palabra con ella.

Parecía que la evitaba y era algo que Celia no llegaba a entender. «¿Por qué tanto misticismo? ¿Qué era lo que temía decirle? ¿Tendría algo que ver con la desaparición?» Pensativa, cerró sus ojos y, sin más opción, empezó a caminar hacia su casa. Cuando los abrió de nuevo, se vio sorprendida por una mirada contraída y seria, que se acercaba lentamente hacia ella.

—Ivan... Hola —dijo al instante, sin poder esconder la sonrisa y alegría que su presencia había traído consigo. Fue entonces consciente de que hacía ya varios días que no sabía nada de él. Lo ocurrido no solo se había apropiado de todo su tiempo sino también de toda su mente.

—¿Cómo estás? —preguntó preocupado, casi enfadado por cómo el suceso podría haberla afectado. Ese aparente interés contrajo el estómago de Celia y la hizo sentir, por primera vez en varios días, dichosa—. Habría venido antes, pero con tanta gente por aquí, no quería ser un estorbo. No me puedo creer todo lo que ha pasado, cómo pudieron hacerte eso cuando ha quedado bien claro por lo que tú y tu familia estáis pasando.

—No tienes por qué disculparte, estoy bien y ahora todo parece haber vuelto a la normalidad. —Se quedó pensando por un momento. Las palabras de Ivan habían sido muy diferentes a las que la mayoría de gente le había dedicado. Todos se habían compadecido de ella, pero algo le decía que a lo que Ivan se refería no tenía nada que ver con el ataque a su casa sino con lo que a ella le había pasado unas horas antes aquel mismo día, en la playa. Un ligero mareo se apoderó de ella, apenas había tenido tiempo para pensar en lo que sus amigos le habían hecho en las rocas. Todo lo que había ocurrido después simplemente parecía haberlo borrado de su mente. Se descubrió a sí misma viajando hacia ese momento, reviviéndolo todo y, atónita, se dio cuenta de que no guardaba ningún rencor—. No le des ninguna importancia, es una tontería. Ni tan siquiera estoy enfadada.

—¿Cómo que no estás enfadada? —le reprochó abiertamente Ivan que ahora la miraba con más indignación que compasión—. Celia, podrían haberte

matado, demostraron lo que son... ¡Basura! ¿Piensas dejar que todo quede así? ¿Cómo si nada hubiera pasado? ¡Deben pagar por lo que hicieron!

Ligeramente avergonzada, Celia le devolvió la mirada, absorbiendo el enfado y reproche que sus ojos le enviaban. Sin poder evitarlo comenzó a ponerse muy nerviosa, le aterraba lo que podría estar pensando de ella, lo que realmente estarían viendo sus ojos al mirarla. Algo le decía que la veían como una estúpida chiquilla, alguien incapaz de hacerse respetar, incluso frente a sus propios amigos. Por un momento no supo ni qué pensar ni qué opinar sobre el asunto; se sintió perdida.

Pero la realidad era que no era una persona vengativa. Había algo que le gustaría hacer frente a sus amigos, pero en nada tenía que ver con la palabra venganza y, de momento, era una simple idea. No le apetecía contárselo a nadie. Ni tan siquiera estaba segura de si al final sería capaz de hacerlo. Lo que sí parecía tener claro era que seguir dándole vueltas al asunto no le traería nada más que quedar atrapada en aquel día para siempre. Era mucho mejor dejarlo pasar, no darle importancia.

—De verdad, no tiene ninguna importancia —contestó Celia clavando también su mirada sobre él y sonriendo se le acercó ligeramente—. Simplemente quiero seguir con mi vida, apartándome en lo que pueda de ellos. Te doy la razón en que con lo que han hecho no se merecen ser mis amigos, pero ya está. No creo que haya casi nada más que hacer al respecto.

Tragó saliva, con cierto temor a la respuesta que sus palabras traerían.

—Pues... La verdad, si solo te pierden como amiga... Creo que no es mucho lo que pierden entonces... —bromeó Ivan riendo entre dientes, eliminando de repente toda la tensión del momento.

Las risas de Ivan contagiaron a Celia de inmediato, que respirando aliviada, simuló entre carcajadas estar ofendida por su comentario.

—Pero en serio —continuó Ivan, dejando de reír por un momento. —Si a ti te vale, a mí también. Ahora supongo que tendrás más tiempo libre... ¿Te apetece dar un paseo por Calblanque?

Una sonrisa llena de ilusión apareció en cuestión de segundos en el rostro de Celia. No había nada que le apeteciera más que pasar un día de playa junto a Ivan. Pero tristemente no podía. Esa tarde ya había quedado con Víctor y no podía cancelarlo. Lo que iban a hacer era importante para avanzar en la desaparición de Macarena.

—Justo esta tarde no puedo, tengo cosas que hacer en casa... —dejó escapar

Celia, que comenzó a sentirse algo agitada. Por alguna razón que no llegaba a entender, se escuchó a sí misma mintiendo, diciendo cualquier cosa que le evitara tener que confesar sus verdaderos planes, que le permitiera no tener que pronunciar el nombre de Víctor.

—¿Mañana? —insistió, sin más, Ivan.

—Si el tiempo lo permite, me parece perfecto. ¡Mañana nos vemos! —contestó finalmente Celia.

Y con esas palabras se marchó, ilusionada con lo que le esperaba junto a su vecino al día siguiente. Sonriendo y sintiendo que todo estaba de nuevo en su sitio.

Ж Ж Ж

—Hola, Celia, ¿qué tal? —escuchó preguntar a una voz masculina conforme salía de casa.

Se dio la vuelta, allí estaban sus vecinos de la casa situada justo detrás de la suya. La mujer, Ángela, no tenía muy buena cara o quizá simplemente llevaba los ojos menos maquillados que de costumbre. Fuera lo que fuera, no se paró a hablar con ella, tras enviarle una pequeña sonrisa, entró en la casa. Pero su vecino parecía interesado en decirle algo, lo que suponía un revés en sus planes. Tenía mucha prisa, Víctor la estaría ya esperando en la parada del autobús.

—Hola, Paco —respondió educadamente Celia, escondiendo lo mejor que pudo su impaciencia—. Todo bien, aguantando este viento.

—Estamos todos igual —contestó su vecino. La estaba poniendo muy nerviosa, «¿qué diablos quiere?»—. Me ha comentado tu padre, que estás investigando lo que le ocurrió a Macarena... Era increíble lo buena mujer que era.

El corazón de Celia se detuvo en seco. ¿Cómo no lo había pensado antes? Paco también vivía allí en el momento de la desaparición, por aquel tiempo todavía debía estar casado con su primera mujer.

—Bueno... Investigando quizá sea demasiado, estoy un poco interesada en el caso —rectificó Celia—. ¿La conocías?

—Claro, éramos buenos amigos —dijo verdaderamente apenado—. No sé, ese último verano estaba distinta, afectada por algo. Apenas pasaba tiempo en casa. Fue el verano que menos estuvimos en contacto.

Su vecino continuó hablando, explicándole detalles no muy importantes: que si tres veranos antes de la desaparición había llevado a Macarena a su notaría, que si solían conversar en esa misma calle... Algo le decía que ese hombre estaba tan interesado como ella en descubrir qué le habría podido ocurrir a esa mujer. Lo que Celia no se imaginaba es que la conversación abriría una herida en su vecino, obligándole a recordar cómo todos sus problemas habían comenzado, haciendo que se arrepintiera de haberse atrevido a hablar de Macarena después de tanto tiempo.

26/08/1998

Verano anterior a la desaparición de Macarena

Había llegado el día. Lo tenía totalmente claro, tenía que confesarle sus sentimientos a Macarena. Él no era feliz con su mujer, su matrimonio era una especie de condena; y sabía que Macarena tampoco lo era con su marido. No se lo había dicho, pero se había dado cuenta, llevaba todo el verano observando a sus vecinos y no tenía duda de que aquella preciosa mujer vivía atrapada en aquella casa.

Tenía que relajarse, todo iría bien. Macarena siempre lo había tratado con gran afecto y ese verano habían pasado mucho tiempo juntos, hablando en su calle, comprando, paseando al atardecer... Ella misma le había confesado lo mucho que le gustaba pasar ratitos con él. Además, no le faltaría de nada, quizá no era tan rico como su marido, pero con lo que ganaba en la notaría tenía suficiente dinero para hacerla feliz.

Tragando saliva, tocó al timbre.

—Hola Paco —le respondió con una agradable sonrisa—, qué alegría verte.

Ante él apareció tan radiante como siempre, con sus labios carnosos, su piel rosada y sus enormes ojos. Era la mujer más hermosa que jamás había conocido. Siendo justo, mucho más de lo que él podía realmente aspirar. Sus inseguridades crecieron y, para su desesperación, no fue capaz de articular palabra.

—¿Pasa algo?

Respiró profundamente y se armó de valor. Muy despacio al principio y con más confianza al final, comenzó a hablar. Contándole a lo que había venido a su casa.

—Ay, Paco, por favor —empezó a decir Macarena entre risas—. No me digas esas cosas que no me lo merezco. Paco, creo que me has malinterpretado y te pido perdón por ello.

No podía entender lo que Macarena le estaba diciendo, después del verano tan intenso que habían pasado, ¿de verdad lo estaba rechazando?

—Alberto es mi marido y tú tienes a tu mujer —continuó diciendo Macarena—. Y así es como debe ser.

Siguió hablando, pero ya no era capaz de escucharla. Se sentía avergonzado, humillado, destrozado. Sentía que esa mujer había jugado con sus sentimientos, creando falsas esperanzas en él. Todas las mujeres eran iguales, no podía fiarse de ninguna. Macarena no era una excepción, era la peor que había conocido.

Ж Ж Ж

De nuevo, Celia se veía frente a un timbre que prometía respuestas y que ya en una ocasión se las había negado. Tanto Víctor como ella acordaron que en cuanto la situación en su casa se calmara, debían aprovechar para hacer una nueva visita a Mónica, la prima del antiguo propietario de la casa de Celia. No podían dejar pasar la oportunidad de descubrir lo que esa mujer verdaderamente sabía, que ahora, gracias a la fotografía que Celia había encontrado, estaban seguros de que era mucho más que lo que les había confesado en su primer encuentro.

—¿Toco? —preguntó Víctor mientras estiraba su brazo y hacía sonar el timbre, más informando con su pregunta que buscando una aprobación. Ambos contuvieron la respiración, mientras se miraban ligeramente el uno al otro. El atardecer empezaba a caer sobre ellos, lo que provocaba que apenas entrara ya luz en el largo pasillo en el que se encontraban. Lo normal habría sido encender las luces, pero ninguno de los dos lo había hecho, era tanta la expectación por hablar con aquella mujer que apenas se habían percatado de aquella falta de luz.

—¡No puede ser que no esté! —comentó frustrada Celia tras dejar pasar un interminable momento. Sin pensarlo dos veces, tocó de nuevo el timbre, con más fuerza y durante más tiempo de lo que lo había hecho Víctor. Si estaba ahí dentro, era imposible que no oyera el pitido—. No es justo. Esta mañana no he conseguido hablar con mi vecina, Marisa, y, esta tarde, venimos hasta aquí,

hasta casi el final de La Manga, también para nada. ¡Necesitamos hablar con ella! Mi vecina me confesó que había incluso amenazado a Macarena.

Pero Víctor, quizá quitando un poco de hierro al asunto, no hizo caso alguno a sus lamentos y, sin apenas mirarla, acercó su rostro a la puerta, colocando su oreja contra la madera, en un intento por descubrir algún indicio que mostrara si había alguien allí dentro. Celia no tardó en cesar sus lamentos y seguir su ejemplo, apoyando también su oreja contra la puerta.

El más absoluto de los silencios los envolvió y en seguida se dieron cuenta de que no se percibía ningún movimiento tras la puerta, que era muy probable que allí no hubiera nadie; pero ninguno de los dos se movió de donde estaba. En su lugar se quedaron ahí quietos, mirándose el uno al otro en silencio, con la intimidad que su supuesta escucha les otorgaba. Para sorpresa de Celia, un cierto nerviosismo empezó a apoderarse de ella. Sabía que no tenía sentido continuar allí apoyada, pero algo dentro de ella le impedía abandonar aquella puerta, alejarse de la proximidad de Víctor. Lo más extraño era que al mismo tiempo se sentía aterrada por aquella sensación, por lo que el deseo de esa proximidad podría traer consigo.

En ese momento, mientras ambos seguían allí encorvados contra la puerta, mirándose el uno al otro, un fuerte portazo los hizo saltar casi al mismo tiempo. La puerta de la casa de al lado se había abierto de repente, descubriendo a una mujer de mediana edad con una bolsa de basura entre las manos.

—¡Vaya susto me habéis dado! —rio al contemplarlos—. ¿Estáis buscando a Mónica?

—Sí, hemos venido a hacerle una visita, pero parece que no está —contestó Víctor, sin darle a Celia apenas tiempo para recuperarse del sobresalto.

—Estará fuera unos días, visitando a un familiar, creo que me dijo.

—Muchas gracias, de verdad. Volveremos otro día, entonces —respondió Celia, para despedirse con una sonrisa de la agradable mujer y, casi corriendo de la emoción, bajar junto a Víctor las escaleras del edificio hasta salir a la calle. Ambos estaban emocionados por haber, al menos, descubierto algo. Por insignificante que fuera el detalle, peor habría sido no tener nada.

—Podemos volver al final de la semana, tampoco pasa nada por no haber hablado con ella hoy —le dijo Víctor, con cierto optimismo, mientras empezaba a andar por la acera hacia la parada de autobús—. No te lo había dicho, pero ayer estuve investigando, he encontrado a su exmarido en

Facebook, al tal Luis. Su nombre completo estaba en la investigación policial, así que no me costó mucho localizarlo...

—¿Cómo que lo has encontrado en Facebook?, ¿al exmarido de Mónica? — preguntó Celia frenándose un poco, totalmente sorprendida por sus palabras.

—Sí, su página personal. Apenas he podido ver nada sobre él allí, pero le he enviado un mensaje y una solicitud de amistad. Espero poder hablar con él pronto.

—Madre mía, Víctor. Nunca dejas de sorprenderme. —Y sonriendo, continuó andando, llena de alegría por poder contar con su ayuda, pues bien sabía que sola jamás habría podido llegar tan lejos. Ella también le había contado los detalles de la conversación con su vecino, pero no era gran cosa; es más, Celia sentía que había perdido el tiempo con él.

Siguieron andando a paso ligero. La noche empezaba a avanzar lentamente y, con ella, la oscuridad se empezaba a apoderar de todo. Pero nada conseguía enturbiar la belleza de aquella zona de La Manga, que en ese punto mostraba como su grosor empezaba a reducirse y les permitía, cuando los edificios no acechaban, caminar por el paseo peatonal con el mar a cada lado. Su color azul brillaba todavía con fuerza, posiblemente por última vez en lo que quedaba de día. Quizá por eso a Celia le apeteció disfrutar el momento hasta el final, caminar hasta que la noche hiciera imposible disfrutar del paisaje.

—¿Tienes prisa, Víctor? ¿Te importa si caminamos un poco más? —le preguntó a su amigo, cuando ya casi habían llegado a su parada. Miró hacia su izquierda, donde las olas del Mar Mayor rugían con intensidad; para después mirar al otro lado, a la derecha, donde solo la carretera los separaba de la otra orilla del mar, el Mar Menor, que tranquilo y sereno no dejaba de brillar. Qué cerca se encontraban el uno del otro y qué distintas eran sus dos realidades—. Podemos dejar pasar esta parada y coger el autobús en la próxima.

—Por mí perfecto, también me apetece caminar un poco más.

Siguieron caminando en absoluto silencio, cada uno inmerso en sus propios pensamientos. De reojo, Celia miró a Víctor que avanzaba pensativo a su lado. Mientras lo observaba, una repentina tristeza se abalanzó sobre ella, un sentimiento que sabía estaba motivado por una cierta culpabilidad que la venía acompañando desde hacía algún tiempo. Durante días, Víctor se había volcado con ella, acompañándola cada día, intentando hacer que no pensara en lo que había ocurrido aquella tarde y aquella fatídica noche. Le había ayudado tanto que no estaba segura de haber podido pasar por aquel trance sin su gran

apoyo, sin sus distracciones y sus profundas conversaciones. Por eso, se sentía tan mal cada vez que era consciente de que en ese tiempo había anhelado con más fuerza una visita de Ivan que agradecido cada una de las perfectas atenciones de Víctor.

—¿Te apetece un helado? —preguntó Víctor de repente, sacándola de sus ensimismados pensamientos. Se encontraban justo en la entrada de lo que parecía una gran heladería, le sonaba el sitio, si no se equivocaba quedaba poco para llegar hasta la próxima parada de autobús.

—No, no tengo hambre todavía —contestó Celia, buscando un lugar donde poder sentarse. Se alegró al descubrir varios bancos en el paseo, justo al lado de la terraza de la heladería —. Te espero aquí sentada mientras lo compras.

Sabía que Víctor no tardaría mucho, así que se entretuvo simplemente observando a la gente que pasaba caminando y a la que se encontraba sentada en las mesas de la heladería, intentando adivinar qué historias podrían haber traído a esas personas hasta allí. Todavía era temprano, por lo que la heladería no estaba muy llena y su mirada pudo saltar de mesa en mesa sin apenas dificultad. El juego le resultó bastante entretenido, pero al llegar al final de la terraza, a la última mesa de todas, se quedó totalmente helada. Si hubiera tenido que escapar de cualquier peligro en ese momento, le hubiera resultado del todo imposible. Su cuerpo se encontraba demasiado estremecido; sus músculos, totalmente encogidos, y su mente, perdida de repente en un mar de sombras. En aquella alejada mesa, sus ojos se encontraron con la figura de su padre sentado en un extremo y frente a él la silueta de una mujer. Una silueta que le resultaba extrañamente familiar.

Sintió como su cabeza empezó a dar vueltas y su mente se nublaba dentro de ella. En ese momento, Celia se sintió desfallecer.

No sabría decir durante cuánto tiempo había estado caminando, pero Ana simplemente no quería parar. No le importaba que el viento soplara con brutalidad contra ella, tirando con fuerza de su larga melena rubia hacia atrás. Tampoco parecía molestarle la ferocidad con la que las olas llegaban a la orilla, ni las sombras que se acumulaban sobre el cielo.

Es más, sentía que ella era una más en aquella tempestad, destinada a acompañar con su entrecortado llanto a las oscuras nubes que de tanto en tanto humedecían el aire; ese mismo cielo bajo el que tantas veces había reído y soñado. Pero si había algo que Ana tenía claro era que debía seguir adelante, sabía que necesitaba dar ese paseo para purgar su culpa. Siempre se había considerado una persona fuerte y segura, que había aprendido desde muy pequeña a hacer frente a todo lo que le ocurriese de la mejor forma posible.

Quizá esa era la causa por la que se sentía tan avergonzada por lo que había sucedido con Celia, cómo había perdido el control sobre sí misma y, por primera vez en su vida, se había visto en medio de una terrible pelea. Su comportamiento había sido lamentable y lo peor era que no había sido lo suficientemente valiente como para disculparse. Tampoco Celia había dado ningún signo de reconciliación, ni admitido fallo alguno, pero que ella no fuera capaz de reconocer su error no la consolaba. Lo que hicieran los demás no le importaba, lo que la desquiciaba eran sus propios errores. Además, Celia podía excusar su comportamiento, todos sabían y conocían a la perfección por lo que estaba pasando. Pero ella no tenía ninguna excusa, lo que la hacía sentirse todavía más avergonzada. Y lo que horas después había ocurrido en casa de su amiga no ayudaba.

Ella nunca había odiado a Celia, pero era consciente de que una mera alusión a su nombre podía sacarla irremediabilmente de quicio. Sabía también que no existían razones lógicas para sentirse así, que esa reacción solo era fruto de la triste envidia que le tenía. Siempre había envidiado el vínculo tan especial que tenía con Víctor. Sobre todo desde hacía unas semanas, cuando había quedado latente que lo estaba alejando de ella.

Ante ese pensamiento, sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas, que vibraron sobre sus pupilas antes de salir desprendidas desde su rostro, movidas por el incesante viento. No podía contener su tristeza cada vez que recordaba el odio con el que Víctor la había mirado esa tarde en la playa. Era algo que no podía olvidar, que se había quedado clavado en su retina para siempre.

No había vuelto a hablar con él desde entonces, pues sentía que ninguna de las explicaciones que pudiera darle valdría de nada. Nada lograría que la volviera a mirar de la misma manera. Aun así, no podía dejarlo pasar sin más, permitir que todo por lo que tanto había luchado se estropeará para siempre. No podía darlo por perdido, tenía que hablar con Víctor e intentar que la perdonara.

Se paró en seco, respirando profundamente, absorbiendo el olor a playa y la humedad que la rodeaba. Sabía que su paseo había llegado a su fin. No sentía que necesitara seguir más hacia delante ni continuar bajo el martirio de aquel fuerte temporal, así que salió de la playa y comenzó a volver a casa caminando por el paseo peatonal, donde las casas y edificios bastaban para cortar la intensidad del viento.

Se dio cuenta de que, tras horas caminando por la playa, su aspecto debía ser bastante lamentable. Pero no le importó lo demacrada que pudiera parecer en ese momento, sabía que por dentro estaba totalmente recuperada.

Ж Ж Ж

Celia se negaba a creer lo que estaba viendo en ese preciso instante, simplemente aquello no podía estar sucediendo de verdad, debía haber un error, una cámara que le dijera que todo aquello no era más que una broma. Pero no, para su desesperación, su padre estaba verdaderamente sentado al fondo de aquella terraza.

No podía engañar a sus propios ojos, que le mostraban el rostro contrariado de su padre, notablemente afectado por lo que le estaba contando a aquella mujer, que de espaldas solo revelaba su perfecto pelo, ondulado en color rubio oscuro.

Algo dentro de ella se paró, dejó de funcionar de forma correcta, haciendo arder todo su rostro y llenando su mente de una extraña sensación. Contuvo la respiración, estaba prácticamente segura de que desde allí no podían verla, se

encontraba demasiado lejos y notablemente fuera del alcance natural de sus miradas. Por ello aprovechó para seguir observando, recopilando pruebas que la ayudaran a aceptar lo que le contaban sus ojos. Pero cuando las manos de aquella mujer apretaron con fuerza las de su padre, uniéndose así en una sola, su estómago la sobresaltó con un nuevo vuelco.

—Ya estoy listo, ¡tarrina de chocolate! —escuchó decir a la voz de Víctor, que se aproximaba hasta llegar a su lado. Su rostro debía expresar con claridad lo que estaba sintiendo, porque el tono alegre de Víctor se transformó en cuestión de segundos en un alarido preocupado—. ¿Te pasa algo, Celia?

Negó con cuidado, mientras intentaba reunir el coraje necesario para seguir adelante. No quería que Víctor descubriera a su padre allí con aquella mujer, por nada del mundo deseaba que algo así ocurriera. En ese preciso instante, ambos fueron sorprendidos por el autobús que pasó a su lado rápidamente. Celia no lo dudó y tirando de la mano de su amigo, empezó a correr.

—¡Rápido o lo perderemos!

No pudo evitar mirar por última vez atrás antes de salir despedida a toda velocidad y lo que vio le heló de nuevo el corazón. Aquella mujer se había levantado y andaba con cuidado hacia los aseos de la heladería. Aunque tan solo había tenido unos segundos para mirarla, Celia la había reconocido.

—Justo a tiempo —dijo Víctor entre alaridos al llegar al autobús, sonriendo a Celia mientras subían y pagaban el boleto del viaje—. ¿Dónde quieres sentarte?

Pero Celia no podía contestar, lo miraba sin verlo y andaba casi sin darse cuenta, simplemente arrastrada por mera inercia. Su cabeza estaba en otro lugar, se había quedado en aquella mesa, en aquella pequeña heladería.

—Me da igual, donde quieras.

No sabría decir dónde se sentaron finalmente ni cómo llegó hasta allí. Simplemente sentía que no podía ser cierto, se había preguntado tantas veces quién podría ser la amante de su padre que le había puesto mil caras. Pero en ningún momento, jamás, se había imaginado que podría tratarse de alguien que ella conociera. Era una opción que nunca había barajado. Sin embargo, sus ojos no podían haberla engañado, había sido sin duda a la madre de su amiga Ana a quien había visto en aquella terraza. No importaba lo difícil de creer que fuera, tenía que empezar a hacerse a la idea.

—¿Celia? ¿Estás aquí? —Le sonrió Víctor, que acababa de terminar de tomarse su helado, bueno más bien lo que había quedado de su helado tras la

carrera hasta la parada—. Pareces en otro planeta. Te informo que mañana tengo mi primera cita en la Universidad de Cartagena, voy a pedir información sobre todos los plazos para echar la preinscripción y la matrícula, y si tengo tiempo empezaré a mirar algún piso para vivir. Estás hablando con casi un universitario.

—Vaya, no me habías dicho nada —dejó salir Celia, abandonando bruscamente sus pensamientos y pasando a centrarse en lo que su amigo le acababa de decir. Le sonreía feliz y lleno de orgullo, pero Celia no pudo evitar mirarlo con cierta preocupación. Se había centrado tanto en ella durante las últimas semanas que había olvidado por completo el encargo de la madre de Víctor. Recordó el momento en el que ella no solo lo había aceptado sino que además había prometido que haría todo lo posible por hacer entrar en razón a su amigo. Tristemente se dio cuenta de que poco se había esforzado en cumplir su promesa, apenas había vuelto a pensar en aquel día y nada había conseguido. Nada en absoluto. Y lo cierto era que debería haber sido sencillo convencer a su amigo, a fin de cuentas, no entendía que pudiera preferir Murcia a Madrid. Ella daría cualquier cosa por poder salir de allí, escapar y empezar una nueva vida muy lejos de aquella tierra. Víctor estaba definitivamente cometiendo un tremendo error—. Pero... ¿Estás totalmente seguro? A ver, entiendo tus razones: tienes buenos amigos aquí, el tiempo es maravilloso, tienes recuerdos increíbles en esta zona... Pero no es lo mismo estar de vacaciones que vivir aquí. Me refiero a que habrías disfrutado igual en cualquier otro sitio en el que hubieras pasado todos tus veranos, ya hubiera sido Galicia, Sevilla o Murcia.

»Pero pasar aquí todo el año es diferente —continuó Celia—. Las opciones son mucho más limitadas y tú estás acostumbrado a otras cosas. Madrid tiene teatros, más cines (muchos en versión original que te encanta), más ambiente... Si te digo la verdad no se me ocurre nada que pueda estar aquí y que no esté allí. No hay comparación entre las dos ciudades...

—Pues a mí se me ocurre una y bastante importante, la verdad —la cortó, de repente Víctor, mientras se ponía de pie en el autobús que seguía todavía en marcha—. Celia, tú no estás en Madrid.

Y diciendo esas palabras se acercó hacia ella y la besó con ternura en la frente durante unos eternos segundos. Sin darle tiempo a Celia a decir nada, ni tan siquiera a salir de su sorpresa, a saber si su amigo hablaba en serio o se

trataba de una simple broma, Víctor pulsó el botón de la parada y comenzó a andar con cuidado hacia la puerta del autobús.

—Ya está decidido, Celia —comentó justo antes de salir—. Me bajo aquí que tengo que comprar unas cosas. Mañana te cuento qué tal me ha ido todo en la Universidad.

Despidiéndose de Celia, bajó de un salto del autobús y siguió andando hasta perderse entre la gente. Llevándose consigo el significado real de sus palabras.

El momento álgido de aquel temporal llegó en mitad de esa misma noche, cuando la lluvia y el fortísimo viento comenzaron a inundar la playa.

De hecho, ya empezaba a chispear cuando Celia llegó a casa aquella noche. Con la mente en otro lugar, comenzó a ayudar a cerrar todas las ventanas, bajar las persianas y meter dentro del salón los pocos muebles que tenían en la terraza. Si querían dejar cada cosa a cubierto, debían hacerlo deprisa, pues todo parecía indicar que aquellas gotas acabarían transformándose muy pronto en una lluvia torrencial. En Murcia apenas llovía, pero cuando lo hacía siempre era con una gran intensidad.

A Celia no le importaba el vendaval que se aproximaba, simplemente avanzaba casi sonámbula de un sitio a otro de la casa, bailando sus pensamientos entre la visión de la heladería, la preciosa despedida de Víctor y cada desquiciante detalle de lo que estaba pasando. Su padre llegó cuando ya había empezado a llover, riendo y hablando con normalidad con cada una de ellas; como si nunca se hubiera ido, como si nada raro hubiera hecho esa tarde. Se acercó a Celia como si tal cosa, le preguntó qué tal lo había pasado y le pidió que saliera un momento al patio a apagar el riego, ya que con la lluvia que empezaba a caer no sería necesario mantenerlo en funcionamiento aquella noche.

Celia asintió con aparente normalidad y se comportó como siempre, pero en cuanto tuvo ocasión se precipitó hacia su cuarto donde se dejó caer con fuerza sobre su cama. La confusión y la tristeza la acompañaron hasta que consiguió quedarse dormida, perdida entre sus sábanas, sin saber muy bien qué iba acabar pasando en su vida. La tormenta rugía con intensidad tras sus ventanas y la mantuvo de un lado a otro de la cama toda la noche, durmiendo pero apenas descansando durante ese tiempo. Sin embargo, nada consiguió despertarla, ni el ruido del fuerte viento chocando contra las persianas de su habitación, ni el hecho de que al final había olvidado apagar el riego tal como le había pedido su padre, ni las horribles pesadillas que parecían haberse adueñado de ella. Tampoco lo hizo la caída de uno de los kayaks de su padre

en el jardín, que de forma fortuita acabó chocando justo contra una de las boquillas de riego, rompiéndola de cuajo en dos partes y provocando que el agua empezara a salir a través de ella sin control. Nada logró despertar a Celia, pero movida por esa fuerza que lo conecta todo y acaba determinando nuestra fortuna o desdicha, ella sintió de alguna manera mientras dormía que algo no iba bien aquella noche.

Ж Ж Ж

Miércoles, 5 de agosto de 2009
LA MANGA

La consciencia volvió a Celia de forma repentina esa mañana. Normalmente disfrutaba dormitando entre sus sábanas durante un buen rato antes de levantarse, pero en esta ocasión nada más despertar saltó de la cama y se dirigió hacia su ventana. Rápidamente subió la persiana de su cuarto, nerviosa, deseando que la tranquilidad hubiera vuelto a la playa y poder así pasar el día con Ivan en Calblanque.

El cielo seguía luciendo húmedo y grisáceo, y el movimiento de las palmeras y árboles del jardín indicaba que el viento no había desaparecido del todo. Al menos había dejado de llover y Celia sabía que ese tiempo no habría hecho a Ivan cambiar sus planes. Además, con un ligero chubasquero, nada impediría que pudieran dar un paseo por Calblanque.

Cogió su reloj de la mesilla y al mirar la hora descubrió sorprendida que eran casi las doce de la mañana, mucho más tarde de la hora a la que solía levantarse. Tanteó durante unos segundos sus opciones, «Ivan debe haber estado esperándome sobre las 11 en la puerta, probablemente habrá decidido que el tiempo era demasiado malo para mí y, sin más, debe haber puesto rumbo hacia Calblanque. Si me doy prisa podré reunirme con él allí en media hora». Lo podía llamar por el camino para que le explicara en qué parte de la playa se encontraba exactamente, lo único que tenía que hacer era ponerse en marcha cuanto antes.

Bajó las escaleras casi a zancadas, con la intención de coger algo de comer de la cocina y poner rumbo a Calblanque. Nada más terminar el último escalón la sorprendió la llegada de su abuela, con el rostro retorcido que mostraba abiertamente una gran preocupación.

—¿Se ha despertado ya? —oyó preguntar a su padre desde el patio, enojado

y casi gritando—. Anda dile que salga, dile que salga...

Celia sabía que se refería a ella, conocía a la perfección aquel tono, esa forma de nombrarla, como si fuera poca cosa, como si se tratara de un ser inferior al que pudiera machacar a su antojo. No necesitó que su abuela le dijera nada, encaminó sus pasos hacia el jardín, preocupada, sin saber muy bien a qué se enfrentaba. Cuando estuvo fuera todas sus dudas se disiparon y, cerrando sus ojos, se lamentó de su terrible error.

El jardín estaba totalmente inundado, especialmente la zona del césped donde los inmensos charcos habían acabado formando una especie de lagos. Sabía que aquel desastre no podía ser obra simplemente de la lluvia de la noche anterior, algo debía haber ocurrido con el riego. Algo que se habría evitado si ella lo hubiera apagado tal como su padre le había pedido la noche anterior.

—Lo siento, con tanto lío se me olvidó apagarlo... —balbuceó Celia, lamentándose por lo ocurrido. Pero de nada sirvieron sus lamentos, el rostro y pecho de su padre enrojecieron con furia mientras comenzaba a gritar sin control.

—¡Siempre igual! ¡No se te puede mandar nada! —gritó su padre, repitiendo las frases que tantas veces ya le había dicho—. O no lo haces o lo haces mal, ¡menudo desastre!

Movida por los gritos, su madre salió también al jardín y quedó situada a escasos metros, mirando la situación con preocupación; pero ni dijo ni hizo nada. Como siempre simplemente aguantó el momento, esperando hasta que su marido se desahogara y dejara de gritar. Odiaba esa forma de actuar de su madre que no era más que lo que le había intentado enseñar; aguantar era lo mejor, le había explicado, que conocía muy bien a su marido y sabía que cualquier contestación solo lo empeoraría todo, solo haría que los gritos fueran más altos y la reprimenda mucho peor. Que en seguida se le pasaba y que la mayoría de las cosas las decía sin pensar. Ni tan siquiera las decía en serio.

La realidad era que Celia no quería ser así, no quería tener que aguantar cada cierto tiempo que la humillaran y trataran de esa forma, era algo que hacía tiempo que había decidido. Se había prometido a sí misma que no callaría, que se haría de respetar en aquella casa. Sin embargo, esa mañana no consiguió articular palabra, atónita se contempló a sí misma guardando toda su indignación, conteniendo a toda la defensa que se agolpaba en su mente

deseosa de salir y entrar en combate. Y, sin entender muy bien el porqué, simplemente se quedó allí plantada, esperando a que todo pasara.

—No te esfuerzas en nada —continuó su padre, de forma sofocada—. ¿Ahora qué?, ¿a gastarme hoy un dineral con el jardinero para arreglar esto?

Pero su padre ni tan siquiera le dio un respiro para poder contestar a sus preguntas, para decirle que ella le ayudaría a arreglarlo, que pondría dinero para la reparación, que sentía mucho lo ocurrido... En lugar de ello, simplemente continuó gritando sin parar, hasta que Celia no pudo más y salió corriendo hacia su habitación. Desde allí, entre sollozos, escuchó cómo su abuela salía en su defensa y cómo todos se ponían, como siempre, a discutir, lanzando su padre desde aquella acalorada conversación comentarios contra Celia que hirieron sus oídos y contrajeron aún más su corazón. ¿Acaso no sabía su padre que de una forma u otra acabaría escuchando todo lo que estaba diciendo?

Llegó un momento en el que Celia no pudo resistirlo más, estaba demasiado dolida y triste como para poder aguantar más la presión de aquella casa. Sin apenas pensarlo, se levantó y se dirigió hacia abajo, hasta donde se encontraba su bicicleta. Todavía sollozando y sin decirle nada a nadie, se montó en ella y salió disparada hacia Calblanque.

Ж Ж Ж

Saltando, como siempre hacía, Víctor salió del autobús que lo traía de vuelta a La Manga y empezó a caminar rápidamente hacia la heladería de El Zoco donde había quedado. Jamás habría imaginado que la reunión en la universidad acabaría siendo tan productiva. Había incluso empezado a buscar piso y, lo más importante, desde esa misma mañana Víctor podía decir a todo el mundo que estaba inscrito en la facultad de ingeniería de la Universidad de Cartagena. Había llegado a pensar que todo acabaría siendo un sueño inalcanzable, pero ahora estaba muy cerca de conseguirlo.

La parte negativa era que no tenía ni idea sobre cómo iba a decírselo a su madre. Estaba seguro de que ella todavía confiaba en que cambiaría de opinión y que, como un perro fiel a su amo, volvería a Madrid para estudiar allí. Daba igual que tras las innumerables discusiones, él nunca hubiera dado su brazo a torcer. Su madre era demasiado orgullosa y cabezota para poder

atender a razones, intentar comprenderlo y aceptar que ya había tomado una decisión.

Por ello, no pudo evitar suspirar mientras avanzaba entre las estrechas y blancas paredes de los establecimientos de El Zoco. Caminaba deprisa, impaciente por llegar, hasta que a lo lejos vislumbró a Ana que, sentada en una de las sillas de una pequeña heladería, lo esperaba ojeando embelesada la pantalla de su móvil. Había agradecido enormemente su llamada a primera hora de la mañana, pues hacía días que no sabía de ella y le daba miedo que su pelea con Celia los acabara distanciando para siempre.

—Ey, Anita —le dijo al alcanzarla, para conseguir desviar su atención del teléfono. Dejó la pesada funda de su portátil en una de las sillas y se sentó justo a su lado—. ¿Llevas mucho esperando?

—Acabo de llegar, cinco minutos —contestó Ana sonriendo, dedicándole la sonrisa más bonita que podía existir, mirándolo con esos ojos de color azul cristalino que brillaban siempre sin parar—. Espero que quieras lo de siempre, porque acabo de pedir dos tarrinas de chocolate.

—Me parece perfecto —dijo Víctor satisfecho de la elección de Ana. ¿Qué necesitaba sentir para tenerlo claro? ¿Qué esperaba que la vida pondría en su camino para menospreciar la oportunidad que la confesión de Ana le había ofrecido? Tenía justo delante a una chica perfecta, alguien que debía de estar muy por encima de sus posibilidades. Aun así sabía que algo fallaba, que no sentía lo que debía sentir.

—Víctor... —empezó Ana, un poco nerviosa, recelosa ante lo que tenía que decir y asustada de lo que su amigo podría responderle. Víctor se dio cuenta de inmediato de lo mal que lo estaba pasando, tenía claro de lo que quería hablarle así que decidió ayudarla a pasar por aquel trance; pues si en algún momento estuvo enfadado, ahora ya no guardaba ningún tipo rencor por lo ocurrido aquella tarde. Era cierto que el comportamiento de Ana en la playa lo había decepcionado. Pero durante esos últimos días, poco a poco, había relativizado todo lo que allí ocurrió aquel día. Al fin y al cabo, todos cometemos errores.

—No te preocupes Ana —le dijo, mirándola fijamente a los ojos—. No tienes que excusarte ante mí, te conozco, te conozco muy bien, sé que lo que pasó allí te duele tanto a ti como le podría doler a Celia. Sé que ese tipo de cosas no son propias de ti.

Los ojos de Ana se llenaron de lágrimas, que suavemente limpió con una

servilleta. Respiró profundamente, agradecida y aliviada por las palabras que su amigo le acababa de dedicar.

—Lo que le hice a Celia —empezó a decir Ana, mirándolo ahora a la cara—. Lo que le hicimos a Celia fue algo imperdonable. No entiendo bien qué ocurrió, todos perdimos el control sobre lo que estaba pasando. Creo que lo que he sufrido desde ese día ha sido bien merecido, sería injusto hacer algo así y no pagar ningún precio.

»Diego también está avergonzado —continuó diciendo—. Me dijo que ha ido varias veces a casa de Celia a disculparse, pero todavía no ha conseguido hablar con ella y quiere seguir yendo a su casa hasta que consiga dar con ella. Yo espero verla pronto, creo que me pasaré por su casa, para pedirle perdón. No puedo borrar lo que hice, solo sentirme avergonzada e intentar reparar en parte el daño. Víctor, no quiero que pienses mal de mí, yo...

En ese momento Víctor reaccionó abrazándola con fuerza e intensidad. Consolándola lo mejor que pudo, haciendo todo lo que estaba en su mano para eliminar ese dolor que la invadía. Dejó a un lado la responsabilidad que la confesión de Ana le había obligado a asumir. Ahora lo importante era que dejara de sufrir.

Poco a poco se fueron separando, sonriéndose el uno al otro, dejando a un lado para siempre los errores de aquella tarde. Empezaron a hablar de otros temas, poniéndose al día sobre todo lo que habían estado haciendo. Víctor le contó, sobre todo, sus novedades para el próximo año, intentando no mencionar nada sobre el tiempo que últimamente había pasado junto a Celia.

Cuando Ana se marchó, todo había vuelto a la normalidad y ya nada quedaba de los problemas que los habían traído hasta allí. Ahora solo miraban al futuro.

La partida de Ana lo dejó totalmente solo en medio de la heladería. No faltaba mucho para la hora de la cena, por lo que lo normal habría sido volver también a casa, pero la verdad era que no quería marcharse. No le apetecía nada regresar y tener que enfrentarse a las preguntas inquisidoras de su madre. Así que decidió quedarse un poco más donde estaba. Sacó el portátil de su funda y aprovechó para ver si tenía alguna novedad. Entró en su cuenta de Facebook movido por pura inercia y abrió el mensaje que tenía en su buzón sin darle ninguna importancia. Solo cuando lo tuvo ante sus ojos se dio cuenta de lo que aquel nuevo mensaje significaba. Ante él apareció la imagen del mismo hombre que lucía en la fotografía que Celia había encontrado en su casa. El

exmarido de Mónica, la prima del antiguo propietario de la casa de Celia, no solo había aceptado su solicitud de amistad sino que le había enviado un mensaje muy extenso. No conseguían hablar con ella, pero al menos su exmarido sí había atendido a sus plegarias. Tragando saliva y sintiéndose ligeramente nervioso, empezó a leer.

Ж Ж Ж

Su bicicleta se desplazó velozmente entre las calles y coches, solamente frenando su paso cuando algún semáforo, con sus molestas restricciones, le impedía seguir adelante. Tan solo en esas pequeñas paradas, Celia era plenamente consciente de dónde se encontraba, de cómo las lágrimas caían sobre sus mejillas mientras pedaleaba y de lo enfadada que estaba con todo lo que estaba ocurriendo. En el fondo sabía que no lloraba realmente por lo que acababa de pasar. Se trataba de una herida mucho más profunda. Lloraba por todo lo que ahora por desgracia sabía y se aferraba a su retina. Ojalá simplemente pudiera olvidar la imagen de su padre en aquella heladería.

El semáforo en el que se encontraba parada se puso en verde, por lo que, sin pensarlo, continuó a toda velocidad hacia su destino. Ya poco le quedaba para llegar a Calblanque. Mientras salía de La Manga y empezaba a desplazarse por la senda de tierra que la llevaría hasta la playa, la pregunta que intentaba evitar cruzó finalmente su mente: «¿Debo decirle a mi madre lo que vi en aquella terraza?» Volvió a sumergirse en un mar de dudas. Sentía que era su deber contar todo lo que había visto, pero era consciente del gran dolor que sus palabras traerían. Bien sabía ella que no era lo mismo imaginar que poner nombre y rostro a sus más profundos temores.

Empezaba a chispear ligeramente cuando a lo lejos, bajo el cielo nublado y oscuro que se abalanzaba sobre la playa, empezó a vislumbrar la figura de Ivan, de pie junto a su bicicleta. Pese al pequeño empeoramiento del tiempo que acompañaría el encuentro, Celia se sintió aliviada de verse finalmente frente a él. Parecía poco probable que pudieran disfrutar en la playa, el aire resultaba demasiado molesto; pero no le importaba, le bastaba con un pequeño paseo por aquella zona de campo, donde los árboles y montañas refugiarían, al menos en parte, sus pasos.

El pensamiento formó la primera sonrisa del día en su dolorido rostro.

—Hombre, si al final ha aparecido, tras casi una hora de espera —soltó Ivan sin apenas dirigirle la mirada—. Ya no sabía si venías o simplemente estabas disfrutando teniéndome aquí parado con este tiempo.

Celia respondió con una confundida mirada. No entendía nada, jamás habría imaginado un recibimiento así y, verdaderamente, era lo que menos necesitaba.

—Pues... No sé, siento...

—¿Sientes el qué? —la cortó Ivan sin interesarse lo más mínimo por sus palabras. Apretó sus ojos mostrando tal enojo que Celia no podía llegar a comprender qué había hecho para que le respondiera de esa forma—. He estado un buen rato esperándote en tu puerta esta mañana. Luego decido venir aquí a hacer mis cosas y me dices que te espere, me pongo a llamarte para decirte que aquí no se puede estar, que hace demasiado viento y que era necesario buscar otro sitio y... ¡Ni me coges el teléfono! Te he llamado como veinte veces y ¡nada!

Celia no pudo soportar los nuevos reproches con los que aquel día volvía a sorprenderla, no entendía por qué todos la trataban así. Ante aquella sofocante sensación, normalmente habría reaccionado llorando, dejando salir toda su amargura. Pero, por primera vez en su vida, no fue así. Y se descubrió a sí misma, roja de furia, respondiendo a los gritos de Ivan con nuevos gritos, poniéndose a la altura de lo que siempre había odiado. Pero no fue capaz de hacer nada para contenerlo, demasiadas heridas se agolpaban en su interior.

—Eres lo peor, no sabes cuánta ilusión me hacía venir aquí. Y no entiendo por qué, es la segunda vez que me tratas así y creo que no me lo merezco. ¿Te has siquiera preguntado qué podría estar reteniéndome, haciéndome tardar tanto? ¿Se te ha ocurrido pensar que podría estar pasándome algo? No... Es mucho más sencillo enfadarse —escupió Celia desde lo más profundo de su ser, gritando como nunca antes le había gritado a nadie. Empezó diciendo aquello que quería decir, pero conforme fueron avanzando sus frases, simplemente perdió el control sobre sus palabras que se transformaron en horribles reproches, comentarios e insultos tirados contra él. Sin darse cuenta, se había transformado en su padre—. Pero claro, eres un egoísta, lo tuyo es empezar a gritar al verme, y así destrozarme por fuera y por dentro.

Muy nerviosa, se dio la vuelta para marcharse, pero sintió que algo frenaba en seco sus pasos. En cuestión de segundos, Ivan se había abalanzado sobre ella y sujetaba con fuerza uno de sus brazos. Lo oprimía tanto que Celia no pudo evitar soltar un gemido de dolor.

—Suéltame —dejó escapar mientras intentaba liberarse, forcejeando con Ivan que ahora también sujetaba su otro brazo.

—No, Celia, escúchame —gritó Ivan con su rostro totalmente ido por la furia—. Aquí la única egoísta eres tú...

Ya no era capaz de escuchar sus gritos, escapaban a sus oídos. Todo su cuerpo y toda su mente estaban concentrados en intentar liberarse. Pero no podía, Ivan la tenía totalmente presa. Mientras las primeras lágrimas empezaban a caer por su rostro, Celia se impulsó con fuerza contra Ivan e intentó darle con sus piernas. Una de sus patadas lo alcanzó en el muslo, por lo que Ivan se revolvió soltando ligeramente los brazos de Celia. Pero no pudo escapar, justo en ese momento, Celia sintió que caía hacia atrás, hacia el suelo. Su cuerpo chocó con su bicicleta, hasta caer contra la arena de la playa. Su cabeza se estrelló en la arena, esquivando de forma fortuita algunas rocas, pero chocando con un golpe tan seco que a punto estuvo de robarle el sentido.

Celia se sintió desorientada. Solo tras unos segundos su mente pudo aceptar lo que acababa de pasar: Ivan la había empujado con todas sus fuerzas contra el suelo. Darse cuenta de esto le cortó la respiración, la dejó sin habla, perpleja y sin saber muy bien qué debía hacer.

—Celia... —empezó a decir Ivan entre lamentos, aproximándose hacia ella—. Lo... Lo siento, no quería...

—No te atrevas a acercarte a mí, no te atrevas a tocarme de nuevo. —Sus palabras resoplaron con fuerza desde su interior. Y, todavía dolorida, se levantó, alejándose de él, mirándolo fijamente—. No vuelvas a acercarte a mí.

Apretando sus dientes y ojos con furia cogió su bicicleta y se marchó pedaleando lo más rápido que le permitieron sus piernas, dejando atrás la figura descompuesta de Ivan, que resignado se dejó caer en la playa.

No sabría decir cuánto tiempo estuvo pedaleando, andando totalmente sola por los caminos que encontraba, huyendo de algo sin saber muy bien de qué. Pero cuando por fin llegó a casa aquel día, era ya muy de noche y todo estaba completamente oscuro. Celia seguía sintiéndose desorientada, incapaz de ubicarse ni de decir si había estado fuera horas, minutos o segundos.

Su abuela nada más verla salió al jardín a recibirla, apresurada, vestida con un camisón largo en color blanco, respirando con alivio al verla, al fin, en casa.

—¿Se puede saber dónde has estado todo el día? —le preguntó abrazándola, con tono enfadado, pero sin poder contener la alegría que su regreso había

traído consigo—. Tu padre ha salido en coche hace cosa de una hora a ver si te encontraba. No sabíamos dónde te habías metido...

—Lo siento abuela, lo siento —dejó salir Celia, abrazándola con fuerza.

Apoyada sobre su abuela entró en casa y, por primera vez en mucho tiempo, se sintió tranquila y feliz de regresar a su hogar. Su madre al verla, se levantó rápidamente del sillón donde se encontraba sentada, respirando también aliviada de verla de nuevo en casa.

—Celia, cariño, ¿cómo nos haces esto? Estábamos muy preocupados, totalmente aterrados. Nunca desapareces de esta forma.

Con cuidado Celia se acercó a su madre y sin decirle ninguna palabra, la abrazó con fuerza y comenzó a llorar sin control sobre ella. Ambas se dejaron caer sobre el sofá y, fue allí, donde Celia encontró por fin el consuelo que necesitaba para acabar con todo el dolor que había traído ese horrible día.

Sin despegar la mirada de su ordenador, María comprobó el estado de las provisiones de la pizzería, respondió a varios correos electrónicos de clientes y proveedores y realizó los últimos pedidos que le quedaban.

Eran casi las 8 de la tarde por lo que todo se estaba ultimando allí para la llegada de la hora de la cena: las mesas estaban totalmente preparadas, la cocina en marcha y los camareros del turno de noche empezaban a llegar. Bostezando ligeramente por el cansancio agachó la pantalla de su portátil para apagarlo. Era su noche libre así que podía marcharse cuando quisiera, pero antes de irse decidió dar una vuelta por la terraza para comprobar que todo estaba en orden. En especial se fijó en los manteles individuales de papel que ahora se situaban debajo de cada cubierto. Habían quedado impecables, en ellos aparecían fotos de los deliciosos postres y su objetivo no era otro más que invitar a los clientes a probarlos.

Esa no era la única novedad que había puesto en marcha para el mes de agosto. Además, ahora a través de Facebook los seguidores podían sugerir nuevas pizzas y cada semana las más votadas se incluían en la carta a un precio especial, ligeramente por debajo del precio normal. La verdad era que las redes sociales estaban resultando de gran utilidad para interactuar con los clientes y dar a conocer la pizzería.

María estaba contenta con todas las pequeñas mejoras que, bajo la aprobación de su encargada Montse, había puesto en marcha para intentar aumentar las ventas en agosto. Todo había sido motivado por los pésimos resultados del mes de julio, que para su tristeza mostraban que se había facturado mucho menos que el año anterior. Descubrirlo había sido muy desalentador para María que, tras haber trabajado sin parar, implementado cambios y ver cada noche como el restaurante se llenaba, había tenido que hacer frente a esa triste realidad. Montse se había dado cuenta al instante de su desánimo y, rápidamente, le había quitado hierro al asunto afirmando que todo era consecuencia de la crisis económica.

Ella no se conformaba con eso, no podía, era demasiado luchadora. Además había notado que algunos restaurantes y cafeterías estaban reaccionando a la crisis meramente gastando menos. Otros simplemente habían acabado casi con sus plantillas o directamente cerrado. Pero muy pocos estaban intentando mejorar, innovando en su forma de trabajar y de ofrecer sus productos. María tenía claro que para sobrevivir en el nuevo escenario de crisis, había que trabajar más que nunca, entender lo que ahora demandaban los clientes y tratar de reinventarse. Y eso precisamente era lo que pretendía hacer durante ese mes. Agosto era el mes clave y debían ser capaces de explotarlo al máximo.

—¡Hola jefa! —Las palabras de su compañero Jaime la sorprendieron desde atrás—. Sabía que pese a que hoy no te tocaba, podría encontrarte aquí.

—Hola Jaime —le respondió volviéndose hacia él, sorprendida se dio cuenta de que no vestía el uniforme negro del restaurante, sino un pantalón vaquero pirata y una camiseta blanca de manga corta. No estaba acostumbrada a verlo así y no pudo evitar sentir algo dentro de ella, algo que le decía que Jaime iba muy guapo aquella noche—. Entras ahora, ¿no?

—Pues normalmente sí, pero esta noche he cambiado el turno —confesó Jaime, ruborizándose ligeramente como si de repente empezara a sentir cierto nerviosismo—. En realidad, venía a verte a ti.

La pequeña confesión pilló a María por sorpresa, no tenía ni idea de qué podría querer de ella. Quizá había tenido alguna nueva idea para el restaurante o algún problema con algún compañero. Sea lo que fuera, su atención se centró totalmente en sus palabras.

—Había pensado... —continuó Jaime con cierta inseguridad—. Había pensado que si no tienes nada muy importante que hacer esta noche, podríamos ir al cine de verano. Están poniendo «*Up*» la nueva de *Pixar* y todo el mundo me ha dicho que está muy bien. Además, podemos pasar por el *kebab* y comprar un par de rollos y unas patatas. Podemos cenar allí viendo la peli...

—Pues... Creo que no tengo nada... —María tuvo que contenerse para no estallar de emoción. Por supuesto que quería ir con él a ver esa película. Además, ¿cuánto hacía que no iba al cine de verano? No recordaba la última vez y lo echaba de menos, era el único sitio donde podías disfrutar de las películas del momento bajo la luz de las estrellas. Sin apenas pensarlo miró al cielo, estaba prácticamente negro y todo parecía indicar que empezaría a llover en cualquier momento—. Pero ¿no crees que lloverá?

—No dan lluvia hasta pasadas las 12 de la noche —le respondió con total

seguridad, sonriéndole, feliz de que su plan estuviera saliendo bien—. Confía en mí.

María sonrió y, sin decir nada más, recogió sus cosas y salió de la pizzería junto a Jaime. Mientras caminaban juntos hacia el cine, empezaron a hablar animadamente. Sin darse cuenta, María se olvidó totalmente del restaurante y se centró en disfrutar de esa maravillosa sorpresa que su día le tenía reservada.

Ж Ж Ж

Jueves, 6 de agosto de 2009

LA MANGA

—Has pasado toda la noche llorando y hablando en sueños —le dijo Isabel, su madre, mirando como hipnotizada hacia el frente—. Nada podía hacer para calmarte. ¿Qué te pasa Celia? Nunca te afecta tanto lo que dice tu padre...

Su madre se incorporó hasta sentarse junto a ella y, con cuidado, pasó su brazo por su espalda y la apretó contra su cuerpo. Con ternura, besó su frente.

—No me pasa nada, ayer tuve un mal día, solo eso —mintió rápidamente Celia. Por un momento había dado por hecho que su madre sabría todo lo que le había sucedido el día anterior. Que de alguna forma inexplicable, utilizando esa intuición mágica que todas las madres poseen, habría sido capaz de adivinarlo. Pero, obviamente, eso no era posible, no había forma de que su madre pudiera saber nada sobre lo que le había sucedido. Lo que Ivan le había hecho.

Cerró sus ojos durante unos segundos, intentando descubrir qué debía hacer. Quería contárselo todo, decirle lo que había pasado exactamente, pero sentía que le daba vergüenza. Le avergonzaba haber llegado hasta ese punto, haber permitido que algo así ocurriera. Además, temía la reacción de sus padres, lo que podían llegar a hacer si se enteraban. Así que, tras unos instantes de duda, decidió que lo mejor sería guardarlo todo para siempre muy dentro de ella, nadie tendría por qué enterarse. Lo que Ivan había hecho era horrible y jamás podría perdonarlo pero, por desgracia, era su vecino y sus padres amigos de su familia. No quería vivir un nuevo escándalo.

—Pobrecita —continuó su madre, apretándola con más fuerza contra ella—. Tienes que hacer por llevarte bien con tu padre, créeme él sabe que debe

intentar controlarse más. Estará abajo, por favor, ve y dile algo, no estéis enfadados más tiempo.

Las palabras de su madre casi la obligaron a levantarse y empezar a moverse. Ya casi se aproximaba el mediodía y su cuerpo todavía se le antojaba muy pesado, por lo que Celia seguía sintiéndose cansada y dolorida. De hecho, aún sentía sus ojos totalmente humedecidos. Como si todavía no hubieran encontrado descanso.

Hablar con su padre no era lo que más le apetecía, pero antes o después debía enfrentarse a él. Así que cuanto antes lo hiciera, mucho mejor para todos.

—Mamá —dijo Celia, frenándose justo antes de salir de su habitación—. Muchas gracias. Por todo.

Bajó casi arrastrándose por las escaleras de caracol que la llevaron a la parte de abajo de la casa. Los crujidos de sus pasos hicieron salir a su abuela de la cocina que le indicó dónde tenía el desayuno.

—Anda, ve y habla con tu padre —le dijo también su abuela—. Está muy afectado, ayer lo pasó muy mal cuando veíamos que no volvías.

A lo lejos podía escuchar a su padre almorzando en el jardín, así que aprovechó para salir y desayunar junto a él. Una vez allí, simplemente dejó sus cosas sobre la mesa de piedra y se sentó un poco alejada de su padre. Sin hacer comentario alguno empezó a tomarse sus tostadas con tomate rayado y su vaso de leche. Sabía que su padre haría como si nada hubiera ocurrido entre ellos el día anterior, así que había decidido que lo mejor sería hacer exactamente lo mismo.

—Celia, hija —dijo su padre nada más verla, con un tono que mostraba una gran preocupación—. Siento mucho lo de ayer, ya sabes cómo soy, no lo puedo remediar. Pero no sabía que te lo ibas a tomar así.

Celia no podía creer lo que estaba escuchando. Situaciones similares a la del día anterior habían sucedido antes y su padre nunca le había pedido perdón, y lo que era más importante, nunca antes había reconocido un error. Su incredulidad la hizo, de pronto, ser consciente de lo que podía estar pasando: su padre no sabía nada de lo que le había ocurrido con Ivan por la tarde en la playa, por lo que creía que su desaparición y su estado habían sido íntegramente provocados por la discusión que habían tenido por la mañana. Tenía que aprovechar esa oportunidad, era el momento de intentar que su padre cambiara su actitud.

—Papá, tienes que tener cuidado, a veces me haces sentir...

—Lo sé, Celia, pero escúchame. Voy a llevar más cuidado. Te lo prometo. Nada parecido debe volver a pasar en esta casa.

Celia no conseguía salir de su asombro. Tras escuchar las palabras de su padre se quedó totalmente muda, incapaz de articular palabra, de creerse lo que sus oídos le contaban. Era un sueño, un precioso sueño en el que su padre se esforzaba por entenderla.

—Anda no pongas esa cara de sorpresa —le dijo, haciéndola reír al instante. Quedaron en silencio durante unos minutos, disfrutando de la normalidad que entre ellos volvía a reinar. Miró fijamente a su padre, parecía que quería decirle algo más, confesarle alguna cosa sin llegar a atreverse. Finalmente no añadió nada a sus palabras. Solo cuando ya estaba a punto de levantarse para marcharse volvió a dirigirse a Celia—. El otro día te vi tocando varias veces en casa de Marisa. ¿Qué querías...? ¿Hablar con las hijas?

—Pues en realidad quería hablar con ella, quería preguntarle sobre la antigua propietaria de nuestra casa —contestó Celia—. Pero no sé qué le pasa, nunca está disponible y cuando me ve, me da largas. ¡Es como si no quisiera no quisiera hablar conmigo!

—No te indignes con la pobre, no creo que sea eso —le dijo su padre—. ¿No sabes lo del marido?

Celia negó con la cabeza. No tenía ni idea sobre lo que podía estar hablando su padre.

—Al marido le dio algo hace unos meses, no sé exactamente qué. La cosa es que se quedó al principio muy mal, apenas podía moverse y con dificultad para hablar. Ahora con rehabilitación va poco a poco mejorando, pero ella está trabajando, ocupándose de él y de las tres hijas. El marido es ingeniero y tenía con un socio un estudio importante en Cartagena, y ahora ella también se ocupa como puede de eso. Da pena hablar con la pobre y saber por lo que está pasando.

Así que a eso se debían las ausencias y prisas de su vecina durante las últimas semanas. De nuevo, sus ansias de información habían avivado su lado más egoísta, pues en ningún momento se le había pasado por la cabeza que su vecina pudiera tener algún problema.

Mientras desayunaba contempló con disimulo a su padre. Su tono y sus palabras indicaban que sentía verdadera lástima por lo que le había sucedido a su vecina Marisa. La verdad era que muchas veces le había demostrado que

era una persona bastante sensible a las desgracias y problemas de los demás. En definitiva, Celia sabía que era una buena persona, con un amargo carácter a veces, pero una buena persona después de todo. Por ello, no podía entender a qué estaba jugando, por qué estaba engañando a su madre de aquella forma. Quería preguntárselo, que le explicara qué había exactamente entre la madre de Ana y él. Pero no sabía por dónde empezar.

—Emilio, ya lo tienes —dijo, de repente, un hombre cargado de una caja de herramientas que salía del interior de su casa—. Le he dado cuerda y lo he dejado funcionando. Es un mecanismo muy antiguo, pero funciona bien. Ahora el reloj no debe pararse.

—Perfecto —contestó su padre—. Celia trae mi cartera de dentro para que le paguemos a este hombre.

El mandato de su padre movió el cuerpo de Celia al instante, que se dirigió hacia el interior de la casa, hacia el enorme mueble del salón. Allí, sus brazos buscaron la estantería en la que se encontraba la caja de madera donde su padre guardaba su cartera y las monedas de cambio. Rápidamente la abrió y sacó la cartera. Al hacerlo algo que no debía estar allí llamó su atención. Justo debajo de varios papeles, entre las monedas, se encontraba una tarjetita verde, idéntica a la que Celia había encontrado semanas atrás en su mesilla.

Cogió la tarjeta de inmediato y empezó a leer entre dientes: «El Loro Verde. Sabor Tradicional. Hotel/Restaurante en Cartagena». No había duda de que la tarjeta era exactamente igual que la que había aparecido en su habitación. «Qué extraño. Cómo habrá llegado esto hasta aquí», pensó. Sin escapar de su asombro empezó a girar para salir hacia el jardín, pero justo antes de comenzar a moverse algo captó su atención de nuevo. Sobre la mesa, la luz parpadeante de su móvil no cesaba, en un intento por atraer su mirada. Al cogerlo descubrió varias llamadas perdidas de Víctor y un escueto mensaje de texto:

«Tengo novedades sobre Macarena. Llámame en cuanto puedas. Es urgente.»

Cerrando los ojos, Celia se maldijo a sí misma. Con todos los acontecimientos del día anterior no había revisado su móvil, que con su tono «en silencio» había pasado desapercibido toda la noche. Decidió llamarlo de inmediato.

—¡Celia! ¿Se puede saber qué haces? —le gritó su padre desde fuera.

Rápidamente y por inercia, Celia guardó tanto su móvil como la tarjeta que había encontrado en su mochila y encaminó sus pasos hacia fuera. Si quería

que la promesa de su padre no se rompiera en cuestión de segundos, lo mejor sería que no lo hiciera esperar más de la cuenta.

Ж Ж Ж

El viento no dejaba de aullar y dificultar cada paso que Celia daba hacia su encuentro con Víctor. Con cuidado cruzó la carretera que atravesaba toda La Manga y andando lo más rápido que pudo, se dirigió hacia la otra orilla de la playa, la que quedaba justo en el extremo opuesto a su casa. Era un camino muy corto, en no más de cinco minutos Celia podía cruzar de una playa a otra, pero solo se dirigía a aquella zona cuando no tenía más remedio. El temporal llevaba ya casi una semana enloqueciendo las aguas del Mar Mediterráneo, cuyas inmensas olas se habían hecho con la arena de la playa que quedaba justo debajo de casa de Celia, acabando por unos días con el verano en aquella zona. Aquella molesta tormenta de verano se resistía a despedirse y seguía sin darles tregua.

Por ello, habían decidido que lo mejor sería pasar la tarde en la parte que daba al Mar Menor donde sabían que podrían disfrutar de un buen día de playa. De hecho, cuando Celia cruzó entre los edificios y se vio, por fin, frente a la suave arena no pudo evitar pensar que acababa de viajar a otro mundo, a otro lugar muy lejano de donde venía. El malestar y agobio del temporal fue de repente sustituido por la tranquilidad que allí reinaba: no había viento, ni humedad y el mar reposaba sereno como si de un inmenso lago se tratara. Era extraño cómo dos extremos separados por menos de un kilómetro de tierra podían ser tan diferentes.

La playa estaba abarrotada, así que se dirigió directamente a la zona donde solían ponerse las pocas veces que pisaban esa playa. Allí, bajo la sombra de unos pinos, encontró a Víctor acostado sobre su toalla.

Con cuidado extendió su toalla junto a la de él y se sentó con las piernas cruzadas a su lado.

—Me estaba quedando casi dormido, qué bien se está aquí —le dijo Víctor, incorporándose ligeramente para sentarse a su lado, mirando al mar—. Celia, Celia... Es casi imposible contactar contigo por el móvil...

—*Lo utilizas solo para llamar y no para que te llamen* —rio Celia, mientras imitaba el tono de su amigo, repitiendo las palabras que muchas otras

veces le había dicho—. Pero cuéntame lo que has descubierto, que me tienes super-intrigada.

Víctor rio también al ver cómo su amiga adivinaba sus palabras. Se incorporó de un salto y tiró ligeramente del brazo de Celia.

—¿Nos bañamos y te voy contando? Necesito refrescarme un poco.

Celia asintió sin dudarlo. Sentía también su piel ardiendo bajo los intensos rayos de sol, así que se quitó la camiseta y la falda vaquera que llevaba y siguió a su amigo hacia el agua. Andando tras él no pudo evitar darse cuenta de cómo el cuerpo de su amigo había cambiado desde el último verano. Su espalda sobresalía como más ancha, con más protagonismo sobre su bañador deportivo rojo.

—Vamos al fondo, ¿no? —le preguntó volviéndose hacia ella, justo antes de entrar al agua, que yacía tranquila, sin olas. Celia volvió a asentir, sin apartar su mirada de él. También notó entonces su torso diferente, ligeramente más marcado, algo más atractivo. Asombrada se dio cuenta de que su amigo ya no era tan enclenque como recordaba. Pero para su sorpresa, casi prefería al antiguo Víctor, le daba miedo que su amigo pudiera cambiar lo más mínimo. Egoístamente lo quería siempre igual, siempre atento y preocupado por ella.

Los gritos y risas de unos niños captaron de repente su atención. A su alrededor, niños, adultos y ancianos se movían a su antojo dentro del agua. Algunos disfrutaban de su baño diario, relajados, hablando en concurridos corros, tranquilos gracias a la seguridad que ofrecía un mar tan poco profundo y sin olas. Otros parecían intrusos, sin saber muy bien qué hacer o cómo divertirse sin el oleaje al que sin duda estaban acostumbrados. Como a ellos, el mal tiempo debía haber acabado moviéndolos hasta allí, obligándoles a alejarse de la playa que daba al Mar Mediterráneo.

Cuando pasaron la zona más concurrida, se detuvieron y sumergieron sus cuerpos. El agua apenas les llegaba a la cintura, pero sabían que con mucho que anduvieran hacia dentro poco más les cubriría, esa era la peculiaridad más conocida del Mar Menor.

Justo en ese momento, para alivio de Celia, Víctor empezó a hablar sobre lo que había descubierto.

—Bueno, centrémonos en la foto que encontraste: teníamos a nuestra desaparecida, Macarena, junto a su marido, Alberto Puigcerver, y el entonces matrimonio formado por Mónica (que todavía tenemos pendiente volver a hablar con ella) y Luis. He conseguido hablar con este hombre, Luis Romero.

Ayer contestó a mi mensaje de Facebook. Ahora vive en Valencia y se volvió a casar hace unos años. Me dijo que Macarena y él habían sido muy buenos amigos y que llevaba años intentando localizarla. Me dejó su número de teléfono y su cuenta de Skype para que lo llamara cuando quisiera.

—¿Lo llamaste? —preguntó Celia, escuchando con atención.

—Sí, estuvimos hablando por Skype casi una hora —respondió Víctor, concentrado en sus palabras—. Me dijo que durante su último verano aquí, Macarena y él se hicieron inseparables.

—¿Cómo de inseparables? —cortó Celia, sorprendida de la respuesta—. ¿Crees que había algo entre ellos?

—No lo dejó totalmente claro —confesó Víctor, mirándola fijamente desde el agua—. Pero en todo momento hablaba como si lo que los hubiera unido fuera algo por encima de una mera amistad. En lo que sí insistió fue en que su marido no la quería, que ese abogado era peor persona incluso de lo que se rumoreaba.

»De hecho, me dijo que él la estuvo animando a divorciarse durante todo el verano — continuó Víctor, tras una momentánea pausa—. Intentando mostrarle que no podía seguir así eternamente. Según él, Macarena parecía convencida, pero, de repente, unos días antes de su desaparición, apareció frente a su casa para decirle que había cambiado de opinión y que no iba a divorciarse. Al parecer quería seguir con su marido.

—Qué extraño —dijo Celia, tras sumergirse de forma completa durante unos segundos—. Entonces, poco antes de desaparecer le dejó a su posible amante totalmente claro que no quería divorciarse de su marido. ¿Y si su marido se enteró y la amenazó? Pero es todo rarísimo, es más, recuerda que en el informe policial ponía que cuando le preguntaron al marido por la desaparición dijo que no sabía nada, que iban a separarse y por eso llevaba tiempo sin verla... No sé, creo que alguien está mintiendo... ¿Le preguntaste si sabía algo de las amenazas?

—Punto raro —dejó escapar Víctor, frunciendo el ceño—. No sabía nada de los mensajes anónimos. Macarena nunca le dijo nada.

—Si eran tan amigos... ¿Por qué no se lo contó? —preguntó desconcertada Celia.

—Exacto. Pero hay algo todavía más raro —empezó a decir Víctor—. Me dijo que la noche en la que desapareció Macarena, él también estuvo en la casa. Al parecer cenaron los tres juntos, su mujer (Mónica) esa noche no pudo

ir. Me confesó que fue una cena extraña, diferente, en la que ninguno de los tres dijo casi nada. Después de cenar, algo preocupado se fue a casa. Nunca volvió a verla.

—Pero no lo situaron en la casa aquella noche —dijo Celia, sin llegarse a creer lo que estaba escuchando—. Quiero decir, el informe policial no decía nada de eso.

—Eso es lo que no me cuadra —confesó Víctor, sentándose sobre sus rodillas en el agua— ¿Por qué jamás confesó que había estado allí? ¿Por qué lo dice ahora, después de tantos años? Hay algo raro en ese hombre, algo que no sé explicar, pero que noté en cuanto comencé a hablar con él.

»Tenemos que intentar volver a hablar con su exmujer, Mónica —continuó diciendo Víctor—. Tenemos que contrastar todo lo que ahora sabemos. Porque hay algo que no termino de entender, algo que no encaja. Puede que hayamos dado por sentado que el marido de Macarena estaba detrás de su desaparición demasiado pronto. Han surgido nuevos nombres y no deberíamos descartar ninguna posibilidad.

Salieron poco a poco del agua, sin articular palabra, pensativos, hasta dejarse caer sobre sus toallas. Con cuidado Celia se acostó bocarriba, mirando hacia el cielo, cubriendo sus ojos con su propia camiseta para evitar los cegadores rayos de sol. No podía dejar de pensar en todo lo que ahora sabía. Macarena no era feliz y, pese a que intentó durante un tiempo cambiar su vida, parece que todo acabó una noche en la misma casa donde ahora ella vivía. Una noche en la que dos personas la habían acompañado: su marido y un buen amigo. Un posible amante.

Una vez más, se sintió en un oscuro laberinto sin salida. Cuánto habría sufrido esa mujer sobre las mismas paredes sobre las que ella misma lloraba ahora casi cada día. No quería seguir pensando sobre ello, quería sentirse libre de aquella carga, así que apagó su mente, dejándola deambular a sus anchas, sin forzarla a pensar en nada.

—Víctor —dijo suavemente, apartando la camiseta de su cara, dirigiendo su mirada hacia él—. ¿Tú crees que sufren?

—¿Quiénes? —preguntó Víctor, sorprendido por la pregunta de su amiga, intrigado por la preocupación y angustia que sus vidriosos ojos verdes mostraban.

—Las *chicharras*.

—¿Las qué? —volvió a preguntar Víctor sin entender a lo que su amiga

podía estar refiriéndose.

—Cierra los ojos y escucha —le susurró Celia, mientras lo invitaba a imitarla, cerrando sus ojos suavemente. Pronto Víctor descubrió a lo que se refería su amiga, detrás del sonido de las olas, de las risas y gritos de los niños jugando sobre la arena, como un sonido que hacía de telón de fondo, se podía escuchar el cantar de las cigarras sobre los pinos.

—¿Las cigarras? —preguntó Víctor.

Celia asintió lentamente con la cabeza, mordiéndose el labio con cuidado, sonriendo ligeramente.

—Aquí las llamamos *chicharras*.

—Pues no lo sé —contestó indeciso, pensando bien cómo continuar su respuesta—. Pero puede que no, puede que griten por otra cosa. La mayoría de gente que sufre lo hace en silencio.

La respuesta de Víctor despertó algo dentro de Celia. Apartó su mirada de él y la dirigió hacia el frente, hacia la playa. Pensó en su madre, en Macarena, en ella misma. En todo por lo que estaba pasando y lo que le había ocurrido. Lentamente volvió a mirar a Víctor.

—¿Sabes? —le preguntó mostrando una enigmática media sonrisa—. Creo que tienes razón.

—No sé cómo pudimos hacer eso —dijo Celia tapándose la boca, intentando contener como podía a las interminables carcajadas que se habían adueñado de ella—. ¿Recuerdas la cara que se les quedó cuando destrozamos el castillo que habían estado haciendo todo el día?

—Tengo mejor recuerdo de cómo tuvimos que correr por la playa para que no nos pillaran, ahí, esquivando como podíamos a la gente —contestó Víctor, también entre risas—. Ay, ¡quién volviera a ser crío de nuevo!

—La verdad es que sí —comentó Celia con un suspiro melancólico, mientras cogía como podía su enorme hamburguesa—. Son los mejores veranos.

Siguieron hablando, recordando algunas de las aventuras que a lo largo de los veranos habían protagonizado. Como cuando eran niños, esa tarde la habían pasado sobre la arena. De hecho, nadie más quedaba en la playa cuando presos de la caída de la oscuridad de la noche habían tenido que retirarse de la orilla del mar. Ninguno de los dos había querido separarse entonces, por lo que habían acabado en una de las miles de mesas de El Zoco, en medio de un gran tumulto, tomando una hamburguesa con patatas fritas. No habían hecho nada fuera de lo normal, pero Celia se sentía en una nube, feliz de estar allí junto a su amigo. Y, después del mal trago que había pasado con Ivan, no podía evitar sentirse estúpida por haber dejado pasar prácticamente medio verano sin compartir apenas ningún momento con Víctor. Se había dejado cegar por el interés que había despertado en ella la novedosa compañía de Ivan y, la verdad, es que aquella tarde, junto a su amigo de toda la vida, había reído más de lo que lo había hecho durante todo el verano.

—Ana... —mencionó Víctor muy flojito, casi en un susurro. Celia se giró en la dirección que Víctor le indicaba con su mirada para descubrir que a unos metros, en medio de un gran masa de gente, se encontraba su amiga Ana que sin llegar a parar, hizo como si no los hubiera visto y pasó de largo. Celia volvió a centrar su mirada en su amigo, había agachado ligeramente su cabeza, aparentemente preocupado por lo que Ana podría haber pensado al verlos allí.

Desvió entonces su mirada hacia la mesa, Víctor ya había terminado de tomarse toda su cena.

—Ve, si quieres, y habla con ella —dijo Celia, dejando salir unas palabras que realmente no quería pronunciar. Pero no había duda de que Víctor estaba preocupado, quizá temiera que, si Ana pensaba que había algo entre ellos, se reducirían sus posibilidades con ella—. Has terminado ya, a mí me queda un poco, pero termino y pago yo. Puedes irte ya.

—No digas tonterías, no pasa nada... —contestó Víctor, intentando mostrar sin éxito alguno una indiferencia que claramente no existía—. ¿Te importa?

—Claro que no. ¡Vete!

La partida de Víctor la dejó totalmente sola en medio de aquel gran tumulto. Despacio terminó su cena y pagó la cuenta. Con cierta dificultad cruzó por entre las casi apiladas mesas, llenas sobre todo de jóvenes parejas riendo y disfrutando. La verdad era que le habría gustado alargar un poco más aquel día, aquellas risas. Pero sabía que no podía exigir más, que ya no era esa gran prioridad que siempre había sido para su amigo. En parte sentía que lo había perdido y le dolía saber que todo había sido culpa suya. Ella misma se había ido alejando de él durante el verano, querer ahora tenerlo de vuelta íntegramente para ella era algo que simplemente no era posible.

Y, pese a ello, se le hacía difícil seguir adelante sabiendo que en ese preciso instante Víctor estaría con Ana. Hablando con ella, mirándola con su dulce mirada, riendo a su lado y quién sabe si quizá haciendo también otras cosas.

Anduvo sin rumbo por entre los abarrotados pasillos de la zona comercial, dando vueltas por los escaparates de las tiendas, pero sin ningún interés en lo que estaba haciendo. Al llegar a una pequeña librería se paró para mirar las novedades del escaparate, era extraño que, con lo que le gustaba leer, ese verano no lograra concentrarse, no conseguía avanzar con ningún libro. Varios títulos del escaparate captaron su atención, así que cogió uno de ellos y se entretuvo ojeándolo desde la entrada. Fue en ese momento cuando, mirando ligeramente por encima del libro por el rabillo de su ojo, se dio cuenta de que un hombre de unos cincuenta años se había parado a unos diez metros de ella, justo en el momento en el que ella se había detenido con el libro. Un hombre que sentía ya había visto varias veces esa noche. Intrigada decidió moverse de inmediato y, para su sorpresa, al empezar a caminar de nuevo aquel misterioso hombre reemprendió también su marcha.

Siguió andando entre las tiendas, angustiada, mirando de reojo hacia atrás.

Su corazón se aceleró aún más al descubrir que ese hombre llevaba una gran cámara réflex colgada en su cuello. Con temor recordó la noche en la que un coche la había estado siguiendo mientras le echaba varias fotos. Tras el altercado en su casa, la policía les había dicho que llevaran mucho cuidado y que intentaran no moverse solos de noche. Alguien podría estar siguiendo sus pasos.

Pero no podía dejarse llevar meramente por esos recuerdos, preocuparse por algo que quizá ni tan siquiera estaba ocurriendo. Necesitaba una prueba de que ese hombre realmente la estaba siguiendo. Así que, con decisión entró en la tienda más cercana y fingiendo interés por unos pañuelos se situó cerca de la entrada, mirando hacia fuera. Contuvo la respiración, clavando su mirada en la gente que pasaba por delante de la tienda, esperando que en cualquier momento ese hombre pasara de largo y siguiera con lo que lo hubiera traído hasta allí, algo que esperaba nada tuviera que ver con ella. Durante el tiempo que estuvo allí parada contó a las personas que pasaron por decenas, pero no hubo rastro de aquel tipo.

Asustada salió de la tienda, miró a ambos lados y, cerrando sus ojos, respiró aliviada al verse al fin libre de aquella presencia. La figura parecía haber desaparecido así que reemprendió su camino algo más serena. Sin embargo, esa calma duró apenas unos instantes, ya que en cuanto empezó a andar volvió a sentir una presencia tras sus pasos.

No se lo podía creer, ese hombre la estaba verdaderamente siguiendo. Aterrada intentó decidir qué era lo que debía hacer. Su casa no estaba lejos, tendría que cruzar algunas calles solitarias, pero si corría sabía que podría hacerlo en muy poco tiempo. Así que, sin pensarlo más, salió del paseo infestado de gente, cruzó una pequeña calle y se dirigió a cruzar la carretera principal que separaba ambos extremos de La Manga y la llevaría a su urbanización. Justo antes de alcanzar el paso de peatones miró hacia atrás, para ver cómo aquel hombre salía también de entre la muchedumbre y empezaba a cruzar la calle tras ella. Apretó los dientes y mirando hacia delante, se adentró casi corriendo en el paso de peatones. En ese momento, el chirrido de un coche frenando de golpe le hizo mirar a su lado. A escasos centímetros de ella, un coche acababa de frenar violentamente, evitando así colisionar contra ella. Muy nerviosa, casi temblando, dio unos pasos hacia atrás y salió del paso de peatones. Totalmente abrumada por lo que acababa de pasar, vio como el conductor del coche seguía su camino maldiciéndola al

pasar. Su cabeza empezó a dar vueltas y vueltas, y sin saber muy bien qué había pasado buscó el semáforo de los peatones. Estaba en rojo, se había adentrado en él sin poder hacerlo, casi había sido atropellada por su propia culpa. Miró a su alrededor, ya no había rastro de aquel hombre que la había estado siguiendo, ahora simplemente se veía a sí misma temblorosa y sola en medio de aquella enorme calle. Casi pensó que quizá todo había sido una horrible alucinación, que nada había pasado allí aquella noche. Pero algo le decía que había sido real, que verdaderamente ese hombre había estado tras ella. Todavía abrumada por lo que había ocurrido, esperó allí plantada hasta que aquella máquina le indicó con sus luces que podía pasar.

Cruzó a toda prisa y, a paso ligero, se adentró en las calles residenciales, solitarias y oscuras, que nada tenían que ver con las de la zona comercial de la que venía. Todavía aterrada empezó a caminar muy rápido, casi corriendo. Estaba deseando regresar a la seguridad de su casa, a la protección de su pequeño castillo. Fue cuando su corazón ya empezaba a serenarse, cuando los pasos tras ella volvieron a escucharse. Alguien la estaba siguiendo de nuevo. Sin apenas pensarlo empezó a correr lo más rápido que pudo y para su angustia aquellos pasos empezaron a correr también tras ella. Conocía la zona como la palma de su mano, así que decidió perderse entre las callejuelas para tratar de desorientar a aquella persona. Simplemente debía evitar mirar atrás, en seguida estaría en casa.

Pero al entrar en un pequeño callejón, en el mismo en el que Diego a principios de verano la había humillado e insultado, aquella persona logró alcanzarla, agarrándola con fuerza desde la espalda.

—Celia, Celia, soy yo —le dijo una voz que conocía a la perfección—. Deja de correr por favor, solo quiero hablar contigo. He ido a tu casa mil veces desde ayer, pero no estabas.

—Ivan, suéltame —contestó Celia, alejándose de sus brazos, descubriendo aterrada que casi estaba llorando. Pero un gran alivio se adueñó de ella al descubrir que no tenía justo enfrente al hombre que había visto en El Zoco—. Me has dado un susto de muerte, creo que alguien me estaba persiguiendo por las tiendas de El Zoco... Pensaba que ahora también me seguía...

—Lo siento, de repente has empezado a correr —le dijo Ivan, cuya respiración después de la carrera también estaba algo acelerada—. Y tenía que hablar contigo, así que he empezado a correr también.

—Sinceramente no creo que tengamos nada que hablar.

—Celia, escúchame, por favor —contestó Ivan acercándose a ella, atrapándola entre él y la pared—. Lo siento, lo siento mucho. No quería hacerlo y no sabes cómo me siento por haberlo hecho.

—Pero lo hiciste —respondió Celia, haciéndose a un lado, liberándose de su presencia—. No me vale tu perdón, tus palabras, porque la cosa es que lo hiciste.

—Celia, te pido perdón hoy y te seguiré pidiendo perdón mientras viva —confesó Ivan mirándola fijamente—. Te quiero, nunca he sentido que ninguna persona me hiciera tanto bien como me haces tú. Por eso siento tanto lo que hice y entiendo también que no puedas perdonarme, no ahora. Pero, Celia, voy a esperar, esperaré hasta que lo hagas. Me necesitarás y cuando llegue ese momento aquí estaré, esperando.

La miró por última vez, una mirada vencida y apenada por un claro fracaso, y agachando ligeramente la cabeza, se alejó de Celia, marchándose a través de las estrechas y oscuras calles que allí los rodeaban.

Ж Ж Ж

Sin prestar demasiada atención, aparcó su coche sobre la acera y salió bruscamente de él. Estaba furioso, esa chiquilla parecía haberse dado cuenta de su presencia y lo que era peor: casi la atropella un coche por su culpa.

Lo que más rabia le daba era que él no debería estar allí, debería estar muy lejos disfrutando del fin de esa pesadilla. Pero no, para su desesperación, los ordenadores habían hecho una de las suyas. Su amigo lo había llamado unos días atrás, diciéndole que habían perdido parte de los archivos y que necesitaban que siguiera con el trabajo hasta el final del verano. Había recibido la noticia como un chorro de agua fría, pero no había mal que por bien no viniera, ese mes recibiría una fortuna, le habían prometido pagarle el doble de lo acordado.

La verdad es que no le importaba seguir un poco más, siempre que no tuviera que verse involucrado en nada parecido a lo que hicieron aquella noche. Eso había sido, sin duda, sobrepasarse con aquella familia. De hecho, lo había pasado muy mal al principio, sintiéndose presa del pánico cada vez que pasaba cerca de un policía, como si en cualquier momento fueran a venir a detenerlo. Pero fue relajándose conforme los días pasaron y se fue dando cuenta de que todo seguía igual y que nadie sospechaba de él.

Aun así no estaba tranquilo, ese horrible abogado que parecía ser el cabecilla de todo no le hacía ninguna gracia. Apenas había tenido que hablar con él, pero se había dado cuenta de que no era de fiar, que se trataba de ese tipo de personas capaces de hacer cualquier cosa para conseguir lo que querían. Su amigo le había comentado que habían buscado al mejor, que era uno de los más famosos de Madrid, pero igualmente seguía habiendo algo en él que no le traía buenas vibraciones.

Justo antes de entrar a su casa, aprovechó para mirar al cielo. Ya no había viento, por lo que con un poco de suerte el buen tiempo volvería a la mañana siguiente.

Ж Ж Ж

Sin hacer ruido, Víctor abrió la puerta de su casa y se dirigió hacia el pasillo de su apartamento. Le habría gustado haber estado más tiempo con Celia esa noche, hacía mucho que no la notaba tan tranquila y relajada, tan Celia después de todo. Pero no había sido capaz de dejar marchar a Ana cuando claramente le había afectado verlo allí junto a su amiga. Y, por ello, tampoco se arrepentía de su decisión, simplemente le hubiera gustado protagonizar un final distinto aquella noche.

Empezó a caminar por el pasillo con una mezcla de miedo y excitación. Se le había hecho un poco tarde hablando con Ana, pero todavía esperaba encontrar a su madre despierta, leyendo un poco antes de acostarse; sin embargo, todo allí dentro estaba en silencio y a oscuras, sin movimiento alguno. Se dirigió hacia el salón para detenerse justo antes de entrar, la puerta estaba entornada y de ella salían luces intermitentes y diversos sonidos. Sus padres debían estar viendo una película.

Algo le dijo que no era el momento más indicado para hablar con ellos, así que finalmente decidió cambiar sus planes y, sin hacer ruido, se movió casi de puntillas hacia su habitación. Allí encendió, por fin, la luz y se tiró sobre su cama; acostado descubrió que una gran tranquilidad volvía a caer sobre él. Le hubiera gustado haber podido hablar con su madre esa misma noche, pero no podía negar que se sentía aliviado al no tener que enfrentarse todavía a las consecuencias de sus decisiones.

Y es que estaba totalmente seguro de que su madre todavía esperaba que cambiara de decisión, que acabara haciendo lo que ella quería que hiciera.

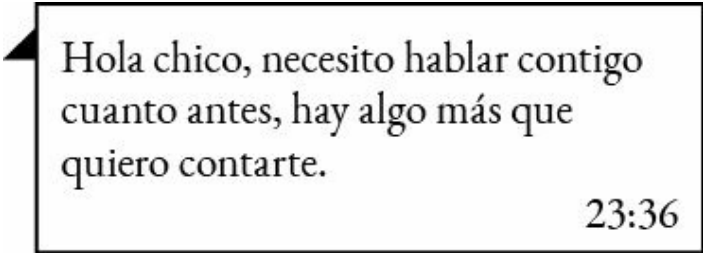
Por ello temía tanto su reacción, no era capaz de imaginar lo que ocurriría cuando se enterara de que no solo no había cambiado de opinión, sino que ya prácticamente era alumno de la Universidad de Cartagena. Lo cierto era que no temía ni sus gritos ni su enfado, lo que realmente le preocupaba era la profunda decepción que iba a causarle. Cómo en cuestión de segundos la visión que su madre tenía de él se empañaría, dejando de sentirse tan orgullosa del que siempre había sido su hijo favorito.

Por ello, llevaba semanas pensando cómo explicarle lo que realmente sentía, por qué sabía que era allí donde estaba su futuro. Tenía que hacerle entender que eso era verdaderamente lo mejor, que su madre fuera capaz de ver a través de sus ojos.

Un sofocante calor se apoderó de él, dando forma a las calurosas noches de ese mes de agosto. Se quitó la camiseta que tiró sobre su escritorio y, sentándose sobre su cama, abrió la ventana de su habitación. Apenas notó diferencia de temperatura, pero al menos pequeños sonidos de la calle se colaron en su cuarto, eliminando la sensación de agobio que lo había inundado en cuestión de segundos.

Suspirando se dio cuenta de que no tenía nada de sueño, así que cogió su portátil y se tumbó con él sobre su cama. Todavía tenía tiempo al menos para empezar a ver una peli. Esperó durante unos eternos segundos mientras su ordenador se cargaba, impaciente por empezar a buscar una película casi obvió un pequeño detalle: había recibido un mensaje por Skype. Intrigado por el mismo, lo abrió de inmediato.

Jueves



Hola chico, necesito hablar contigo cuanto antes, hay algo más que quiero contarte.

23:36

Luis, el amigo íntimo de Macarena, se había puesto en contacto con él de nuevo. Apenas habían pasado 24 horas desde su última conversación. ¿Qué querría contarle? Parecía que ese hombre estaba nervioso por algo y él estaba dispuesto a descubrir qué era eso que lo mantenía tan preocupado. Buscó en su

lista de contactos, todavía aparecía como conectado, sin pensarlo dos veces, empezó a escribir.

Jueves

Hola chico, necesito hablar contigo cuanto antes. Hay algo más que quiero contarte.

23:36

Viernes

Hola Luis! Ya estoy por aquí, si puedes hablar estoy disponible.

01:15

Mirando fijamente a la pantalla, contuvo la respiración. No había señal de que Luis estuviera escribiendo, quizá había olvidado apagar el ordenador y ni tan siquiera estaba realmente disponible en ese momento. Dejó el ordenador sobre su cama, se sentía muy excitado, todo parecía un sueño, uno de esos momentos tan peculiares en los que se siente que nada de lo que está ocurriendo puede ser real. Pero los minutos pasaron y nada ocurrió, todo siguió tan silencioso como al principio. Estaba empezando a perder toda esperanza, cuando su ordenador empezó a emitir ese sonido que tan bien conocía: estaba recibiendo una llamada de Skype. Rápidamente saltó de su cama, buscó sus auriculares por su escritorio y, en cuestión de segundos, se sentó sobre su cama con todo preparado para hablar con él. Respirando profundamente, aceptó la llamada entrante.

Su pantalla se volvió negra por un momento para después mostrarle un rostro atractivo y cuidado, que pese al paso de los años, seguía recordando al hombre que aparecía en la foto que Celia había encontrado. Había ganado algo de peso, pero seguía manteniendo el mismo aire de hombre responsable y con clase, que sin duda, debía haber atraído durante toda su vida a las mujeres.

—Hola... Víctor —le dijo, dudando ligeramente con su nombre. Parecía nervioso y cansado, como si no hubiera conseguido pegar ojo durante días—.

Perdona por la hora, pero tengo que contarte algo, algo que ayer no te dije... Una cosa, ¿has hablado al final con Mónica... mi exmujer?

—Todavía no —contestó Víctor sin dudar. La pregunta lo pilló por sorpresa, era como si Luis estuviera nervioso por lo que aquella mujer pudiera haber dicho.

—Bueno... No pierdes nada —continuó Luis—. Ella realmente no sabe nada, en realidad, apenas eran amigas. Será una pérdida de tiempo. Así que no te preocupes si no das con ella, tampoco merece la pena.

Víctor no podía salir de su asombro. ¿Lo había llamado realmente solo para saber si había logrado hablar con su exmujer?

—No sé si te lo conté el otro día, me he acordado hoy por casualidad —Con esas palabras de Luis, la atención de Víctor volvió a concentrarse en la pantalla—. Macarena me confesó que había un vecino de la zona que estaba enamorado de ella, obsesionado diría yo. Me dijo que lo había descubierto más de una vez espiándola.

Vaya, eso era nuevo. Tenía que preguntarle a Celia si tenía alguna idea sobre quién podría ser.

—¿Te llegó a confesar de quién se trataba?

—No, no me dijo nada más, nunca le di mucha importancia. Macarena era una mujer muy guapa y atractiva. Podría ser cualquiera. Pero... La verdad es que hay algo más que quería comentarte. Algo que no le he contado nunca a nadie, supongo que fue por miedo. —Luis se paró, como valorando por última vez si debía hablar o no. Finalmente, tras unos eternos segundos, pareció convencerse a sí mismo y continuó con mayor seguridad su monólogo—. Habíamos decidido huir juntos, empezar en otro sitio desde cero. Ninguno de los dos éramos felices en nuestros matrimonios, pero sí lo éramos cuando estábamos juntos.

»En realidad, fue todo idea de Macarena. ¿Sabes? Era muy fantasiosa, muchas veces no sabías si lo que te decía iba en serio o no, pero eso era lo que la hacía única, perfecta a su manera. Su único defecto era que siempre estaba demasiado pendiente de lo que pensaban los demás, pero quitando eso, era casi perfecta. Con este plan, estoy seguro de que hablaba en serio, y lo preparó todo para llevarlo a cabo. Sin embargo, unos pocos días antes cambió de idea.

—¿Fue cuando te dijo que había decidido seguir con su marido? —preguntó Víctor, muy atento a lo que estaba escuchando. Observó con atención el rostro que aparecía en su pantalla, en busca de emociones. Sus ojos mostraban un brillo inusual, una mezcla de tristeza y rencor acumulado por el paso de los años.

—Sí, sin dar más explicación, dio por terminado lo nuestro —tragó saliva y, sin dar descanso a Víctor para interiorizar todo lo que estaba escuchando, continuó hablando—. Aquella última noche cuando me invitaron a cenar, pensé que Macarena habría cambiado de opinión, que había decidido irse conmigo. Pero nada me dijo al respecto... —Para sorpresa de Víctor, Luis se frenó durante unos segundos, como si estuviera midiendo sus palabras—

»...Al terminar me acompañó a la puerta y cuando al marcharme saqué el tema, ella simplemente se puso muy nerviosa, aterrada de que su marido pudiera oír algo. Recuerdo ese instante tenuemente, estaba tan furioso que apenas podía controlarme. Macarena se dio cuenta y me pidió que me tranquilizara, que en ese momento no podía hablar, pero que se vería conmigo esa misma noche, en la playa, cerca del puente levadizo sobre las 4 de la mañana. La estuve esperando allí hasta que amaneció, jamás apareció. Y la cosa...

Luis siguió hablando sin descanso, repitiendo muchas de las cosas que ya le había dicho el día anterior, defendiendo que le contaba todo eso para intentar ayudar a descubrir qué le ocurrió a Macarena y dándole a entender de nuevo que no era necesario que hablara con su exmujer. Pero Víctor no siguió escuchando, Celia y él volverían a intentar hablar con Mónica, tenía muy claro que era muy importante conocer su versión de los hechos. Pero también había algo más que empezó a tomar forma en su cabeza, ¿y si Macarena sí fue esa noche al encuentro con su amante?

Domingo, 9 de agosto de 2009

LA MANGA

Cuando Celia salió al jardín aquella mañana y se asomó por la balaustrada de su casa se dio cuenta de que el verano había vuelto a La Manga: el cielo estaba totalmente despejado y brillaba en un azul celeste muy intenso, el mar se movía de forma muy suave y sus pequeñas olas emitían un relajante sonido al deslizarse sobre la arena, que como por arte de magia había vuelto a recuperar la superficie perdida durante el temporal. Por su parte el agua, tras el trasiego vivido durante los últimos días, lucía cristalina, transparente y aparentemente purificada. Celia sabía que el baño que allí la esperaba sería de ensueño, refrescante y relajante, ideal para eliminar el asfixiante calor que desde muy temprano la acompañaba.

Pero resignada, apartó su mirada de la playa. Tenía claro que aquel baño tendría que esperar, lo urgente ese día era visitar a Mónica, pues debían contrastar todo lo que Luis, su exmarido, le había contado a Víctor sobre la extraña pareja que había habitado esa misma casa años atrás.

Así que rápidamente regresó al interior de la casa donde se paró durante un instante a mirar la hora en el gran reloj de madera del salón. Todavía tenía tiempo para desayunar y terminar de prepararse, pero debía de darse prisa, no quería hacer esperar a Víctor.

Entró en la cocina, sabía que debía tomar algo, pero apenas tenía hambre, por lo que al final simplemente cogió su taza de leche y se dirigió al jardín.

Su abuela, ya vestida con su atuendo negro, estaba desayunando en la mesa de piedra. Con cuidado Celia puso su taza a su lado y se sentó junto a ella.

—Vaya —le dijo su abuela, mientras masticaba la cucharada de galletas mojadas en leche que se acababa de meter en la boca. Desde que tenía uso de razón su abuela siempre había desayunado lo mismo: un yogur y un bol de leche con tantísimas galletas *María* que adquiriría un aspecto pastoso que a

Celia siempre le había parecido muy poco apetitoso—. Qué temprano te has levantado hoy, ¿te vas ahora a la playa *con la* bici?

—Hoy no, hoy he quedado con Víctor para hacer unas cosas. Si puedo bajaré aquí, luego cuando vuelva.

—Claro, si es que irse tan lejos teniendo aquí una playa tan buena. A ver si te da tiempo a bajar porque hoy va a hacer un día estupendo —le confesó su abuela, sin dejar de devorar su desayuno—. Una cosa Celia, que ayer se me pasó decirte. Ha estado viniendo un chico preguntando por ti, pero siempre ha coincidido que no estabas. Me sonaba de algo, pero no sé decirte quién era. Víctor no, que a él sí lo conozco muy bien. Madre mía, los años que sois amigos, erais críos y ya jugabais por aquí...

Celia contuvo la respiración, tenía muy claro quién podría haber estado intentado localizarla. Con cuidado tragó saliva, esperaba que Ivan hubiera terminado de entender que no podía perdonarlo y que no tenía más opción que alejarse de ella. Justo en ese instante un portazo la sacó de sus violentos recuerdos, un golpe que hizo girar su cabeza de forma automática y acabó con las incesantes palabras de su abuela. Desde allí vio como su padre salía de la casa, se despedía de ellas hasta la noche y se montaba en su coche para marcharse.

—Tiene que ir a ver unas cosas del negocio a Murcia —le dijo su abuela, acercándose un poco a ella, como si le estuviera contando un misterioso secreto—. Algo urgente, no creo que muy importante, pero lo urgente casi nunca lo es. Eso sí, esperemos que vaya de verdad a ver cosas del negocio y no sea una excusa para irse, porque yo ya no me fío mucho. Y eso es muy muy grave decirlo una madre de un hijo, pero... Con lo que ha pasado... ¿Qué voy a hacer? Hay que ver, por qué será que a veces los adultos se comportan como niños y a los jóvenes os toca comportaros como adultos.

»Celia —continuó diciendo su abuela, aparentemente preocupada—, no dirás que no te lo digo. En cuanto volvamos a Murcia después del verano, te tienes que venir a mi casa y te tengo que decir dónde lo guardo todo. Que no es que tenga mucho, pero quiero que todo sea para ti; que tengo juegos de cama de puntilla, algunas gargantillas, sábanas sin estrenar... Tú lo que no quieras, cuando yo falte, lo regalas; pero te tengo que decir dónde está cada cosa porque yo, por si entraran ladrones, algunas cosas las tengo escondidas en sitios que no te esperas. Y no sea que al final todo vaya a peor y tu padre

acabe metiendo a alguna en mi casa. Yo ya estoy muy vieja y me puede pasar algo cualquier día y, sin darnos cuenta, una cualquiera se lo queda todo.

—Sí, abuela, no te preocupes —contestó Celia de inmediato. La verdad era que no había nada en ese momento que le importara menos que las sábanas de su abuela y su fatalista visión del futuro, pero sabía que era algo importante para ella y que debía mostrar interés—. Tú a eso no le des vueltas, que no va a pasar y si pasa nadie va a quitarnos nada.

Sus palabras parecieron tranquilizarla, ya que continuó desayunando aparentemente algo más relajada. Tranquilidad que Celia aprovechó para empezar a devorar su desayuno.

Anda guapa —le dijo de nuevo, obligando a Celia a terminar rápidamente con su leche—. Dime si el yogur está caducado que yo creo que ya lo tenemos tiempo en el frigo y no veo bien la fecha.

—Está perfecto, tómatelo tranquila —contestó una vez había comprobado la fecha de caducidad del envase.

Siempre había ayudado a su abuela en todo lo que había podido, una mujer a la que consideraba inteligente y resuelta, pero que apenas sabía leer y escribir. Sin embargo, como a ella misma muchas veces le gustaba recordar, nada le había impedido ayudar a su marido cuando empezó su negocio, anotando como podía los pedidos, y como siempre remarcaba, nunca nadie se había quejado de que anotara algo mal.

—Abuela —empezó a decir tímidamente Celia—, ¿no te hubiera gustado ir a la escuela?

—Ya lo creo que sí —le dijo casi al instante, sonriendo—. Pero cuando mi madre murió, éramos seis hermanos y yo con ocho años, me tuve que quedar en casa ayudando a mi hermana con la comida y limpiando por allí. Luego de más *grandecica* le dije a mi padre de ir a unas clases que daban por las tardes, pero no lo vio necesario. Pensó que para lo que tenía que hacer en la vida, no me haría falta. —Paró sus palabras durante unos segundos para beber agua—. Pero bueno, tú has ido por mí.

—Por ti y gracias a tu esfuerzo —contestó Celia levantándose y dándole un beso en la frente—. Voy a dejar esto en la cocina que me tengo que ir en seguida.

Se marchó hacia el interior de la casa, dejando a su abuela terminar sola su primera comida del día. Lo hizo feliz de poder compartir su día a día junto a alguien que había luchado tanto por ofrecer un futuro mejor a su familia. No

pudo evitar pensar también en cómo todo había cambiado en no mucho tiempo, en cómo sus abuelos apenas habían podido estudiar y ella ahora disfrutaba de todo tipo de facilidades para poder hacerlo. Todo el mundo se quejaba de lo poco preparados que todavía salían los jóvenes de los colegios, pero estaba segura de que muy poca gente se paraba a pensar en cuánto se había en realidad mejorado en las últimas décadas.

—Celia, ¿te importa si hablamos un momento?

La voz de su madre la sorprendió desde atrás, provocando que casi se le cayera el vaso que tenía entre las manos. Con cuidado, lo dejó sobre la encimera y se sentó en uno de los taburetes de la cocina, mirando hacia su madre.

—Sí, claro, dime.

Su madre cerró la puerta, como si fuera a decirle algo que no quería que su abuela escuchara, y se sentó en el taburete libre, justo a su lado.

—He tomado una decisión y quiero que seas la primera persona en saber de ella —empezó a decir, sin apenas mirarla a la cara, como avergonzada de lo que estaba haciendo—. Celia, he decidido que voy a divorciarme. No puedo más, estas paredes se me caen encima y la cosa es que yo esperaré y esperaré a que tu padre reaccionara, pero tengo mucho miedo de que no lo haga nunca. Hoy mismo he hablado con él, ¿y sabes que me ha dicho? Le he preguntado si pensaba seguir así y me ha dicho que no lo sabía, que él ahora mismo era esto lo que quería. Celia... Yo no puedo continuar así, llorando cada día, sin ganas de nada, ni de tocar el piano, ni de pasear, ni de hacer nada de lo que siempre he hecho. Simplemente esperar, esperar a que tu padre se canse o encuentre a alguien y me abandone del todo. Sé que no puedo seguir así.

»Y sé que no tengo culpa de nada de lo que está pasando, pero aun así me siento muy culpable —continuó su madre—. Es más, lo único que espero es que seas capaz de perdonarme, de no odiarme por lo que voy a hacerte, por lo que le voy a hacer a nuestra familia.

Fue al terminar esa frase cuando su madre, por fin, levantó su cabeza y se atrevió a mirarla. Una mirada cargada de lágrimas, derramadas por unos ojos atormentados por una carga, un peso que Celia sabía la estaba devorando.

Celia se sintió de repente como si estuviera cayendo desde lo alto de un acantilado, sin ningún control sobre lo que estaba ocurriendo. Le hubiera gustado ser capaz de reaccionar rápidamente, tirarse sobre su madre de

inmediato en un fuerte abrazo, pero no pudo hacerlo. Necesitó unos segundos para situarse, para entender el alcance que tendría aquella confesión y poder así reaccionar a sus palabras. Cuando retomó el control sobre sí misma no lo dudó, se lanzó sobre su madre y compartiendo su dolor la abrazó como nunca antes lo había hecho, con fuerza y orgullo de tenerla a su lado.

—Mamá, no tengo nada que perdonar. Nadie en el mundo se merece ser feliz tanto como tú. Nadie. Te lo he dicho mil veces, te apoyo en todo lo que tú decidas.

—No sabes lo feliz que me hace escuchar eso —contestó su madre, separándose ligeramente de ella y limpiándose con un pañuelo de papel las lágrimas que salían a borbotones de sus enormes ojos—. Sabes que no quiero que nada de esto te afecte. Tú eres lo más importante. De momento, por favor, no se lo digas a nadie. Todo debe continuar como si nada estuviera pasando. Esta tarde voy a Cartagena, he quedado allí con la tía para ir a ver a una abogada que dice que es buenísima en este tipo de casos. Además, creo que me vendrá bien pasar unas horas con ella, alejada de esta casa.

«Cartagena», pensó, esa ciudad de costa situada a pocos kilómetros de La Manga donde su madre se había criado, donde vivía su tía y donde el próximo curso estudiaría Víctor. Ese lugar que hacía tanto que no visitaba y que la seguía esperando. Tenía que sacar un hueco para ir. No había visto a su tía en todo el verano y, la verdad era que la echaba de menos.

—Me parece perfecto —contestó suavemente Celia, cogiendo su mano—. Infórmate de todo poco a poco, la tía te puede ayudar. A ver si la próxima vez que vayas te acompaño yo también.

—A ver si es verdad, mi hermana siempre me recuerda que todavía no has ido a verla este verano —contestó su madre, jugueteando con el pañuelo que tenía en las manos. Se quedó en silencio por un momento, como perdida en sus pensamientos en medio de aquella pequeña cocina de madera—. ¿Sabes? La primera vez que noté que había algo raro en tu padre apenas llevábamos unos meses casados, de repente, empezó a molestarle que fuera sola a unas clases de gimnasia. Imagínate, yo tan joven y después de haberlo dejado todo para irme con él. Y así muchos años, una de cal y otra de arena. Y lo quiero, me habría pasado así la vida, pero ya no puedo más, esto es demasiado...

Por los ojos de su madre volvieron a caer, de repente, pequeñas lágrimas. Pero, poco a poco, fue recuperando la entereza perdida por aquellos fríos recuerdos. Celia estuvo hablando con ella durante un buen rato, dándole fuerza

y energía lo mejor que supo, teniendo claro que estaría allí todo el tiempo que fuera necesario. Solo cuando su madre recuperó sus fuerzas y pasó a insistirle en que estaba bien y que siguiera haciendo sus cosas, Celia decidió poner rumbo a su cita con su amigo Víctor. Sabía que llegaba tarde, pero no le importaba. Era consciente de que ese día lo urgente había sido también lo realmente importante.

Ж Ж Ж

A pasos apresurados, algo inquietos, se movían por el paseo que los conduciría hasta el edificio donde vivía Mónica. Se encontraban casi al final de La Manga, en un punto donde la tierra ya empezaba a estrecharse permitiéndoles tener los dos mares visibles a ambos lados. Pero ni tan siquiera la belleza y luminosidad que les acompañaba ese día consiguió apartar a Celia de sus preocupaciones.

Era consciente de que su actitud no estaba siendo la correcta. Había llegado tarde sin dar ningún tipo de explicación a Víctor, apenas había prestado atención a los detalles de su última conversación con aquel intrigante Luis y desde que habían emprendido su pequeño viaje poco más que unos cuantos monosílabos habían salido de su boca. Pero no podía evitarlo, su cabeza no dejaba de dar vueltas, de un lugar a otro, de su madre a Ivan, de Ivan a su padre y de ahí de nuevo a su madre.

Miró a su amigo, caminando a su lado sin decir nada, aceptando sin más su silencio, sin exigirle nada. Ni una explicación, ni una confesión, ni una disculpa, nada. Sabía que podía confiar en él, que la apoyaría en todo, y en ese momento sintió más que nunca que necesitaba liberarse de algunas de sus cargas.

—Víctor, sé que estoy hoy muy callada, pero no dejo de pensar en algo que me pasó hace unos días —empezó a decir muy despacio Celia, para acabar dejando salir todo lo que le había ocurrido aquella mañana en su casa y poco después lo que Ivan le había hecho en la playa.

—Celia, escúchame —le dijo Víctor parándose frente a ella, con el rostro más serio que jamás le había visto—. Tienes que decírselo a tus padres, no entiendo por qué no...

—Tengo muy claro que no quiero volver a ver a Ivan pero entiendo que no diga nada. Es mi vecino y yo también reaccioné mal, me da vergüenza que mis

padres se enteren...

—Celia, no digas tonterías, da igual que sea tu vecino y cómo reaccionaste, tienes que contarlo y, sobre todo, tienes que alejarte de él —la cortó Víctor—. Si lo cuentas no podrá...

—Víctor...

—Celia, déjame acabar, por favor. Esto es importante... —continuó Víctor.

—¡Víctor! Un momento, ¡creo que Mónica acaba de salir de ese edificio!, ¡creo que va hacia la zona de tiendas!

Ambos miraron al punto señalado por Celia para descubrir que efectivamente al otro lado de la calle, Mónica caminaba hacia lo que parecía un supermercado. Sin dudarle, Celia tiró de la mano de su amigo y empezó a correr en su dirección, cuando estuvieron algo más cerca de ella acompañaron el ritmo y, sigilosamente, fueron siguiendo cada uno de sus pasos. La vieron entrar en un supermercado, una perfumería y, por último, en una pequeña cafetería con vistas a la playa. Allí pidió unos churros con chocolate, cogió un periódico y se sentó en la terraza, donde comenzó a leer mientras almorzaba.

Se miraron durante unos tensos segundos. Ambos sabían que había llegado el momento de hacer su aparición y esta vez sí habían planeado muy bien cómo enfocarían su conversación por lo que tenían muy claro lo que cada uno debía hacer.

—Hola Mónica —comenzó a decir Celia, cuando ambos estuvieron frente a su mesa. Al verlos, su rostro se llenó de una gran incredulidad—. ¿Nos recuerda? Estuvimos hace unas semanas en su casa preguntándole por Macarena, la mujer de su primo, que lamentablemente desapareció hace unos años. Le enseñamos esta foto, ahora también tenemos esta otra fotografía.

Con cuidado colocó ambas fotografías sobre la mesa, a la vista, situando algo más cerca de ella en la que salían ambos matrimonios y que tiraba al traste todo lo que aquella mujer les había dicho en su primer encuentro. Ya no podía decirles sin más que apenas los había conocido.

—¿Le importa que nos sentemos? —siguió Víctor, sentándose sin más, sin esperar a obtener respuesta. Celia, algo sorprendida, lo siguió pocos segundos después—. También hemos hablamos con Luis, su exmarido, quien nos ha dado una versión bastante diferente a la que usted nos dio.

—Sabemos que usted amenazó a Macarena aquel verano —continuó Celia—. Mónica, no somos policías, somos parientes de Macarena y simplemente

nos gustaría saber lo que realmente ocurrió aquel verano y, sinceramente, su silencio nos crea una gran desconfianza, es como si escondiera algo...

—Yo no tuve nada que ver con esa desaparición —dijo finalmente aquella mujer, se notaba que no quería hablar, que era un tema cerrado y olvidado para ella; pero sabía que si quería defenderse, no le quedaba más remedio que dar su versión de los hechos—. Supongo que llevo más de diez años intentando no mirar atrás, no tener que recordar nada de lo que ocurrió aquel verano. Es cierto que amenacé a Macarena, pero cualquier mujer lo habría hecho en mi lugar y eso no me convierte en una asesina.

Escucharon en silencio lo que esa mujer estaba diciendo, temerosos de que no continuara hablando. Para su sorpresa, su rostro se llenó de un profundo dolor y, casi conteniendo las lágrimas, siguió contando todo lo que sabía.

—¿Sabéis? Todo empezó muy bien, solíamos salir los cuatro y nos llevábamos genial. Pero entonces... —tragó saliva cerrando durante unos segundos sus ojos, como intentando contener el fuerte dolor que aquellas imágenes le producían—. Entonces empecé a notar cosas raras en mi marido, siempre preguntaba por aquella mujer, se ausentaba mucho, ya no era el mismo... Casi al final del verano me confesó lo suyo con Macarena, curiosamente con mi supuesta nueva amiga. Os puedo asegurar que jamás me he sentido tan humillada como me sentí aquel día. Me dijo que lo mejor era que nos separáramos, que no me sintiera mal, que el problema no era yo, que simplemente era él quien había cambiado. Todas esas tonterías que siempre dicen.

»Unos días después de su confesión, encontré a Macarena con otra mujer cerca de casa. No sé cómo se atrevió a venir aquí, imagino que estaba buscándolo. No me pude aguantar, le grité disparates de los que no me siento orgullosa. No creo que podáis entender a vuestra edad cómo me sentí —continuó diciendo Mónica, vencida por la situación y simplemente dejando aflorar todos sus temidos recuerdos—. Me dio tanto miedo, me aterró perder a mi marido e hice algo de lo que me avergüenzo y arrepiento enormemente. Llamé a mi primo, llamé a Alberto y se lo conté todo. Todo lo que estaba ocurriendo entre su mujer y mi marido. Pese a que sabía que era un hombre muy violento... Lo llamé aquella tarde.

Con cuidado se quitó con su mano las lágrimas que habían empezado a caer sobre su rostro. No continuó hablando, su mirada se perdió en el horizonte como si ya no estuviera allí, como si estuviera viajando hacia otro mundo.

—No te preocupes Mónica —le dijo Celia a la que el dolor de aquella mujer le había llegado al corazón. Por un momento escuchó a su madre hablando desde aquel cuerpo—. No es algo de lo que avergonzarse, es normal que lucharas por lo que querías. —Antes de continuar, Celia dejó pasar unos segundos para que aquella mujer se relajara de nuevo—. Pero entonces, ¿qué ocurrió después?

No hubo respuesta, era como si aquella mujer se hubiera quedado petrificada allí delante de ellos, perdida en sus recuerdos.

—Su exmarido nos dijo que la noche que Macarena desapareció estuvo cenando con ellos en su casa —se decidió a decir Víctor, intentando que siguiera hablando—. ¿Por qué no lo acompañó usted?

—No me dijo a dónde iba, simplemente que no lo esperara para cenar —continuó, de repente, Mónica—. La cosa entre nosotros estaba bastante mal y no le pedí más explicaciones. Me enteré de dónde estuvo al día siguiente.

—Pero, ¿por qué no le dijo a la policía que su marido estuvo allí esa noche? —preguntó Celia—. Me refiero, nada de eso aparece en los informes.

—Jamás dije nada, porque mi marido no volvió a casa aquella noche. Regresó ya cuando estaba amaneciendo y cuando al fin llegó parecía muy nervioso, como jamás lo había visto. Intentó que no me diera cuenta, pero lo vi perfectamente, llevaba varias marcas de golpes sobre el rostro.

Ж Ж Ж

Durante la vuelta, Víctor apenas podía contener la emoción. Entre risas, repasó con Celia todo lo que habían descubierto. Se sentía totalmente absorbido por la orientación que estaba tomando el caso, y no dejaba de preguntarse una y otra vez qué era lo que en realidad había podido ocurrir aquella noche en la que Macarena desapareció. Pese a los avances, no quería dejarse llevar por la emoción, pues sabía que nada de lo que tenían hasta el momento terminaba de encajar: o alguien estaba mintiendo o simplemente no les estaban contando todo lo que realmente sabían.

—¿Tienes idea de quién puede ser el vecino que estaba obsesionado con Macarena? —preguntó Víctor al llegar a la calle de Celia, recordando su conversación con Luis. Ese hombre que aparentaba estar muy interesado en ayudarlo, pero que estaba claro que no contaba toda la verdad.

—Nada, podría ser cualquiera —respondió Celia mientras su mirada recorría las diferentes casas de la calle.

—Bueno Celia, no te obsesiones, ya aparecerá —dijo Víctor al llegar a casa de su amiga—. Te dejo en tu pequeño castillo. Algún día me tienes que enseñar lo que guardáis en la torre más alta.

—No sé si te gustará descubrirlo... —bromeó Celia, mirando hacia su casa—. Pero... ¿Nunca has estado arriba?

—Pues... He entrado mil veces a tu casa, pero a la planta de arriba creo que nunca.

Celia se detuvo justo delante de él, pensativa, como si estuviera valorando si debía hacer o no algo.

—Si no me equivoco esta tarde mi madre ha ido a ver a mi tía —empezó a decir Celia abriendo la puerta de la casa e invitándole a pasar—. Así que creo que hoy es el día en el que debes descubrir lo que guardamos allá arriba.

Siguió a su amiga hacia dentro, que nada más entrar empezó a llamar a gritos a su abuela. No hubo respuesta alguna.

—Habrà ido a comprar algo. ¡Sígueme hacia la torre! —bromeó de nuevo Celia mientras empezaba a subir la escalera de caracol de madera que conectaba ambas plantas.

Para Víctor no había casa más especial que aquella y cuando Celia abrió la puerta del dormitorio de su madre y se adentraron en él, tuvo claro que cualquier persona que viera aquello estaría de acuerdo con tal afirmación.

—Madre mía, Celia. Esta casa es espectacular —dejó escapar nada más entrar, deslumbrado por aquella habitación. Nunca antes había visto un dormitorio parecido. Un pequeño arco de madera separaba el vestidor y el cuarto de baño del dormitorio propiamente dicho, donde en el centro resaltaba una espectacular cama redonda de la que salían dos escaleras de madera anaranjada que subían por las paredes, rodeando la cama, hasta juntarse en la parte superior.

Empezaron a subir por una de ellas, Celia primero y él poco después. Una vez arriba se dio cuenta de que desde la zona donde se unían las escaleras salían diversas maderas pulidas con un toque árabe y que, para su asombro, sujetaban lo que parecía un suelo redondo de cristal. Celia, sin dudarlo, comenzó a caminar sobre aquel suelo de cristal transparente.

—No tengas miedo, da un poco de respeto al principio, pero te aseguro que es muy resistente.

Con cuidado, algo receloso, Víctor empezó a caminar también sobre aquel cristal, dirigiéndose hacia el centro donde se encontraba su amiga. El cristal tenía forma circular y ocupaba toda aquella pequeña planta. Se sentía casi flotando, sorprendido miró hacia abajo y, a través de los arcos de madera que sujetaban el cristal, se vio justo encima de aquella magnífica cama redonda. Al levantar la mirada se dio cuenta de que el techo que quedaba justo por encima de ellos era abovedado y que estaba decorado con dibujos sencillos en diversos colores con los rasgos del arte árabe que se repetían por toda la habitación. Justo en el centro había una imagen, en la que reconoció a la madre de Celia.

—Al fondo tenemos el piano de mi madre, un pequeño sofá donde suele leer y su equipo de música —explicó Celia señalando las distintas partes de la habitación—. Creo que es el sitio más especial de esta casa. ¡Por cierto! Si sales al balcón estarás justo en lo alto de la especie de torre que se ve desde la playa.

Víctor retrocedió un poco, salió del suelo de cristal y abrió las puertas del ventanal que daba hacia la playa. Al hacerlo la brisa del mar se coló en la habitación, así que avanzó hacia el balcón con el suave viento chocando contra él y desde allí miró hacia el mar. Podía ver casi la totalidad de la playa, interminable, tranquila y con un mar sosegado en un azul muy intenso. La espectacularidad de la vista lo contuvo allí embelesado durante varios minutos. Sonriendo, se volvió despacio para decirle algo a Celia, pero la visión de su amiga deshizo, de repente, sus palabras.

El precioso rostro de Celia sonreía con intensidad, desde donde sus ojos brillaban en un tono verdoso muy intenso. En ese momento sus manos intentaban dirigir sus suaves ondas hacia atrás, para evitar que la brisa acabara arrastrando su pelo sobre su cara. Una brisa que tiraba también de su vestido, marcando sobre ella cada una de las perfectas curvas de su cuerpo.

Como movido por un deseo invisible fue poco a poco acercándose hacia ella, observando con atención cada uno de los movimientos de su amiga. Celia clavó su mirada en él y se quedó allí parada como si en cierta forma lo estuviera esperando. ¿Estaría sintiendo la misma fuerza? No podía dejar de mirarla y lentamente situó sus tímidas manos sobre su cintura, para ir poco a poco acercándose a su rostro. Sabía que ya nada podía hacer para evitarlo, sentía un profundo pinchazo dentro de él, una sensación que le obligaba a besarla.

—Celia —gritó la abuela desde abajo—. ¿Estás allí arriba?

Las palabras lo detuvieron a pocos centímetros de los labios de su amiga y fueron aprovechadas por Celia para alejarse un poco de él, cerrar las ventanas del balcón y empezar a bajar las escaleras de la habitación. Comenzó a moverse para contestar a su abuela, pero también huyendo de lo que acababa de pasar, huyendo en cierta forma de él.

—Sí, estoy aquí arriba —dijo Celia mientras se alejaba—. Ya bajo.

De repente, una profunda pena cayó sobre Víctor, que se sintió preso de lo que acababa de hacer en lo alto de aquella torre.

Esa noche, Celia no podía dormir, lo intentaba cerrando sus ojos y concentrándose en no pensar en nada, pero no lo conseguía. Una y otra vez, imágenes de aquel momento en el que Víctor lentamente se había ido acercando hasta ella volvían a su mente. ¿Qué había sucedido realmente? Y lo que era aún más preocupante, ¿qué habría pasado si su abuela no hubiera aparecido justo en ese instante?

Suspirando tiró su sábana sobre ella y se giró hacia el otro lado de su cama, agarrando con fuerza su almohada. Se sentía agobiada, llena de dudas, una parte de ella habría deseado que su amigo hubiera seguido, pero la otra estaba aterrada de las consecuencias que eso podría haber ocasionado. Tenía claro que Víctor no era Ivan, no era una persona con la que podía dejarse llevar por sus impulsos. Se trataba de su mejor amigo y cualquier paso en falso podía destrozar una amistad forjada durante años.

La verdad era que le resultaba imposible entender a sus propios sentimientos y eso le preocupaba. Temía todo eso que el amor podría traer consigo. Era consciente de lo que se sentía cuando una persona le atraía o cuando realmente se divertía con alguien. Pero para ella, el amor era algo más, algo mucho más complicado de entender; para ella se trataba de un extraño sentimiento que muchas veces hacía perdonar lo imperdonable. Un ejemplo lo había tenido siempre en su madre, cómo había sufrido durante mucho tiempo por el amor incondicional que sentía hacia su padre. Ese mismo día se había dado cuenta de que también había sido amor lo que había movido a Mónica a no confesar a la policía el estado en el que había aparecido su marido en casa la mañana en la que Macarena desapareció. Había temido que su marido hubiera tenido algo que ver con la misteriosa desaparición.

Posiblemente por esa idea, Celia siempre se había sentido tan recelosa a todo lo que el amor, enamorarse de alguien, significaba. No podía evitar temer a ese extraño sentimiento, porque era consciente de que lo que muchas veces causaba en las personas era algo demasiado similar a lo que provocaba el propio miedo.

En un último suspiro, alejó de su mente todas esas ideas y se giró una vez más sobre su colchón, sintiendo cómo iba perdiendo poco a poco la consciencia sobre sus propios pensamientos, hasta quedar totalmente dormida.

Fue un estridente chirrido lo que horas más tarde abrió sus ojos de nuevo. Reaccionó muy despacio, todavía aturdida, incorporándose un poco sobre su propia almohada en medio de la gran oscuridad de su habitación. Se frotó con cuidado los ojos y se recostó en su cama, a la espera de poder localizar el sonido que la había despertado. A su alrededor, pasó a reinar un profundo silencio solo roto tenuemente por los aullidos del viento que soplaban con fuerza desde fuera. Posiblemente había sido el propio viento lo que la había despertado.

Convencida de que no había nada de lo que preocuparse se deslizó de nuevo entre sus sábanas y cerró nuevamente sus ojos, acurrucándose sobre su cama. El sueño ya empezaba a volver a caer sobre ella cuando un nuevo golpe abrió una vez más sus ojos. Un ruido que esta vez parecía venir de la planta de abajo.

Tragó saliva y, tras sopesarlo un poco, decidió bajar a ver qué podría estar provocando esos sonidos. Empezó a caminar muy despacio, orientándose como podía en medio de la gran oscuridad que lo inundaba todo. Intentó encender la luz, pero el interruptor parecía no funcionar, algo debía haber saltado los plomos. Pero no le importó, sus ojos ya se habían acostumbrado a caminar tan solo con la ayuda de la tenue luz de la luna que se colaba por las ventanas, así que siguió su camino y empezó, con cuidado, a bajar las escaleras de madera.

Avanzaba con paso firme y decidido, pero una repentina corriente de aire frío, salida de la nada, la frenó casi al llegar al final, una corriente que la hizo girarse violentamente sobre sí misma. La brusquedad de su movimiento casi le hizo perder el equilibrio, obligándola a agarrarse a la barandilla de la escalera para no caerse. Comenzó a respirar con cierta dificultad, contempló con atención sus brazos, estaban totalmente erizados, sentía que todo su cuerpo lo estaba. Y lo cierto era que sabía que esos extraños ruidos podían provenir de algo tan simple como una ventana mal cerrada; a pesar de ello no conseguía relajarse, era como si algo le dijera que tuviera cuidado, que algo más estaba ocurriendo ahí dentro, algo que podía ser peligroso.

Retomó sus pasos y empezó a moverse por la planta de abajo, lo primero que intentó fue encender de nuevo la luz, pero los interruptores tampoco

funcionaban en esa planta. Con cuidado, orientándose más por su memoria que por sus ojos se dirigió hacia el panel donde sabía se encontraba el cuadro de mandos de las luces. Al llegar hasta allí, lo abrió para descubrir que varios interruptores estaban bajados.

—Celia, ¿te has despertado tú también? —le preguntó desde detrás su abuela. Su presencia la hizo girarse de forma repentina, primero asustada y poco después aliviada de encontrarla allí. Llevaba uno de sus camisones largos de color blanco y sobre los hombros, para evitar enfriarse, una pequeña rebeca—. ¿Qué serán esos golpes? Yo no sé si será el aire *este* tan fuerte que se ha movido. Pero tiene que pasar precisamente hoy que estamos las dos solas.

—No sé, la verdad —contestó Celia, ligeramente preocupada. Era la primera noche que sus padres salían en prácticamente todo el verano y, por tanto, la primera que las dos pasaban completamente solas. Parecía mentira que algo así pudiera estar ocurriendo justo ese día—. Creo que algo ha hecho saltar los plomos, voy a volver a ponerlos bien.

—Mira a ver cariño, mira a ver... —contestó Encarna, quien cada vez parecía más preocupada por lo que estaba ocurriendo. La sombra del ataque que habían sufrido hacía unas semanas todavía pesaba sobre cada uno de ellos —. Que ya sabes lo que dijo la policía cuando pasó eso a principios de mes, que tuviéramos cuidado con cualquier cosa rara que notáramos.

Un nuevo golpe cortó las palabras de su abuela y las hizo moverse la una hacia la otra, agarrándose en una especie de abrazo, totalmente aterradas. Celia se dio cuenta de que el sonido no provenía de dentro de la casa sino que parecía venir de fuera, como si algo estuviera chocando con fuerza contra la fachada.

—Puede que solo sea el viento, que está golpeando algo —se atrevió a decir Celia y armándose de valor, se alejó ligeramente de su abuela para intentar conectar las luces. Levantó primero el interruptor de las luces de arriba, de forma automática empezó a venir luz de la planta superior. Algo más animada, dirigió su mano hacia el interruptor de abajo, pero antes de poder volver a conectarlo la alarma de seguridad empezó a chillar de forma estridente, provocando un fuerte alarido por toda la casa que de forma automática hizo que sus manos se movieran hasta sus oídos para protegerse de aquel ensordecedor sonido.

—¿Crees que habrá alguien en el jardín? —gritó su abuela, que parecía cada

vez más nerviosa.

—No lo sé —contestó Celia también a gritos. Aprovechó para levantar el interruptor de las luces, consiguiendo que todo el salón se iluminara de nuevo, y acto seguido se dirigió al panel que controlaba la alarma e introdujo el número de seguridad. Tras esto, todo quedó de nuevo en silencio, un silencio solamente roto por sus entrecortadas respiraciones.

Su abuela la cogió de la mano y la apretó con fuerza contra la suya.

—Si hay alguien fuera no podrá ni moverse ni entrar a la casa sin volver a saltar la alarma. —Su abuela empezó a tirar de ella, dirigiéndola hacia su habitación—. No hay forma de entrar sin que acabe viniendo la policía, así que tranquila. De todas formas, vamos a encerrarnos las dos *con pestillo* en mi cuarto. Allí vamos a dormir más tranquilas.

Celia no estaba segura de si podría dormir más aquella noche, su corazón estaba demasiado acelerado como para conseguirlo de nuevo. Pero asintió y siguió a su abuela hacia su habitación, la única que había en aquella planta. Justo antes de entrar miró por última vez hacia el salón, lo hizo el tiempo suficiente para ver cómo el segundero del viejo reloj de madera de la pared se paraba y dejaba de funcionar como tantas veces había sucedido durante ese verano. Lo hizo una vez más justo a las cuatro de la mañana.

Ж Ж Ж

Ana no se sintió realmente orgullosa del borroso reflejo de sí misma que le devolvía la mirada desde aquel espejo. La humedad de la noche había encrespado un poco su larga melena rubia y la pintura de sus ojos se había difuminado ligeramente, haciendo algo más notorias sus ojeras. Pero era algo que tenía solución, así que sacó de su pequeño bolso todo lo que necesitaba y en unos segundos retocó su maquillaje, limpió la zona que quedaba justo debajo de sus ojos y con ayuda de un par de horquillas y sus propias manos dejó su pelo en condiciones. Por último, simplemente resaltó sus labios con un tono rojo. Tras este rápido ritual, miró de nuevo su reflejo en el espejo, le encantaba cómo le quedaba ese ajustado vestido negro y, aunque hacía ya horas que había salido de casa, seguía viéndose bien.

El aseo estaba abarrotado de gente, así que con paciencia empezó a abrirse paso hacia la salida. El movimiento la mareó un poco, por lo que no tuvo más remedio que apoyarse durante unos segundos en la pared, para poco después

reanudar su marcha. No había duda, había bebido demasiado, pero la verdad era que lo estaba pasando genial.

Al salir del aseo se vio, de nuevo, poseída por la música y la oscuridad de la discoteca en la que se encontraba. Casi sin darse cuenta empezó a mover su cuerpo suavemente mientras caminaba hacia donde se encontraban sus amigos. La cola del aseo era ahora muy larga y justo al final de ella descubrió la figura de Víctor. Una sonrisa se formó en su rostro de inmediato y en cuestión de segundos estaba justo a su lado, bailando con él y alejándolo ligeramente de la cola en la que se encontraba. Lo había notado muy raro durante toda la noche, ausente, como si su cuerpo hubiera estado allí, pero su mente en otro lugar. Ahora lo tenía solo para ella y no pensaba perder esa oportunidad. Sin apenas darse cuenta se fue acercando cada vez más a él y, movida por el alcohol, todo lo que había pasado durante ese verano y una confianza que creció de repente dentro de ella, acabó besándolo, despacio y con timidez al principio para acabar dejándose llevar al final.

Cuando por fin se separó de él y abrió los ojos, nadie dijo nada, simplemente los dos se quedaron mirándose fijamente el uno al otro. La euforia con la que Ana separó sus labios de él pronto dejó paso al momento más incómodo que nunca antes había vivido. Estaba segura de que Víctor estaba sintiendo algo parecido: que el beso había carecido de algo muy importante, no había contenido sentimiento alguno. Así que Ana decidió que no merecía la pena decir nada, no quería explicar qué había sucedido y para nada quería acabar pidiendo disculpas por lo que había hecho. Porque pese al ridículo que sabía que posiblemente acababa de hacer, lo cierto era que no se arrepentía de nada. Había sido algo que sentía que necesitaba, se había cansado de seguir esperando sin moverse en ningún sentido, simplemente expectante, aguantando su impaciencia con la esperanza de que algo ocurriera entre ellos.

Por ello, no fue pena lo que sintió al marcharse de allí, sino tranquilidad, se alejó feliz de haberse atrevido a hacer lo que tanto tiempo rondaba su mente. Al llegar junto a sus amigos se puso a bailar con ellos sin más, como si nada fuera de lo normal hubiera ocurrido en los últimos minutos. No mucho tiempo después se unió también Víctor. Sus miradas se cruzaron durante varios segundos, lo conocía tan bien, sabía exactamente lo que le estaba diciendo con aquellos ojos: «Ana, tenemos que hablar». Pero no lo harían esa noche, no,

todo estaba siendo demasiado perfecto para estropearlo con palabrería. Esa noche lo único que quería era soñar con que podía conseguirlo todo.

Ж Ж Ж

Lunes, 10 de agosto de 2009
LA MANGA

Celia despertó sola sobre las sábanas de la cama de su abuela, poco a poco fue tomando conciencia de dónde estaba y cómo había llegado hasta allí. Nada más recordarlo todo, salió de la cama de un salto y corrió rápidamente hasta el jardín en busca de alguna pista de lo que podría haber provocado los extraños ruidos de la noche anterior.

Al salir empezó a mirar con cuidado a su alrededor, protegiéndose con su mano de los incesantes rayos de sol, que ya empezaban a caer con fuerza. Pero todo estaba en calma en aquella parte de la casa, nada destacaba fuera de lugar y nada indicaba que alguien o algo hubiera pasado por allí. Levantó la mirada y cerró por un instante los ojos. A lo lejos pudo escuchar el suave sonido de las olas, acompañado del resonante canto de las cigarras sobre los árboles. Ojalá pudiera preguntarles qué había pasado exactamente la noche anterior, pues solo ellas habían estado allí presentes.

Decidió dar la vuelta a toda la casa y observarlo todo con atención, en busca de algún detalle que le pudiera dar alguna pista. Llegó hasta la parte trasera del jardín, desde donde se podía bajar a la playa. Allí, para su sorpresa, se chocó con el detalle que tanto había estado buscando.

Las puertas de la caseta del jardín estaban abiertas de par en par, dejando al descubierto todo lo que allí se agolpaba. Con cuidado, Celia cogió la manivela de una de las puertas, la cerradura parecía haber cedido y el viento debía haber estado moviéndolas sin cesar durante toda la noche, chocando las puertas una y otra vez contra la propia caseta. En ese momento, Celia recordó algo que cortó en seco su respiración. Su padre le había dicho que allí era donde se encontraban la mayoría de los objetos que la pareja a la que habían comprado la casa dejó olvidados.

«Dios mío», dijo Celia para sí misma, casi conteniendo la respiración, mientras andaba muy despacito hacia el interior de la caseta. Le sorprendió la gran cantidad de cosas que se encontraban en un espacio de no muy grandes dimensiones: sobre una de las paredes descansaba una estantería repleta de

diferentes cajas y objetos, sobre la otra, el kayak de su padre que ocupaban casi todo el largo de la caseta, el resto de espacio estaba ocupado por cajas, sillas y muebles viejos; por lo que apenas quedaba hueco para moverse. Como pudo, saltando y apartando cajas, empezó a ir de un lado a otro, rebuscando entre cada uno de aquellos trastos algo que llamara su atención. No sabía qué estaba buscando exactamente, pero tenía claro que allí debía haber algo que le ayudaría a entender mejor qué le ocurrió aquel verano a Macarena, algo que de una forma muy extraña la estaba llamando.

Buscó entre las cajas, era sorprendente la cantidad de objetos viejos que habían acabado allí amontonados. Lo más curioso era que la mayoría parecían pertenencias de una mujer, posiblemente de Macarena. Se sentó sobre un taburete de plástico rojo que encontró tirado en una de las esquinas y allí siguió observando muy atenta todo lo que iba encontrando. Conforme el día fue avanzando, las temperaturas fueron incrementándose cada vez más, lo que hizo que cada vez hiciera más calor dentro de la caseta. Para cuando Celia terminó de examinarlo todo, su camiseta estaba totalmente empapada de sudor y su cuerpo apenas le respondía, incapaz de seguir moviéndose por allí dentro.

—Pequeñaja, ¿qué haces ahí? —preguntó desde fuera de la caseta una voz que reconoció como la de su padre—. Ya me ha contado la abuela el susto que llevasteis anoche. Pero es que vaya par, con la alarma y todo cerrado es imposible que pase nada, deberíais de haber dormido tranquilas.

—Ya, pero no sé, se juntó todo, se fue la luz, ruidos raros... —empezó a decir Celia mientras salía al jardín. La brisa marina refrescó suavemente su cuerpo, devolviéndole algo de fuerza. No había conseguido encontrar nada, pero no se rendía, sabía que allí dentro debía haber algo esperándola—. Papá, me dijiste que era en la caseta donde estaban todas las cosas que dejaron los antiguos propietarios de la casa, ¿verdad?

—Sí, debe haber un montón de cosas, un día tenemos que entretenernos y tirarlo todo —dijo asomándose ligeramente al interior, sin llegar a entrar del todo—. Anda, ayúdame con la manguera.

Siguieron hablando durante un buen rato, mientras regaban algunas de las macetas de la parte de atrás del jardín. Durante todo ese tiempo, la imagen de su padre junto a la madre de Ana se movía de forma constante en la mente de Celia.

Tras la última conversación con su madre y su decisión de empezar a luchar por separarse, había decidido que jamás le contaría lo que vio aquel día en la

heladería. El poner cara a su gran amenaza no ayudaría a su madre y ahora que finalmente había tomado una decisión, no podía hacer nada que pudiera hacerle cambiar de opinión. Pero ella sí que quería llegar hasta el final, quería saber exactamente la relación que existía y había existido entre su padre y aquella mujer. No era capaz de entender nada de lo que estaba pasando en su familia, pero necesitaba respuestas, necesitaba dar algún sentido a todo lo que le estaba ocurriendo.

—Papá, tú eras amigo de la madre de mi amiga Ana, ¿verdad? —se atrevió a decir Celia, conteniendo la respiración—. Ya sabes, que tienen el chalé ese tan grande al final de la calle.

La pregunta pareció sorprender a su padre que durante un segundo dejó de añadir arena a la maceta que estaba llenando, tocado por las palabras de su hija. Tras esa pequeña vacilación continuó con lo que estaba haciendo.

—Sí, fuimos al colegio juntos hasta que ella con 13 o 14 años se mudó a otro pueblo. Éramos muy buenos amigos. La verdad es que era un encanto de chiquilla.

Tras esas palabras su padre se movió hacia la maceta siguiente y siguió trabajando, sin añadir ningún comentario más. En ese momento Celia se dio cuenta de que no le iba a resultar nada sencillo conseguir respuestas para cada una de sus preguntas.

—Pero ¿y eso que acabasteis aquí los dos? ¿Sabías que ella tenía aquí una casa?

Su padre levantó la mirada ligeramente hacia ella, sorprendido por su repentino interés, pero cuando volvió a bajarla para continuar con las plantas, comenzó a hablar como si finalmente hubiera decidido ceder a las presiones de su hija.

—Fue una gran sorpresa cuando nos reencontramos aquí, no tenía ni idea de que ella también veraneaba en esta zona. En realidad, apenas había tenido noticias suyas desde que se mudó y de eso hacía casi veinte años. A tu madre le cayó bastante bien así que empezamos a salir juntos, las dos parejas. Al principio fue bien, pero luego empezamos a chocar con el marido.

»Era un maleducado y con ella lo hacía muy mal —siguió diciendo su padre tras unos momentos de vacilación—. Se dedicaba a hacer lo que quería y a estar con quien le apetecía. ¿Sabes? Intenté hacerle ver que se merecía algo mejor, que dejara a su marido y buscara a otra persona. Madre mía, tú eras todavía muy pequeña cuando todo esto pasó. Nunca lo entendí, pero no quiso

escucharme ni oír una palabra sobre el tema. Al final acabamos distanciándonos de nuevo, yo no soportaba a su marido y su marido no me soportaba a mí. Poco más se podía hacer. Luego me enteré que al final acabaron divorciándose.

Observó con detenimiento y atención a su padre, su rostro se había apagado ligeramente al recordar aquellos días. Intentaba seguir como si tal cosa, trabajando muy concentrado en las macetas, pero Celia lo conocía muy bien y sabía que era decepción lo que veía en sus ojos. Parecía que le entristecía que su amiga jamás hubiera escuchado sus consejos.

—Hace unas semanas estuve en su casa, preguntando por mi amiga Ana, y coincidí con ella —se atrevió a decir Celia, contándole lo que había visto, como aquel hombre había llamado con insistencia a su puerta.

—Me creo que le siga dando follón —dijo su padre cogiendo la manguera e indicándole que lo ayudara a llevarla hasta las macetas—. Menudo parásito, yo no sé cómo hay gente que puede ser así.

Su padre se levantó, estiró de la manguera y comenzó a regar todas las plantas de aquella zona. Celia se quedó quieta, justo detrás de él, intentando asimilar todo lo que su padre le estaba contando. Pobre Ana, ella también debía haberlo pasado mal en su casa y la cuestión era que su amiga parecía tan fuerte, tan sumamente perfecta, que nunca habría imaginado una cosa así.

Pero había algo más que Celia necesitaba saber, por lo que armándose de valor hizo la pregunta que desde el principio estaba deseando hacer.

—Papá, hace unos días me pareció verte con la madre de Ana por la zona del puente, ¿puede ser?

Su padre se quedó totalmente petrificado, sin poder reaccionar, como si acabara de ver un fantasma. Muy despacio se movió hacia ella, mirándola fijamente a los ojos. Podía sentir nerviosismo en su mirada, pero sobre todo, era culpabilidad lo que leía en el rostro de su padre.

—Te equivocarías Celia. Pese a que vive al final de la calle, hace muchos años que no la veo. No hace mucha vida por aquí.

Y sin mediar más palabra, se alejó de ella y de sus preguntas y continuó en solitario sus tareas en el jardín. Celia contuvo la respiración y, sin apenas control, salió corriendo hacia la playa. Bajó a toda prisa los escalones y corrió hacia la orilla, donde poco a poco fue adentrándose en el agua. No le importó que su ropa se estuviera mojando, ni que la gente la mirara sorprendida, simplemente quería sumergirse y engañar a sus lágrimas entre las

aguas. Buscar allí una explicación a los engaños y contradicciones de su propio padre.

Al menos ahora Celia estaba totalmente segura de que su padre día tras día les estaba mintiendo.

Mientras avanzaba por la playa, Víctor todavía podía sentir la arena caliente, deshaciéndose bajo cada uno de sus pasos. El sol ya se estaba empezando a retirar, pero sus rayos habían irradiado tal fuerza aquel día que parecía que solo la caída de la noche conseguiría enfriar por completo aquella zona. Pero de momento, todavía quedaba luz, que adornaba el cielo con un color anaranjado y daba al mar un brillo especial.

Todavía a lo lejos, elevada sobre la playa, quedaba la casa de Celia. Pese a la gran distancia que aún los separaba, Víctor no pudo evitar empezar a buscar entre las personas que se encontraban justo en esa zona de la playa. Tenía la esperanza de poder reconocer la figura de su amiga entre ellas.

Esa misma tarde había recibido un nuevo mensaje de Luis, el exmarido de Mónica, meramente interesándose por sus avances, nada realmente interesante o relevante. De hecho, pensaba que nada útil podría sacar hasta que se dio cuenta de que Luis también había adjuntado un documento. Nada más verlo había salido corriendo de su casa, movido por el incesante deseo de ensañárselo a Celia.

Por ello, su mirada no paró de buscar entre la gente de la playa hasta que consiguió dar con ella. La vio de perfil, sentada justo delante de la orilla, mirando embelesada hacia el mar, agarrando sus piernas desnudas con fuerza contra su cuerpo.

Sin decir nada, se sentó sobre la arena, justo a su lado, mirando también hacia el agua. Solamente una camiseta larga cubría el cuerpo de Celia en bikini. Su cabello estaba mojado y su piel, salpicada de gotas de agua, parecía erizada por la suave brisa marina que soplaba contra ellos. La miró entonces y lo que vio lo sorprendió enormemente: sus ojos estaban enrojecidos y en su rostro destacaba una tristeza que pocas veces había visto en su amiga.

—Celia, ¿te ocurre algo? —se atrevió a preguntar.

—Nada, no te preocupes —le contestó su amiga devolviéndole la mirada. Pero la dificultad con la que salieron sus palabras dejó en entredicho su sinceridad. Celia lo miraba y le hablaba, pero casi tenía que contener las

lágrimas para poder hacerlo—. Es solo que he pasado prácticamente todo el día aquí, en la playa, como cuando era niña. Pensando y pensando sobre todo lo que me está ocurriendo, intentando aceptarlo y... —Se paró durante un momento, suspirando—. Es solo... Que me cuesta entenderlo todo.

Víctor no tenía claro a qué se refería su amiga, si estaba hablando de todos los problemas económicos de su familia, del distanciamiento de sus padres o si simplemente se trataba de cómo la historia de Macarena le estaba afectando. Pero no le pareció relevante preguntarlo, lo importante en ese momento era escucharla e intentar que se diera cuenta de las maravillas que todavía la rodeaban.

—He pensado mucho hoy en mi padre —suspiró Celia, volviendo a mirar hacia el mar mientras hablaba—. En cómo nos ha tratado siempre, empequeñeciéndonos con sus comentarios y gritos. Siempre haciéndonos sentir menos de lo que realmente creo que somos.

—¿Ha ocurrido algo hoy, Celia? —preguntó Víctor con cuidado, intentando no incomodarla con sus palabras.

—¿Te puedes creer que ha sido el día más tranquilo desde que hemos llegado? —Le contestó Celia, estirando sus piernas y mirándolo de nuevo—. Aunque te parezca raro eso es lo que me ha incomodado, esa falsa tranquilidad, todas esas mentiras, el querer jugar a la familia feliz. Cuando la triste realidad es que cada vez lo somos menos.

»Eso me ha hecho pensar y pensar en todo lo que estaba pasando —continuó Celia—. En cómo lo que más miedo me da no es lo que pueda decir o hacer mi padre sino sin darme cuenta, poco a poco, acabar siendo como él. A veces hago o digo cosas en las que no me reconozco, en las que parece que es él quien está detrás. A todos nos pasa en mi casa, todos acabamos respondiendo o reaccionando de la misma manera, a gritos e insultos. —Se paró durante unos segundos, para volver a clavar su dolorida mirada sobre él con intensidad—. Es como cuando una manzana se pudre en un cesto junto a las otras, al final acaba pudriendo al resto.

Celia se paró de nuevo durante unos segundos, secando con su propia camiseta las lágrimas que habían empezado a asomarse sobre sus ojos. No permitiéndoles que cayeran en su rostro, ni que ninguna otra las acompañara, serenándose ella misma, allí mismo, mirando hacia el mar.

—No digas tonterías, tú no... —empezó a decir Víctor.

—Piénsalo fríamente por un momento —cortó Celia, girándose a su lado

para situarse justo frente a él, como si lo que iba a decir fuera una triste confesión—. Solo tengo 17 años y mi única relación ha sido la superinestable que he tenido con Diego durante los últimos veranos. El año pasado él incluso tenía una amiga especial en su pueblo, pero a mí no me importó. Además, apenas tengo amigos y, como has visto este verano, con los que tengo acabo teniendo problemas. Pero no solo eso, cuando me enfado de verdad, acabo perdiendo el control, gritando sin parar, sin saber muy bien ni lo que hago ni lo que digo... No soy mejor que él...

Víctor no pudo soportarlo más, era verdadero dolor lo que reconocía en cada una de las afirmaciones de su amiga. Sin pensarlo se abalanzó sobre ella y la envolvió en un fuerte abrazo que acabó deteniendo cada uno de sus lamentos. Olvidó lo que quería contarle, qué era lo que lo había traído hasta ese lugar, lo único que le importaba era que su amiga se tranquilizara. Deseó con todas sus fuerzas poder darle un beso, ser capaz de hacerle ver lo que él sentía cada vez que la miraba.

—Celia, eres mucho más que eso... —le dijo muy despacio, susurrándole al oído—. Para mí, eres perfecta.

Ж Ж Ж

Mientras regresaba a casa aquella noche, las palabras de Víctor se repetían una y otra vez en su mente: «Para mí, eres perfecta». ¿Sería totalmente cierto o simplemente lo habría dicho para que se sintiera mejor? Sea por lo que fuera, la verdad era que esa pequeña confesión había logrado que todo se parara para ella durante unos segundos, su respiración, los latidos de su corazón, los sonidos del mar, todo había desaparecido durante ese mágico instante. El momento más intenso de toda su vida, las palabras más bonitas que nunca nadie le había dicho.

Lo cierto era que Celia nunca había temido sentirse incomprendida si eso significaba ser ella misma. Lo que ese día le había aterrado era algo bien distinto, había sido el acabar no sintiéndose orgullosa de lo que significaba «ser ella misma». Pero también creía que ese temor, esa preocupación, le podía acabar ayudando a no dejarse llevar por lo que veía en su casa, a controlar sus impulsos y luchar cada día por ser mejor persona. Víctor le había abierto los ojos con sus palabras, se sentía muy afortunada de que pensara eso de ella y lucharía para que su amigo nunca cambiara de opinión.

Regresó a su casa serena y tranquila. Su madre estaba sentada sobre el sofá del salón, viendo la televisión. Su mirada parecía cansada, pero también mucho más fuerte y segura que antes. Era como si al empezar a tener claro qué camino iba a seguir, volviera a brillar en ella cierta fuerza. Le dedicó una sonrisa y siguió su camino hasta llegar a la cocina, donde Celia se entretuvo preparándose un pequeño bocadillo.

—No piques mucho que no tardaremos mucho en cenar —dijo su abuela al verla, mientras entraba y se sentaba justo enfrente de ella, en el taburete que quedaba al otro lado de la barra de madera que dividía la pequeña cocina y que ahora las separaba.

—No, abuela, lo he hecho pequeño —contestó Celia, sentándose también en uno de los taburetes y comenzando a devorar su bocadillo—. Es solo para aguantar, estaba muerta de hambre.

—Vale, pero no tomes mucho más —contestó su abuela, Encarna, mientras observaba atentamente cómo su nieta empezaba a comer—. Vengo de estar hablando con Ángela, la que está casada ahora con el vecino de detrás, el que trabaja en la notaría. *Pobretica*, es un encanto de mujer, me ha estado contando cosas de su vida y hay que ver qué feliz que está con Paco, dice que le repite todo el rato, que le ha vuelto a «hacer confiar en las mujeres».

Su abuela siguió hablando sin parar sobre todo lo que su vecina le había estado contando, no escatimando en detalles. Pero sin poder hacer nada para evitarlo, la mente de Celia se trasladó hacia otro lugar, recordando aquel día que le había parecido ver a su vecina, medio escondida en un banco detrás de unos cipreses.

—Mi madre me dijo que estaba bastante deprimida porque no conseguía quedarse embarazada —dijo finalmente Celia, frenando un poco las palabras de su abuela—. Me da mucha pena.

—Sí, pero ya el verano pasado tras varios abortos tuvo que aceptar que no podría quedarse de nuevo —contestó su abuela—. Ahora la pobre ya lo tiene medio superado. Si la ves da gusto, va con el *perrico* que se han comprado a todas partes. Hay que ver los animales lo que ayudan.

Se quedaron las dos en silencio durante un momento, cada una inmersa en sus propios pensamientos. Al final fue su abuela quien rompió aquel momento de vacío, repitiendo lo que últimamente le recordaba sin parar.

—Acuérdate Celia, que no se te olvide —empezó a decir su abuela—. Nada más que volvamos de la playa, te tienes que venir a mi casa y te tengo que

decir donde lo guardo todo. Celia, que si no, no lo vas a encontrar, que lo tengo todo escondido en lugares que no esperas y quiero que sea todo para ti.

—Sí, sí, no te preocupes abuela. Nada más que volvamos lo vemos.

—Que tengo muchas cosas, Celia, que me fue comprando el abuelo con mucho esfuerzo a lo largo de los años. Pulseras, *sortijas*... Creo que tengo hasta unos pañuelos nuevos de ganchillo... —Su abuela siguió hablando, enumerando animadamente todo lo que tenía preparado para entregarle. Pero Celia no siguió escuchando, había algo que se había clavado en su mente, algo de lo que se debería haberse dado cuenta mucho antes.

—¿Qué has dicho abuela? —le preguntó casi conteniendo la respiración.

—Pues que tengo muchas cosas guardadas...

—Ya, pero justo antes de eso —cortó de nuevo Celia—. Has dicho que todo lo tienes escondido en sitios inesperados, ¿verdad?

—Sí, te los tengo que decir yo, sino no lo vas a encontrar.

—Gracias abuela. —Y con esas palabras le dio un beso en la frente y salió corriendo. No miró atrás, no pensó en otra cosa, lo único que se repetía en su cabeza era que debía llegar a la caseta del jardín lo antes posible.

Solo las palabras de su abuela habían conseguido abrir sus ojos y hacerle ver que aquella mañana no había buscado de forma correcta. Si Macarena había tenido algo que no quería que nadie encontrara debía de haberlo escondido en un lugar extraño, en el que nunca nadie hubiera acabado mirando. Así que abrió de par en par las puertas de la caseta y, de nuevo, se adentró en ella. Empezó a buscar de forma distinta: observando cada una de las cosas que allí se encontraban y preguntándose a sí misma en qué sitios escondería ella algo que no quería que nadie encontrara.

De esta forma, rebuscó en bolsillos internos de abrigos y chaquetas, detrás de los cajones de una pequeña mesilla, detrás de un espejo, entre las páginas de los libros... Nada obtuvo de ninguno de esos lugares. Pero ni sus fracasos ni la oscuridad que la caída de la noche trajo consigo lograron que se rindiera. De hecho, podía sentir que nada la detendría aquel día, que si seguía y creía que lo lograría, podría conseguirlo. Por ello, cuando la cegadora oscuridad apenas le permitía ver, no se detuvo. Simplemente corrió en busca de una linterna con la que seguir alumbrando sus pasos.

Se sentó durante unos segundos sobre un taburete de plástico rojo, cuya forma recordaba a un enorme reloj de arena, donde siguió, muy concentrada, inspeccionando con su linterna todo lo que se encontraba dentro de una caja

llena de ropa. De repente, un movimiento a sus espaldas la sacó de su ensimismamiento. Algo que le hizo sentir que una silueta acababa de pasar por el jardín, una especie de sombra que parecía haber cruzado justo delante de la puerta de la caseta.

—¿Papá? —preguntó, girándose hacia la puerta. Podía sentir su piel muy tensa y fría, y como poco a poco, mientras esperaba respuesta, se iba erizando bajo la camiseta blanca, muy larga, que la cubría.

Al no obtener respuesta decidió caminar hasta la entrada, iluminando cada uno de sus pasos con su linterna. Con cierto recelo, asomó su cabeza por el hueco de la puerta, esperando descubrir la silueta de alguien conocido. Todo seguía a oscuras, pero estaba segura de que no había nadie allí fuera.

Con precaución, salió de la caseta y empezó a caminar lentamente por el césped. Solo había dado unos pocos pasos cuando un nuevo sonido la sorprendió. El crujido con el que los aspersores del riego empezaban a funcionar, seguido del seseo y el rítmico movimiento del agua. En cuestión de segundos se vio en medio de una guerra de agua, mojándose tanto sus pies como sus piernas. Aun así le costó reaccionar. Le costó correr de vuelta a la caseta, para encerrarse en su interior.

Casi riendo al verse allí calada de cintura para abajo, decidió no darle mayor importancia a lo ocurrido, no tenía tiempo para calentarse la cabeza con pequeñeces, debía de seguir buscando. Por ello, se movió hacia la caja que había dejado a medio examinar de forma apresurada, lo que por desgracia no le hizo reparar en que justo detrás de ella se encontraba el taburete donde poco antes había estado sentada. Nada pudo hacer para evitar el golpe, el gran tropezón que a punto estuvo de tirarla e hizo al objeto rojo rodar por el suelo hasta chocar contra la pared. Apoyada sobre una de las estanterías, escuchó cómo el taburete chocaba y cómo, tras el golpe, algo más se movía en su interior. Parecía que había algo dentro de aquel objeto.

Rápidamente, se incorporó y corrió hasta el lugar del impacto. Sin dudar, levantó el taburete en peso y lo observó con atención. Dentro de aquella especie de gran reloj de arena rojo había prácticamente cualquier cosa. Tiró de la parte de superior, que sin mucho esfuerzo acabó cediendo. Tras quitar la tapa fue introduciendo, con cierto temor, sus manos en el hueco que se acababa de formar. Pronto llegó hasta lo que había zurrado desde allí dentro y lo fue sacando con sumo cuidado.

Se trataba de una agenda del año 1999, justo el año en el que Macarena

había desaparecido. Sin poder todavía creerse lo que acababa de encontrar, la abrió rápidamente y empezó a ojear entre sus páginas. Maravillada, se dio cuenta de que la persona que la había utilizado había escrito entradas muy largas, describiendo lo que le había sucedido durante el día. Lo que tenía ante ella era en realidad, un diario.

Recostado sobre su cama, Víctor contempló durante un instante la imagen que Luis le había enviado en su último correo electrónico. Se trataba de una fotografía de Macarena en la playa, riendo mientras introducía sus pies en el agua, levantando el largo de su vestido para evitar que se mojara. No estaba seguro, pero le parecía que la imagen se había tomado en Calblanque.

Por detrás, en una esquina, se podía leer: «¿Recuerdas este día? Nunca lo olvidaré, gracias por todos esos maravillosos momentos.» Al parecer, Luis la había encontrado semanas después de su último encuentro con Macarena, escondida entre el correo de su casa, en un buzón que apenas revisaban. Por ello, no estaba seguro del momento exacto en el que Macarena pudo dejarla allí.

Al final, Víctor no se la había enseñado a Celia, la había visto tan mal esa tarde en la playa, tan sumamente triste que no había querido molestarla con nada más. Ya tendrían tiempo de estudiarla y compartir todo lo que aportaba esa nueva pequeña pista.

Porque a Víctor, esa simple fotografía le había hecho pensar en algo que hasta el momento no se le había pasado por la cabeza. Hasta ese día, por una parte, Celia se había mostrado bastante segura de que Alberto Puigcerver, el marido de Macarena, tenía algo que ver con su desaparición. No sabía muy bien si esa fuerte convicción estaba realmente basada en las evidencias que poco a poco habían ido reuniendo o si simplemente era fruto de su intuición, pero su amiga parecía estar bastante convencida de ello. Por el contrario, a él lo que le provocaba más quebraderos de cabeza era el amante de Macarena. No le terminaba de encajar ni lo que Luis le contaba, ni su repentino interés por una causa que parecía haber tenido olvidada durante casi diez años. Además, cada nueva pista que descubrían ponía más en entredicho todo lo que aquel hombre decía. Algo muy raro ocurrió el último día en que se vio con vida a Macarena, algo en lo que no le cabía duda de que Luis estuvo involucrado.

Sin embargo, aquella nueva fotografía le había hecho pensar también en una nueva hipótesis. Todo en ella sonaba a despedida: la inscripción, el tono elegido, la imagen... Todo parecía indicar que Macarena estaba diciendo adiós a una persona importante en su vida, como si supiera lo que estaba a punto de ocurrir. Por ello, había algo que no dejaba de dar vueltas en su cabeza... ¿Y si fue ella misma la que decidió que ya no quería seguir adelante?

Ж Ж Ж

Martes, 11 de agosto de 2009

LA MANGA

Aquella noche Celia no podía contener la emoción mientras avanzaba a zancadas hacia su cuarto, apretando contra su pecho la agenda que acababa de encontrar. Una vez en su habitación, cerró con cuidado su puerta, sin hacer ruido, encerrándose con cautela allí dentro. Sigilosamente se dirigió hacia su cama, donde se dejó caer y justo allí, sobre sus sábanas, comenzó a ojear su gran descubrimiento.

La agenda que alguien había utilizado como diario era negra, de tapa dura y tenía el tamaño normal de cualquier libro. La textura de su portada imitaba al cuero y, sobre ella, únicamente resaltaba la palabra «Agenda» y la silueta del año 1999.

—El último verano que pasaron en esta casa —dijo para sí misma Celia, intentando contener su emoción. Podía sentir su acelerado corazón en su pecho mientras realizaba cada uno de sus movimientos, una sensación que entrecortaba su respiración de tanto en tanto.

Con cuidado abrió la agenda y ante su atenta mirada fueron surgiendo distintas anotaciones en una letra muy pulcra, cuidada y propia de la más avanzada caligrafía. Quería creer que aquel objeto había pertenecido a Macarena y, al contemplar todas esas anotaciones, poco a poco se fueron despejando sus dudas. Para los apuntes principales había utilizado un simple bolígrafo de tinta negra, pero los había acompañado de notas y comentarios en distintos colores que destacaban a la perfección días especiales y eventos. Aquel objeto tenía que haber pertenecido a una mujer, el orden y limpieza que allí reinaba, lo delataba.

Pero Celia necesitaba alguna prueba que evidenciara que estaba en lo cierto

y no tardó mucho en conseguir lo que buscaba. Justo antes de empezar las páginas a dividirse en semanas y días, en una página en blanco, aparecía un nombre escrito:

«Macarena Montiel Camacho».

Celia apartó la mirada del diario durante unos minutos, incorporándose un poco sobre su cama. No se podía creer que lo que tenía entre sus manos era real, que verdaderamente había conseguido algo así. Ahí podían encontrarse las respuestas a cada uno de los interrogantes que habían ido surgiendo a lo largo del verano, ahí podía estar escrito todo lo que ocurrió en su casa durante aquellos oscuros meses.

Avanzó las páginas y, casi al principio, perfectamente doblado entre las páginas, encontró un pequeño papel. Al abrirlo se dio cuenta de que se trataba de una de las amenazas que Macarena había estado recibiendo ese verano. Sobre un folio color crema alguien había pegado diferentes letras de periódicos y revistas, en las que se leía: «Sé lo que estás haciendo».

¿Quién las mandaría y por qué lo haría? Quizá el diario también le diera alguna pista sobre ese punto. Empezó a leer con gran atención cada detalle de lo que allí estaba escrito. Durante los seis primeros meses del año, Macarena había utilizado el diario meramente para organizar sus semanas y anotar citas y eventos. Nada llamó la atención de Celia más allá de la apretada agenda social que el matrimonio tenía en Madrid. Pero las citas, eventos e inauguraciones se reducían de forma drástica al llegar junio, mes en el que el matrimonio empezaba sus vacaciones y se desplazaba a La Manga. Fue entonces cuando Celia pudo ver escrito algo que volvió avivar un gran nerviosismo dentro de su estómago: «22.00 Cena con Luis y Mónica».

Al parecer, desde prácticamente el día de su llegada, al menos una vez por semana, habían quedado para cenar con la otra pareja. Y conforme las semanas avanzaban, Macarena había añadido comentarios a sus anotaciones que mostraban que esperaba con impaciencia que llegaran tales momentos. Celia pudo leer frases como «Por fin... Cena con Luis y Mónica» o «Inolvidable cena».

De repente, tras la primera semana de julio, algunas anotaciones empezaban a alargarse de forma drástica, como si Macarena también contara en detalle lo

que ocurría en algunos de sus días. Con atención, Celia empezó a leer, adentrándose al fin en aquella vida ajena que notaba tan próxima y cercana:

11.07.1999

No sé cómo al final me he podido atrever a hacer algo así, creo que debo haber perdido la poca cordura que me quedaba. Pero lo cierto es que ha funcionado y nunca antes había sentido nada parecido, no dejo de sonreír ni de reír. Es como si estuviera flotando sobre una nube.

Sabía que Luis estaría paseando por aquella parte de la playa, él mismo lo había comentado varias veces durante nuestras cenas, que cada tarde solía hacerlo mientras su mujer realizaba las compras.

No sé muy bien por qué necesitaba forzar ese encuentro, era como si necesitara saber más de él, conocerlo un poco mejor. No hace ni un mes que nos conocimos por primera vez y aquella curiosidad se apoderó de mí. Al principio intenté luchar contra esa extraña necesidad, casi esquivando sus miradas y palabras durante nuestras cenas, evitando incluso sentarme a su lado. Pero en una pequeña mesa para cuatro, fue inevitable que quedáramos muchas veces uno frente al otro. Me han ido desarmando sus miradas, cada uno de sus comentarios, su risa, cada caricia que dedicaba a su mujer... Todo ha avivado más y más una llama que crecía dentro de mí.

Acabé queriendo saberlo todo sobre él, preguntando a Alberto con cuidado y disimulo sobre lo que él sabía, admirándolo cada vez más con cada nuevo detalle de su vida que descubría.

Por ello, empecé a frecuentar cada tarde esa zona de la playa, con la esperanza de chocarme por casualidad con él, con la certeza al terminar el día de que estaba cometiendo una locura. Casi se había convertido en un juego, en imaginar mientras andaba por la arena cómo sería nuestro encuentro, prácticamente segura de que jamás ocurriría. Pero, de repente, hoy, ya sin esperarlo, ahí estaba frente a mí. Ha sido él quien me ha reconocido y se ha acercado a saludar. No he tenido que fingir sorpresa alguna, ya casi había dado por inalcanzable aquel encuentro, ya ni tan siquiera esperaba verlo allí algún día.

Pero la fortuna me ha sonreído esta vez y durante casi dos horas hemos estado caminando uno al lado del otro por la orilla de la playa. Me ha contado todo sobre su vida, cómo desde niño siempre quiso ser médico y cómo con ayuda de las becas logró costearse sus estudios y convertirse en pediatra. Lo duro que le resultaba tratar con casos graves, pero lo gratificante y bonito que era sentir que ayuda a todas esas familias.

Lo más curioso es que se ha interesado también en mí, en qué hacía en Madrid durante el año, sobre qué

me gustaría hacer en el futuro. Futuro, algo que hace mucho tiempo que daba por perdido. Hacía tanto que nadie mostraba el más mínimo interés hacia mí que sus preguntas me han pillado por sorpresa. Me he sentido también algo avergonzada, poco he podido decirle, pues pocos sueños quedan ya dentro de mí. Los he ido perdiendo todos, cada uno de ellos, a lo largo de todos estos años.

Pero a él no ha parecido importarle, me ha animado a buscarlos de nuevo, diciéndome que todavía están dentro de mí, que simplemente los he dejado dormir demasiado tiempo. Creo que tiene razón, creo que es el momento de volver a despertarlos. Nunca es tarde.

Hoy, después de mucho tiempo, vuelvo a sonreír y no puedo dejar de pensar, una y otra vez, en sus últimas palabras:

«Yo vengo por aquí cada tarde, si sueles estar libre a esta hora, nos podemos volver a ver mañana».

No me va a resultar difícil volver a verlo, Alberto siempre pasa las tardes solo en su barco, así que no voy a tener problema para acudir a nuestra pequeña nueva cita. No me puedo creer que mañana, en menos de veinticuatro horas vaya a volver a verlo. Es demasiado maravilloso para ser cierto. Sé que siento algo hacia esta persona, algo que jamás antes había sentido, pero, por supuesto, no busco nada más allá

que un buen amigo. Alberto es mi marido. Sea como sea, es mi marido.

Pero quiero disfrutar de estos pequeños momentos, de esta sensación de alegría que este encuentro me ha traído. Pese a que sé que es una falsa sensación, artificial, inexistente. Sé que en cuanto Alberto vuelva, de una forma u otra, acabaré cayendo de esta nube.

Macarena.

Celia se sentía atrapada por las palabras de aquella mujer, quería seguir leyendo durante toda la noche, pero el sueño le acabó jugando una mala pasada y, casi sin darse cuenta, conforme fue llegando al final de aquella primera entrada, el cansancio se apoderó de ella y allí, con la agenda de Macarena entre las manos, se quedó totalmente dormida.

Fue su madre quien la despertó a la mañana siguiente, había entrado en su habitación sigilosamente, simplemente para dejar unas cosas en el armario, pero su presencia fue captada por una todavía soñolienta Celia.

—Hola, mamá —empezó a decir Celia mientras restregaba sus puños sobre sus ojos, intentando despertarse completamente. Nada más tomar plena consciencia, sus ojos se perdieron en busca de la agenda y quedaron más tranquilos al comprobar que estaba a cubierto, debajo de sus sábanas.

—Hola Celia —le contestó Isabel, su madre, acercándose hasta sentarse sobre su cama, justo a su lado—. No quería despertarte, perdona.

—No te preocupes, me has hecho un favor, ya es bastante tarde —dijo Celia, incorporándose. Se dio cuenta de que apenas le había preguntado sobre sus avances, sobre cómo estaba intentando solucionar su problema—. Mamá... Perdona que no te haya preguntado antes... ¿Has visto al final algo sobre el divorcio?

Su madre, con preocupación, giró su cabeza para comprobar que la puerta de la habitación estaba cerrada y, bajando la voz, empezó a contestar a Celia.

—Precisamente esta tarde tengo la segunda visita con la abogada. ¿Sabes? Me ha animado mucho y parece muy buena mujer. Me ha dicho que así no puedo seguir, que pase lo que pase al final, tengo que iniciar el proceso para al menos tener garantizado un futuro digno. Fue un poco duro, acabé llorando

allí en medio de su despacho; pero Celia, me trató genial, se acercó a mí, me abrazó y me dijo que me tranquilizara, que todo mejoraría poco a poco. De momento, me ha dicho que sigamos en casa como si nada estuviera ocurriendo. Madre mía, Celia, qué difícil va a ser todo esto... Lo peor es que, en el fondo y pese a todo, sigo queriendo a tu padre. Pero poco más puedo hacer...

—Tienes que seguir adelante. No hay más remedio, tú no has buscado esto —respondió Celia algo preocupada, no le gustaba pensar en lo que iba a pasar con sus padres, en el final que tendría aquel proceso que su madre acababa de iniciar. Le daba miedo quedar en medio de todo, en tierra de nadie. Pero no podía decir nada, ahora notaba a su madre mucho mejor—. Si quieres esta tarde te acompaño a Cartagena y voy contigo.

—Muchas gracias Celia, pero no hace falta —dijo mientras la abrazaba—. He quedado con la tía y ya le he dicho que no quiero que te veas implicada en todo esto. No debería ni contártelo, no deja de ser tu padre y no quiero que piense que tú has tenido algo que ver con esta decisión. Quiero que estés al margen, Celia. Así se lo he dicho a tu tía, que sé que tiene muchas ganas de verte, pero le he hecho ver que es mejor que no me acompañes ningún día a Cartagena. Así tu padre nunca podrá pensar que tú sabías algo.

—Como tú prefieras, mamá. Pero ya sabes que estoy aquí dispuesta a hacer lo que necesites. —En ese momento algo cruzó la mente de Celia, un detalle que quería preguntarle desde hacía tiempo. Rápidamente abrió el segundo cajón de su mesilla y sacó una de las tarjetitas verdes que allí habían aparecido—. Una cosa, hace unas semanas encontré esto en mi cajón y ya he visto varias. No tengo ni idea de qué son, ¿te suenan?

Sin prestar mucha atención a las palabras de Celia, su madre cogió la tarjeta que su hija le ofrecía y comenzó a leerla. «El Loro Verde. Sabor tradicional...» de forma repentina, nada más ver la tarjeta algo cambió en el semblante de su madre que fue oscureciéndose paulatinamente.

—¿Dónde la has encontrado?

—Pues... En varios sitios en la casa —contestó Celia, sin atreverse a confesar que una de ellas había aparecido entre las cosas de su padre—. ¿Por qué? ¿Lo conoces?

—No, la verdad es que no —sentenció su madre devolviéndole la tarjeta y levantándose para marcharse—. Voy a seguir haciendo cosas, guapa. Luego nos vemos.

Le dio un discreto beso sobre la mejilla y, sin más explicaciones, abandonó

la habitación, dejando a Celia confundida, sin tener claro si lo que le acababa de decir su madre era verdad o mentira.

Ж Ж Ж

No fue hasta bien entrada la tarde que Celia se vio al fin libre, con la tranquilidad que necesitaba para volver a centrarse en el diario de Macarena. La casa estaba vacía a aquellas horas así que, con el atardecer de fondo, se recostó sobre el sofá del salón y continuó leyendo:

15.07.1999

Siempre he pensado que la fortuna estaba de mi parte. Nunca he hecho caso a todas las desgracias que parecían rodearme. Siempre he sabido que era la protagonista de mi historia y que todo acabaría saliendo bien. Estoy segura de que todo estaba escrito, que Luis y yo debíamos encontrarnos, que él acabaría salvándome.

Después de muchos años, he vuelto a hacer fotografías, a usar mi maravillosa cámara, ésa que ya casi tenía olvidada. Esta tarde, como cada tarde, la he compartido con Luis, paseando por la playa. Le he contado que pese a los nuevos avances me sigue gustando imprimirlas en papel, así siento que puedo darles más vida.

Jamás nadie había mostrado tanto interés por algo realizado por mí. Me ha animado a no volver a dejarlo y me ha comprado varios libros sobre nuevas técnicas y programas informáticos que cree que debo conocer

para ser capaz de hacerme un hueco en el mundo de la fotografía.

Aunque parezca difícil de creer vuelvo a sentirme como cuando tenía 18 años, como cuando aún tenía ganas de aprender y fantaseaba cada día con las increíbles aventuras que me esperaban allí fuera, en mi futuro. Nunca quise acabar como mi madre, sin sueños, sin metas, con tan solo un marido y una hija en la que volcar todas sus aspiraciones. Yo quería vivir mis propios sueños, no que mis hijos los vivieran por mí. Por eso, me casé con Alberto, un hombre serio, de nombre, que estaba segura de que me abriría las puertas hacia una vida mejor. Ojalá hubiera escuchado tan solo esa vez a mi madre. Cuando me suplicó que no lo hiciera, cuando me dijo que jamás sería feliz junto a su despreciable primo.

Pero no le hice caso, convencida de que yo sabía mejor que ella lo que me convenía. Así acabé condenándome a mí misma y condenándola también a ella, que vio cómo ni su hija conseguía vivir una vida más plena que la suya. Pronto Alberto me convenció de que no tenía talento alguno y que, por ello, lo mejor que podía hacer era estar en casa y acompañarlo en sus eventos, que al menos así tendría un nombre en la sociedad de Madrid. No sé por qué lo creí, no sé por qué me convencí a mí misma de que era lo mejor.

Es curioso, a Alberto no le gustan los niños, así que al final, no he tenido ni futuro, ni hijos en los que volcar mis esperanzas. Al final, durante todos estos largos años no he tenido nada.

Macarena.

Celia suspiró durante uno segundos, intentando entender lo que Macarena pudo sentir durante esos días, mientras escribía esas melancólicas palabras. Tan solo unos días las separaban de la siguiente entrada, tan pulcramente redactada como todas las demás. Con gran interés, continuó leyendo:

21.07.1999

No sé cómo ha ocurrido, pero lo cierto es que ha pasado. No me avergüenzo de ello, en absoluto. Es más, lo celebro. He vuelto a nacer.

Era una tarde más, una de ésas en las que reímos y disfrutamos el uno junto al otro. Una de ésas que yo creía tan inofensivas. De hecho, cuando Luis me ha propuesto ir a un pequeño hostal cercano, era consciente de que íbamos a dar un paso más y que, una vez hecho, ya no habría vuelta atrás. Pero simplemente nos imaginaba tirados sobre la cama, abrazados el uno junto al otro, hablando y disfrutando de nuestra mera presencia.

Nada más se me ha pasado por la cabeza, ni cuando Luis con una sonrisa me ha conducido, por primera vez cogiendo mi mano, por los distintos pasillos, ni cuando ha cerrado las cortinas y la puerta con cautela. Nada me ha hecho pensar que algo más

ocurriría allí dentro. Por ese motivo ha sido tan repentino sentir sus labios sobre los míos, su lengua descontrolada en mí, su cuerpo llevándome hacia la cama, donde, poco a poco, estaba escrito que los dos acabaríamos perdiendo el control.

Jamás me había sentido de esta forma, querida, deseada, mujer. Luis ha disfrutado de cada recoveco de mi cuerpo, elogiando cada una de mis curvas y alabando mi belleza. Ese cuerpo que ya daba por perdido y demacrado. Yo también he podido, por primera vez, disfrutar, liberarme, soltarme sin vergüenza alguna ante el hombre al que amo.

No sé a dónde nos conduce esta locura, pero ambos queremos seguir este camino. Yo quiero seguir este camino. Hoy he resucitado.

Macarena.

La privacidad de las confesiones que acababa de leer no hizo más que avivar el deseo de Celia por lo que allí estaba escrito. Rápidamente buscó la próxima entrada, tan solo unos días más tarde. Pero antes de seguir leyendo, un extraño detalle captó toda su atención: desde la planta superior, podía escuchar la melodía de un piano.

No lo entendía, no había nadie más en su casa, ¿quién podría estar tocando el piano? Con cautela, dejó la agenda sobre el sofá y lentamente comenzó a subir las escaleras. Conforme se iba acercando a la habitación de su madre, más próxima sentía aquella melodía, lo que no hacía más que acrecentar su nerviosismo. La puerta de la habitación estaba ligeramente abierta así que, respirando profundamente, se introdujo lentamente dentro de ella. Caminó hacia la cama y allí comenzó, con cuidado, a subir cada uno de los peldaños de la escalera de madera que subía bordeando la habitación y que la

conducían hacia la mayor reliquia de aquella casa, la pequeña sala de suelo de cristal donde se encontraba el piano.

El sol ya empezaba a marcharse a aquella hora, por lo que ya era poca la luz que iluminaba cada uno de sus avances. Al llegar al final de la escalera miró aterrada hacia el piano, temerosa de lo que podría encontrar. Pero no había nadie allí arriba, el único movimiento que la acompañaba era el susurrante vaivén de las cortinas, alborotadas por el aire que se colaba por las entreabiertas ventanas del balcón.

Por un momento, Celia no supo ni entendió de dónde podía provenir aquella melodía. Confundida, se adentró sobre el suelo de cristal en busca de algo que le diera alguna pista, donde quedó inmóvil durante unos segundos, concentrada en lo que allí la rodeaba: el piano negro quedaba justo frente a ella, aliviada comprobó que sus teclas descansaban inmóviles y sin vida. Su mirada viajó a lo largo de la pequeña habitación, donde simplemente a un lado del piano se encontraba un pequeño sillón y al otro, el equipo de música de su madre. Necesitó todavía un poco más de tiempo para entender lo que allí estaba ocurriendo, comprender que el sonido no provenía del piano, sino del pequeño equipo. Más tranquila, casi riendo del gran susto que una pequeña tontería le había provocado, se arrodilló frente al aparato y lo apagó. De repente, el silencio cayó de nuevo sobre ella. Un silencio que fue roto, en cuestión de segundos, por lo que parecía el lejano sonido de un grifo. No tenía ningún sentido, pero parecía que alguien había abierto uno de los grifos en el cuarto de baño de abajo.

—¿Mamá?, ¿has vuelto? —preguntó Celia, mientras se levantaba y miraba a través del cristal hacia abajo, esperando percibir algún movimiento desde allí. No obtuvo respuesta alguna.

Un renovado miedo volvió a apoderarse de ella, cuya mente intentaba buscar una respuesta a lo que estaba ocurriendo, pero por más que lo intentaba no conseguía entender nada.

Sin apenas ser consciente de lo que hacía, empezó a caminar hacia el cuarto de baño de la habitación de su madre, con la esperanza de encontrarla allí, de que todo se tratara de un nuevo malentendido.

Al entrar en el baño se dio cuenta de que todo estaba invadido por el vapor, lo que creaba una gran neblina en el ambiente. Se adentró temblorosa dando pequeños pasos, a su derecha contempló como el grifo de la bañera estaba efectivamente abierto, dejando salir agua de forma incesante, agua

aparentemente muy caliente que empañaba el enorme espejo de la pared que quedaba justo en el otro lado. Para desesperación de Celia, no había nadie allí dentro.

Armándose de valor se dirigió hacia la bañera con la intención de cerrar el grifo, pero cuando ya estaba muy cerca, un pequeño movimiento desde atrás la hizo girarse y mirar hacia el espejo.

—¿Qué haces con la bañera, Celia? —le preguntó una voz en la que reconoció a su abuela, que había entrado de repente en la habitación—. Acabo de llegar, te estaba buscando.

Fue en ese instante cuando Celia sintió que algo estaba ocurriendo. Y, sin mediar palabra alguna con su abuela, huyó de aquella habitación.

Empezó a correr y, mientras lo hacía, se dio cuenta de que algo la movía hacia un lugar concreto. No entendía muy bien por qué, pero sabía que tenía que dirigirse hacia la playa.

Mientras corría, Celia no pudo evitar recordar algo que hasta ese momento se encontraba perdido en su mente.

11/08/2000

Un año después de la desaparición de Macarena

—Celia, cuidado —dijo Isabel mientras impedía que su pequeña hija avanzara más hacia el fondo de la playa—. No más dentro, es peligroso si no haces pie.

—Pero mamá —contestó Celia, angustiada de no poder seguir avanzando. Ya no era una niña pequeña, acababa de cumplir nada menos que ocho años—. Todo el mundo está más dentro.

—Celia, hazme caso —repitió Isabel, enfadada con la insistencia de su hija—. Te lo he dicho mil veces. Nunca tienes que meterte donde no hagas pie.

—¿Ni para ayudar a alguien?

—Nunca. En ese caso tienes que buscar ayuda, pero nunca entrar en el agua tú sola, puedes acabar ahogándote tú también.

Celia escuchó dubitativa, no estaba muy convencida de las palabras de su madre, pero se dio por vencida y empezó a jugar en la zona donde estaban. En seguida estaba totalmente ensimismada consigo misma, por lo que no se dio cuenta de que su madre se dio la vuelta y comenzó a mirar fijamente hacia su casa ni fue capaz de escuchar lo que empezó a decir de forma casi susurrante.

—Celia, ten mucho cuidado, no sabes las cosas horribles que han ocurrido aquí. Justo en estas aguas.

Ж Ж Ж

El mar estaba embravecido y rugía con fuerza, moviendo sus enormes olas de forma salvaje hacia la orilla. Por mera intuición, Celia desvió su mirada hacia el final de la playa, en busca de la caseta de madera de los socorristas.

Estaba totalmente segura de que allí encontraría una bandera roja que habría hecho imposible entrar en el agua durante todo el día. Pero ya no había ninguna bandera, estaba empezando a oscurecer, y cada noche los socorristas la retiraban hasta el próximo día. No se esperaba ya que nadie se adentrara en aquellas tórridas aguas.

Volvió su mirada hacia el mar, donde sabía que algo estaba ocurriendo. Sus ojos se desplazaron de un punto a otro, rastreando aquella superficie azul. No cesó en su empeño hasta que un pequeño detalle captó toda su atención. A unos sesenta metros de distancia localizó una pequeña figura, atizada una y otra vez por el movimiento de las olas. Poco a poco aquel punto fue tomando forma: parecía tratarse de un niño que como podía resistía a flote con ayuda de una pequeña tabla de corcho para deslizarse con las olas.

Una extraña sensación recorrió todo el cuerpo de Celia, que sentía que debía hacer algo de inmediato. Pero sabía que ella sola no podría, necesitaba buscar ayuda de alguna forma. Miró a su alrededor, todo estaba desierto. El mal tiempo había dejado la playa sin apenas actividad. Podía ver gente aproximándose a lo lejos, pero para cuando llegaran, sería demasiado tarde. No tenía tiempo que perder, tenía que hacerlo ella misma, no tenía otra opción.

Sin pensar, corrió hacia dentro del agua. Nada más entrar sintió el choque de una enorme ola, que empujó su cuerpo con fuerza hacia fuera. Su piel se erizó de inmediato, pero si el agua estaba fría, Celia apenas lo notó. Estaba demasiado nerviosa y preocupada por avanzar para prestar atención a ese detalle. Como podía luchaba por adentrarse en el mar, pero cada nueva ola tiraba de ella hacia fuera, frenando su avance. Nunca había sentido el mar tan alborotado, con tantas corrientes. Mantenía el control sobre su cuerpo pisando con todas sus fuerzas contra el suelo, pero no sabía qué ocurriría una vez que dejara de hacer pie. Tenía que avanzar hacia dentro, pero una vez en ese punto, no sabía si lograría salir de nuevo.

En ese momento, el golpe de una fuerte ola le hizo perder el equilibrio por completo, cayendo en picado hacia el agua que con bestialidad la desplazó de un sitio a otro hasta llegar casi a la orilla.

De un salto, se volvió a poner de pie, quitándose el pelo mojado de los ojos y centrándose en dónde se encontraba. Prácticamente había vuelto al punto de partida, pero aquel fuerte impacto le había dado una idea. Salió corriendo hacia dentro y antes de que la próxima ola rompiera se sumergió bajo el agua lanzándose de cabeza contra ella. Cerró los ojos y empezó a bucear con todas

sus fuerzas, moviéndose lo más rápido que pudo, mientras aguantaba la respiración. Solo cuando sus pulmones empezaron a fallar, decidió subir de nuevo a la superficie. Suspirando con fuerza, sacó la cabeza y abrió de nuevo los ojos, sonrojados e hinchados por la sal. Lo había conseguido, había conseguido pasar la zona donde rompían las olas. Ahora avanzar le resultaba mucho más sencillo.

En ese punto ya no hacía pie, así que empezó a nadar hacia su objetivo, ya estaba muy cerca de alcanzar a aquel niño.

—¿Estás bien? —gritó mientras se aproximaba. Lo observó desde allí, parecía que tendría en torno a ocho años.

—Sí, pero no sé qué pasa. Ayúdame, no puedo salir. —Celia reconoció un acento muy familiar en aquellas llorosas palabras. Con cuidado, llegó hasta donde se encontraba y, a su lado, se apoyó también en la tabla. Solo en ese momento fue consciente de lo tremendamente cansada que estaba. Lo miró y reconoció de inmediato a aquel nervioso niño rubio que tantas veces había visto corretear en la playa desde su casa. Era el hermano pequeño de Ivan, su vecino.

—Ey, Marc. No te preocupes, estoy aquí, he venido a ayudarte y todo va a salir bien —le dijo mientras le daba un beso en la frente. Aquel niño estaba temblando, muerto de miedo. Ella también estaba muy asustada, pero sabía que no debía transmitirlo. No tenía ni idea sobre cómo iban a conseguir salir de allí. De hecho, desde donde estaban, la orilla se vislumbraba como algo casi inalcanzable—. Agárrate con fuerza a la tabla, no te sueltes en ningún momento.

Enganchó el cordón que sobresalía de la tabla a su muñeca y comenzó a nadar en dirección a la orilla. Nadó como nunca antes lo había hecho, con fuerza y sin descanso, pero por más que lo intentaba no conseguía avanzar, el propio mar se lo impedía. Se dio cuenta de que así no podría alcanzar jamás la orilla, por lo que paró y con cuidado volvió a apoyarse sobre la tabla, justo al lado del hermano de Ivan. Mientras intentaba mantenerse a flote moviendo sin parar sus piernas bajo el agua, un gran cansancio se adueñó de ella. Sabía que su única esperanza estaba en aquella pequeña tabla, pues si de algo estaba segura era de que no lograría llegar a la orilla con aquel niño entre sus brazos, se ahogarían antes de conseguirlo. Necesitaba la tabla para mantenerlos a flote y moverse hacia fuera. Pero las fuertes corrientes los tenían atrapados en aquel punto, presos en medio del mar, totalmente a merced de aquellas aguas.

—Marc, no te preocupes, ya estamos más cerca —mintió Celia, intentando tranquilizar su sofocada respiración. La mirada de aquel niño parecía tan asustada que el corazón de Celia se encogió de forma sobrecogedora.

No entendía muy bien cómo el hermano de Ivan había acabado tan dentro. Posiblemente, mientras jugaba con la tabla, la corriente lo había ido introduciendo poco a poco. Era muy probable que el pobre se hubiera dado cuenta de que algo no iba bien, demasiado tarde. Fue en ese momento cuando una idea cruzó la mente de Celia: si la tabla lo había metido por sí sola, quizá la propia tabla podría sacarlos de allí también.

—Marc, vamos a salir, ¿vale? —le dijo Celia muy despacio—. Pero voy a necesitar tu ayuda. Vamos a poner la tabla de lado y nos vamos a poner los dos justo detrás. Necesito que muevas las piernas como si estuvieras nadando, para que los dos impulsemos la tabla hacia la orilla. ¿Crees que podrás hacerlo?

El niño asintió de inmediato y se movió con cuidado para empezar a hacer justo lo que Celia le acababa de indicar. Juntos empezaron a propulsar la tabla con la esperanza de que conseguirían salir de allí.

Pero Celia no sentía que estuvieran avanzando. Es más, desde allí cada vez veía más pequeña y lejana su casa, que resaltaba en lo alto de la orilla. Cuánto sentía que todo fuera a acabar así, de forma tan trágica. Después de toda la ilusión que había traído a su familia a aquella casa, todo acabaría con una dramática desgracia. No se sintió apenada por ella misma, sino por lo mucho que todos sufrirían, también por ese pequeño niño que tanta vida tenía aún por delante y que no había logrado salvar.

Ya casi había perdido toda esperanza, cuando empezó a percibir algo: su casa se veía cada vez más y más grande, cada vez más cercana.

—Marc, ¡sigue moviendo las piernas con fuerza! —gritó, mientras sonreía entusiasmada—. Lo estamos consiguiendo, cada vez estamos más cerca de la orilla.

Conforme se fueron acercando, el mar respondió de forma más violenta y brusca, pero toda su fuerza, para su fortuna, los impulsaba ahora hacia la orilla. De forma que cuando Celia notó que volvía hacer pie, se soltó de la tabla y cogió al niño en brazos.

Con la seguridad y alegría de saber que ya no lo perdería, caminó con él sobre su cuerpo hacia la orilla.

Conforme fueron saliendo del agua, Celia vio cómo la madre del pequeño y

el padre de Ivan, Antonio, corrían aterrados hacia ella y cogían el niño en brazos.

—Lo he visto desde arriba —empezó a decir aquella temblorosa mujer entre llantos, mientras abrazaba con fuerza a su hijo—. He visto que estabas intentando sacarlo, he corrido en cuanto me he dado cuenta...

Poco a poco Celia notó que más y más gente se acercaba hasta donde ellos estaban. Todo a su alrededor se empezó a nublar, a volverse muy confuso. Alguien debió de ponerle una toalla sobre sus hombros en algún momento, no lo notó, pero se dio cuenta de que ahora la llevaba sobre ella. Se sentía muy mareada, así que poco a poco se dejó caer sobre la arena.

—Llamad al socorrista. —Oyó decir a alguien.

—Ahora ya no estarán, es muy tarde, se habrán ido ya. ¿Llamo a urgencias? —Escuchó decir a otra voz desconocida.

—Madre mía, con lo mal que está hoy el mar...

La gente empezó a rodearlos, curiosos y paseantes, sorprendidos por aquel fortuito rescate. Pero Celia ya no escuchaba ni sentía nada, simplemente estaba ahí sentada sobre la arena, intentando serenar su respiración. Sin atreverse a aceptar lo que acababa de pasar. Sin llegar a entender lo que le acababa de ocurrir. Pero en el fondo, aliviada. Sabía que no todos los días, tras sentirla tan cercana, se logra escapar de la muerte.

Ж Ж Ж

Miércoles, 12 de agosto de 2009

LA MANGA

—¿Qué está haciendo la heroína de La Manga? —preguntó Emilio, el padre de Celia, entrando desde el jardín al salón donde su hija estaba sentada. Lo hizo sonriendo, lleno de orgullo.

El rescate de la noche anterior se había corrido como la espuma por el barrio y en lo que llevaban de mañana, muchos vecinos se habían incluso presentado en su casa para conocer de primera mano todos los detalles. Su familia lo estaba pasando en grande con aquel nuevo suceso y disfrutaban cada instante que pasaban presumiendo sobre lo que Celia había hecho.

—Pues nada, poca cosa —contestó Celia, escondiendo el diario entre varios cojines para evitar que su padre pudiera verlo—. Hoy mejor me quedo aquí,

me da miedo bajar a la playa. ¡De repente, todo el mundo quiere hablar conmigo!

—Anda, ¡qué tonta! —le contestó su padre mientras cruzaba el salón y se disponía a salir hacia el jardín delantero—. Lo que deberías hacer es bajar y hablar con todo el mundo.

En cuanto quedó a solas de nuevo, Celia sacó el diario y siguió leyendo con atención. Durante las semanas siguientes apenas veía anotaciones, pero todo parecía indicar que Macarena y Luis habían seguido la misma rutina: todas las tardes se habían encontrado en la playa y habían acabado juntos en aquella pequeña habitación de hotel. Durante esas semanas Macarena no daba grandes detalles, pero daba la sensación de que ambos estaban viviendo una especie de sueño. No era hasta principios de agosto cuando volvían a aparecer entradas algo más largas de lo normal.

05.08.1999

Parece mentira, tantos años veraneando aquí y jamás había estado más allá de nuestra zona de playa. Al final ha tenido que ser Luis quien me descubra el paraíso.

Hoy hemos pasado el día en la playa más maravillosa en la que nunca antes había estado. Totalmente virgen, la sola visión de todo el paraje natural de Calblanque es algo que jamás olvidaré. Luis me ha llevado a una zona alejada, de difícil acceso, donde hemos podido disfrutar el uno del otro con total intimidad.

Nunca antes había vivido algo así, tan intenso y profundo. Allí hemos podido hacer todo lo que en La Manga no podemos hacer sin escondernos. Ha sido maravilloso como me tocaba al bañarnos, como me besaba y jugaba conmigo dentro y fuera del agua. Es

algo que simplemente pensaba que los hombres no hacían, acostumbrada como estoy ya a despertar indiferencia.

He estado siempre tan dormida en ese sentido que no entiendo qué me ocurre cuando estoy con Luis, por qué toda la timidez y fragilidad desaparece de mí. No puedo dejar de pensar en que he sido yo quien lo ha desnudado sobre la arena, quien no ha querido parar, quien se ha puesto sobre él y se ha dejado llevar allí sin más. En medio de aquella playa.

Jamás olvidaré este día, la primera vez que he vivido momentos de pasión bajo el agradable sonido de las olas. La primera vez de demasiadas cosas.

Macarena.

Celia cerró durante un segundo el diario sobre su pecho, echándose hacia atrás sobre el sofá, mientras reflexionaba sobre lo que acababa de leer. No pudo evitar que el nombre de Ivan acabara cruzando sus pensamientos, un nombre que llevaba semanas intentando esquivar. También había sido en Calblanque donde ella había pasado momentos muy entrañables con su vecino, por ello, le resultaba tan triste recordar cómo había acabado. ¿Era tan complicado ser feliz? ¿Que todo saliera bien?

Intentando borrar las imágenes de Ivan de su mente, Celia dirigió su mirada hacia la próxima entrada que llamó su atención:

22.08.1999

Llevo días preparándome para dejarlo todo atrás, para llevar a cabo esa fantástica huida que yo misma he planeado con Luis y solo hoy me he dado cuenta

de que simplemente no es posible, que todo debe acabar.

Y por el bien de todos, cuanto antes todo esto sea cosa del pasado, mucho mejor.

Macarena.

La entrada no daba más detalles ni nada durante esa semana mostraba que algo fuera de lo normal hubiera sucedido. No entendía qué podría haberle hecho cambiar de opinión, pero algo muy grave debía haber ocurrido para que Macarena volviera a resignarse a la vida que le esperaba junto a su marido. Impaciente, empezó a leer la siguiente entrada del diario, con la esperanza de encontrar las respuestas que tanto anhelaba.

24.08.1999

Ha ocurrido algo horrible...

—Celia, haz el favor. —Escuchó que le gritaba la voz de su abuela desde el jardín—. Sal un momento y cuéntales a los vecinos de detrás cómo sacaste al *chiquillo*.

Suspirando, Celia escondió el diario debajo de unas revistas y se levantó para dirigirse hacia donde se encontraba su abuela. Estaba segura de que sus vecinos la escucharían boquiabiertos, deseosos de descubrir los detalles de aquella anécdota que ya solo aburría a Celia. Ella no quería viajar hasta lo que había ocurrido el día anterior en la playa, sino seguir reviviendo algo que había pasado mucho antes, casi diez años atrás.

Ж Ж Ж

—La verdad, Víctor, te engañaría si te dijera que era esto lo que esperaba — empezó a decir Sofía, mientras miraba con atención el rostro de su hijo que reflejaba una gran tranquilidad, parecía que se había quitado un gran peso de encima al confesarle sus intenciones, como si hubiera temido que llegara ese momento, ese instante en el que tuviera que sincerarse con su propia madre—. Pero, Víctor, no te puedo decir nada, me has dado tus razones, que con algunas estoy más de acuerdo que con otras, pero que me hacen ver que no es una

simple cabezonería de un niño, sino que has pensado a fondo sobre el asunto. Si quieres estudiar aquí la carrera, no veo ahora motivos suficientes para no apoyarte.

Al escuchar esas palabras algo cambió en el rostro de su hijo: su expresión apenas tranquila se iluminó, mostrando una profunda sorpresa y felicidad, como si aquella respuesta hubiera superado con creces todas sus expectativas.

—Gracias, mamá —le contestó su hijo, engulléndola en un gran abrazo, de esos que hacía siglos que no le daba—. No sabes lo que significa para mí que lo entiendas.

—Claro que te entiendo, Víctor, vosotros no lo pensáis, pero yo también he sido joven.

Lo cierto era que, aunque comprendía cada uno de los motivos que su hijo le había explicado, no había nada en el mundo que le doliera más que tener que aceptar que a partir de septiembre sus caminos se separarían, cuando su hijo tomara una ruta diferente a la que ella había diseñado para él con tanto esfuerzo y cariño. Le había llevado tiempo aceptar la marcha de María a Inglaterra, pero con ella estaba tranquila, era muy trabajadora y tenía claro que quería ser maestra. Sabía que aprovecharía el tiempo y tenía la esperanza de que la separación fuera solo algo temporal. Pero Víctor iniciaba una nueva aventura en Cartagena, a muchos kilómetros de Madrid y sus padres. Una aventura que puede que ya nunca volviera a acercarlo hasta ella.

Sabía lo difícil que le iba a resultar regresar en septiembre a una casa tan vacía como quedaría su apartamento en Madrid con la partida de sus dos hijos. Sería muy duro tanto para ella como para su marido, pero era algo que no podían evitar. No se puede luchar contra el progreso, contra algo que es simplemente ley de vida.

El fuerte abrazo se alargó durante algunos minutos, hasta que el ruido de la puerta los hizo separarse poco a poco y centrar toda su atención en el sonido de unos pasos que se acercaban hacia ellos. Sonaban nerviosos y perdidos, y trajeron hasta allí la figura de su hija María.

Sin dirigirles ninguna palabra, entró y empezó a caminar de un lado a otro de la habitación, nerviosa, con el rostro casi contraído en una mueca de angustia. Llevaba todavía el uniforme del restaurante, por lo que Sofía tuvo claro que algo le había ocurrido en el trabajo.

—¿Qué pasa, María? —preguntó casi de forma automática.

—No es nada —comentó al mismo tiempo que dejaba escapar un gran

suspiro. Se dejó caer en una silla, cerca de donde también estaba sentado su hermano—. Es solo que me han propuesto algo en el trabajo.

—¿Qué te han propuesto? —preguntó Víctor, intentando que su hermana hablara de una vez.

—Al terminar de trabajar —empezó a decir María, pasando su mano por su rostro, incapaz de relajarse—. Luis, el encargado, me ha dicho que tenía que hablar conmigo a solas, en privado. Así que hemos entrado en la cocina y allí me ha empezado a decir que se había dado cuenta de que este verano todo estaba saliendo bien especialmente gracias a mí. Que le había quedado claro desde el principio (al final va a resultar que es más perspicaz de lo que pensaba) y que se lo había transmitido a los dueños del restaurante.

»Para mi sorpresa me ha ofrecido un trabajo de encargada allí durante todo este año, un trabajo cuyo sueldo no está mal y que me daría la oportunidad de no dejar España hasta que vuelvan a salir oposiciones.

—¡Enhorabuena! ¿Lo sustituirías a él? —preguntó Víctor de inmediato, entusiasmado con la noticia.

—Sustituiría a Montse, la otra encargada, que sería despedida —contestó María, disminuyendo el tono y dirigiendo su mirada ligeramente hacia sus pies.

—¿Qué le has dicho? —se atrevió a preguntar Sofia, temerosa de la posible reacción de su hija ante aquel hombre al escuchar tal oferta. Había criado a una joven indomable y sabía que su hija admiraba mucho a la otra encargada.

—Le he dicho que lo tenía que pensar.

—¿Y tienes algo que pensar? —preguntó Sofia que no salía de su asombro. ¿Qué podría haber llevado a su hija a no reaccionar ante tal propuesta? A no enfadarse por el menosprecio con el que parecían estar tratando a la otra encargada. Desde luego no parecía algo propio de María.

—Pues no lo sé, mamá —continuó diciendo María, suspirando con fuerza de nuevo—. No debería, es una clara injusticia hacia alguien que ha trabajado tan duro y tantas horas como Montse. Y no entiendo por qué mantienen al patán de Luis allí, no sé, como si necesitaran tener a un hombre al mando o como si conociera a alguien que lo hace intocable... Sea por lo que sea, no le veo ningún sentido y debería estar en parte enfadada por ello. Pero, por otra parte, este trabajo significaría quedarme aquí... No marcharme...

La cabeza de Sofía empezó a dar vueltas, en algún momento de aquel verano, sin darse cuenta, debía de haberse perdido algún capítulo de la historia de sus hijos, que habían dejado de comportarse de forma predecible y pasado a no dejar de sorprenderla. Pero ella debía estar por encima de todo, aún era su madre y, aunque cada día notaba que su papel tenía menos importancia en la vida de sus hijos, debía seguir intentando ayudarles.

—María, tranquila —comenzó a decir acercándose hasta sus hijos, poniendo una mano sobre cada uno de ellos—. Piénsalo, piénsalo tranquilamente y toma una decisión. Es tu decisión. Yo os apoyaré en todo lo que decidáis, sea lo que sea. Aunque no siempre os ponga matrícula de honor en los pasos que elijáis, siempre os daré el visto bueno.

—Mamá, muchas gracias —contestó María, en un tono algo más tranquilo al que había mantenido hasta el momento. Abrazando con fuerza a su madre.

Sofía disfrutó de aquel momento, del íntimo abrazo con sus hijos que ya empezaban a hacer frente a problemas reales y de difícil solución. Estaba claro que sus pequeños se habían hecho mayores. Estaba totalmente claro. Pues por más que lo intentaba, ya no conseguía entenderlos como antes.

Ж Ж Ж

Con cuidado, Celia apoyó su espalda sobre el marco de su cama, acomodándose sobre unos cojines. Sentía una gran ansiedad dentro de su cuerpo, una incómoda sensación que sabía solo podría calmar leyendo, indagando en los detalles de la historia de Macarena. Así que, respirando profundamente, se concentró en las páginas de aquel diario que la tenía tan intrigada:

24.08.1999

Ha ocurrido algo horrible, algo que jamás pensé que fuera posible. Al final ha resultado que son todos iguales, monstruos.

No puedo explicar cómo me sentía esta tarde mientras caminaba a mi encuentro con Luis: nerviosa, triste, desesperada. Sabía lo que tenía que decirle, que

no teníamos opción más que acabar con nuestros planes de huida. Con nuestros encuentros. Con todo lo que se había creado entre nosotros. Pero el dolor que me invadía era tan grande que no tenía claro que fuera a ser capaz de hacerlo.

De hecho, cuando he entrado en la habitación del hotel y me ha recibido con esa gran sonrisa, elevándome en sus brazos en un fuerte abrazo, haciéndome por unos segundos volar junto a él; me he sentido sin vida, inerte, incapaz de seguir adelante.

Pero, tristemente, sabía muy bien lo que debía hacer allí. A lo que había ido a aquella habitación, a acabar con toda aquella hermosa locura.

Lo que ha ocurrido entonces... Me ha roto. Me ha partido en pequeños trozos que creo ya nunca más volverán a juntarse. Nunca jamás podré volver a ser la misma persona. No mientras en mi mente continúe el recuerdo de cómo Luis me ha insultado, agarrado y estrellado contra aquella fría pared. Repitiéndome una y otra vez que no podía hacer eso, que no podía acabar con todo ahora, no cuando él ya lo había dejado todo por mí.

Aún me duele el moratón con el que sus intentos por que no me marchara han marcado mi brazo. Aún me asfixia el dolor intenso que la pena ha dejado en todo mi cuerpo. Heridas que irán sanando, pero de cuya cicatriz no creo que pueda volver a recuperarme.

Macarena.

Una pequeña lágrima resbaló muy despacio por el rostro de Celia, una pequeña gota salada que acabó cayendo sobre aquellas páginas, difuminando la tinta de una de aquellas doloridas palabras. Era tan horrible y conmovedor todo lo que aquella mujer transmitía en sus escritos que Celia no estaba segura de querer seguir adelante, temía el triste final que acechaba a aquella pobre alma.

Pese a ello, muy despacio, decidió pasar hacia la siguiente página. Pero para su desesperación, nada más había allí escrito. Continuó pasando las hojas, deprisa, con cierto nerviosismo; pero las páginas aparecían ante ella sin nada marcado, impolutas, sin anotación alguna. Nada más salvo un pequeño apunte justo el día antes de que Macarena desapareciera.

—Dios mío —dejó escapar Celia.

31/08/2009. 00.10 a. m. La Manga

Mientras avanzaba a toda prisa en medio de la noche, un pensamiento se repetía una y otra vez en la cabeza de Víctor: «No debería haber dejado sola a Celia».

Había sido un estúpido y ahora lo único que le quedaba era intentar encontrarla. Llegar hasta donde estaba antes de que fuera demasiado tarde. Antes de que volviera a ocurrir una nueva tragedia.

Ж Ж Ж

Viernes, 14 de agosto de 2009

LA MANGA

Apoyada sobre la barandilla de su casa y con el diario de Macarena entre sus manos, Celia se perdió mirando al mar.

La brisa desplazaba suavemente hacia atrás los cabellos que se habían liberado del pequeño recogido que sujetaba su media melena. Un movimiento suave y delicado, que imitaba el de las pequeñas olas que salpicaban la playa a aquellas horas, playa todavía atestada de bañistas y figuras tendidas sobre sus toallas, que disfrutaban de la arena y del sol.

Prácticamente a esa hora había sucedido todo, era curioso lo distinta que lucía la playa. La tranquilidad que ahora veía contrastaba con la peligrosidad y violencia que allí había sentido mientras luchaba contra las olas. Pero Celia, mirando aquella apacible imagen, seguía sintiéndose nerviosa.

Las últimas palabras de Macarena habían supuesto un antes y un después para ella. Le habían obligado a reflexionar sobre lo que estaba haciendo y hacia dónde se dirigía. Lo que realmente quería en su vida.

Tenía que hablar con Víctor, confesarle lo que llevaba dentro desde hacía demasiado tiempo, un sentimiento que había ido creciendo a lo largo del verano y al que se había negado a dar importancia al principio. Quería contarle también todo lo que había pasado ese año, el gran error que había

cometido meses atrás y que tanto la martirizaba. Necesitaba que lo supiera, que fuera consciente de quién era ella realmente.

Suspiró, llena de culpa y miedo. Aterrada también por lo que Víctor podía acabar pensando de ella. Sin estar del todo convencida de ser capaz de confesar lo que escondía.

El sonido del timbre la sacó de un salto de su ensimismamiento. No esperaban a nadie, así que no tenía claro quién podría ser. Rápidamente cruzó la casa y encaminó sus pasos hacia la puerta delantera, que abrió sin preguntar siquiera de quién se trataba.

—Hola —dijo sorprendida al ver frente a ella a Mark, el niño al que había rescatado la tarde anterior y, justo detrás de él, a unos metros de distancia, a Ivan.

Sin decir ninguna palabra, Mark le ofreció una rosa de color rojo intenso que llevaba entre las manos. Celia se inclinó para cogerla y, al acercarse a él, el niño se lanzó sobre ella en un tímido abrazo y le dio un pequeño beso en la mejilla.

—La han comprado mis padres para ti —dijo finalmente con su característico acento, pero usando un castellano tan perfecto como el de cualquier otro niño de su edad—. Muchas gracias, Celia.

Tras pronunciar esas palabras se soltó del cuello de Celia y salió corriendo hacia su casa, donde entró nada más llegar a la puerta.

Con la marcha del pequeño, Ivan y Celia quedaron a solas, uno enfrente del otro, sin decir nada. Incapaces de romper un incómodo silencio que empezaba a crear una difícil separación entre ellos.

—Celia... Muchísimas gracias —empezó a decir Ivan, acercándose ligeramente hacia ella, que permaneció impassible en la entrada de su casa, mirándolo fijamente. De repente Celia sintió que el tiempo no había pasado, que volvían al punto de partida, a aquella extraña noche en la que se habían conocido. Ivan seguía observándola con sus enigmáticos ojos, deseosos y desafiantes al mismo tiempo. Esa misma mirada que tanto le había llamado la atención al principio y que ahora sentía tan lejana—. Lo que hiciste, es lo más hermoso que podrías haber hecho por nosotros. No quiero pensar qué hubiera ocurrido si no hubieras estado allí...

—Gracias, Ivan, de verdad —cortó Celia, sonriendo, intentando quitar dramatismo y melancolía al asunto. Aprovechó para mirarlo con detenimiento de nuevo, sin miedo a que él captara su mirada. Nada había cambiado en él,

seguía siendo el chico más guapo que nunca antes había conocido. Se perdió en su rostro para acabar centrándose en sus ojos, en su intrigante mirada, y Celia sonrió al descubrir que no era con esos ojos con los que soñaba—. No tiene tanta importancia, cualquier otra persona habría hecho lo mismo.

—No, Celia, no todos lo hubieran hecho y la cuestión es que tú lo hiciste. — Ivan frenó sus palabras durante unos segundos, como si buscara cómo continuar con su siguiente frase—. Por eso me gustaría ayudarte con algo, creo que tengo...

—Ivan, en serio, no tienes que ayudarme con nada —contestó Celia de inmediato—. No hace falta...

—Pero quiero hacerlo —sentenció Ivan mientras se acercaba aún más a ella, forzándola a retroceder ligeramente hacia el interior de su casa—. Imagino que no has cambiado de opinión.

—No, Ivan, lo siento, pero no lo he hecho.

—Me lo imaginaba —contestó decepcionado Ivan, desviando su mirada hasta el suelo. Elevándola con intensidad y fuerza, antes de continuar con sus palabras—. Pero yo tampoco. Sigo esperando, Celia. Sigo esperando... Pero no te voy a molestar hasta entonces. Cuídate, Celia.

—Cuídate tú también. Adiós, Ivan.

Las palabras de Celia fueron casi un susurro, casi un murmullo amargo pero seguro de lo que estaba diciendo. Observó con atención cómo Ivan se marchaba por la calle, alejándose de ella de nuevo. Separación que poco a poco fue devolviendo la compostura y tranquilidad a todo su cuerpo. De repente, sonrió. Todo en ella le indicaba que estaba haciendo lo correcto.

Cogió el diario de Macarena y salió de su casa, sabía dónde estaría Víctor.

Ж Ж Ж

Celia observaba cómo Víctor sujetaba el diario negro entre sus manos y lo miraba con atención, todavía sin terminar de creerse que aquello fuera real. Lo cierto era que Celia estaba disfrutando del momento, allí sentada sobre la cama de su amigo, enseñándole, al fin, todo lo que había descubierto.

—Esto explica por qué no tenían hijos —comentó Víctor, levantando por un segundo sus ojos de las páginas del libro, para poco después continuar leyendo las distintas anotaciones—. Parece ser que Alberto no quería niños a su lado.

—Pobre Macarena —contestó Celia, mirando por encima del diario, para intentar comprobar por la entrada que iba Víctor—. También muestra que Macarena y Luis no acabaron bien, tuvieron una pelea enorme al final.

—¡Sabía que ese hombre no estaba diciendo toda la verdad! —resaltó Víctor con emoción, sintiéndose orgulloso de que el diario probara todas sus sospechas.

—Pero seguimos sin saber por qué Macarena cambió de opinión y decidió romper su relación con Luis —comentó Celia, intentando devolver a su amigo a la realidad, ya que todavía quedaban muchas piezas del puzle sin resolver—. Y, por supuesto, no tenemos ninguna pista sobre lo que pudo ocurrir verdaderamente aquella última noche, justo después de la cena de nuestros tres protagonistas. ¿Has llegado ya a la última anotación? El día anterior a la desaparición...

Víctor negó con la cabeza y, con cierta impaciencia, pasó las hojas hasta encontrar las últimas palabras que Macarena escribió en aquel diario. Emocionado, empezó a leer en voz alta:

29.08.1999

Creo que lo sabe.

—Coincide con la fecha en la que Mónica debió confesarle a Alberto que su marido y Macarena estaban manteniendo una relación —dijo Víctor, mirando con convicción a Celia.

—Exacto. Es muy probable que Macarena estuviera en lo cierto al escribir esas palabras. Probablemente Alberto Puigcerver supiera ya todo sobre su *affaire*.

—Y poco después, Macarena acaba cenando con su marido y su amante en su propia casa —dijo casi para sí mismo Víctor—. Nada tiene sentido...

—Nada... —suspiró Celia, acercándose a él casi sin darse cuenta—. ¿Has visto también el mensaje anónimo que estaba entre las páginas del diario? Desgraciadamente Macarena no menciona nada sobre los mensajes en el diario...

—Lo he visto, pero hay algo raro en él —comenzó a decir Víctor—. Fíjate en el papel, es más grueso de lo normal y es de color crema, no blanco.

—A ver... —mencionó Celia, observándolo con atención. Tenía razón, había notado que no era blanco, pero hasta ese momento no se había dado cuenta de

que no era un papel totalmente normal.

—Me recuerda a los papeles de abogados, los timbrados. Mi abuela solía tener de esos. Los usan creo que para las escrituras y todo ese tipo de cosas — continuó diciendo Víctor—. Alberto era abogado, pero no tiene sentido que él mandara los mensajes...

Celia observó minuciosamente el papel, abrumada por el nuevo descubrimiento de Víctor.

—No, no tiene sentido... —dijo Celia pensativa. En ese momento se dio cuenta de que había otra persona que podía conseguir ese papel fácilmente. Quizá su amigo le había dado la clave para dar con la persona que enviaba los mensajes.

Entusiasmada, se quedó mirando durante unos segundos a Víctor, lo sentía más cerca que nunca. Sabía a lo que realmente había venido a esa casa, tenía que sincerarse con él, confesarle todo lo que sentía, todo lo que escondía. En lugar de eso, cerró sus ojos y se fue poco a poco aproximando. Muy despacio. Hasta que sus labios, por primera vez en sus vidas, se fundieron en uno solo. Se besaron muy lentamente y con cierta timidez. Y cuando, con cuidado, se separaron y sus miradas se cruzaron, ambos sonrieron llenos de ilusión.

Sin darle tiempo a decir nada, Víctor se fundió sobre ella en un nuevo beso, más intenso y seguro que el anterior. Sin soltar ni por un instante sus labios, se acomodaron sobre la cama de Víctor y allí, tendidos el uno junto al otro, continuaron besándose y acariciándose hasta que ambos se fueron deteniendo poco a poco, quedando acostados uno frente al otro. Mirándose fijamente y con intensidad, felices de lo que acababa de pasar.

—Víctor —empezó a decir Celia muy despacio. La mirada que Víctor le devolvía era tan intensa, tan llena de sentimiento, que sus palabras acabaron saliendo sin ningún esfuerzo—. Víctor, creo que me he enamorado de ti. Creo que eres una persona única y me siento muy afortunada de haber dado contigo. No sé qué es esto para ti, si es un juego, una diversión... Pero lo cierto es que no lo es para mí. Creo que me gustas de verdad.

—Para mí es mucho más que eso —contestó Víctor al instante, fundiéndose en un nuevo e intenso beso—. Celia, creo que siento eso por ti desde que te conocí. Creo que llevo años sintiendo eso por ti.

Las palabras de Víctor dejaron a Celia sin respiración, incapaz de decir nada más, sintiéndose demasiado dichosa. De repente, recordó que tenía que contarle algo más, pero no fue capaz. No podía acabar con aquel momento tan

maravilloso, tan íntimo, tan deseado después de tanto tiempo de duda e indecisión.

—Así que he conseguido conquistar a la nueva heroína de La Manga — bromeó Víctor, deteniendo sus besos durante unos segundos—. No está nada mal.

Celia no pudo evitar estallar en una gran carcajada al escuchar el comentario.

—¿Cómo te has enterado de eso?

—Las noticias vuelan por aquí.

Un fuerte abrazo sorprendió a Celia que respondió apretando el cuerpo de Víctor con fuerza y emoción. Y allí quedaron tendidos, viendo volar el tiempo ante ellos, entre pequeñas bromas y grandes y apasionados besos.

Ж Ж Ж

Ya empezaba a anochecer cuando Celia abandonó la casa de Víctor aquella tarde. Caminaba por las mismas calles de siempre, pero se sentía una persona totalmente diferente. Sonreía a cada paso, a cada momento, sin poder creerse del todo lo que acababa de pasar.

No tenía ninguna duda sobre lo que debía de hacer a continuación, hacia donde debía dirigirse. Desde principios de agosto era algo que había estado rondando su cabeza, algo que quería hacer, pero que había ido aplazando cada día. Ahora tenía claro que ya no había más excusas.

Puso rumbo hacia la zona de las rocas donde sabía que todavía estarían reunidos todos sus amigos. Nada más pisar la arena, fue realmente consciente de hacia dónde se dirigía, de lo que iba a hacer; lo que provocó una gran excitación dentro de ella. Ya no estaba tan convencida de sus intenciones. Pero no dejó que sus inseguridades se apoderaran de ella, no esta vez. Así que, armándose de valor, se obligó a sí misma a seguir caminando hacia su destino.

Cuando comenzó a vislumbrar sobre la arena al grupo formado por sus amigos, se detuvo durante un segundo, vacilante, expectante, con cierto temor a seguir adelante. Pero tras ese instante de indecisión, continuó caminando. Pasó sin mediar palabra junto a ellos, que la miraron sorprendidos, lanzándose incrédulas miradas unos a otros. Allí reconoció a Ana, sentada justo en el centro del grupo, también a su querida Paula y, junto a ella, a Diego. Qué lejana veía ahora a esa persona junto a la que había pasado tantos veranos.

Apenas les dirigió ninguna mirada, simplemente siguió caminando hasta llegar a la cima de las rocas, esa misma desde donde semanas atrás la habían lanzado en picado. Sabía que todos tenían sus ojos clavados sobre ella, expectantes, sin saber muy bien a qué había venido hasta allí.

Pero Celia se olvidó de lo que acababa de dejar atrás y se centró en lo que tenía justo por delante. Miró durante un segundo hacia abajo, estaba mucho más alto de lo que recordaba, parecía mucho más peligroso de lo que había imaginado. Allí plantada, mirando hacia el vacío se sintió totalmente acorralada por el miedo y las dudas. ¿Y si caía mal en el agua?, ¿y si no era capaz de salir de nuevo a flote y una tontería como aquella acababa con ella?

Fue en ese instante cuando escuchó dentro de ella, aquellas palabras que Ivan le había dedicado aquella tarde en medio de las aguas de Calblanque.

—Y si puedo volar y no lo sé porque nunca lo he intentado —dijo Celia, muy bajito, mirando con intensidad al frente. Empezó a sonreír, con seguridad y fuerza, sintiendo la brisa chocar contra su cuerpo. Y, acto seguido, se lanzó de cabeza hacia el agua. Nunca había experimentado una sensación similar: sintió que comenzaba a volar. ¡Y cómo voló! Jamás se había sentido tan libre.

Jueves, 27 de agosto de 2009

LA MANGA

Celia llevaba desde las 7 de la mañana espiando desde las rendijas del muro de su casa la puerta de su vecino, Paco, que vivía en la casa que quedaba justo detrás de la suya. Había sido también vecino de Macarena. Por aquella época estaba casado con su primera mujer; ahora vivía con la segunda, Ángela, cuyo aspecto melancólico y algo vulgar siempre había llamado la atención de Celia. Las palabras de Víctor le habían recordado que su vecino había trabajado toda su vida en la notaría de su padre, por lo que podría haber conseguido fácilmente el tipo de papel del mensaje anónimo que habían encontrado.

Pero eso no lo convertía en culpable.

Por ese motivo, Celia había decidido hacer una prueba. Había dejado un mensaje anónimo, enfrente de su puerta, con un texto muy parecido al que habían encontrado: «Sé lo que hiciste».

Le había llevado bastante tiempo recortar las letras y montarlo todo, pero necesitaba ver la reacción de ese hombre al encontrar aquella nota. Y, tras días esbozando un plan, solo se le había ocurrido esa idea.

Justo en ese momento, la puerta de su vecino se abrió. El corazón de Celia dio un vuelco, si de ahí salía su vecina, su plan fracasaría de forma descomunal.

Pero fue su vecino quien salió de la casa y, para su satisfacción, casi pegó un salto al ver el mensaje. A toda prisa, lo recogió del suelo y, giró su cabeza de un lado a otro, intentando encontrar a la persona que lo podría haber dejado allí. Muy nervioso, volvió a meterse en su casa.

Celia sonrió satisfecha. Ahora estaba segura de que había sido él quien envió todos los mensajes anónimos a Macarena. Pero ¿por qué? Por odio, amargura, pura obsesión... Quizá también él había sido el vecino que estuvo enamorado de ella, puede que no se tomara bien su indiferencia, y si un día

tuvo un enfrentamiento con Macarena... ¿Era posible que su vecino fuera en realidad un asesino?

Ж Ж Ж

Viernes, 28 de agosto de 2009

LA MANGA

Todos los años a Víctor se le hacía difícil aceptar que el verano estuviera verdaderamente llegando a su fin, pero nunca antes se había sentido como ahora, le parecía imposible que ya todo estuviera a punto de acabar. Todo había pasado tan rápido que el final de agosto lo había pillado por sorpresa y lo curioso era que, al mismo tiempo, habían ocurrido tantísimas cosas que sentía el inicio del verano sorprendentemente lejano.

Mientras caminaba ya todo le recordaba ese inminente desenlace: personas cerrando a cal y canto sus casas, familias terminando de cargar los maleteros de sus coches, establecimientos preparándose para cerrar... Mucha gente estaba ya ultimando su partida, para así aprovechar el fin de semana para regresar a casa. Ya no había vuelta atrás, en cuestión de días agosto los abandonaría y con él, se iría prácticamente toda la vida que reinaba ahora mismo sobre La Manga. Vida que ya no regresaría hasta el próximo año. Él mismo tendría que marcharse a principios de la semana próxima, volvería a Madrid con sus padres y desde allí lo prepararía todo para su vuelta a Cartagena, a escasos kilómetros de donde ahora mismo se encontraba y donde comenzaría sus estudios universitarios a mediados de septiembre. En ese sentido, todo había salido mucho mejor de lo que esperaba; y lo mejor era que el verano, la vida misma, le había deparado una preciosa sorpresa, le había premiado con el amor de la mejor persona que conocía. Algo debía de haber hecho bien durante sus dieciocho años de vida para merecer algo así.

El problema era que ahora se le hacía muy difícil tener que alejarse de Celia, aunque solo fuera por una semana, por unos pocos días. Sus horas ahora le pertenecían solo a ella. Era cierto que una vez de vuelta, pasaría todo el curso estudiando cerca de Celia. También lo era, que tenía que buscar un equilibrio. Su vida no podía pasar a girar meramente en torno a su relación, pero la verdad era que se sentía tan feliz, tan dichoso, que sabía que le costaría poner nuevamente su vida en orden. Todo se había precipitado de forma maravillosa durante las dos últimas semanas, tiempo que siempre

recordaría como el más bonito de su vida. Cada momento que había pasado junto a Celia había sido único: disfrutando en la arena, paseando por la playa o simplemente conversando; todo lo que cada verano habían hecho, pero que ahora acompañaban de tiernos abrazos, besos y caricias. Le encantaba esa nueva intimidad y confianza que ahora también existía en su relación.

Quizá por ello, cuando se vio frente a la puerta de casa de Celia y se dispuso a tocar al timbre, algo se apoderó de su estómago. Una sensación de deseo y nerviosismo, al saber que en cuestión de segundos la tendría frente a él. Pero nadie contestó a su llamada, de hecho, no se apreciaba ningún movimiento dentro de la casa. Volvió a tocar, impaciente, deseando que alguien apareciera y le permitiera pasar; pero de nuevo, no obtuvo respuesta. Rápidamente, Víctor sacó su teléfono y marcó el número de Celia, pero tampoco nadie contestó a su llamada.

Había venido hasta allí para recordarle que al día siguiente, por la noche, sería la fiesta de despedida de su hermana, que finalmente había decidido seguir adelante con su plan inicial de pasar al menos un año trabajando en Inglaterra. Lo cierto era que ese detalle había sido solo una excusa, lo que verdaderamente lo había traído hasta aquella casa había sido el deseo de poder verla, de pasar una de esas últimas mañanas de verano junto a ella.

Esperó durante varios minutos más, sin perder del todo la esperanza de que alguien apareciera en la puerta. Al final fue el tremendo calor lo que lo hizo moverse, en dirección a su casa. Pero justo antes de iniciar su marcha, sacó su móvil de su bolsillo y empezó a escribirle un mensaje a Celia para que supiera que había estado allí. Fue al guardar su teléfono cuando se dio cuenta de un detalle que hasta el momento había pasado desapercibido ante sus ojos: la puerta de madera de la entrada estaba entornada, pero abierta.

Se acercó hasta la puerta dubitativo, sin saber muy bien qué hacer. En muchas ocasiones, Celia le había comentado que entrara en su casa directamente, sin tocar al timbre; pero lo cierto era que no le gustaba entrar en ningún sitio sin más, sin que alguien le indicara que podía hacerlo. No obstante, no estaba en una casa cualquiera, sabía que en aquel lugar siempre apreciarían su visita. Así que finalmente, se decidió a seguir adelante.

Desde dentro no se veía más movimiento que desde fuera: el jardín delantero estaba desierto, no había rastro del coche de los padres de Celia y la casa reposaba totalmente cerrada, tal como la dejaban cada noche antes de irse a dormir. Parecía bastante claro que la familia de Celia debía de haber ido a

algún sitio aquella mañana y, probablemente, hubieran dejado la puerta de madera abierta por mero descuido. Se dio cuenta de que era el momento de marcharse, antes de que alguien llegara y lo descubriera allí dentro. Pero antes de irse, decidió mirar en la parte trasera del jardín. Sabía que Celia adoraba leer por las mañanas en aquella parte de la casa, quizá se encontrara allí tendida, absorta en algún libro.

Pero no fue la silueta de Celia lo que lo sorprendió al llegar hasta allí, sino la de otra mujer. Al final de la casa, distinguió una figura femenina de espaldas, mirando hacia el mar y con su cuerpo apoyado sobre la balaustrada de la casa. Tenía el pelo aproximadamente igual de largo que Celia, del mismo color, pero mucho más rizado. Tan rizado como el pelo de la madre de su amiga.

Sus pasos la hicieron volverse por sorpresa, lo miró al principio preocupada, pero poco después su rostro respiró aliviado. Un precioso rostro que le recordaba a Celia, pues reconocía en aquella mujer sus ojos, sus rasgos y sus mismas expresiones. Su cuerpo también se asemejaba al de su amiga, pero más maduro y modelado. En realidad, parecía el futuro reflejo de Celia, una mezcla entre su madre y ella misma. Lo que le hizo tener cierta idea sobre quién podría ser aquella mujer.

—Hola —le dijo mientras se acercaba hacia él, tocando su preciosa melena castaña clara—. Supongo que vienes buscando a Celia. No hay nadie ahora mismo en la casa, han debido ir a algún sitio. Soy su tía, mi hermana me dejó esta llave.

Sonriendo ligeramente, le enseñó la llave que sujetaba y que, en lugar de guardar, sostuvo en su mano, apretándola con fuerza. Lo cierto era que Víctor no sabía qué contestar, qué decir, su mera presencia en cierta forma lo cohibía, reduciendo a mínimos su confianza.

—Hacía años que no pisaba esta casa, muchísimo tiempo. He venido solo por ver a Celia —continuó diciéndole aquella mujer con esa voz suave y penetrante que resaltaba con confianza cada una de sus palabras. Pero su tono continuó con un aire más melancólico, como si un triste recuerdo hubiera cruzado su mente—. Antes venía siempre a verme con mi hermana a mi casa en Cartagena. Pero ya no, ya no me visita nunca. El verano casi ha acabado y no quería que se marchara de la playa sin que nos viéramos, aunque solo fuera una vez. Pero no ha habido suerte.

—¿Sabe si Celia va a regresar pronto? —Se atrevió a preguntar Víctor.

—Creo que va a tardar todavía, yo no puedo esperar más, pero si quieres puedes quedarte aquí dentro, esperando —contestó aquella mujer mientras empezaba a caminar hacia la salida. Víctor la siguió por inercia, a pocos pasos de distancia.

—No, prefiero volver luego. —La idea de estar ahí dentro cuando apareciera toda la familia de su amiga no le pareció nada alentadora, sobre todo cuando el padre de Celia lo encontrara allí sentado, en su jardín, esperando a su hija.

—Como quieras... —empezó a decir aquella mujer.

—Víctor.

—Como quieras, Víctor —le respondió, sonriendo de nuevo—. Yo me voy a ir ya, Encarna puede aparecer en cualquier momento y, la verdad, es que nunca le he caído demasiado bien a la madre de Emilio. Tampoco creo que Emilio apreciara mi visita, ya no. Creo que ambos se sorprenderían mucho de encontrarme hoy por aquí. —Lo dijo pensativa, mientras miraba durante unos segundos hacia el suelo, como si se sintiera tentada a llevar a cabo el experimento. Pero finalmente elevó de nuevo su mirada hacia él y le extendió la mano.

—Ha sido un placer conocerte —dijo de pronto—. Por favor, dale recuerdos a mi sobrina y dile que he estado aquí.

—Igualmente. Se lo diré en cuanto la vea.

Y con esas palabras, balanceándose sobre el bolso que sujetaba entre sus brazos, se marchó de allí con el mayor estilo y delicadeza que Víctor había visto. Pocos segundos después, observó cómo se montaba en su coche y se marchaba en dirección a la carretera que la conduciría hacia la salida de La Manga.

Aún permaneció allí quieto durante un buen rato más, en cierta forma, hechizado por el recuerdo de aquella mujer de la que tantas veces había escuchado hablar a lo largo de los años tanto a Celia como a la madre de su amiga, pero que nunca antes había conocido. Un hechizo que conforme se fue diluyendo fue dejando dentro de él una extraña sensación. Sentía que algo no andaba bien del todo, que algo estaba pasando.

Rápidamente sacó su móvil de su bolsillo. Celia no había contestado ni a su llamada, ni a su mensaje. Una gran intranquilidad lo invadió de repente. ¿Dónde estaría? Estaba deseando tenerla, de nuevo, de vuelta.

Ж Ж Ж

De repente, Celia sintió como alguien cogía su cuerpo desde detrás y le daba una vuelta en el aire. Alguien que cuando la tuvo justo enfrente, la sorprendió con un beso.

—Llevo todo el día esperando una llamada o un mensaje —empezó a decir Víctor, mientras sonreía y le daba un tierno abrazo—. Al final he decidido venir, una vez más, a tu casa y aquí te encuentro... Tranquilamente disfrutando de un día de playa.

Se lo dijo casi riendo, sin reproche, en cierto modo escondiendo lo preocupado que había estado durante todo el día.

Lo cierto era que Celia al regresar había bajado directamente a la playa, donde había pasado toda la tarde, disfrutando de una tranquilidad y sosiego que le había permitido reponer fuerzas. Era cierto que había visto las llamadas de Víctor, pero, al final, entre unas cosas y otras, había olvidado responderle.

—Vaya. No sabía que íbamos a tener una de esas relaciones tóxicas —bromeó Celia mientras empezaba a caminar por la orilla de la playa. Le apetecía mucho dar un pequeño paseo junto a él—. Víctor, Víctor, nunca te hubiera imaginado un novio posesivo...

El rostro de su amigo se torció de inmediato, como avergonzado y humillado por las palabras de Celia. Estaba claro que la broma no solo no le había hecho gracia sino que posiblemente había herido sus sentimientos. Era normal, Celia sabía que Víctor no era nada de eso, era una persona tierna y responsable, que siempre la tenía en cuenta en todo momento.

—No es eso... Perdona Celia... —empezó a decir, intentando buscar las palabras adecuadas—. Es solo que... Esta mañana he pensado... Olvídalo, es una tontería.

—Víctor, era solo una broma —sonrió Celia, cogiendo ligeramente su mano mientras paseaban.

—No sé, es que... Esta mañana... He sentido que algo no andaba bien —contestó Víctor, parándose durante un segundo a su lado, mientras contemplaba su rostro con intensidad—. He estado en tu casa y no había nadie, no sé, he pensado que no volverías.

—¡Qué tontería es esa! —le respondió Celia, mientras se acercaba a él, hacia sus labios, hasta darle un tierno beso—. No me queda mucho tiempo aquí, pero tú te irás antes que yo. Pero no me preocupa, luego volverás y creo

que todo va a ir bien. Para tu desgracia, a partir de ahora... Te va a costar librarte de mí.

Y con esas palabras se alejó de él y echó ligeramente a correr, sabiendo que él la seguiría.

Celia aprovechó para contarle su pequeño experimento con su vecino. Era increíble saber quién había mandado esos mensajes, pero a los dos los invadió la misma sensación: desolación. Seguían en el mismo punto, sin saber qué había pasado realmente con Macarena.

—Por cierto —empezó a decir Víctor—. Hoy he visto a tu tía, ha venido a verte esta mañana, me ha pedido que te dijera que había estado en tu casa. Es increíble lo mucho que os parecéis.

Su tía había estado en su casa. Resignada tuvo que admitir que al final se había pasado prácticamente todo el verano sin haber visto ni una sola vez a su tía. Se sentía bastante mal por ello, pero, al mismo tiempo era consciente de que no había sido culpa suya. Al fin y al cabo, había sido su propia madre quien le había pedido que no fuera a Cartagena durante ese verano. No quería que su padre la relacionara con sus planes de separación.

Una idea acabó con sus tristes pensamientos, el próximo año Víctor viviría en Cartagena, por lo que sus visitas se multiplicarían, teniendo la excusa perfecta para visitarla con más frecuencia.

—Sí, todo el mundo dice que nos parecemos mucho —contestó Celia tras varios segundos en silencio—. Vive en Cartagena, por lo que este otoño cuando estés instalado podemos ir juntos a hacerle una visita.

Víctor asintió, sonriendo con fuerza, feliz del futuro que se dibujaba ante ellos. Con esa esperanzadora sensación continuaron caminando durante un buen rato, en tramos cogidos de la mano y en otros separados, mezclando lo que siempre habían hecho con aquello que ahora era nuevo para ellos.

Cuando por fin vislumbraron de nuevo la casa de Celia comenzaba ya a oscurecer y ciertas luces se empezaban a iluminar dentro de aquel pequeño castillo. Todo había sido perfecto y Celia podía sentir que ya nunca jamás nada lograría enturbiar aquel nuevo mundo que se abría ante ella.

—Ana... —escuchó empezar a decir a Víctor.

Cuando se volvió apareció ante ella la sombra de su vecina, contemplándolos a poca distancia, sorprendida, dolida, humillada. Celia no tenía claro lo que había visto exactamente, pero parecía que suficiente para tener claro que algo nuevo había nacido entre ellos.

Ana se quedó allí plantada durante varios segundos, incapaz de reaccionar. Segundos en los que su rostro se contrajo en una horrible mueca y sus ojos se iluminaron de una forma desconocida para Celia, que no lograba distinguir si lo que veía en ellos era dolor o rabia. Ana se marchó tal como había llegado, silenciosa, sigilosa, sin dirigirles ni una palabra.

—Si quieres... Puedes ir a hablar con ella... —dijo Celia deseando que Víctor no lo hiciera, que se quedara a su lado y que no fuera tras esa chica que sabía que tanto le importaba.

—Creo que es mejor no ir ahora —contestó, para su sorpresa, Víctor—. Ha sido culpa mía, tenía que haber hablado con ella, pero lo he ido retrasando día tras día. Y, al final, se ha enterado de lo nuestro de la peor forma posible. Creo que es mejor dejarla hoy a solas y mañana intentar explicárselo todo bien. No estoy seguro de que lo entienda, de que no se sienta traicionada, pero no puedo hacer nada más. De una forma u otra, tiene que acabar simplemente aceptándolo.

En silencio recogieron todas sus cosas y subieron hasta casa de Celia, desde donde se dirigieron a la puerta de salida, punto en el que sus caminos se separarían hasta el día siguiente. Celia no había dicho prácticamente nada desde el encuentro con Ana. Sabía que al día siguiente Víctor hablaría con ella, con esa preciosa y divertida chica que estaba loca por él. En cierta forma, tenía miedo, le aterraba que en el último momento Víctor cambiara de opinión y se decantara por Ana.

—Espero que no te preocupe que mañana vaya a hablar con Ana —le dijo Víctor justo antes de marcharse, como si, por arte de magia, hubiera leído su mente—. Para mí es importante aclarar la situación con ella porque es mi amiga, pero, Celia, tú lo eres todo para mí. Incluso si te resulta incómodo, por favor, dímelo, y no lo haré. No quiero hacer nada que te haga daño. Pero también quiero que te quede claro, no tienes nada de lo que preocuparte. Nada en absoluto.

Celia solo pudo reaccionar de una forma: fundiéndose sobre él en un intenso abrazo. De hecho, tuvo incluso que luchar por contener las lágrimas que en sus ojos empezaban a formarse, lágrimas que le recordaban lo afortunada que era.

—No me importa que vayas a hablar con ella, entiendo que quieras explicarle tú mismo todo lo que ha pasado. Además, creo en ti. Sé que puedo confiar en ti.

Se despidieron entre bromas, como siempre habían hecho. Tras la marcha de

Víctor, Celia cerró la puerta de la entrada y, sintiéndose de nuevo en esa nube que últimamente la acompañaba allá donde iba, encaminó sus pasos hacia su habitación. Apenas se había puesto en marcha, cuando el sonido del timbre la sorprendió a sus espaldas.

—Te tengo dicho que no hace falta que toques, puedes entrar directamente — Sus palabras se entrecortaron al no encontrar a Víctor tras la puerta—. Eh... Hola.

—Hola Celia, perdona que te moleste —le respondió una joven un poco menor que ella en la que pudo reconocer a la hija pequeña de su vecina Marisa. Hacía tiempo que no la veía, su rostro estaba cambiado, más maduro y definido, pero estaba segura de que se trataba de ella—. Me manda mi madre, quería decirte que, si te viene bien, puedes venir a casa a hablar con ella mañana sobre la hora de cenar. Creo que querías hablar sobre Macarena... Era muy amiga de mi madre. Estoy segura de que te podrá ayudar.

—Muchas gracias —contestó Celia, todavía abrumada por la increíble noticia que acababa de recibir. Al día siguiente tenía la fiesta de despedida de María, la hermana de Víctor, pero estaba segura de que podría hacer la visita antes de ir a la fiesta—. Si te parece bien, allí estaré sobre las ocho de la tarde.

—Perfecto —le respondió—. Se lo digo a mi madre ahora mismo.

Pero aquella chica no se movió de su sitio y comenzó a mirar a Celia con cierto nerviosismo, como si estuviera pensando en si decir algo o no.

—¿Pasa algo? —preguntó finalmente Celia.

—Es solo... Celia... —empezó a decir con cierta preocupación—. No sé si sabes que esa mujer desapareció y... La última noche que se la vio con vida... Mi padre no estaba en casa, solo estábamos mis hermanas, mi madre y yo. La cosa es que algo me despertó en medio de la noche y cuando fui al cuarto de mi madre... —Celia contuvo la respiración, esperando que terminara su frase—. Cuando fui hasta allí, mi madre no estaba. No sé a dónde fue, pero mi madre no estaba en casa— empezó a respirar con dificultad, como si al verse finalmente sin aquella carga se hubiera dado cuenta de lo que acababa de hacer—. No le di importancia, pero cuando me enteré de que esa noche Macarena, nuestra vecina, desapareció... Me entró el pánico. No fui capaz de decírselo a nadie, tenía mucho miedo. Y si mi madre... Celia, por favor, prométeme que nunca se lo dirás a nadie.

—No te preocupes —contestó Celia sin salir de su asombro—. Te lo

prometo. Puedes irte tranquila, ese es ahora nuestro secreto.

—Gracias —contestó la hija de Marisa, casi conteniendo las lágrimas. Y, poco después se marchó.

Con cuidado, con su mente en otro mundo, Celia cerró la puerta de madera tras de sí. Se quedó allí apoyada durante un buen rato, sin creerse lo que acababa de pasar. Al final iba a conseguir hablar con Marisa, descubrir qué sabía ella realmente sobre lo que había ocurrido allí diez años atrás. Suspiró llena de dudas, desviando su mirada hacia otro lado. No quería hacerse ilusiones, era posible que aquella mujer no supiera mucho más de lo que ella sabía ahora mismo. Pero si algo le había enseñado su pequeña aventura con Macarena era que nada era imposible, que a veces para conseguir grandes cosas había que soñar primero. Ella estaba dispuesta a seguir soñando y en su interior se repetía una voz que le decía, una y otra vez, que estuviera tranquila, que estaba muy cerca de conseguir todas sus respuestas.

Sábado, 29 de agosto de 2009

LA MANGA

Eran casi las ocho de la tarde, Celia había estado esperando que llegara ese momento durante todo el día y, por fin, podría salir en busca de respuestas. La fiesta de despedida de María, la hermana de Víctor, no empezaría hasta pasadas las diez de la noche, por lo que todavía tenía frente a ella un par de horas para hablar con su vecina Marisa.

Salió de su habitación a toda prisa, cogiendo un bolígrafo y una carpeta en la que había metido varios folios y el diario de Macarena. Al salir al jardín descubrió a su abuela cenando en la mesa de piedra, sin apenas entretenerse se despidió de ella y se encaminó hacia la puerta.

—Pero deja que vea lo guapa que te has puesto —Las palabras de su abuela frenaron sus pasos justo antes de salir.

—Un vestido blanco, es una fiesta ibicenca, así que el requisito era que todos fuéramos de blanco —respondió Celia.

Aceptando que tendría que perder allí todavía unos minutos, se acercó hasta su abuela para que pudiera verla bien. Llevaba un vestido blanco largo de estilo hippie y hombros descubiertos, que se ajustaba a la cintura y cuya falda caía suelta hacia abajo. Su media melena castaña clara estaba suelta, muy ondulada y con más volumen de lo normal. Siempre se veía bien con el pelo de esa forma.

—Guapísima. Anda lleva cuidado y no vengas muy tarde.

Ahora sí, tras asentir con la cabeza y despedirse con el brazo, Celia pudo reemprender su camino. Solo cuando se vio, por fin, frente a la puerta blanca y el muro anaranjado que rodeaba la casa de su vecina, se dio cuenta de que el momento que tanto había anhelado había llegado finalmente. Fue entonces cuando un tremendo nerviosismo empezó a apoderarse de ella. Pero no tuvo tiempo para mucho más, no llevaba más de unos segundos parada cuando el

chasquido del timbre le indicó que la puerta estaba abierta. Ya no había vuelta atrás.

Con cuidado empezó a caminar por el pequeño sendero de piedra que cruzaba el jardín y que conducía hasta la entrada de la vivienda. La fachada de la casa era también de color naranja, exactamente del mismo tono que el muro de la entrada que tan bien conocía. La vegetación era abundante y todo el suelo estaba poblado por una frondosa capa verde de césped natural.

Justo en la entrada de la casa, en un pequeño porche, encontró sentada en un sillón de mimbre a Marisa y, a su lado, a su marido. Recordaba haberlo visto antes, pero ahora lo veía diferente, más anciano, como si el peso de la edad se notara mucho más en él que en su mujer.

—Hola Celia, siéntate, ya sabes que estás en tu casa —le dijo Marisa con una sonrisa, señalándole un sillón de mimbre situado justo enfrente del suyo—. ¿Te apetece tomar algo?

—No gracias, estoy bien —contestó Celia, mientras se sentaba tímidamente en el lugar indicado.

En ese momento, apareció una de las hijas de Marisa, la misma que el día anterior había estado en casa de Celia.

—Papá, vamos para dentro que es hora de cenar —le dijo a su padre mientras lo ayudaba a levantarse y apoyándolo sobre ella, empezaba a caminar hacia la casa.

—¿Quién es esa chica que ha venido a visitarnos? —Escuchó que le preguntaba a su hija.

—Es Celia, papá. Es hija de Emilio, ¿te acuerdas de él? Vive en esta misma calle, en la casa que parece un pequeño castillo. —Las palabras llegaban ya desde lejos. Escuchó atenta la tierna conversación hasta que sus voces se perdieron en lejanos murmullos.

—Mis hijas me están ayudando mucho. —La voz de Marisa hizo volver a Celia, de inmediato, a la realidad—. Perdona que no haya podido reunirme contigo antes, pero mi marido me quita prácticamente todo mi tiempo. Ha sido un año muy complicado, hay que ver cómo puede cambiar la vida de un día para otro. Pero ha mejorado mucho, poco a poco vuelve a valerse por sí mismo.

—Me alegro mucho de escuchar eso, estoy segura de que pronto estará totalmente recuperado —contestó Celia, sin saber muy bien qué decir para intentar animarla.

—Bueno, va mucho más lento de lo que yo esperaba. Como te he dicho, ha sido un año muy duro —respondió Marisa, quedando pensativa durante unos segundos—. También debe haberlo sido para ti, espero que estés también bien.

Celia asintió con la cabeza, forzando una sonrisa. Detestaba que todo el mundo aparentara conocer todos sus problemas; especialmente cuando se tomaban la libertad de opinar y compadecerse de ella.

—Pero bueno debemos centrarnos —siguió diciendo Marisa, sin entrar en más detalle, lo que Celia agradeció enormemente—. Recuerdo que me dijiste que querías hablar sobre Macarena, madre mía, desde que mencionaste su nombre aquel día han vuelto a mi mente muchos momentos con ella. Pobrecita.

—Sí, mi padre me dijo que usted la conocía muy bien —empezó a decir Celia, sacando de la carpeta el diario que había encontrado—. No dejo de pensar en lo que pudo ocurrir aquella última noche, antes de que desapareciera. Creo que... Llevo tiempo pensando que puede que su marido tuviera algo que ver... Aunque, todo se ha complicado tanto, que ya no sé qué pensar...

A Celia le costó mucho empezar, atreverse a hablar sin tapujos sobre lo que había estado haciendo a lo largo del verano. Pero cuando lo hizo, ya nada pudo pararla. Sin miedo, le explicó todo lo que había descubierto, mostrándole también las distintas anotaciones que había encontrado en aquel diario.

—Ya veo. La verdad es que tienes una idea bastante acertada de lo que pasó aquel verano —comenzó a decir Marisa tras haber escuchado sus palabras. Su rostro no podía esconder que se sentía impresionada por todas las deducciones de Celia. No todas habían sido suyas, por supuesto, Víctor le había ayudado mucho, pero no vio necesidad de mencionarlo en ese momento.

Tras unos segundos de vacilación, Marisa, con la mirada perdida, como si estuviera realmente viajando a través del tiempo, continuó diciendo—: ¿Sabes? Creo que yo era la única amiga que tenía, al menos la única amiga de verdad. Aquí y en Madrid. Por eso creo que le encantaba venir a La Manga cada verano.

»Aquí podía sincerarse conmigo, contarme todos sus problemas. Su vida estaba marcada por el menosprecio de su marido. No la valoraba nada, era como si en algún momento hubiera asumido que era tonta o inútil y ya nunca se lo hubiera replanteado. No le prestaba atención en ningún sentido, apenas hablaba con ella ni pasaba casi tiempo a su lado. Tampoco... Tampoco solía

dormir con ella. —Tras vacilar por un instante, Marisa siguió hablando con Celia sin tapujos, confesándole todo lo que sabía—. Al parecer solía frecuentar... Solía pasar tiempo con prostitutas.

»Para él, Macarena era alguien a quien debía presentar como su esposa, que estaba en la casa y lo acompañaba a actos y fiestas (imagínate como si de una chaqueta de traje se tratara). Lo que Macarena vivía con él, no se podía llamar vida. —Se detuvo durante unos segundos, suspirando suavemente, como si sus recuerdos le trajeran cierta angustia. La frustración que una vez había visto en aquella pobre mujer. Luego prosiguió—: Te puedes imaginar lo que Macarena debió sentir cuando conoció a Luis. De repente, empezó a vivir cosas que nunca antes había creído posibles. Y créeme, el sentimiento era mutuo, ambos se enamoraron locamente aquel verano. Y, por ello, Macarena estaba dispuesta a dejarlo todo por él.

—¿Y qué le hizo cambiar de opinión? —preguntó Celia con insistencia. Podía sentir cómo su corazón se aceleraba más y más cada vez que Marisa acababa una nueva frase—. Hay un punto en el que cambia totalmente de opinión. De hecho, Luis se lo toma bastante mal...

—Para entenderlo tendrías que haberla conocido y, aun así, te resultaría muy complicado —le confesó Marisa antes de continuar—. Macarena nunca le confesó a Alberto, su marido, su relación con Luis, pero a mediados de agosto se plantó en su despacho y le dijo que había decidido divorciarse, que no quería seguir con ese matrimonio, con esa vida.

»Según me dijo, al escuchar sus intenciones su marido se empezó a reír. Sé que sorprende la reacción, pero al parecer, se lo tomó a risa, recordándole una y otra vez que nada sería de ella sin él, que tendría que vivir con la vergüenza de lo que todo el mundo pensaría de ella y que acabaría siendo simplemente un trapo que pasaría de hombre en hombre. De alguna forma, Macarena se asustó y se lo replanteó todo. De hecho, con esos tristes argumentos me explicó por qué había decidido finalmente seguir con su marido, aún recuerdo sus palabras: «¿Qué pensarían de mí nuestras amistades en Madrid si me divorciara? Somos gente importante». Era algo que a mí me sonaba de lo más absurdo y difícil de creer en aquel momento. Quizá en los tiempos de mi madre o mi abuela sí, pero en nuestra época sonaba totalmente fuera de lugar, totalmente inverosímil.

—¿Y qué pasó entonces? —preguntó Celia, intrigada.

—Pues... Actuó en consecuencia. Acabó todo con Luis, que creo que se lo

tomó fatal, y siguió con su marido. Quiso despedirse a su manera de Luis, le llevamos un sobre con una fotografía a su casa y lo echamos en su buzón. El maldito destino quiso que nos viera su mujer, madre mía, aún me estremezco al recordar su reacción, cómo gritó e insultó a Macarena, deseándole la muerte. Después de eso, Macarena se encerró en su casa, reduciendo a mínimos sus salidas. Pero, lamentablemente, Alberto debió descubrirlo todo de algún modo porque... —Las palabras de Marisa se frenaron de golpe, durante unos instantes en los que el silencio reinó entre ambas—. Ya casi me había olvidado de aquella noche...

—¿La noche en la que Macarena desapareció? —Tras sus palabras Celia contuvo la respiración.

—La última noche en la que vi a Macarena —dijo Marisa todavía pensativa y distante.

—¿Qué ocurrió?

Ж Ж Ж

31/08/1999

Macarena aún no entendía cómo podían haber acabado los tres solos cenando en aquella mesa, pero le preocupaba mucho sospechar que todo parecía haber sido cosa de Alberto. Ya pasaban las doce cuando miró a su marido, que conversaba alegremente con Luis, mientras le llenaba, de nuevo, la copa. Estaba mucho más simpático y divertido que de costumbre, lo que la tenía de lo más intranquila. Notaba a Luis también nervioso, incómodo de verse en aquella situación. Estaba seguro de que su marido debía de haberlo invitado sin mencionar que iban a acabar los tres cenando a solas. Sabía que debía estar sintiendo algo muy parecido a lo que ella sentía.

—Tengo una sorpresa preparada para los dos —mencionó de pronto Alberto, su marido. Macarena estaba segura de que estaba borracho, todos lo estaban a esas alturas de la noche, incluso ella había bebido demasiado—. Os tengo preparado algo que os va a encantar.

Macarena contuvo la respiración mientras observaba cómo su marido sacaba un gran sobre de color salmón.

—Querida Macarena —empezó a decir poniéndose en pie—. Aquí tienes los papeles del divorcio, me ha llevado solo unos días prepararlo, estando casados en separación de bienes y con los motivos de nuestra separación, ha

sido muy sencillo redactar la demanda. No pongáis esa cara de incredulidad, esto es un momento para recordar, ya no hay nada que se interponga entre vosotros. Eso sí, no tienes, perdón, no tenéis nada que sacarme a mí. Macarena se queda con lo mismo que tenía antes de casarse conmigo, con nada.

Un incómodo silencio se formó entre ellos, la mirada de Macarena se perdió en el suelo incapaz de atreverse a mirar a ninguno de los dos. Llevaba días sospechando que su marido sospechaba algo, días en los que había intentado disipar todas sus dudas comportándose lo mejor que sabía con él. Y ahora parecía que mientras tanto, él había estado preparando cómo dejarla en la calle e ideando una forma de humillarla.

—No seré yo un obstáculo en vuestro camino —siguió diciendo Alberto mientras elevaba su copa como para hacer un brindis—. Luis, puedes quedarte con la puta de mi mujer.

Macarena sintió un pinchazo en el pecho, todo su cuerpo empezó a arder, en cuestión de segundos quedó presa de la furia e indignación que las palabras de su marido despertaron en ella. Apretó con fuerza la copa de vino que tenía en la mano. Tuvo que contenerse para no tirarla con fuerza contra él.

—Alberto, no hay nada entre nosotros... —empezó a decir Macarena, sin poder llegar a creerse lo que estaba ocurriendo.

—Macarena, déjalo, no te esfuerces —dijo Luis levantándose y dirigiéndose hacia ella—. Alberto, Macarena y yo nos vamos a ir. No voy a dejar que hables así de ella, no lo vamos a permitir...

—Un momento, un momento... —contestó Alberto cortando el paso a Luis, impidiendo que se dirigiera hacia ella. Macarena tragó saliva, ambos estaban muy cerca y muy borrachos en ese momento—. De aquí nadie se mueve hasta que no esté todo firmado. Además, no te equivoques, mientras que sea mi mujer voy a hablar de ella como me dé la gana. No creas que porque te la hayas follado varias veces pasa a ser tuya, eso solo demuestra lo zorra que es...

En ese momento Macarena observó atónita cómo un feroz puñetazo frenaba en seco las palabras de Alberto y casi lo hacía caer. Se acercó asustada hacia él, esperando encontrarlo tendido sobre el suelo, pero ante su mirada se levantó de un salto y se lanzó hacia Luis, pegándole varios golpes en la cara. En cuestión de segundos, ambos estaban enzarzados en una brutal pelea.

Macarena corrió hacia ellos, intentando en vano separarlos, pero no pudo, los dos seguían insultándose y lanzándose el uno contra el otro. En un descuido

de su marido, Luis le dio un puñetazo tan fuerte en el estómago que lo dejó medio tirado sobre el suelo. Pero Alberto no se dio por vencido sino que, moviéndose en espasmos por el dolor, cogió una de las botellas de vino de la mesa y la lanzó con fuerza y rabia. La botella pasó rozando la cabeza de Luis y acabó estrellándose contra la gran estantería de madera del salón.

Macarena sabía que tenía que hacer algo o acabaría ocurriendo una desgracia. Aprovechó que su marido seguía en el suelo para intentar sacar a Luis de la habitación, que fuera de sí, luchaba contra ella por quedarse y seguir golpeando a Alberto.

—Luis, por favor —le suplicó Macarena, mientras lo arrastraba por el jardín—. Tienes que irte, os vais a matar el uno al otro. Hazlo por mí.

—Ven conmigo —dijo Luis cuando ya casi estaba en la puerta—. No pienso irme sin ti, no pienso dejarte con él. Está totalmente loco...

Luis, no puedo irme contigo —empezó a decir Macarena entre lágrimas, delante de ella tenía un capítulo de su vida que ya había cerrado y que se empeñaba en volver a abrirse. Se dio cuenta de que Luis no se iría si no pensaba algo rápido y tenía que conseguir que se marchara, Alberto lo acabaría matando si se quedaba allí—. Vete ahora, podemos vernos luego. Podemos encontrarnos a las cuatro de la mañana en la playa de siempre. Pero vete ahora y no te preocupes por mí, Alberto no va a hacerme nada, lo conozco muy bien. Deja que solucione este lío, te prometo que allí estaré a las cuatro.

Le costó convencerlo, pero al final Macarena consiguió que se marchara. Estaba tan nerviosa y se sentía tan mal consigo misma. Al final, había tenido que mentirle, prometerle que se encontraría con él en la playa cuando tenía claro que no pensaba hacerlo; pero sabía que de lo contrario, jamás se habría ido.

Lentamente volvió a entrar dentro de casa. Nada más ver a su marido se dio cuenta de que había cometido un error. Pensaba que tenía la situación bajo control, que una vez se fuera Luis todo volvería a la normalidad. Estaba equivocada. En medio del salón, Alberto la miraba con una mirada ida, transmitiendo un odio que la dejó totalmente helada.

—Te has reído de mí, tú que no eres nadie, que no eres nada —empezó a increparle a gritos mientras empujaba su cuerpo cada vez más hacia atrás, hasta dejar a Macarena atrapada entre él y la fría pared—. ¿Cómo te atreves? ¿Crees que voy a permitir que mi mujer me humille así?

—Alberto, por favor, me estás haciendo daño —suplicó Macarena que

apenas podía moverse.

—Cállate —gritó Alberto y su expresión se transformó en una mueca que jamás había visto antes. Macarena se dio cuenta de que no podía respirar, las manos de su marido sobre su garganta se lo impedían. Todo se detuvo ante ella, el mundo se paró en seco. En ese instante, Macarena fue consciente de que iba a morir.

Ж Ж Ж

Por segunda vez durante ese verano, Víctor se dirigía hacia el mirador situado en el punto más alto de toda La Manga, hacia un encuentro que no se atrevía a imaginar lo que traería. La primera vez, se había dirigido hacia allí tranquilo, simplemente algo curioso por lo que Ana podía querer decirle. Recordaba muy bien cómo tras el encuentro y la confesión de su amiga, había partido nervioso, perplejo y algo confundido. En esta ocasión, eso mismo era lo que sentía en cada uno de sus pasos. Además, era como si cada uno de ellos no lo aproximara hacia ella sino que, de alguna forma, lo estuviera alejando de Ana para siempre. No tenía claro lo que le iba a decir, cómo iba a explicarle todo lo que había ocurrido en las últimas semanas sin herir sus sentimientos. Tal vez no habría manera, al fin y al cabo, era algo que quedaba fuera de su alcance.

La vislumbró en lo alto de aquella interminable cuesta del paseo marítimo tal como recordaba haberla encontrado semanas atrás: apoyada sobre la barandilla de aquel alto acantilado, de espaldas a los transeúntes que por allí pasaban, concentrada en la impactante vista de la playa que quedaba justo debajo.

—Hola, Ana. —Se atrevió a pronunciar al llegar a su lado.

—Hola, no pongas esa cara de preocupación... No pasa nada —contestó Ana volviéndose hacia él durante unos segundos para después volver a concentrarse en la playa. Su rostro y el tono de su voz no mostraban emoción alguna, como si hubiera venido hasta allí resignada, siendo muy consciente de lo que estaba pasando. Víctor aprovechó esos segundos antes de que su amiga continuara hablando para situarse junto a ella, apoyándose a su lado sobre la barandilla y centrando también su mirada en el precioso mar. Justo al quedar a su lado, Ana comenzó a hablar de nuevo—. Imagino... Creo que Celia y tú estáis ahora juntos...

—Ha sido también una sorpresa para mí —dijo rápidamente Víctor, girándose hacia ella que continuaba sin atreverse a mirarlo, concentrada en el paisaje que caía bajo ellos—. No me lo esperaba y todo pasó muy deprisa, quería decírtelo, contártelo todo desde el principio. Pero al final, el tiempo ha pasado sin apenas darme cuenta...

—Víctor, no importa, no tenías por qué contarme nada —contestó Ana mientras se giraba también hacia su lado, clavando su cristalina mirada sobre él. Lo contemplaba sumida en la tristeza, en la pena de haber perdido, pero también mostrando cierta seguridad y sosiego, como si ya hubiese aceptado todo lo ocurrido—. No me debías nada, ninguna explicación. Has tenido que tomar una decisión y has elegido. Eso es todo. Solo espero... —Ana tuvo que tragar saliva con fuerza, conteniendo una pena que avanzaba desde su interior—. Solo espero que nunca te arrepientas, no creo que ella lo merezca, nadie en esa familia merece algo así. Y conmigo creo que habría sido tan fácil...

—Ana... —empezó a decir Víctor.

—Creo que habría funcionado. —Ana frenó sus palabras durante unos segundos, pensativa, mirando primero hacia abajo para después volver a clavar su atractiva mirada azul sobre Víctor—. Pero da igual, ya no importa. Creo que me voy a ir, creo que está todo dicho, no hay nada más que hablar sobre el asunto. Supongo que te veo luego en la playa en la fiesta de tu hermana.

—Sí, allí estaré —contestó Víctor sin saber qué más decir, contemplando cómo Ana empezaba a moverse, a alejarse de allí, tan solo dedicándole una tibia sonrisa que nada tenía que ver con aquellas risas llenas de vida con las que lo había premiado a lo largo del verano.

La observó alejarse en silencio, percatándose de cómo varios hombres se quedaban embelesados al verla pasar. Él también se perdió en su marcha, incapaz de percibir cómo justo antes de perderse cuesta abajo, Ana se giró de nuevo hacia él. Nada vio en ese instante, fueron sus palabras, sus gritos, lo que le hizo recobrar la consciencia.

—Víctor —comenzó a gritar Ana desde abajo, sin importarle pasar a ser el centro de todas las miradas—. Ten cuidado con Celia... No me malinterpretes, pero, no sé, la noto muy rara.

Y con esas palabras se giró de nuevo y siguió su camino, perdiéndose cuesta abajo. Víctor todavía se quedó allí durante un buen rato, asediado por las palabras de Ana, llenas de pena, odio y, en parte, rencor. En algún momento

empezó a caminar, pero no fue consciente de ello, solo que, de repente, ya no estaba en el mismo sitio, sino que se encontraba cerca de casa de Celia. No le apetecía ni hablar ni ver a nadie, simplemente seguir caminando. Ya había pasado la casa de Celia cuando una figura familiar lo hizo detenerse en seco. A pocos metros de donde él se encontraba pudo ver cómo, sentado sobre la acera, un gato blanco se limpiaba una de sus patas.

No tenía duda de que se trataba del gato de Ana, que debía haberse escapado de casa de su amiga. Decidió cogerlo y devolverlo a su hogar, sabía que Ana adoraba a ese animal. Se inclinó hacia él, pero al acercarse, el gato salió corriendo, saltando hacia uno de los muros y perdiéndose en el interior de una de las casas.

Resignado, se dio cuenta de que ya nada podría hacer para intentar hacerse con él. Ya hasta el gato de Ana huía ante él.

—Entonces, ¿Mató Alberto a Macarena? —Se atrevió finalmente a preguntar Celia.

Ж Ж Ж

31/08/1999

Macarena sentía que iba a perder el conocimiento en cualquier momento. Quería pedir ayuda, pero no podía, su garganta estaba totalmente bloqueada por las manos de su marido, que la miraba totalmente fuera de sí.

Ante ella pasó toda su vida, lo bueno y lo malo, compadeciéndose de que finalmente fuera a acabar de esa forma. Pero no, no podía permitirlo, no se merecía terminar en las manos de aquella bestia que tanto dolor le había causado a lo largo de los años. Tenía que conseguir escapar de él. Miró a su alrededor, se dio cuenta de que no estaba muy lejos del mueble de la entrada de la casa. Apenas podía moverse, pero consiguió alcanzar una de las figuras de porcelana que allí se encontraban. Sin apenas pensar, la levantó todo lo que pudo y, con toda la fuerza que le quedaba, golpeó con ella la cabeza de su marido.

Macarena sintió, de repente, cómo el aire volvía a sus pulmones. Comenzó a respirar de forma acelerada mientras veía cómo la figura caía partida en dos y su marido quedaba tirado sobre el suelo, totalmente inerte.

Contuvo la respiración, no se atrevía a acercarse hacia aquel cuerpo, le daba demasiado miedo.

—¿Alberto? —preguntó finalmente, anhelando escuchar su voz, que su marido dijera algo, cualquier cosa que mostrara que seguía vivo; pero no obtuvo nada más que un ensordecedor silencio como respuesta. Tras unos instantes de vacilación, se atrevió a acercarse hasta el cuerpo inerte de su marido. Parecía que no respiraba.

Macarena no podía creer lo que estaba ocurriendo, que su marido estuviera verdaderamente muerto justo delante de ella. Algo así no podía estar pasando.

El pánico comenzó a adueñarse de ella, que no sabía qué debía hacer, si podría escapar de aquella pesadilla. Sin apenas ser consciente de ello, comenzó a andar hacia la calle, hacia la casa de la única persona en la que realmente confiaba.

—¿Macarena?, ¿eres tú? —dijo la voz de su amiga Marisa desde el telefonillo. Quería decirle que sí, que era ella quien había tocado a su timbre en medio de la noche, que necesitaba que saliera cuanto antes, que necesitaba urgentemente su ayuda. Pero no podía, no era capaz de articular palabra, solo pudo responderle con su entrecortada respiración. Suficiente para que Marisa supiera que era ella quien estaba en su puerta—. No te muevas, salgo ahora mismo.

—Dios mío, ¿qué ha ocurrido? —dijo Marisa nada más verla, llevándose las manos hacia su rostro, horrorizada por el contusionado aspecto de Macarena—. ¿Qué te ha pasado en el cuello?

Macarena no pudo más, se abalanzó sobre su amiga y empezó a llorar. Intentaba explicarle lo que había ocurrido, pero apenas era capaz de controlar sus palabras. Intentó serenarse, explicarle lo mejor que podía lo que acababa de pasar en su casa, la pesadilla que acababa de vivir. Empezó también a caminar de vuelta hacia aquel pequeño castillo que sentía estaba acabando con ella. Necesitaba que su amiga viera el cuerpo de su marido.

—Macarena, tranquilízate —le empezó a decir Marisa, nada más entrar en la casa—. Escúchame, quiero que te quedes aquí en la entrada, voy a acercarme hacia él, necesitamos estar seguras de si está o no muerto. Puede que siga vivo y necesite ayuda médica, así que necesito comprobarlo. Pero no quiero que tú te acerques, quiero que te quedes aquí e intentes tranquilizarte.

Marisa regresó a la entrada tras unos eternos segundos en los que Macarena estuvo deambulando de un lado a otro.

—Se ha llevado un buen golpe, pero respira —dijo finalmente algo más tranquila—. Es más, creo que puede despertarse en cualquier momento.

Tras un momento de vacilación, Marisa continuó hablando.

—Macarena, puede ser peligroso si se despierta ahora. Creo que deberíamos llamar a la policía, debes explicarles todo lo que te ha pasado...

—No —cortó Macarena.

—¿Cómo qué no? —preguntó atónita Marisa. Simplemente no entendía la reacción de su amiga.

—No sabes cómo es —respondió Macarena—. No era la primera vez que

tras una pelea me pegaba, pero nunca lo había visto así. Se siente humillado, me quiere lejos, pero sobre todo quiere que pague por lo que le he hecho. Si llamo a la policía y me quedo hoy aquí, no voy a conseguir nada. Me va a seguir haciendo la vida imposible, se va a cebar conmigo en el divorcio, me va a dejar sin nada, pero lo peor es que quizá cualquier día de estos acabe pasando algo parecido a lo de hoy. Se le cruce un cable y... Acabe intentando matarme.

Macarena notaba su respiración muy acelerada, nunca antes se había sentido tan nerviosa, con tanto miedo. Sin embargo, tenía claro que el pánico no podía apoderarse de ella.

—Marisa, necesito tu ayuda —le dijo a su amiga finalmente—. Necesito que me lleves en tu coche a la estación de autobuses. Apenas tengo familia, mi madre murió hace años, pero una prima segunda de mi madre vive en Córdoba, siempre me ha tenido un gran aprecio, creo que debería huir con ella durante una temporada. Allí creo que podría empezar de nuevo, cambiar mi identidad y borrar mi pasado. Necesito estar lejos del alcance e influencia de Alberto. Tengo que asegurarme de que nunca me encuentre, es muy importante que nadie sepa nada de esto.

—Macarena, creo que deberías llamar a la policía...

—Ya lo sé —contestó de pronto Macarena—. Sé qué es lo que debería hacer, pero la policía no va a poder ayudarme cada día, cada hora, cada minuto. Y yo no me fío de Alberto, no después de esto...

—Ve a por tus cosas —dijo finalmente Marisa, como poseída por una fuerza que ya no le hacía seguir actuando conforme al guion de su cabeza, sino atendiendo a lo que allí estaba ocurriendo—. Y date prisa, Alberto puede despertarse en cualquier momento.

Macarena subió a la planta de arriba y bajó minutos más tarde con lo que parecía un pequeño macuto. Se había cambiado de ropa y llevaba en su mano el vestido que había llevado puesto minutos atrás.

Antes de salir, echaron una última mirada al cuerpo de Alberto, que quedó tendido y olvidado en medio del amplio salón de la casa. Una vez fuera, sin perder tiempo, se montaron en el coche de Marisa.

—Necesitaría un último favor —confesó Macarena, ofreciéndole a su amiga el vestido que llevaba en la mano—. Cuando me hayas dejado en la estación, necesitaría que fueras a Calblanque y allí tiraras el vestido. Alguien debe

encontrarlo en algún momento y, con un poco de suerte, me acabarán dando por muerta.

Marisa asintió con su cabeza y, tragando saliva, arrancó el coche. En silencio, conteniendo sus aceleradas respiraciones, comenzaron a alejarse. Macarena no pudo evitar mirar atrás una última vez. Ante ella veía alejarse a aquel pequeño castillo del que, tras años teniéndola presa, parecía que finalmente había logrado escapar.

Ж Ж Ж

—Al llegar a la estación me despedí de ella e hice todo lo que me dijo, — continuó diciendo Marisa—. Nunca más volví a verla.

—Nunca apareció el vestido —dijo Celia observando cómo Marisa negaba con la cabeza.

—Nunca —confirmó aquella mujer, que de pronto quedó distante, aislada en sus tortuosos recuerdos, una parte de su vida que parecía tener prácticamente olvidada, pero que se había visto forzada a recordar. Finalmente miró fijamente a los ojos a Celia—. Su marido no la mató esa noche. Le robó la vida de una forma muy diferente, haciéndola infeliz durante demasiado tiempo.

—¿Descubrió Macarena quién le había estado enviando los mensajes anónimos? —preguntó Celia, pensativa, intentando cerrar todos los frentes que quedaban abiertos.

—No, ni tan siquiera lo sabía yo —contestó impresionada Marisa—. Sabíamos que Paco estaba obsesionado con ella. Se había declarado de forma absurda un año antes y, desde entonces, Macarena notaba que la espiaba desde su casa. Pero no lo creíamos capaz de una cosa así. Desde luego, es y era un bicho raro, reprimido y que, al parecer, se obsesionó totalmente con ella.

Su vecino debía haberlo pasado muy mal cuando Macarena desapareció, si se hubiera descubierto que él mandaba los anónimos habría pasado a encabezar la lista de sospechosos. Se alegró de las noches en vela que esa preocupación le debía haber producido, no hubiera sido justo que no pagara ningún precio por lo que hizo. Pero una gran tristeza se adueñó al mismo tiempo de Celia que no podía dejar de pensar en lo perdida que debía de haberse visto Macarena en aquellos momentos.

—¿Tiene idea de si Macarena lo consiguió? —preguntó Celia totalmente invadida por la tristeza.

—Pues durante mucho tiempo no supe absolutamente nada, tampoco tenía forma de contactar con ella así que simplemente fui olvidando todo lo sucedido. Pero hace cosa de tres o cuatro años recibí una carta —contestó Marisa, mientras le mostraba algo que había estado colocado sobre una pequeña mesa todo ese tiempo. Se trataba de una fotografía de un niño pequeño, una foto de estudio, profesional, en cuyo reverso se podían leer unas palabras escritas a mano—:

«Gracias por hacer posible esta segunda oportunidad que me ha dado la vida. Creo que he sabido aprovecharla».

—No sé dónde está en este instante —siguió diciendo Marisa—. Pero allá donde esté espero que haya encontrado su sitio, que ahora sea feliz y que solo dependa de sí misma.

—Ojalá —empezó a decir Celia, que luchó con fuerza por contener las lágrimas—. Eso es lo que yo quiero conseguir, ser independiente. Creo que si dependes de alguien, al final, no eres libre.

—Y muchas veces te condenas a recibir órdenes toda tu vida —siguió diciendo Marisa—. Yo por eso, a mis hijas, siempre les he recomendado que estudien, que no dejen de estudiar y que trabajen muy duro, para que no tengan que depender de nadie, especialmente, de ningún hombre. Eso es lo único que quiero para ellas. Todo lo demás lo dejo en sus manos. Por supuesto también es importante que intenten elegir a un buen compañero de viaje, pero todas nos podemos equivocar. Pero si somos independientes, podremos rectificar sin gran problema. ¿Sabes? A mí me educaron diciéndome que tenía que estar preparada para aguantar en mi matrimonio... No tengo ni idea de a qué se referían exactamente con eso de «aguantar» pero te puedo decir que no hice caso. Yo he exigido toda mi vida lo que creo que es lógico: respeto e igualdad ante todo.

—Creo que tiene toda la razón, no tiene sentido lo contrario —continuó Celia, emocionada por las inspiradoras palabras de su vecina, dispuesta a no tolerar más maltratos—. Precisamente es eso lo que quiero, sentirme dueña de mi vida. No quiero... No quiero tener que aguantar nada de nadie.

—Estoy segura de que lo vas a conseguir, totalmente segura.

Y con esas palabras se despidieron y Celia comenzó a levantarse.

—Hay una cosa más —comenzó a decir Marisa mientras la acompañaba a la salida—. Me enteré hace poco más de una semana y fue entonces cuando decidí que podía contarte todo esto. Me llamó un conocido de Madrid, al parecer Alberto falleció de forma repentina a principios de agosto. Un ataque al corazón. Ya todos estamos libres de su amenaza. Al final, esa mala pieza pagó, de alguna forma, por lo que hizo.

Celia no pudo evitar que se formara sobre su rostro una media sonrisa. Con ella abandonó aquel lugar, escondido tras el muro naranja que daba a su calle, donde aquella mujer y sus hijas luchaban contra toda adversidad por sacar adelante su hogar.

Nada más verse de nuevo en la calle, en la familiaridad de su barrio, Celia sintió que la realidad caía sobre ella. No sabía muy bien por qué, pero se sintió algo mareada. Al final lo había conseguido, había descubierto lo que había ocurrido en su casa diez años atrás, había resuelto el misterio. Pero no fue éxito ni entusiasmo lo que se apoderó de ella sino la más dolorosa de todas las penas.

Estaba claro que ella había tenido mucha suerte, que tenía a su lado a un chico que la respetaría y escucharía en todo momento. No obstante, no lograba sentirse afortunada por ello, había algo que rondaba su mente sin parar. ¿Merecía ella tal suerte?

Ж Ж Ж

María jamás había recibido tantísimas muestras de cariño. La fiesta estaba siendo todo un éxito, había reservado el chiringuito de la playa situado cerca de la casa de Celia y resultaba increíble ver a toda esa gente sobre la arena, iluminados por las antorchas que habían colocado, hablando y riendo al ritmo de la música. Allí estaba todo el mundo que la conocía y apreciaba: su familia, sus compañeros de la pizzería, los amigos de su hermano Víctor, sus amigas... Resultaba increíble verlos reunidos en el mismo punto, vestidos todos de blanco.

Justo en ese momento vio cómo Celia llegaba a la fiesta. Estaba espectacular, vestida con un precioso vestido ibicenco. Desde allí se percató de cómo a su hermano se le iluminaba el rostro al verla, cómo iba a su encuentro y la engullía en un fuerte abrazo. Los vio alejarse un poco hacia la

orilla donde empezaron a hablar entusiasmados el uno con el otro. María se emocionó al ver la escena. Estaba tan contenta del paso que habían dado.

—Te noto seca, jefa —le dijo una voz en la que reconoció a Jaime, su compañero de trabajo. Le había traído un quinto de cerveza y lo cierto era que sentía que necesitaba beber algo.

—Gracias.

Tras brindar con Jaime, bebió un trago. Ese sabor amargo tan característico se apoderó de ella. No era fanática de la cerveza, pero al menos lograría refrescarse un poco.

—¿Te apetece dar un pequeño paseo? —le preguntó Jaime, bebiendo él también de su cerveza.

—Me encantaría, necesito alejarme un poco de todo este ajetreo —contestó María, feliz de escuchar la propuesta de Jaime—. Sabes que no me gusta nada ser protagonista.

Comenzaron a caminar por la orilla de la playa, que conforme se alejaban del alboroto del chiringuito se volvió oscura y silenciosa, solo acompañada del suave sonido de las olas y de una enorme luna llena que iluminaba suavemente sus pasos, siendo testigo de todos sus movimientos.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Jaime.

—Muchísimo —respondió María, riendo pero abrumada por todo lo que sabía le esperaba al día siguiente—. No me puedo creer que mañana a estas horas vaya a estar en otro país. No puedo pensarlo siquiera.

—Todo va a ir bien —le contestó Jaime, reduciendo la velocidad de sus pasos, para poder mirarla mientras caminaba—. Estoy totalmente seguro de ello, es más, una vez que te conozcan, no sé si los ingleses dejarán que vuelvas a España.

—Pues espero que sí —bromeó María—. Se supone que esto es temporal y que en cosa de un año volveré para preparar las siguientes oposiciones.

—Más nos vale que vuelvas —respondió Jaime, hablando ahora con un tono bastante serio—. Más nos vale trabajar para que como mucho en cosa de un año puedas regresar y continuar trabajando aquí. Este país no sabe lo que pierde dejándote marchar.

Las palabras de Jaime emocionaron ligeramente a María, era bonito saber que la tenía en tan alta estima. Era algo maravilloso.

—He estado mirando el calendario del máster... —continuó diciendo Jaime tras unos minutos en silencio—. Creo que los primeros meses voy a estar muy

liado, pero en noviembre tengo una semana entera de vacaciones. Había pensado, si te parece bien, que podría hacerte una visita.

—¡Tienes que hacerme una visita! —respondió María, deteniéndose junto a él, mirándolo fijamente. Si él supiera que había estado a punto de dejarlo todo, de cambiar todos sus planes, solo por él. Por conocer un poco mejor a esa persona con la que se sentía tan cómoda y que le hacía sonreír a cada momento —. Tienes que venir y así te lo enseño todo y te presento a todo el mundo (si es que para ese entonces conozco a alguien por allí). Jaime...

No terminó la frase, algo situado en uno de los muros de las casas de primera línea captó su mirada. Todo estaba muy oscuro, por lo que no tenía muy claro de lo que se trataba, así que sin decir nada más, se acercó a observarlo más de cerca.

Cuando ante su incrédula mirada todo tomó forma, no pudo creer lo que estaba viendo. Sintió como su estómago daba un vuelco, apoderándose de ella una profunda angustia. Sin poder hacer nada para evitarlo, un estridente grito salió de su garganta. Jaime, asustado, corrió junto a ella y con su móvil iluminó el punto que María estaba observando.

En medio de aquella oscuridad se vislumbraba la silueta de un gato muerto. Colgando de la manivela de una de las puertas, sujeto desde el cuello por un cordel negro. Un gato blanco al que habían ahorcado allí mismo.

En ese momento María dejó de ser consciente de lo que estaba ocurriendo a su alrededor. En cuestión de segundos se vio rodeada por una gran multitud de gente, atraída por sus gritos. De entre ellos, una chica, una amiga de su hermano, corrió gritando y llorando hacia aquel pobre animal. Cogiendo, todavía con esperanzas, el cuerpo inerte del animal.

—¡No! ¡No!... —la oyó gritar entre sollozos.

Vio también cómo su hermano se tiraba sobre ella intentando consolarla, intentando calmar su dolor. Pero nada pudo hacer, la pobre prosiguió gritando y llorando de forma desconsolada. Mientras que cada vez más y más curiosos se acercaban hasta allí, atraídos por la desgracia, sorprendidos por aquella macabra e incomprensible escena.

*Domingo, 30 de agosto de 2009
10.00 a. m. - LA MANGA*

Apenas había podido pegar ojo durante la última noche, le había resultado imposible. Todo lo que Celia había vivido sobre la playa parecía sacado de un mal sueño, de una temible pesadilla. Nada podría nunca hacerle olvidar la cara de desesperación de Ana, su llanto desconsolado ante la triste imagen de aquel pobre animal.

Lo ocurrido la había sobrepasado, dejándola en un estado catatónico desconocido para ella hasta entonces. Por ello, escondida entre la muchedumbre había acabado escabulléndose, marchándose sin que nadie lo notara, huyendo de aquel horror. Pues a diferencia de la gran cantidad de curiosos que allí se agolpaban, ella estaba prácticamente segura de lo que allí había ocurrido.

Esa debía haber sido la forma elegida por Ivan para ayudarla, esa atrocidad. No le cabía la menor duda de que había sido cosa suya y ese pensamiento la consumía. Le aterraba saber que Ivan, su propio vecino, era capaz de hacer algo así. Y la devoraba por dentro sentirse en cierto modo cómplice, saber que todo había sido por su culpa.

Tendida sobre su cama, sin poder apartar del todo esos pensamientos de su mente, en un intento por distraerse un poco, decidió centrarse en Macarena. Todo estaba resuelto y, sin embargo, todavía seguía pensando que faltaba algo, que todavía quedaba una pequeña, quizá diminuta, pieza del rompecabezas por solucionar. El problema era que no tenía claro qué podría ser lo que no le dejaba dar carpetazo al asunto por completo.

De repente, se incorporó de la cama y se movió rápidamente en busca de su mochila. Acababa de recordar algo que tenía prácticamente olvidado. Buscó dentro de ella, entre todas las cosas que allí guardaba, hasta que encontró la tarjeta de aquel hotel-restaurante de Cartagena.

El Loro Verde

Sabor Tradicional. Hotel/Restaurante en Cartagena.

Tenía que ir hasta allí, no sabía muy bien explicar el porqué, pero sentía que tenía que ir hasta aquel lugar. Cogió su móvil y comprobó la hora. Todavía era temprano, si se daba prisa podría ir y volver antes de la hora de comer. Antes de ponerse en marcha pensó en llamar a Víctor, pero tuvo que desechar la idea. Tenía que ir a la universidad a terminar de ultimar todos los detalles sobre su inscripción, por lo que no podría acompañarla. No le quedaba otra opción, debía hacerlo sola.

Así que sin decir nada a nadie, salió de su casa y se dirigió a la parada de autobús más próxima. Nerviosa y algo agobiada por lo que estaba a punto de hacer, subió al primer autobús en dirección a Cartagena que llegó a la parada, sin notar nada extraño a su alrededor. Sin darse cuenta de que alguien la observaba a cierta distancia, alguien que estaba a punto de hacer algo que hasta ese momento no estaba en sus planes.

Ж Ж Ж

Sin ánimo, sin fuerza, por simple inercia, Ana abrió la puerta de su casa. Ante ella apareció la imagen de una mujer que no conocía, pero cuyo rostro le resultaba de alguna forma familiar. Llevaba su oxigenada melena recogida de forma torpe con una especie de pinza; notaba sus ojos, muy grandes y azules, demasiado maquillados, como si intentara torpemente esconder el paso de los años y el peso de todo lo que debía haber vivido. Algo que no conseguía y que acababa dando a su aspecto un cierto aire vulgar.

—Hola, perdona que te moleste —empezó a decir tímidamente aquella mujer—. No nos conocemos, vivo al final de la calle, justo detrás de la casa de Celia... Creo que es amiga tuya...

Ana no dijo nada, simplemente siguió mirándola con el ceño fruncido, sin cambiar su semblante serio. No entendía que hacía aquella mujer allí, molestándola en el peor día de toda su vida.

—La cuestión es... —continuó diciendo aquella mujer al entender que Ana no pensaba responderle nada—. El motivo por el que he venido es porque a lo largo del verano, para abstraerme de todo, solía descansar detrás de los cipreses que quedan justo enfrente de tu casa. No sé si sabes que detrás de ellos hay un banco, puede que no, está totalmente olvidado. Ahí leía o

simplemente pasaba el rato, pensando y meditando, a solas. La cosa es que ayer fui testigo de algo que desearía no haber visto.

De repente, la irritación y el odio que le causaba tener que escuchar los lamentos de aquella mujer se esfumaron de la mente de Ana, que pasó a escuchar con total atención sus palabras.

—Vi quien le hizo eso a tu gato. A tu pobre gato.

Ana simplemente no podía creer lo que estaba escuchando, debía haber un error, lo que aquella mujer le estaba contando no podía ser cierto. Simplemente no era posible.

Ж Ж Ж

El autobús la dejó cerca de la zona del puerto de Cartagena, abarrotada a esas horas de turistas y veraneantes que paseaban de un lado para otro, aprovechando cualquier ocasión para echarse una fotografía con el precioso mar azulado de fondo.

Conocía más o menos la zona donde estaba situado el hotel-restaurante, así que sin demorar más su búsqueda empezó a caminar por las callejuelas que pensaba la conducirían hacia su objetivo. No tardó en encontrarlo, situado en una pequeña y escondida plaza, pero ubicado en una zona estratégica, alejada del bullicio del centro y a un paso del casco antiguo de la ciudad. Justo en la entrada, el hotel disponía de una terraza con una gran cantidad de mesas. En ellas pudo ver a varias parejas y familias empezando a comer. Las mesas sobresalían impecablemente preparadas, custodiadas por varios camareros que vigilaban con atención cualquier movimiento en ellas. No había duda de que se trataba de un buen sitio, uno de esos restaurantes que no todos podían permitirse.

Con cuidado y cierta timidez se adentró en el interior del hotel. Nada más entrar en la recepción se dio cuenta de que seguía la misma línea que la terraza. La elegante y sofisticada decoración daba un marcado aire de exclusividad a aquella enorme habitación. A Celia le pareció que era como estar dentro de uno de esos salones ingleses para tomar té en sociedad que había visto en multitud de películas.

Bajo la atenta mirada de los recepcionistas que desde el mostrador del hotel observaban cada uno de sus pasos, Celia empezó a caminar por aquel salón. Era espacioso, con una acogedora zona con sillones para descansar y, al final,

un ascensor que conducía a las distintas habitaciones. Pero nada raro había allí, nada que le indicara que no había hecho todo ese camino en vano.

Decidió marcharse de inmediato, era bastante tarde y poco más parecía que podría hacer allí, además si se daba prisa llegaría a casa justo a la hora de comer y jamás nadie notaría su marcha. Convencida de que eso era lo mejor, ya se disponía a salir cuando uno de los cuadros de la entrada captó su atención, en él se mezclaban distintos colores y formas; y bajo un enfoque muy abstracto se distinguía a una figura femenina, una mujer que parecía estar llorando. Fue en ese momento cuando, atónita, se dio cuenta de que no era la primera vez que veía ese cuadro.

Se giró sobre sí misma, observando de nuevo toda la habitación, para descubrir aterrada que ya había estado allí antes. Fue entonces cuando lo recordó todo, cada uno de esos pensamientos que tanto tiempo llevaba evitando.

Sin darse tiempo a interiorizar sus recuerdos, salió corriendo hacia la calle, a toda velocidad, huyendo de lo que allí había visto. Casi sin aliento, en mitad de aquella plaza, se paró durante un segundo. Su respiración estaba muy alterada y notaba cada uno de los latidos de su corazón, lamentos que le pedían que acabara con todo ese dolor, con todo su sufrimiento. Como pudo, intentando controlar a sus temblorosas manos, empezó a buscar su teléfono en su mochila.

Se sentía sumida en un gran vacío, en medio de una situación extrema. Necesitaba hablar urgentemente con él, lo necesitaba a su lado. Solo él podría ayudarla.

Ж Ж Ж

El movimiento del coche ya casi había conseguido dormir a Víctor cuando su teléfono empezó a sonar, devolviéndolo a la consciencia de inmediato. Tenía razones para estar cansado, había pasado una mañana tremendamente ajetreada en la que, junto a su madre, había visitado tanto la Universidad como un sinfín de apartamentos y residencias. Ella había insistido en que quería acompañarlo y, aunque él sabía que no era necesario, que todo estaba bajo control, no le había insistido en lo contrario. Entendía que su madre quisiera saber exactamente dónde y en qué condiciones pasaría el próximo curso.

Ahora ya estaban de vuelta y, todavía algo adormilado, sacó su teléfono de su bolsillo y lo acercó rápidamente hacia su oreja.

—Sí, no hay problema, voy para allá —contestó Víctor antes de despedirse y volver a guardar su teléfono en su sitio—. Mamá, ¿te importa dejarme, cuando lleguemos, en casa de Celia?

—Sí, claro, te dejo allí. Me da igual un sitio que otro —le respondió su madre sin dejar de mirar hacia la carretera.

Víctor ya no consiguió dormirse, es más, de repente, le pareció que su madre avanzaba muy despacio. En unos segundos sus ganas por llegar se habían multiplicado. La llamada lo había dejado con una sensación que le costaba describir, había sido una llamada muy extraña y, lo más preocupante, había notado sus palabras amontonadas, sin orden, impulsadas por los nervios. Estaba deseando llegar y comprobar qué estaba pasando realmente. Lo peor era saber que aún se encontraba a casi media hora de su destino.

El sonido de su móvil lo sacó, de nuevo, de su ensimismamiento. A toda prisa, contento de poder conseguir más detalles, sacó por segunda vez el móvil de su bolsillo. Pero para su desesperación, nada tenía que ver con su anterior llamada. Esta vez, se trataba de Ana.

—¿Quién es? —preguntó su madre, despegando durante un pequeño instante su mirada de la carretera.

—Ehhh, nadie... —mintió Víctor, silenciando el sonido de su teléfono y guardándolo de nuevo en su bolsillo—. Era la alarma.

Posiblemente Ana querría hablar sobre su última conversación, sobre qué iba a ser de ellos ahora que él y Celia estaban juntos. Quería que siguieran siendo amigos, pero, bajo ninguna circunstancia, podría hablar con ella sobre ese tema delante de su madre. Además, no quería que su madre se enterara de que su gato había aparecido muerto la noche anterior. En cuanto pudiera, le devolvería la llamada. Estaba seguro de que esa conversación podía esperar.

Nada más abrir la puerta de casa de Celia, Víctor fue sorprendido por la preocupada imagen de Encarna, la abuela de su amiga. No entendía muy bien por qué, pero su contraído y nervioso rostro se alivió levemente al verlo, como si su presencia le trajera ciertas esperanzas de que aquello que le preocupaba podría solucionarse. Un poco por detrás de ella quedaba la figura de un hombre de aproximadamente cincuenta años, pelo canoso y aspecto algo desaliñado. No tenía ni idea de quién podría ser, jamás lo había visto antes.

Pero si algo tuvo claro Víctor fue que sus sospechas eran ciertas, algo muy raro estaba ocurriendo, algo que no llegaba a comprender.

—Muchas gracias por venir, Víctor —empezó a decir Encarna, alterada, muy nerviosa, como si no supiera muy bien qué hacer—. Te he llamado porque últimamente estás pasando mucho tiempo con Celia... ¿Sabes dónde puede estar? Se fue esta mañana y no ha venido a comer, no contesta al móvil. No sé dónde puede estar...

—Pues la verdad es que no —admitió Víctor, confundido por la escena. La última vez que había hablado con Celia había sido la noche anterior, justo antes de que apareciera el gato de Ana. No habían planeado nada porque él iba a estar ocupado con su visita a la Universidad durante casi todo el día. Tampoco ella había comentado nada fuera de lo normal o había mencionado que fuera a hacer algo en especial. Todo había sido como siempre, no entendía dónde podría estar Celia, pero tampoco que algo así causara tanto revuelo—. No he hablado con ella. A lo mejor se ha entretenido en algún sitio y no le queda batería para llamar.

—El teléfono da tono —contestó aquel hombre desde atrás, aprovechando para acercarse un poco hacia él. Al observarlo desde más cerca comprobó que su rostro también parecía preocupado.

—No sé dónde puede estar y mi hijo ha ido a solucionar unos asuntos a Murcia y tampoco coge el teléfono —continuó lamentándose Encarna—. Celia lleva unos días, prácticamente lleva todo el verano, muy alterada. Está muy

confundida... Y este hombre ha venido porque hoy la ha visto especialmente nerviosa, diferente a otros días...

—La he visto coger un autobús hacia Cartagena —respondió aquel hombre de inmediato, su voz sonaba atragantada, como si realmente lo que estaba pasando le estuviera afectando. No parecía mal hombre, sino todo lo contrario, parecía que quería ayudar en todo lo posible—. Verás... Este verano lo he pasado entero observándola, en realidad a toda la familia, me contrataron para hacer un estudio del nivel de vida de la familia... Creo que algunos trabajadores están preparando una demanda por algún asunto relacionado con su despido... Creo que quieren que se les pague todo lo que se les debe... Por ese motivo, llevo casi todo el verano detrás de esa pobre chiquilla, siempre tan sola y perdida... No me siento orgulloso de lo que he estado haciendo, ha sido muy duro para mí. Quizá por eso hoy estoy aquí, porque no podía marcharme y dejarlo todo así, sin más. Ya había terminado todo el reportaje, de hecho, ya estaba montado en el coche para regresar a casa cuando he visto a la chiquilla... Hoy estaba diferente, no sé explicar por qué, pero sé que no estaba normal...

—¿Hacia Cartagena? —preguntó Víctor, que seguía sin ver motivos para tanta preocupación, pero que la angustia que lo rodeaba estaba empezando a crear cierta inquietud sobre él—. Yo he estado en Cartagena todo el día, es raro que no me haya llamado...

De repente Víctor recordó algo que podía darle sentido a todo.

—La tía de Celia vive allí, ¿no? —preguntó sonriendo ligeramente, consciente de que podía acabar de dar en el clavo—. Quería verla antes de que acabara el verano. ¿Le han preguntado a su madre? Quizá Celia ha ido con ella a ver a su tía.

Durante unos momentos Víctor no obtuvo nada como respuesta, segundos en los que tan solo el sonido de las olas en el fondo se abrió paso entre ellos.

—Víctor... —empezó a decir Encarna con cierto dolor—. La madre de Celia está muerta, falleció a principios de año.

Ж Ж Ж

Celia centró su atención en intentar contener sus lágrimas, en frenar su dolor, concentrándose únicamente en la imagen del mar que quedaba justo enfrente. Intentando apartar el recuerdo de su madre de su mente, todo lo que había

pasado aquel último día, todo lo que la atormentaba sin descanso desde entonces.

Estaba empezando a anochecer lo que animaba a la brisa marina a ir aumentando poco a poco su intensidad. Celia notaba todo su cuerpo erizado, víctima de aquel viento; pero sobre todo se sentía indefensa, incapaz de moverse de allí, de dar un paso en cualquier sentido. Estaba demasiado asustada.

El movimiento de alguien aproximándose a sus espaldas la hizo girarse de inmediato. Ante ella, apareció la imagen de Ivan, a quien llevaba un buen rato esperando.

—Gracias por venir —empezó a decir, intentando controlar sus entrecortadas palabras.

—No hay de qué —le contestó, sin apartar su mirada de ella—. Te dije que te esperaría hasta que fuera necesario.

Celia empezó a caminar, junto a él, en completo silencio. Solo al cabo de unos minutos se atrevió a decir algo.

—Necesito tu ayuda. Necesito que me ayudes a hacer una cosa.

Ж Ж Ж

Víctor no podía dar crédito a lo que acaba de escuchar, no era posible. Muy deprisa su mente viajó hacia atrás, a cada instante que había pasado en casa de Celia, hacia todo lo que había vivido durante aquel verano. ¿Había llegado a ver a la madre de Celia? Con angustia se dio cuenta de que el último recuerdo que tenía de ella era del verano anterior. Durante los dos últimos meses no había llegado a coincidir con ella, por lo que incrédulo tuvo que reconocer que ni la había visto ni habían intercambiado ninguna palabra. Su nerviosismo fue en aumento, podía sentir su cabeza ardiendo dentro de él. No tenía ninguna prueba que demostrara que lo que Encarna había dicho era mentira. ¿Lo sabría su familia? No le habían dicho nada, pero recordaba muchos momentos en los que había oído comentar a sus padres y a su hermana lo mal que lo debía de estar pasando Celia.

Pero no, aquello no podía ser verdad. Celia no le había dicho nada. Es más, en todo momento había hablado como si su madre siguiera viva, como si la viera cada día. Víctor no llegaba a comprender lo que estaba pasando. Por más que lo intentaba, no lograba entender nada.

—La madre de Celia se suicidó hace ya casi seis meses —empezó a decir Encarna, sin poder contener las lágrimas, arrojando algo de luz sobre las dudas de Víctor—. Fue Celia quien la encontró muerta en casa, dentro de la bañera. Supongo que puedes imaginarte cómo eso le ha afectado, no creo que haya algo más horrible para una pobre criatura.

»Desde entonces, Celia no está del todo bien —continuó diciendo Encarna—. A veces hace como si Isabel siguiera viva, como si todavía pudiera hablar con su madre. Muchas veces incluso me pregunta por ella y yo, nunca sé qué hacer, qué decirle. Pero casi siempre le sigo simplemente la corriente, porque al principio le decíamos la verdad y no sabes cómo reaccionaba. Empezaba a gritar y chillar diciendo que eso no podía ser verdad, que no era cierto... Por eso intentamos no molestarla, que sea ella quien poco a poco vaya aceptando lo ocurrido. Pero es muy complicado, no te puedes imaginar cuánto. A veces la escucho, de repente, reír o llorar desde su cuarto, y no sé, tengo la sensación de que está imaginando que su madre está ahí, junto a ella.

Víctor quería decir algo, necesitaba dejar salir de su cuerpo la angustia que lo había invadido de forma repentina.

—Yo... —intentó decir sin mucho éxito—. Yo... La notaba, a veces, muy nerviosa, pero no me imaginaba...

—Es normal —lo cortó Encarna, cuya mirada cada vez mostraba una mayor preocupación—. Te lo deberíamos de haber dicho, pero pensábamos que lo sabías, ya conoces esta zona, todo se acaba sabiendo. Además, mi hijo y yo estábamos muy contentos porque desde que empezó a quedar más contigo, la hemos notado mejor. Cuando llegamos en julio, todo le afectaba. Ruidos por la noche, problemas con las puertas... Estaba tan nerviosa que no percibía las cosas de forma normal y cualquier cosa podía acabar alterándola...

Encarna se detuvo durante un segundo, tragando saliva mientras organizaba sus alborotados pensamientos.

—No sabes lo preocupados que nos tenía al principio —continuó diciendo—. Pero los médicos dicen que está respondiendo muy bien al tratamiento. La verdad es que son muy optimistas con ella, dicen que esto es como una herida más, que se puede sanar pero necesita tiempo, reposo y cuidados. Pero yo no descanso tranquila desde el día en el que Isabel murió y no lo haré hasta que Celia esté totalmente bien. No me quiero *ni* imaginar qué sería de nosotros si le pasara algo...

Víctor permaneció en silencio durante un momento, necesitaba tiempo para

interiorizar todo lo que acababa de escuchar, para lograr entenderlo todo. ¿Por qué Celia jamás le había dicho nada? ¿Por qué se lo había guardado? Creía que confiaba en él, que la conocía muy bien, pero ahora no tenía nada claro. Lo único que comprendió en aquel instante era que no podían perder más tiempo, como fuera debían de dar con ella cuanto antes. Ahora entendía y compartía la gran preocupación y angustia de la anciana que tenía justo enfrente. Cualquier persona que amara de verdad a Celia estaría intranquila con su repentina desaparición, cualquier persona que supiera todo lo que había ocurrido, se estaría temiendo lo peor.

—No te preocupes Encarna —dijo finalmente, intentando controlar como podía aquella extraña situación—. Vamos a encontrarla. ¿Le habéis preguntado al vecino? Ivan creo que se llama, quedaba mucho con Celia hasta hace poco. Puede que él sepa algo.

—¿El hijo de Antonio? ¿El Francés? —preguntó la abuela de Celia. Víctor asintió con la cabeza para hacerle saber que se trataba exactamente de esa persona—. No, hace siglos que no lo veo.

Víctor tuvo entonces claro que por ahí debían empezar, por el bien de todos esperaba que él no tuviera nada que ver, pero tenían que asegurarse. Así que sin perder ni un segundo se dirigió hacia la casa de al lado y, con insistencia, tocó al timbre.

No tardaron en abrirle la puerta.

—¿Sí? —preguntó un hombre con aspecto enojado en el que reconoció a Antonio, el padre de Ivan.

—Hola —contestó Víctor—. Quería hablar con su hijo mayor, Ivan. ¿Está?

—¿Ivan? —preguntó extrañado Antonio—. Creo que te equivocas. Mi hijo mayor no se llama Ivan, se llama Paul. Estuvo aquí a principios de verano, pero llegas tarde muchacho, mi hijo se marchó de La Manga a principios de julio, al poco de llegar. Una pena, pero tuvimos una tremenda pelea una noche y se marchó al siguiente día. ¿Lo conociste aquí? Yo le dije que se quedara, pero...

—¿No está? —Escuchó como decía Encarna desde la calle—. Eso pensaba yo, que se había ido, porque no lo veía ni escuchaba desde hacía mucho tiempo. Creo que desde una noche en la que escuchamos una pelea desde el jardín. Creo que Celia estaba conmigo esa noche...

La mente de Víctor se nubló de repente, todo lo que estaba escuchando carecía de sentido. «¿Con quién había pasado Celia gran parte de ese verano?

¿Habría sido todo lo relacionado con Ivan también fruto de su imaginación?»

Se sintió desfallecer, sin control alguno sobre su cuerpo. A lo lejos pudo ver el rostro contrariado de la abuela de Celia, temerosa de que algo horrible estuviera a punto de ocurrir. Lo peor era que él estaba empezando a sentir exactamente lo mismo. No sabía muy bien cómo, pero tenía que encontrarla, tenía que dar con Celia.

Y la verdad era que solo se le ocurría un sitio para empezar a buscar.

Epílogo

Lunes, 31 de agosto de 2009

00.10 a. m.

LA MANGA

Nunca antes Calblanque le había parecido un lugar tan siniestro y peligroso como se le antojaba aquella noche. Con cuidado, Víctor avanzó por la arena, preocupado por el paso de las horas, por la siniestra oscuridad de la noche. Todo estaba ya muy oscuro en aquella zona de playa virgen, desierta a aquellas horas, donde el único sonido que se repetía era el incesante golpeteo del intenso oleaje.

Decidió subir al acantilado que quedaba justo por encima de la arena, desde donde podría comprobar mucho mejor si había alguien a lo largo de la playa. Avanzaba tan nervioso que varias veces estuvo a punto de resbalar mientras subía la pendiente. Pero nada lo detuvo, nada debía frenarlo. No podía parar hasta encontrarla.

Al llegar a lo alto, una figura a lo lejos captó toda su atención. Una silueta femenina que pronto se dio cuenta de que conocía a la perfección. Se encontraba de espaldas, justo en el borde del acantilado. Preparada para saltar en cualquier momento.

—Celia, ¡no! —gritó con toda su fuerza, mientras corría lo más rápido que podía hacia ella.

Sus gritos provocaron que aquella figura se girara y algo sorprendida comenzara a hablar.

—No te preocupes Víctor. No pensaba saltar —dijo Celia, tranquila y mucho más serena de lo que esperaba. No obstante, su rostro se encontraba visiblemente contraído por el dolor, como si solo fuera sufrimiento lo que sintiera en ese momento. Lentamente Celia se volvió a girar, para seguir mirando hacia el horizonte—. No soy capaz, no soy tan valiente como ella.

Casi sin aliento, Víctor avanzó hasta situarse prácticamente a su lado. Al contemplarla de nuevo tan cerca de él, después de lo lejos que la había sentido

durante todo el día, Víctor no pudo evitar envolverla en un fuerte abrazo. El gesto pilló por sorpresa a Celia que reaccionó simplemente dejándose abrazar, para acabar respondiendo con fuerza e intensidad a aquella muestra de cariño.

—Víctor, he hecho cosas horribles, cosas que jamás imaginarías —empezó a decir Celia, separándose suavemente de él—. No deberías quererme, no deberías querer estar a mi lado. No hay forma de que merezca nada bueno de esta vida.

—No digas tonterías —respondió Víctor, sin dejar de mirarla—. Has pasado por mucho y te lo has guardado todo para ti... ¿Por qué, Celia, por qué? ¿Por qué no me dijiste nada sobre tu madre?

Tras escuchar sus palabras Celia desvió su mirada hacia el suelo, avergonzada de lo que estaba escuchando, triste de que al final Víctor hubiera descubierto su secreto. Levantó con timidez de nuevo su rostro, justo antes de empezar, por primera vez en mucho tiempo, a confesarse.

—Todo fue mi culpa, supongo que por eso no me atrevía a pensar ni hablar sobre el tema, porque sabía que yo estaba detrás de todo —empezó a decir Celia, cuyo rostro se encontraba ligeramente contraído por la emoción—. Llegó un momento en el que mi madre estaba bien, dispuesta a salir de su pesadilla. Con ayuda de mi propia tía había contactado con una abogada y había empezado el proceso para separarse de mi padre. Era una especie de secreto, solo se lo confesaría a mi padre cuando todo estuviera totalmente listo. Pero para mí no era suficiente, yo quería saber más, necesitaba conocer todos los detalles sobre lo que mi padre estaba haciendo, entender lo que estaba pasando verdaderamente. Por eso, cuando encontré aquella tarjeta entre sus cosas se la enseñé de inmediato a mi madre. Ella no le dio importancia, no quería saber nada más del asunto, pero yo la convencí para que fuéramos a ver qué había en aquel sitio.

Los ojos de Celia se llenaron de lágrimas que empezaron a caer por su rostro lentamente. Víctor se sintió tentado a abrazarla de nuevo, pero esta vez se contuvo, Celia necesitaba también su propio espacio.

—Yo... Yo no tenía forma de saber lo que iba a pasar —continuó diciendo Celia cuando logró retomar el control sobre sí misma—. No tenía forma de saberlo.

Se paró nuevamente durante unos segundos, tragó saliva y, mirándolo fijamente, continuó hablando.

—Visitamos el hotel-restaurante de la tarjeta, estuvimos casi media hora

dando vueltas por allí, pero no encontramos nada raro, así que decidimos volver a casa. Ya nos íbamos, ya casi estábamos montadas en el coche, cuando apareció mi padre. Lo vimos llegar a lo lejos y, para nuestra sorpresa, iba acompañado por una mujer. Atónitas descubrimos que se trataba de mi tía. La hermana pequeña que tanto quería y adoraba mi madre. Los vimos abrazarse, besarse y entrar en el hotel. Vimos todo lo necesario para entender exactamente lo que allí estaba pasando.

»Volvimos a casa en completo silencio —continuó diciendo Celia, con el tono totalmente entrecortado por la emoción—. Ninguna de las dos se atrevió a decir nada, ambas hicimos como si no hubiéramos visto nada. De hecho, nada raro noté al día siguiente al despedirme de ella antes de ir al instituto, nada. Pero al volver a casa, en su habitación, metida en su bañera, la encontré tendida, aparentemente sin sentido. Tardé mucho tiempo en comprender que estaba muerta.

»No pude soportarlo, apenas recuerdo lo que ocurrió durante los siguientes días. Solamente tengo imágenes difusas, el llanto de mi padre, los gritos de mi abuela, cómo todo el mundo aunque no me conociera se acercaba a decirme algo... Y sentía, sentía todo el rato que le había fallado, que le fallé a mi propia madre. Ella me ayudó, se volcó en mí cuando un año antes tuve problemas con la comida. Sin embargo, yo no hice nada por ella, escuchaba su llanto desde mi habitación sin siquiera acercarme, me contaba sus penas y apenas la escuchaba. Casi pasaba de ella. Mi madre vivió su pena sola, traicionada por su hermana y olvidada por su hija. Por eso, cuando poco después de lo sucedido, una mañana al levantarme, comencé a verla de nuevo, a sentir que mis recuerdos se mezclaban con mi realidad, no lo paré. No quería hacerlo, así era como si ella estuviera todavía viva. Como si todavía siguiera conmigo. Además, ante mí tenía una segunda oportunidad. Ahora podía ayudarla, escucharla y hacer lo que debería haber hecho desde el primer día.

»Dios mío, al principio me sentía tan confundida, todo se mezclaba. De repente había cosas que parecía haber olvidado y, de nuevo, volvían a ocurrir. Conversaciones con mi madre, peleas entre mis padres... —Celia se detuvo durante un segundo, ¿cuántas veces le había sucedido? No era capaz de saberlo, pero sí recordaba muchas conversaciones pasadas con su madre, sobre incluso la propia Macarena o algunos de sus vecinos, que había olvidado hasta que su madre se las había vuelto a decir durante ese verano—.

Todo volvía a ocurrir ante mí como si fuera la primera vez que sucedía. Y otras veces mi madre estaba simplemente allí, al lado mío, haciendo o diciendo lo que sabía que habría hecho si hubiera estado realmente allí. No creo que puedas llegar a entender lo bien que la conocía, lo mucho que la quería...

En ese momento Celia no pudo más y empezó a llorar con amargura, suspirando con fuerza, dejando salir todo ese dolor que llevaba tanto tiempo conteniendo.

—Celia... —empezó a decir Víctor—. Tenías que habérmelo contado todo, no entiendo que prefirieras pasar por todo esto tú sola en lugar de conmigo.

En ese momento Celia comprendió que Víctor lo había descubierto todo finalmente, sabía que había pasado el verano completamente sola, que tan solo había visto a su vecino en una ocasión, que nunca lo había llegado a conocer.

—Necesitaba escapar de mi casa —cortó Celia, sintiéndose ligeramente avergonzada de lo que tenía que confesar—. Huir de mi vida, de esa casa en la que todo me recordaba el sufrimiento del último año de vida de mi madre. Y, en medio de toda esa angustia y dolor, descubrí a mi nuevo vecino. Escuchando sus peleas me empecé a interesar por él, por cómo sería esa persona que sufría tanto como yo y que parecía ser también en parte culpable de ese tormento. Sin darme cuenta empecé a imaginar cómo sería estar con él, convencida de que como yo, ese chico también tendría un lado oscuro que a nadie querría mostrar. Un lado oscuro que todos tenemos en mi casa, mi padre, yo misma... Todos menos mi pobre madre...

Las lágrimas volvieron a brotar desde los ojos de Celia, que como podía intentaba ser capaz de continuar hablando. Tenía que soltarlo todo, ya no podía seguir guardándose nada.

—¿Y sabes qué es lo peor? —continuó Celia, mirándolo totalmente a los ojos, controlando como podía sus sonoros suspiros—. No consigo odiar a mi padre, no consigo verlo como el verdadero culpable. Y eso me hace sentir incluso peor, porque no entiendo que no sea capaz de odiarle, no entiendo que pese a todo siga queriéndolo.

En ese momento Celia tuvo que detenerse de nuevo, incapaz de continuar hablando. Se giró ligeramente, mirando de nuevo hacia el horizonte, respirando mientras la brisa chocaba suavemente contra su cuerpo, intentando controlar ese dolor que llevaba tanto tiempo sintiendo dentro de ella.

Sabía que su padre también lo estaba pasando muy mal, no solo por lo

ocurrido sino también por cómo todo le estaba afectando a ella. Se había dado cuenta de que, a su manera y sin dejar del todo de ser tan estricto como siempre, su padre intentaba llevar mucho cuidado cuando ella estaba delante. Sabía que había roto todo lo que en su día hubo entre su tía y él, pero no solo eso, además evitaba mostrar cualquier signo de que empezaba a dejar atrás lo ocurrido. Había sido plenamente consciente el día en el que su padre no había querido confesarle que había estado con su antigua amiga, la madre de Ana. Aunque posiblemente no significara nada, simplemente lo hubiera hecho movido por la necesidad de hablar con alguien, no había querido que supiera que se había visto con otra mujer.

—Celia, no puedes martirizarte así. —Se atrevió por fin a decir Víctor, que solo quería ayudarla, que no había nada que deseara más en el mundo que ser capaz de aliviar su pena—. Es normal que no odies a tu padre, porque no es culpa suya, pero tampoco tuya. Ocurrió una desgracia, algo terrible. Pero no se pueden buscar culpables de algo así. No se puede buscar una explicación para tales cosas.

—No lo entiendes. Quizá sin querer, pero soy culpable de tantas cosas —respondió Celia, inclinando su triste mirada hacia él—. Fui yo quien llevó a mi madre hasta allí, fui yo quien no supo reconocer que algo así podría pasar, fui yo quien la dejó sola al día siguiente... Fui yo quien puso el gato de Ana en su puerta solamente por hacerla sufrir, por hacerle tanto daño como el que ella me había hecho a mí. Lo encontré muerto cerca de su casa y quise vengarme de ella. Pero jamás imaginé que le afectaría tanto, que todo acabaría tan mal. ¡No sé por qué lo hice, por qué hice todas esas cosas!

»Quiero que todo vuelva a ser normal de nuevo —siguió diciendo Celia tras unos eternos segundos, mientras luchaba por recuperar su compostura. No quería seguir sintiéndose tan perdida, imaginando que no estaba sola para poder seguir adelante. Su madre, Ivan... Tenía que dejarlos a todos atrás, apartarse del mundo que ella misma había creado para evitar su propio dolor—. Me gustaría ser capaz de seguir adelante sin todo este odio y tristeza que llevo dentro. Ser capaz de continuar sin ella, pero creo que no puedo... La echo tanto de menos...

—Celia, escúchame —empezó a decir Víctor con una seguridad que nunca antes había notado dentro de él—. Sé que no me necesitas, que podrías salir adelante sin mí. Pero me gustaría que me dejaras echarte una mano. Que seamos un equipo, como lo hemos sido resolviendo todo lo de Macarena.

Trabajando juntos hemos sido capaces de descubrir lo que exactamente ocurrió aquí hace más de diez años. Somos capaces de cualquier cosa y, Celia, sabes que puedes confiar en mí.

Celia no sabía bien qué decir, confiar plenamente en alguien significaba abrirle de forma completa su corazón, que ya no hubiera ningún tipo de secreto entre ellos. Eso también la dejaba endeble en caso de que le traicionara, pues sabía que la herida la abocaría, de nuevo, al sufrimiento. En parte, sentía que eso la haría menos fuerte e independiente. Pero también sabía que necesitaba ayuda, no podía seguir eternamente balanceándose en el dolor de sus recuerdos.

Respiró con intensidad durante unos segundos, mirando con fuerza a Víctor. No había nadie en el mundo que se mereciera más su confianza que él y si algo había aprendido a lo largo de aquellos últimos meses era que la vida pone a nuestro alcance a algunas personas en las que sí merece la pena confiar.

—La verdad, Víctor —dijo Celia finalmente—. Es que creo que te necesito más de lo que tú piensas, quizá más de lo que a mí me gustaría.

Y, sin añadir nada más, Celia empezó a caminar hacia la pendiente que la bajaría de aquel acantilado, que la conduciría de vuelta a casa. Víctor no tardó en seguirla, justo a su lado, sin necesidad de decir nada o acercarse demasiado a ella para sentirse feliz, afortunado de tenerla tan cerca. Aliviado de que todo hubiera acabado por aquel día.

Continuaron caminando en silencio mientras recorrían la larga playa virgen, perdida de toda civilización, iniciando el camino que los llevaría de vuelta a La Manga. En ese momento, mientras atravesaban una zona de espesos árboles, Víctor fue consciente del continuo y persistente cantar de las cigarras. Un sonido penetrante e intenso que sabía que lo había acompañado, a veces sin sentirlo, durante cada día de aquel extraño verano. Testigo invisible de todo lo que allí había pasado. En ese instante recordó algo que llevaba tiempo queriendo decirle a Celia, pero que tenía casi olvidado.

—Celia —le dijo atrayendo de nuevo su atención hacia él—. Lo busqué, busqué por qué gritan de ese modo las cigarras en verano. La explicación es mucho más sencilla de lo que parece: es una simple cuestión biológica. Al parecer los machos lo hacen para atraer a las hembras. No sé si sufren o no al hacerlo, si verdaderamente les causa dolor, eso no pude encontrarlo; pero forma parte de sus vidas, no tienen más remedio que hacerlo para sobrevivir, para salir adelante. Para quizá acabar consiguiendo algo mejor en sus vidas.

Celia lo miró y le dedicó, sin darse cuenta, una pequeña sonrisa, la primera en todo lo que llevaba de día. Con cierta timidez cogió su mano y siguió caminando, sin decir nada. No sabía si todo lo vivido la acabaría conduciendo hacia algo positivo o bueno en algún momento de su vida, si alguna vez le encontraría sentido a todo ese sufrimiento. Lo que tenía claro era que ya nunca más silenciaría su dolor, gritaría como aquellas pequeñas cigarras si era necesario, pero no volvería a guardárselo todo para ella sola. Sabía que solo así lograría escapar de aquel vacío. Al fin y al cabo, no podía continuar condenándose a sí misma eternamente. Debía seguir adelante, ser fuerte y valiente.

Era el momento de empezar de nuevo.



#elsufrimientodelascigarras

¿Te ha gustado esta historia?

Comparte, valora y recomienda esta novela. No olvides hacerte una foto con el libro y subirla en tus redes sociales con el hashtag #elsufrimientodelascigarras.

Entre todos vamos a dar a conocer esta historia cargada de misterio, amor y sufrimiento.

Muchísimas gracias a todas las personas que han hecho posible esta novela y, en especial, a ti, lector, que eres el gran protagonista de esta historia.

María Jesús.

www.mjpereznavarro.com

Facebook: www.facebook.com/mjpereznavarro

Instagram: @mjpereznavarro

Nota de la autora 9

Prólogo 11

Parte 1.
La Manga – Murcia (España)
Julio, 2009

0 17

1 21

2 35

3 47

4 53

5 67

6 83

7 99

8 115

9 127

10 143

11 157

12 171

13 185

14 199

15 213

16 227

17 241

Parte 2
La Manga – Murcia (España)
Agosto 2009

18 255

19 269

20 275

21 289

22 303

[23 317](#)

[24 333](#)

[25 347](#)

[26 357](#)

[27 373](#)

[28 389](#)

[29 399](#)

[30 413](#)

[31 427](#)

[32 439](#)

[33 447](#)

[Epílogo 455](#)